por el autor de *La cuarta alianza*

El secreto de la logia

GONZALO GINER

NOVELA

Año 1746, palacio del marqués de la Ensenada: una niña presencia el pavoroso asesinato de su madre y el apresamiento de su padre bajo la acusación de pertenecer a la masonería. El trágico hecho que marcará la vida de la joven Beatriz Rosillón acontece en una España regida por Fernando VI, en cuyo tejido político y social intentan infiltrarse los francmasones.

Mientras las clases dirigentes tienen puesta la mirada en las actividades de la hermética sociedad, una serie de estremecedores crímenes tiñen de sangre las calles de Madrid.

¿Qué misterio tendrá que resolver Joaquín Trévelez, alcalde de Villa y Corte, para averiguar la verdad que se esconde detrás de cada uno de los homicidios? ¿Qué primitivo y temible secreto sacude el alma del asesino?

Gonzalo Giner

El secreto de la logia

ePUB v1.0
Sarah 03.09.12

Título original: *El secreto de la logia*
Gonzalo Giner, 2007.

Editor original: Sarah (v1.0)
ePub base v2.0

A Pilar,
por tu adorable complicidad

Residencia del Marqués de la Ensenada

En Madrid.
Año 1746, 12 de diciembre

Los dos guardias de corps que custodiaban las enormes puertas de hierro del palacio de don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, se aprestaron a permitir la entrada a una decidida comitiva que iba presidida por el temido inquisidor general del reino y obispo don Francisco Pérez Prado y Cuesta y el superior general de los jesuitas, padre Ignacio Castro, después de haberles sido mostrado un mandamiento judicial que justificaba su presencia e intenciones.

La escasa iluminación del empedrado que recorría los jardines de la magnífica finca, acogía el acelerado paso de aquellos nocturnos visitantes, presurosos por la gravedad de la misión encomendada y por hallar rápido abrigo. El temible silencio que les acompañaba, sólo era roto por el tintineo metálico que producían las varas de los dos alguaciles de la Santa Inquisición.

El paje de hacha del marqués, algo adelantado al tenebroso grupo, les iba dirigiendo hasta la puerta de entrada del palacio sin poder imaginar qué empresa les traería a horas tan inusuales. Llamó con firmeza hasta que ésta fue abierta por un mayordomo, que sin mediar presentaciones, les dio paso al recibidor. Después, acompañó solo al obispo hasta la biblioteca, donde aguardaba el marqués, acompañado esa noche por su íntima amiga doña Faustina, condesa de Benavente.

Aunque el máximo responsable de la Santa Inquisición no solía acudir a la detención de los encausados, al tratarse ésta de una delación que afectaba a la casa del marqués su presencia quedaba más que justificada.

Su rostro afilado, enjuto, y aquellos ojos profundos otorgaban a su expresión, además de severidad, la impermeabilidad necesaria para alejarle de cualquier sentimiento; pues a su misión se debía más que a ningún otro impulso que surgiese de su corazón.

Llevaba una capa de grueso paño, en la que destacaba a la altura del hombro izquierdo el escudo que desde hacía trescientos años representaba una de las instituciones más temidas por el pueblo; una cruz verde flanqueada por una espada a su derecha y una rama de olivo a la izquierda; el símbolo del Santo Oficio.

La doble puerta que daba acceso a la soberbia biblioteca del marqués se abrió de par en par. Con una respetuosa inclinación, el mayordomo dio anuncio de su llegada a los presentes.

—Reverendísimo padre, os aguardábamos con ferviente deseo.

El marqués de la Ensenada, que gobernaba como secretario de Hacienda, de Guerra y de Marina e Indias, y primer ministro del rey Fernando VI, se levantó desde su sofá para recibir al inquisidor, besándole a continuación su anillo.

—¡Sed bienvenido a esta casa!

—Agradezco a vuestra excelentísima persona la amable acogida que me dispensáis, aunque mis motivos estén lejos de parecer los propios de una visita de cortesía.

Don Zenón le invitó a aproximarse hasta el sillón donde se sentaba la condesa de Benavente, que respondió al cortés saludo de don Pedro ofreciéndole acomodo cercano a la lumbre y una taza de chocolate caliente. Ambas proposiciones fueron aceptadas con gusto por el religioso, a pesar de la incómoda sensación que siempre le producía aquella dama con su insultante belleza.

Faustina lucía unos redondeados pómulos que parecían haber sido esculpidos por un ángel. Un exquisito mentón se descolgaba en suave pendiente desde unos caprichosos labios que parecían hincharse o menguar al compás de su conversación. Su nariz era fina y algo respingona, pero si de sus ojos se hablase, no había hombre capaz de no sentirse atrapado dentro de su red esmeralda, expresión de la naturaleza más frondosa y salvaje.

La rebosante belleza de la condesa de veintidós años, casada desde hacía seis con el conde de Benavente, era tan notoria que raro era el noble de Madrid que no hubiese puesto empeño en cortejarla, aunque bien era sabido que ninguno había logrado demasiados resultados.

—Os rogamos que sin más demora nos ampliéis los detalles de la detención que nos ha reunido esta noche.

La condesa le retiraba la taza de chocolate de sus manos para dejarla sobre una barroca mesa de mármol de Carrara.

—Tengo todo dispuesto para ejecutarla en cuanto su excelencia dé la aprobación, y me indique cómo dar con él.

Un gesto afirmativo del marqués de la Ensenada dejó resuelto el cortés trámite solicitado por el inquisidor, que siguió hablando.

—Como es habitual con cada acusado, procederemos a su detención sin darle conocimiento inicial de los cargos por los que se verá juzgado, para evitar, en la medida de lo posible, que pueda reconocer a su delator. Después, será llevado a una cárcel secreta. Allí se le mantendrá en completo aislamiento durante un máximo de ocho días; tiempo suficiente para que pueda meditar sobre sus pecados. Si por

beneficio de la inspiración divina los reconociera, podrá pedir clemencia sin que la causa vaya a mayores. De aportar suficientes pruebas de ello, su ayudante de cámara don Antonio Rosillón podrá volver a su vida normal sin ninguna otra consecuencia a los ojos del Santo Oficio, cumpliendo, eso sí, con unas concretas penitencias para que su alma se desprenda de toda mancha de pecado.

—Como ya os expuse hace pocos días —intervino el marqués—, al buen gobierno de esta nación le resultaría muy útil que, de su testimonio y en su santo empeño, se tratase de obtener cualquier nueva información sobre las actividades y fines de la masonería, a la que parece pertenecer este infiel servidor mío. Como bien sabéis, mi empleado fue denunciado por el capellán de nuestra querida condesa de Benavente, el padre Parejas, por la que fui avisado de su delito y a la que estoy del todo agradecido.

La mujer le devolvió la atención con una cálida sonrisa, muestra de su completa lealtad.

—Además de mis ayudantes, esta noche he venido con el superior de los jesuitas, el padre Castro, pues también ellos están interesados en atajar esa peligrosa herejía. Os aseguro que pondremos todo nuestro empeño en ello, Excelencia. —El obispo disponía de medios suficientes e infinita capacidad de persuasión para conseguir, hasta del más resistente encausado, una completa y precisa declaración.

La preocupación que el primer ministro del rey mostraba por aquella secreta sociedad tenía sólidos y justificados motivos. En su vertiente religiosa, el papa Clemente XII había publicado en 1738 una bula condenándola. En ella se prohibía a los católicos la asistencia a reuniones, la pertenencia, o cualquier otro tipo de contacto con la masonería bajo pena de excomunión. Su carácter secreto hacía sospechar a la Iglesia, y también al propio ministro, la connivencia de oscuras intenciones de índole política, pues ambos sabían que bastantes aristócratas y altos mandos del ejército pertenecían a ella.

Unos veinte años atrás, los masones habían establecido su primera sede en Madrid en un antiguo hotel llamado Las Tres Flores de Lys, siendo el responsable de su fundación un noble inglés apellidado Wharton. Junto a otros extranjeros primero, y con la ayuda de los afiliados españoles después, habían difundido con inusitada eficacia su doctrina por diferentes ciudades españolas, en las que se organizaron nuevas logias o casas, donde se reunían para realizar sus secretas ceremonias.

Los rumores sobre el secretismo de sus juramentos, y la crueldad de los castigos a los que se veían sometidos los nuevos miembros de aquella asociación cuando se les descubría desvelando los nombres de sus afiliados o sus últimos propósitos, aumentaron las sospechas del marqués.

Don Zenón había conseguido infiltrar en algunas logias a varios de sus más allegados colaboradores para espiar su objetivo. De sus testimonios, había logrado

averiguar ciertos detalles en torno a su cuerpo filosófico y ritos, y empezó a creer que se trataba de una peligrosa organización que tramaba conspirar contra su persona, como primer responsable del gobierno, y contra los intereses de España.

A lo anterior se agregaba ahora la denuncia sobre uno de sus empleados, su ayudante de cámara, de pertenencia a la masonería. De ahí su particular interés y solicitud hacia el Santo Oficio para conocer el grado de implicación e intenciones de la asociación. Si se confirmaba el grave intento de espionaje, la urgencia en neutralizar sus efectos se había convertido para él en todo un asunto de Estado.

—Sin más preámbulos, ruego a su reverendísima que disponga de inmediato la detención del señor Rosillón.

El marqués se levantó para hacer sonar una campana para requerir la presencia de su mayordomo.

—Haré que os acompañen hasta sus habitaciones. Ansío que deis buen fin a este oscuro asunto.

—Santa función es la que tengo encomendada, y creedme que a ella me entrego con total dedicación y devoción y, por qué no decirlo, con bastante satisfacción.

Antes de abandonar la biblioteca, se paró un instante y volvió la vista hacia ellos regalándoles una maléfica sonrisa.

Hasta que el eco de sus pasos no se hubo perdido por los pasillos de la casa, ningún otro sonido se atrevió a romper el tenso silencio que se había adueñado del interior de la biblioteca.

La cálida chimenea distribuía suficiente calor como para que la condesa de Benavente no sintiera la menor sensación de frío, aunque el vigor con que frotaba sus manos hiciera pensar en lo contrario. Un estremecimiento llamó la atención del marqués.

—Faustina, ¿queréis que mande avivar el fuego?

Zenón se sentó a su lado para sujetar sus manos con el ánimo de reconfortarla, sintiendo de inmediato aquella especial suavidad que, aunque no fuera consecuencia de un tacto frecuente, tampoco le era del todo desconocida.

—Mi tembloroso estado no se debe a la temperatura de su hogar, estimado amigo, sino a la presencia de este religioso. Son sus insondables ojos, fríos como el carbón, y su negra alma, dura como el acero, los que me aterrorizan. —La mujer retiró con pudor sus manos de aquel indecoroso contacto—. Bien sabéis, mi señor, que he sido causa de su presencia entre nosotros esta noche, aunque no por ello deje de sentir rechazo hacia su figura que, en mi opinión, representa lo peor de la condición humana.

—Comparto idéntica postura. —Su mirada se posó sobre aquellos ojos que nunca dejaban de atraparle—. En otras ocasiones, ya hemos contrastado nuestras impresiones sobre la necesidad u oportunidad de este Sacro Instituto, por tanto

conocéis mi opinión al respecto. Aunque he de reconocer, de todos modos, que hoy su cometido me resulta necesario y su testimonio vital, aun con el uso de sus irregulares métodos.

La condesa de Benavente se refugió durante un instante al abrigo de la chimenea con el ánimo de recuperar la temperatura que había huido de ella por obra del lúgubre inquisidor.

—Creo conoceros lo suficiente, mi querido amigo, para notar que concurre en vos un particular interés sobre este asunto, lejos de considerarlo como un simple caso de herejía. ¿Qué es lo que os atormenta?

La mujer se dirigía de nuevo a tomar asiento mientras se estiraba con coquetería los pliegues del jubón, antes del difícil trance de organizar la disposición del tontillo interior, estructura que ampliaba sus caderas.

—Como sabéis, cuento con numerosos enemigos, tanto dentro como fuera de España, y aunque suelo cuidarme tanto de unos como de otros, sospecho que se han unido con el fin de desestabilizar mi posición y la de la Corona. Y estoy casi seguro que en ese complot la masonería desempeña un papel determinante.

—Por vuestras palabras, ¿he de entender, que consideráis posible que vuestro ayudante de cámara, por ser masón, forma parte de una conspiración interesada en vuestro espionaje?

—Eso es lo que pretendo averiguar, mi fiel amiga. En cuanto supe por vos lo de mi sirviente Rosillón, pensé que su delación haría reaccionar al Santo Oficio, ávido como está de obtener pruebas contra la masonería. Uniendo sus intereses con los míos, espero confirmar mis actuales suposiciones y descubrir quién o quiénes están detrás de esta grave conjura.

Dos pisos por encima de la biblioteca, la oscura comitiva se dirigía hacia el fondo de un largo pasillo donde, según se les había indicado, encontrarían a Antonio Rosillón. A su paso, desde algunas puertas, se asomaban los rostros de los sirvientes del marqués. Sus expresiones, marcadas primero por la sorpresa, se llenaban de temor al entender la gravedad de aquella procesión. Tan rápidas como se abrían se cerraban, rogando que no fuera en ellas donde recayese el interés de los religiosos. El aire que dejaban los religiosos a sus espaldas parecía volverse tenebroso e irrespirable, como si les escoltase una neblina de espanto que convirtiera en muerte y dolor lo que tocaba. La agitación producida en sus primeros pasos se transformó en un hueco silencio durante los últimos metros, antes de llegar a la puerta a la que se dirigía su oficio.

Un puño golpeó tres veces la madera. Los dos alguaciles permanecieron a la espera, sujetando la vara con una mano, y en la otra, una corta espada que portaban siempre en previsión de complicaciones. La tenue luz que regalaba una lámpara de aceite en la pared se reflejaba en el rostro del obispo resaltando en su claroscuro el

perfil de su acerado semblante. Por detrás de él y cerrando el cortejo, quedaban el superior de los jesuitas, Ignacio Castro, y el escribano.

Una pequeña figura de once años apareció sonriente por la puerta entreabierta, observándolos primero y correteando después entre ellos, en su inocente voluntad de investigar a aquellos desconocidos.

—¡Beatriz…! —Una voz femenina llamaba a la niña desde el interior—. ¡Vuelve adentro y termina de cenar!

La mujer abrió la puerta por completo y observó extrañada a aquellos hombres, mientras la pequeña se le cruzaba, desinteresada ya por aquella situación.

—Perdónenla, es una niña muy juguetona y ha sido tan descortés que ni siquiera les ha invitado a pasar.

Los cinco hombres entraron sin mediar palabra al rellano de la habitación, bajo la aturdida mirada de la mujer, que sin entender todavía a qué podría deberse aquella visita, se temía que nada bueno la acompañaba.

—¿En qué puedo serviros? —La ansiedad por saber sus motivos, le produjo una creciente sensación de ahogo.

—Buscamos a don Antonio Rosillón y sabemos que éstos son sus aposentos.

La declaración partió de uno de los alguaciles. El obispo Pérez Prado ocultaba bajo sus oscuros ojos las respuestas que la mujer trataba de encontrar en ellos.

—¿Para qué lo solicitáis, a tan altas horas de la noche?

Con horror, la mujer había reconocido el emblema de la Inquisición bordada en el manto del que parecía ostentar una mayor autoridad y los hábitos del jesuita. Sin tiempo de obtener contestación, siguió hablando ella.

—Es mi marido, pero lamento informaros que ha salido hace un buen rato y no sé cuándo volverá, si es que lo hace esta noche.

La mujer mintió con el ánimo de conseguir lo que imaginaba improbable, dispuesta a evitar la misión que les suponía.

—No pongáis dificultades a nuestro empeño —un grave tono de voz salía ahora de boca del superior de los jesuitas—, y llamadle a nuestra presencia, pues sabemos a ciencia cierta que se encuentra aquí.

Una de sus manos agarró sin delicadeza alguna el brazo de la mujer, administrando tanta fuerza en el empeño que provocó un doloroso gemido en ella. Trató de revolverse y chilló alarmada, sin poder evitar que la otra mano del hombre se hiciera firme sobre su otro brazo, quedando por completo inmovilizada.

Un hombre de unos cuarenta años, rubio de pelo, y de estatura mediana pero robusto, apareció por una de las puertas que daba al rellano, alertado por los gritos de la mujer. Al ver la violencia de la escena, se adelantó cerrando los puños, dispuesto a enfrentarse a aquellos hombres que retenían a su mujer. Los dos alguaciles sacaron sus afiladas espadas para cerrarle el paso y frenar sus intenciones, exigiéndole que se

quedara quieto. La mujer se vio liberada de las opresoras garras de aquel religioso, y corrió nerviosa a los brazos de su hombre, que expresaba en sus ojos una contenida rabia y una inexplicable sensación.

—¿Es usted don Antonio Rosillón, ayudante de cámara del excelentísimo marqués de la Ensenada? —La voz surgió de los rígidos y fríos labios del obispo.

—Sí. ¡Soy yo! —respondió con firmeza.

—Escribano Ruiz, os ruego que toméis escritura de todo lo que aquí se diga. Y a vos, alguacil Manrique, os requiero para que le sea leída la orden que obra en nuestro poder contra este hombre.

Los aterrorizados ojos de la mujer cabalgaban desbocados entre uno y otro de los presentes con la ansiedad de entender algo de lo que allí se estaba produciendo. Uno de los presentes desplegó un documento de una sola página, y se dispuso con solemnidad a leerlo.

—En Madrid, a día doce de diciembre del año del Señor de mil setecientos cuarenta y seis, y en la presencia del reverendísimo inquisidor general del reino don Francisco Pérez Prado y Cuesta y del superior general de los jesuitas, don Ignacio Castro, se hace saber a don Antonio Rosillón, vecino de Madrid, de profesión ayudante de cámara del excelentísimo señor don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, que por haber llegado a este Santo Instituto de la Inquisición, y en recientes fechas, una grave denuncia contra su persona, se le hace saber que desde este momento queda detenido bajo la custodia de este Santo Oficio y que, por su mandato, será llevado a prisión de inmediato y recluido hasta que se determine la realidad de su culpa.

La mujer rompió a llorar aferrada al brazo de su marido mientras éste escuchaba atónito, y con un semblante invadido de preocupación, aquellas graves palabras. El alguacil terminó de leer.

—Se os hace saber, así mismo, que desde ahora serán inventariados y quedarán confiscados todos vuestros bienes hasta que el proceso termine.

—¡Exijo conocer de qué se me acusa! —Una altiva expresión en su rostro acompañó su impetración.

—Exijo, exijo… —ironizó el obispo—. Os aseguro que ahora no estáis en situación de demandar nada, y menos, una explicación. Mejor sería que os concentraseis en revisar vuestra conciencia. Nuestra clemencia os alcanzará siempre que declaréis vuestro delito, pero esmeraos, pues nuestras dudas os acompañarán si no vemos en vos una sincera rectitud de intención.

—¡Esto es un atropello! —Alzó aún más la voz—. El marqués debe ser informado de inmediato de esta infamia.

—Si queréis hallar alivio a vuestra causa, confesad pronto pues, como podéis comprender, antes de llegar hasta vos el marqués ha sido informado de nuestras

intenciones, y no ha puesto objeción alguna. —En contra de la angustiosa expresión del acusado, la risueña mirada del inquisidor reflejaba un especial y cruel disfrute—. ¡Procedamos a la prisión del acusado! —espetó a sus ayudantes—. ¡Iniciad de inmediato la inspección de sus bienes! —Se dirigió hacia el receptor.

Los dos alguaciles se adelantaron hacia él preparados a usar la violencia ante la menor oposición del acusado, acostumbrados a ver que no había reo que se entregase sin mediar protestas y forcejeos. Como ambos le ganaban en corpulencia y altura a Rosillón, juzgaron que les resultaría poco laboriosa su reducción en caso de tener que bregar con él. Pero no calcularon la reacción de la mujer, que con una agilidad casi felina se abalanzó hacia el primero, cuando éste se disponía a agarrar de un brazo a su marido, disparándole sus uñas hacia el rostro con tanta rabia que consiguió rajarle la mejilla en tres finas líneas, tan cerca del ojo que a punto estuvo de recibir éste los acerados apéndices. Estuvo más rápido el segundo al esquivar las mismas intenciones de la fémina, para descargarle una brutal bofetada que la disparó al suelo y a buena distancia de ellos. Tuvo este segundo que abalanzarse a continuación sobre ella, inmovilizándola con todo su peso sobre sus costillas. Por más rabia y empeño que Rosillón ponía en desembarazarse de los tres hombres que se habían lanzado de inmediato a sujetarle, sus esfuerzos resultaban vanos, al verse fuertemente atado y con su cuello aprisionado y retorcido por el musculoso brazo de uno de ellos, lo que apenas le dejaba respirar.

—¡No permitiré que se lleven a mi marido!

Desde su incómoda postura, la mujer no detenía sus pataleos y gritos, y lanzaba las uñas hacia aquel monstruo que apenas la dejaba moverse. Aunque se estuviese entregando a inútiles reacciones primarias, sus pensamientos atravesaban una alocada sucesión de amargas sensaciones, donde predominaba, sobre todas, la sombría visión que el inminente futuro podría deparar a su marido y a su propio destino. Atragantada en la humillación a que se estaba viendo sometida, nada había peor que el tormentoso pensamiento de imaginar el suplicio y la conmoción que su pequeña Beatriz padecería si les veía en esa cruel escena. Notó cómo le retorcían uno de sus brazos sin piedad, hasta pensar que se le iba a descoyuntar del hombro. Las lágrimas le resbalaban, más de rabia que de dolor, aunque parecía ir ganando terreno la segunda sensación sobre la primera. Un vasto cordaje le empezó a ceñir hasta quemarle las muñecas, y otro, por los tobillos, reducía al mínimo sus posibilidades de movimiento.

—Estando bien atada, esta zorrilla dejará de molestar.

La ronca voz de su opresor insultaba la sensibilidad del marido, que apenas podía poner más oposición que expresar una humillante protesta.

—Ruego a sus señorías que sea sólo yo el objeto de sus empeños y eviten esta deshonra a mi mujer que nada le debe a vuestro Santo Instituto.

—De buen agrado lo haríamos si estuviéramos seguros de sus rectas intenciones

—respondió el jesuita—, aunque la prudencia nos anima más bien a seguir reteniéndola por un rato.

—No sois más que unos sucios perros carroñeros —apostilló la mujer, antes de recibir un violento puñetazo sobre su rostro que le hizo perder el conocimiento.

A diferencia de la inconsolable impotencia que Rosillón sentía en su anulada capacidad de respuesta ante tamaña tropelía, ni al obispo Pérez Prado ni al jesuita Castro parecían incomodarles demasiado los excesos que acompañaban a aquella detención, hasta que descubrieron el frágil rostro de la pequeña, que atraída por el revuelo acababa de asomarse desde una de las puertas que les separaba del resto de la vivienda. Cuando sus inocentes ojos se cruzaron con los del inquisidor, éste sintió una incómoda sensación de compasión que le urgió a terminar con premura todo aquello.

Ordenó que soltasen a la mujer de sus ataduras, pues parecía seguir anulada su consciencia, y mandó que se aprestasen a salir de inmediato con el preso. Uno de los alguaciles se dispuso a liberar a la mujer de los cordajes sirviéndose de un espadín, cuando inesperadamente recibió sobre su espalda la furia de la niña que trataba con sus pequeños puños de luchar contra aquel hombre que había pegado a su madre y que parecía querer robarle a su padre. En su infantil inocencia, aun sin llegar a entender lo que allí estaba sucediendo, había intuido un peligro desconocido y frío, que tras recorrerle todo el cuerpo le había impulsado hacia ese hombre. Agarrada a su espalda, sus manos se dirigían en la búsqueda de algún punto que fuera más efectivo que el pobre resultado de sus puñetazos, encontrando ahora sus orejas, después su cuello, arañando todo lo que se les cruzaba entre uno y otro lugar. Los gritos de su padre no consiguieron convencerla para que abandonase su inútil empeño, pero sí despertaron a su madre en el mismo instante en el que la niña salía disparada por los aires por arte de la férrea mano de su captor, un tanto harto de los molestos intentos de herirle. Ante los empavorecidos ojos de los presentes, lo que se sucedió a continuación ocurrió de forma tan rápida, que no hubo tiempo de pronunciar palabra alguna, ni de escuchar otro sonido que el grito ahogado de la mujer al recibir en su corazón el mortal filo del espadín, cuando éste quedó cruzado en el camino entre ella y el alguacil, en el postrero intento de abalanzarse hacia él. Quedó sujeta al frío acero y, a través de él, al brazo de su mortal enemigo, detenida su mirada en sus ojos, antes de desplomarse al suelo sin vida.

La pequeña Beatriz permanecía sentada en el suelo, a cierta distancia, quieta, mirando de frente cómo su asesino extraía la afilada arma del pecho de su madre. A continuación, el hombre salió despavorido de la habitación, imitando la reacción del resto, sin asomo alguno de piedad por la pequeña.

El desencajado rostro que el obispo Pérez Prado llevaba al entrar en la biblioteca, demostraba con elocuencia que la misión no se había saldado sin problemas. Si sus

anfitriones se habían preguntado, con innegable curiosidad, a qué se debería tanto ruido y agitación, al ver ahora su atormentado semblante, el interés por conocer qué habría ocurrido durante la detención, aún se hacía mayor.

—¡Una gran desgracia nos ha venido a acompañar en nuestro santo objetivo! —El obispo se derrumbó en un sillón con tanta resolución que parecía haber llevado el peso de toda la humanidad sobre sus espaldas—. ¡Créanme que se ha debido a un penoso accidente! —Se frotaba los ojos con un pañuelo como si tratase de borrar una terrible visión—. ¡Qué desastre! —seguía mascullando, sin dar más contenido a su presencia.

—Desgracia. Accidente. Desastre ¡Ruego que os expliquéis y pronto!

El marqués se situaba a su lado, dándole palmadas en el hombro con el ánimo de apoyarle.

—La mujer de Rosillón ha muerto —resolvió sin más adornos.

—¿Justina? —El ministro se llevó las manos a la boca con un gesto de espanto—. ¿Muerta? —Le agarró esta vez de los hombros con fuerza—. ¡Contadme de inmediato qué ha pasado!

Por obra de su minucioso y completo relato se vieron como transportados a lo ocurrido, sintiéndose unos espectadores más de aquella cruenta sucesión de escenas, recorriéndolas al tiempo que él las narraba.

—¿Y la pequeña lo presenció todo? —La sensibilidad de Faustina no viajaba por ninguna otra realidad que la de imaginar la desgracia de aquella niña—. ¿Con quién se ha quedado esa pobrecita?

Muy decidida, la condesa de Benavente se levantó para buscarla. Don Zenón la convenció para que le esperara mientras despedía al inquisidor general, pues éste se había mostrado apremiado en abandonar aquella casa con la excusa de llevar al acusado a prisión y, sobre todo, muy dispuesto a poner cuanto antes solución a su presencia en aquel desagradable contexto.

Ella aguardó en la biblioteca unos minutos, los pocos que tardó en volver el marqués a recogerla para subir juntos hacia las habitaciones de su empleado.

De camino, Ensenada tuvo que tranquilizar los exacerbados ánimos de buena parte del personal a su servicio cuando le salían al encuentro; preocupados unos, asustados otros, por los gritos y visión de la comitiva inquisitorial. Ninguno había sabido entrar a las estancias de Rosillón por una debida prudencia, miedo o una mezcla de ambas sensaciones, pero le aguardaban flanqueando la puerta, curiosos por entender qué habría acontecido en su interior. A unos y otros mandó que volvieran a sus habitaciones, salvo a su mayordomo, al que le requirió para ayudarle a resolver aquel desastre.

Al abrir la puerta, dejaron atrás el último límite donde aún se respiraba algo de vida para enfrentarse al asfixiante ambiente de aquella habitación invadida de

espanto.

La muerte había pintado allí un horrendo cuadro, cuyos personajes y motivos parecían haberse detenido en el tiempo, como formas impregnadas en un inexistente lienzo.

El desgarrado cuerpo de la mujer descansaba sobre su propio lecho de sangre. Sus ojos permanecían abiertos en una mirada detenida y quebrada, y desde su pecho manaba un pegajoso río escarlata que endulzaba el aire que la rodeaba y lo teñía de dolor.

Una inmóvil estatua con forma infantil parecía estar cautiva dentro de aquel retrato. En una conmovedora quietud, su posición, a escasa distancia de la madre, parecía haber quedado unida por un lazo invisible que partía de sus ojos y se detenía en el rostro de la mujer. En su mirada no había expresión alguna. Parecía ausente, alojada en una profunda frialdad detrás de sus pequeños ojos negros.

Los tres espectadores que asistían a tal macabra exposición, necesitaron unos pocos segundos antes de recuperar el tono de la realidad.

Con la boca seca y un agudo dolor en su garganta, la condesa corrió a recoger del suelo a la pequeña para abrigarla entre sus brazos, en un intento de interponer su cuerpo con el destino final de su seca mirada. La niña se le resistió con rabia, arañó sus brazos y logró escabullirse de su control iniciando un rápido recorrido a rastras hacia su madre, sin que ninguno de los presentes tuviese tiempo de detenerla. Se abrazó a su cuello, aferrándose con fuerza, mientras la condesa ponía su empeño en separarla, ayudándose de dulces palabras y caricias.

Los dos hombres presenciaban paralizados las evoluciones de la dama, sin saber qué hacer ni cómo ayudarla a resolver la situación. Si la espantosa y primera imagen recibida ya había sido lo bastante fuerte para afectar a sus conciencias, llenos de espanto ahora contemplaban cómo, tanto la niña como la condesa, en su afán, una por recuperarla, y la otra por resguardarse en el cuerpo de su madre, manchaban sus manos, cabellos y vestidos con la sangre derramada, componiendo una dramática escena. Don Zenón se decidió a resolver aquella dolorosa situación, tirando a su vez de la pequeña para conseguir al fin dejarla en brazos de una Faustina que, empañada en lágrimas, salía corriendo de la habitación para alejar a la niña de aquel escenario.

Pasados unos minutos, mientras el marqués bajaba las escaleras hacia la planta baja, emergía en su interior una creciente rabia ante el cobarde y culposo proceder tanto del inquisidor como del superior de la Compañía de Jesús, al que ni había llegado a ver.

Antes de entrar en la biblioteca, ya había tomado la decisión de informar al rey sobre la infame actuación de ambos, por si éste creyese oportuno o necesario emprender alguna medida de castigo contra ellos.

La condesa acariciaba con ternura los oscuros cabellos de Beatriz endulzándola

con tiernas palabras que parecían flotar a su alrededor como suave bálsamo. La niña seguía aferrada a su regazo, ocultando al mundo su inocente rostro, como escondida en una cálida y segura madriguera.

El marqués se aproximó a ellas sobrecogido por la ternura de aquella escena.

—Parece hacerse a vuestras manos, Faustina.

—Manos cargadas de culpa. —Sus ojos reflejaban un profundo dolor—. Me siento tan responsable de su desgracia que…

La pequeña pareció entender sus palabras y se juró no olvidarlas jamás.

—Nunca más penséis eso de vos —le cortó Ensenada—. Demasiado bien sabemos quién y quiénes han producido este crimen, y os aseguro que pagarán en su momento por ello.

—Necesito preguntaros si sabéis cuánto puede durar el proceso contra su padre y si tiene algún familiar que pudiese reclamar su custodia.

La segunda cuestión quedó aclarada con rapidez, pues ya lo había consultado a su mayordomo. No poseía más familia y por tanto nadie la reclamaría. En cuanto a su padre, el marqués le expuso cuáles serían los siguientes pasos en su proceso inquisitorial, comunes a cualquier otro encausado.

Le justificó que todo dependía de su disposición a reconocer su culpa. Si lo hacía pronto, podría volver a ser libre en torno a los tres o cuatro meses. Pero si se negaba a ello, los siguientes trámites de solicitud de testigos, declaraciones y defensas podían alargar el proceso mucho más tiempo. Si por obra de todo lo anterior se probaba su delito, la pena consistiría en un destierro a galeras de al menos cinco años.

—En resumen, en el peor de los casos pueden pasar siete años hasta que consiga ver a su hija, y en el más favorable unos cuatro meses. —El marqués empezaba a imaginar las intenciones de su amiga.

—Entendedme si os digo que necesito hacer algo por ella, pues su desgracia pesa sobre mi conciencia. Os pido que me permitáis acogerla en mi casa durante el tiempo que en cualquiera de los dos casos dure su ausencia. Sabéis que le procuraré todo el cuidado y cariño que requiere.

—Por mi parte no encuentro mejor solución que la que me proponéis. Os concedo la adopción temporal de la pequeña siempre que me permitáis visitarla con frecuencia.

Zenón adivinó la ansiedad de Faustina por abandonar su residencia por encima de su expresión de alegría, e hizo llamar a un paje para que fuera preparando su transporte.

Tal vez fue sólo fruto de su imaginación o resultado de la mucha tensión vivida, pero a los pies del carruaje y mientras las despedía, Ensenada creyó ver en aquella última, directa, e infantil mirada que la niña le dirigió, el reflejo de un odio y de una ira que parecía llevar impreso el sello de la muerte.

En Madrid.
Año 1747, 1 de febrero

Un robusto inglés de aspecto empalagoso y voz quebrada había sido el hombre asignado por la asamblea para recibir y adoctrinar a un general del ejército del rey Fernando VI en su ceremonia de iniciación a la fraternidad.

El aspirante, que además de militar ostentaba el título de conde de Valmojada, le seguía en silencio por un estrecho y oscuro pasillo, recién aprobada su hombría de bien por los treinta hermanos que componían aquella primera logia fundada en España por lord Wharton. A su alegría por haber superado ese primer trámite, al conde le acompañaba en esos momentos una viva sensación de vergüenza después de haber tenido que escenificar una ridícula fórmula de presentación que le había llevado a aparecer ante ellos con los ojos vendados, el pie derecho en chinela y una soga anudada al cuello.

Ahora, a las puertas de una habitación en penumbra, el inglés le explicaba cómo debía resolver las siguientes etapas a las que tenía que enfrentarse si quería ser nombrado masón.

—Como candidato a aprendiz vas a pasar por cuatro pruebas que de un modo intuitivo te ayudarán a emprender la búsqueda de tu auténtico ser. En el mismo orden del universo es donde encontrarás las claves que te serán útiles para despojarte de tus errores; así, podrás luego discernir lo verdadero de lo que no lo es. Imagínate que eres una roca sin pulir; debes localizar las herramientas necesarias para ir dándole forma.

—¿Qué espera la fraternidad que haga dentro de esta habitación, que más bien parece una cueva? —preguntó el profano al hermano introductor, desprovisto ahora de la venda.

—En esta cámara de reflexión deberás adentrarte en la tierra, enterrarte y sembrarte en ella para que tu fruto luego ascienda hacia lo esencial. Reflexiona sobre la muerte; haz balance de tu vida. Testamenta de ella la esencia de ti mismo. Entre sus paredes, y en su interior, encontrarás algunos objetos e inscripciones que te ayudarán. No te limites a verlo todo bajo sus formas reales; te producirán sensaciones que debes luego explorar e interpretar.

—¿Debo contaros después lo que he concluido?

—No. Tu viaje debe ser íntimo y tus palabras innecesarias. Recuerda, que el silencio es la primera piedra del templo de la sabiduría.

Sin más explicaciones el hermano le cerró la puerta y se dirigió hacia la logia, donde se concentraban el resto de los asistentes. Tocó a la puerta tres veces, se arregló el mandil y el medallón que colgaba de su cuello, símbolo que le identificaba como maestro del taller o logia, y entró en ella con una amplia sonrisa.

Tras unos segundos el general y conde de Valmojada, Tomás Vilche, observó el interior de aquella pequeña cámara ayudándose de la luz de una vela. Una tosca mesa de madera con un trozo de pan, junto a una jarra de agua y un puñado de sal, constituía su único mobiliario.

Recorrió sus paredes empezando desde su cara norte. En ellas encontró diferentes frases escritas que dirigían al neófito a la reflexión. Leyó en una: «Si la curiosidad te ha conducido hasta aquí… vete» y al lado «Conócete a ti mismo». En la pared del sur, una sentencia le proponía: «Si tienes miedo… retírate», o también «Polvo eres y en polvo te convertirás». En una de sus esquinas, reposaba una calavera con dos fémures cruzados.

Aquel conjunto de mensajes junto al aspecto de gruta sepulcral, invitaban a descender a lo más oscuro, al centro de la tierra, como primer elemento de la naturaleza. El hermano le había dicho que era allí donde debía empezar a conocerse, a despojarse de sus atributos materiales para estar preparado luego a la iluminación de su yo espiritual. Allí debía reflexionar sobre sus deberes hacia los demás, hacia el Ser Supremo, hacia él mismo.

El general pasó una hora a solas en aquel lúgubre recinto, a la espera de nuevos acontecimientos. Era consciente de que, para que su misión fuera eficaz, debía acometer con disciplina y absoluta entrega aquella ceremonia iniciática, y así lo hizo. Meditó sobre sus actos, murió a su viejo ser para renacer más desprendido a una personalidad más elevada, en búsqueda de su otro ser; el trascendente, y escribió un testamento que le fue requerido después.

—¿Estás preparado para la iluminación? —El rostro del hermano responsable de su iniciación se asomó por la puerta.

—Ahora me siento más libre y dispuesto a formar parte de esta fraternidad —respondió el conde.

—De nuevo te taparé los ojos para que entiendas tu actual falta de conocimiento, tu ceguera que se genera por tu ignorancia y soberbia. Después, te conduciré hasta las tres siguientes pruebas, donde el aire, el agua y el fuego purificarán por completo tu entendimiento hasta permitirte que veas de nuevo, libre ya de tus limitaciones.

Después de un corto paseo, el conde de Valmojada escuchó un violento golpe sobre una puerta, y otros dos después, desde el otro lado de la misma. A continuación,

una rápida sucesión de diferentes voces.

—¡Venerable, a la puerta del templo llama un profano!

—¡Ved quién es, hermano! Y sabed por qué osa turbar nuestros solemnes trabajos.

Otra voz parecía contestarle.

—¿Quién se atreve a entrar en el templo? —Alguien, desde el interior, le respondió—: ¡Es un profano que pide ser admitido entre nosotros, libre y de buenas costumbres!

—En cuanto nos abran —le advirtió su acompañante—, mantén la cabeza hacia abajo en señal de humildad, actitud necesaria para que todos entiendan que vienes a ellos desprovisto de cualquier interés mundano, sin privilegios ni posesiones. Dame todo lo que lleves de metal, joyas y anillos; los mostraré a tus futuros hermanos como prueba de tu rectitud. Y sobre todo, mantente en silencio hasta que te pregunten de un modo directo.

—Si es libre y de buenas costumbres pídele su nombre, el lugar de su nacimiento, edad, en qué religión ha nacido, su estado civil y su vivienda actual.

—Se llama Tomás Vilche, nació en Logroño, de cincuenta años de edad, católico de nacimiento, casado y vive en Madrid en su propio palacio, en las inmediaciones de la puerta de la Vega. —En voz alta, su hermano introductor respondió a la pregunta.

—¡Haz entrar al profano!

El ruido de los goznes de la puerta significó que empezaran a caminar hacia su interior. A los pocos pasos, el general recibió una punzada en su pecho izquierdo.

—¿Qué sentís, señor? —El conde guardó silencio—. Con el uso de esta daga, simbolizamos la pena que podríais padecer si negáis a la sociedad a la que pretendéis pertenecer.

—¿Qué es lo que pedís? —le inquirió otra voz que sintió cercana.

—Pido ser admitido masón —contestó con firmeza el general.

—¿Os presentáis ante nosotros por vuestra propia voluntad y sin coacción? —le preguntó el anterior.

—Sí, señor.

Desde el fondo de la sala, una suave voz, que también apreció firme, le advirtió:

—Reflexionad antes sobre la petición que nos hacéis. Vais a pasar por pruebas terribles que requerirán de vos una firmeza heroica. ¿Estáis decidido a sufrirlas?

—Sí, señor. —Su determinación a introducirse en aquella misteriosa sociedad contribuía a dar más seguridad a sus palabras.

Aquel hombre que a continuación se presentó como el Gran Maestre de la logia, le definió varios principios morales necesarios a todo masón, referidos a la libertad, la moral y la virtud.

—Todo asociado tiene deberes que cumplir —siguió hablándole—. Aceptarlos

sin conocerlos sería imprudente por vuestra parte. El primero, es demandaros vuestro silencio sobre todo lo que hayáis podido ver o escuchar, o de lo que veréis y sabréis más adelante. El segundo deber, será el de combatir las pasiones que deshonran al hombre, practicar las virtudes, socorrer al hermano por encima de todo, aliviarle en su infortunio, asistirle con vuestros consejos. Vuestros próximos hermanos serán el destino final de vuestra buena obra; rechazarlos es un perjurio, delatarlos la peor traición. Y vuestro tercer deber —continuó el venerable— será mantener una obediencia sin fisuras a todos los estatutos, normas, directrices, leyes y prescripciones que partan de esta logia a la que pretendéis pertenecer. —Hizo una pausa—. ¿Sentís dentro de vos la fuerza y determinación necesaria para aplicarlas como normas de vida de ahora en adelante?

—Sí, señor. ¡La tengo!

—Antes de seguir, requiero de vos un juramento de honor con la ayuda de una copa sagrada. Si sois de verdad hombre recto bebed, pero si en vos habita la falsedad y la mentira no juréis, pues el efecto que os producirá será tan terrible como letal. ¿Deseáis iniciar vuestro juramento?

—Sí, señor.

—Haced que el aspirante se aproxime al altar. —Una mano le agarró del brazo y le hizo caminar a ciegas hasta otro punto de la habitación.

—Hermano sacrificador, presentad a este profano la copa sagrada; aquella que no debe beber si pretende traicionarnos.

El general sintió el metal sobre una de sus manos. Acercó los labios a su borde y bebió.

—Señor, si vais con engaño, aún podéis retiraros sin que notéis su perjuicio. Os quedan pruebas muy difíciles. Si no tenéis la fuerza suficiente para soportarlas estáis a tiempo de iros. ¿Persistís?

El conde de Valmojada afirmó con rotundidad.

—Hermano terrible, conduce a este profano a realizar su primer viaje y vigila que no padezca en demasía.

El mismo brazo que lo sujetaba hizo que caminara alrededor del perímetro mientras escuchaba un estruendo como de sables chocando entre sí. Tras ello, oyó la voz del venerable.

—Este primer viaje es el propio de la vida humana, suma de pasiones, de obstáculos. Os lo hemos figurado a través del ruido y de la desigualdad de la ruta que acabáis de recorrer. ¿Queréis afrontar un segundo viaje?

—Sí, señor.

Otra vez el hermano terrible, sujeto a su brazo, le desplazó hasta otro punto donde alguien preguntó:

—¿Quién va?

—¡Un profano que persigue ser masón! —contestó el que le guiaba.

—¿Cómo pretende eso?

—¡Porque es libre y de buenas costumbres!

—Puesto que es así, que siga para ser purificado por el agua.

Tuvo que pasar por dos trances parecidos en sus siguientes desplazamientos, purificándose con el aire y el fuego. Una vela quemó su piel, y el aliento de otro de los presentes le renovó el aire. Tras ello, el venerable volvió a dirigirse a él.

—Cada profano que desea ser masón deja de pertenecerse para convertirse en un miembro más de nuestra fraternidad. Para que en cualquier logia seáis reconocido como tal, se os marcará con fuego un sello, conocido sólo por los masones. ¿Consentís en recibirlo en vuestro cuerpo?

—Será un honor —respondió el general. Así lo hicieron.

—Pido a todos los hermanos que se pongan en pie. Vamos a asistir al sagrado juramento de un nuevo miembro. ¡Profano, repite conmigo! —Se dirigió al conde—: «Juro y prometo por mi libre voluntad, en presencia del Gran Arquitecto del Universo y de esta respetable asamblea de masones, solemne y sinceramente, no revelar jamás nuestro gran secreto y ninguno de los misterios de la fraternidad masónica que van a serme confiados, no escribirlos jamás, ni trazarlos o grabarlos bajo pena de que se me corte la garganta, se me arranque la lengua y sea desterrado al más lúgubre de los destinos».

Dio tres golpes con algún instrumento contundente, y ordenó que se le retirara la venda. El conde de Valmojada comprobó la presencia, a ambos lados, de un grupo de hombres armados con espadas, dirigidas hacia él.

—Observa profano; esas espadas estarán siempre listas para atravesar tu pecho, si alguna vez violarais nuestros juramentos.

Con otro golpe, ordenó que le vendaran de nuevo.

—¡Hermano primer vigilante! Tú que te proteges bajo una de las dos sagradas columnas, símbolos de la dualidad universal, del bien y del mal, del blanco y el negro ¿le juzgas digno de ser admitido entre nosotros?

—Sí, venerable maestro —contestó.

—¿Qué pides entonces para él? —añadió el venerable.

—¡La gran Luz!

—Retiradle la venda. —El conde comprobó que todos los presentes habían bajado sus espadas, dirigiendo sus puntas ahora hacia el suelo—. ¡Que la luz le sea dada a mi tercer golpe! —concluyó el venerable.

Luego le pidió que renovara su juramento, como así hizo el general. Le mandó acercarse. La espada que portaba en su mano izquierda fue apoyada sobre su cabeza, una vez que éste quedó de rodillas frente a él.

—A la gracia del Gran Arquitecto del Universo, en nombre de la Gran Logia de

Inglaterra, en virtud de los poderes que me han sido conferidos por esta logia, os creo, recibo, y constituyo como aprendiz masón, primer grado, y miembro de la logia de Las Tres Flores de Lys.

Golpeó la hoja de la espada con un mallete tres veces y continuó.

—Hermano, de ahora en adelante, no recibiréis otro calificativo distinto que el de masón. Acércate a mí para recibir el primer beso fraternal.

Tras ello, le ciñó un mandil de piel blanca.

—Llevad este mandil. Es un símbolo de trabajo y os dará derecho a estar con nosotros. Mantenedlo con su reborde levantado.

Recogió unos guantes blancos y se los entregó.

—Recibid estos guantes de parte de vuestros hermanos. Son símbolo de limpieza ante el vicio y la corrupción. Vuestras manos deberán permanecer siempre limpias. —El conde y general se los puso, y miró el rostro del venerable, un inglés que luego supo se apellidaba Wilmore.

—Sólo resta que conozcáis nuestros signos que nos identifican, y después el toque —continuó el inglés—. Cuando te lleves la mano derecha a la garganta, con los cuatro dedos juntos y el pulgar formando escuadra con los demás, estarás recordando el juramento que acabáis de hacer y el castigo que lleva ligado su infracción. Si quisieras darte a conocer a un hermano, que sospechas es masón, presiona con la uña de tu pulgar la primera falange de su índice, dándole a continuación tres golpes iguales. Con ello, le estarás pidiendo que te revele la palabra sagrada, que es Jakin. La deberéis dar al guardián del templo cada vez que queráis entrar en él. —Le señaló con el dedo la dirección que debía tomar—. Id ahora a presentaros, con los toques y signos que acabáis de aprender, a los hermanos vigilantes.

El conde se dirigió hacia las dos columnas que tenían como nombre Jakin y Boaz y saludó a sus dos hermanos con los símbolos aprendidos.

—Las palabras, signos y toques del nuevo hermano son justos y correctos —declararon ambos.

—¡En pie y al orden, hermanos! —proclamó el venerable—. En nombre de la Gran Logia inglesa, en virtud de los poderes que me han sido conferidos, proclamo al hermano que veis entre las dos columnas, aprendiz masón. Os animo a reconocerle a partir de ahora como tal, socorrerle en toda ocasión, pues jamás dejará de cumplir las obligaciones que acaba de contraer con nosotros. —Levantó los brazos invocando algún poder trascendente—. ¡A mí, hermanos, por el signo, la batería y la aclamación! ¡Huzzé! ¡Huzzé! ¡Huzzé! ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!

Todos los presentes corearon aquella soflama.

El venerable ordenó al maestro de ceremonias que le diera asiento al conde y general en su nuevo puesto dentro de la logia, y a continuación se sentó en su trono.

—¡El hermano Orador tiene la palabra! La siguiente tenida versará sobre los

peligros que nos acechan desde la perniciosa orden jesuítica que, como sabéis, nos persigue desde nuestra fundación, y también sobre alguna información que poseemos del maldito marqués de la Ensenada, que por lo visto está decidido a conseguir nuestro exterminio. —Al dirigir su mirada hacia un joven, éste se levantó desde su asiento con una carpeta llena de papeles—. Pase por favor a leernos su escrito; servirá de inicio a nuestra siguiente reflexión.

Desde su sillón el conde de Valmojada sonrió.

Por el momento, su farsa estaba funcionando.

En Cádiz.
Año 1749, 21 de septiembre

Una persistente y copiosa lluvia se había instalado desde hacía tres días sobre la bahía de Cádiz y azotaba sin misericordia los muelles y atarazanas de la base naval de La Carraca, en la isla de León.

Un poderoso buque de guerra comenzó a arriar sus velas, al enfilar la bocana del puerto por el caño que recorría el muelle principal. Dos gallardas cabezas de águila embellecían el mascarón de proa de aquel navío de setenta y dos cañones, bautizado con el nombre de *Firme*, uno de los más modernos de la marina de Fernando VI, construido en aquel mismo arsenal pocos años atrás.

Desde otro buque amarrado al muelle, el infante de marina Juan Carrasco, a su vez secretario del almirante González de Mendoza, supervisaba la descarga de la abundante provisión de maderas de roble, nogal y álamo negro que llegaba cada mes desde el puerto de Bilbao para cubrir la intensa actividad constructora del arsenal.

Nada más avistar la llegada del nuevo barco, su exasperado ánimo —bastante perturbado de antemano por las dificultades y problemas que habían surgido en las complejas operaciones del primero—, empeoró de forma sensible al conocer la conflictiva carga que transportaba.

A la vista de las primeras operaciones que se emprendían para facilitar su atraque, hizo localizar a su segundo, al que encargó de inmediato que le reemplazara en sus funciones para dirigirse a toda prisa hacia los edificios principales y transmitir a su superior la noticia de la llegada del navío.

Alcanzó los soportales que recorrían primero las viviendas de los oficiales y los despachos después, hasta llegar al almirantazgo, cuya puerta permanecía siempre custodiada por dos infantes armados. Entró como un relámpago en su interior, dirigiéndose a la segunda planta, a la sala de juntas, donde sabía que encontraría al almirante. Tocó a la puerta con cortesía, hasta que escuchó la voz que permitía su entrada.

Sobre una mesa ovalada de grandes dimensiones se encontraban dispuestos varios planos de barcos y una gran maqueta, que parecía concentrar la atención y los

comentarios de los dos acompañantes del almirante González de Mendoza. La entrada del infante no pareció atraer su interés ni ser causa suficiente para abandonar su conversación.

—Con el uso de maderas más ligeras pero firmes, como el álamo negro, conseguiremos aumentar la capacidad de armamento de los navíos y su distancia de tiro sin menoscabo de su maniobrabilidad. —El constructor irlandés Mullán llevaba tres meses entre ellos tras haber sido contratado de una forma un tanto irregular por el marino y científico Jorge Juan durante una misión de espionaje a los astilleros ingleses encargada por el marqués de la Ensenada.

—Disculpad la interrupción, caballeros —el infante Carrasco se decidió a intervenir, vista la poca atención que le prestaban los marinos—, pero me urge informaros de que acaba de llegar el navío *Firme* con la nueva expedición de gitanos que nos envían desde Cartagena.

—¡Desde hace un tiempo, parece que en este país se han vuelto todos locos! —El almirante tiró un fajo de papeles al suelo, lleno de furia—. Hace sólo tres días llegaron ochocientos gitanos varones, entre ellos doscientos niños, que ni hemos podido alojar, y ahora nos mandan seiscientos más. Por buen amigo que yo sea del ministro Somodevilla, no acabo de entender por qué ha decretado la detención masiva del pueblo gitano. —Se dirigió hacia su mesa de despacho para buscar el último correo recibido del marqués de la Ensenada, localizándolo justo encima de un grueso fajo de correspondencia—. De los doce mil detenidos el treinta de julio nos han asignado dos mil. ¡Jamás antes se vio una redada tan descomunal!

—Miradlo como una aportación de mano de obra barata que nos regala la Corona para que podamos cumplir los ambiciosos proyectos de renovación y ampliación de la flota de guerra que nos ha sido encomendado. —El intendente Varas, como segundo del almirante, pensaba en los cinco nuevos diques de construcción que tenían que estar terminados antes de tres años para acoger el montaje de los nuevos navíos y fragatas.

—Estoy de acuerdo, estimado amigo, pero no os olvidéis que son gente inadaptada y violenta, y que nuestras pésimas condiciones de alojamiento no están contribuyendo a rebajar sus alterados ánimos. De hecho, nos hemos visto obligados a tener que hacer uso de grilletes y cadenas para frenar las primeras fugas y agresiones contra nuestros soldados y empleados de los astilleros. —De un perchero descolgó un amplio gabán que le protegería de la lluvia para acudir a la descarga del navío—. No quiero ni imaginar lo que puede ocurrir con esta segunda partida.

El irlandés, que desconocía los detalles de aquel sorprendente decreto de captura, se interesó por el destino de las mujeres y niñas gitanas.

—Todas ellas —le dio respuesta el intendente— están siendo repartidas por diferentes presidios y casas de misericordia de Sevilla, Valencia y Zaragoza, con la

obligación de acometer los trabajos que les asignen para sufragar sus gastos de manutención.

Al extranjero todo aquello le resultaba tan cruel y bárbaro que reconocía un escaso talento en quien hubiera imaginado obtener beneficio alguno de aquella desgracia colectiva.

—¿Alguien puede creer que en esas condiciones, unos u otros van a querer cumplir con lo que se espera de ellos? —Su pregunta, cargada de lógica, y que en el fondo todos compartían, no necesitaba respuesta alguna.

González de Mendoza les invitó a que siguiesen con sus deliberaciones hasta su retorno, y se dirigió con su secretario hacia el puerto, escoltados por una compañía de infantería.

El perfil del navío de línea *Firme*, con sus dos puentes de cañones de veinticuatro libras cada uno, se iba acercando al borde del muelle con la fuerza de un centenar de marineros que tiraban de cuatro gruesos cabos desde las bitas del buque para amarrarlas en los norays del muelle. A pesar de la intensa lluvia, toda la tripulación se afanaba en distintas labores para facilitar la difícil maniobra de atraque.

Desde la toldilla, los oficiales gritaban las distintas órdenes, mientras vigilaban desde su borda que tanto proa como popa se desplazaran a igual velocidad y en paralelo con la línea del muelle. Un centenar de infantes de marina formaban fila en la cubierta del Alcázar dispuestos a cubrir la escolta de los presos, y varios grumetes se empleaban con ahínco en arrastrar el agua de la cubierta y en limpiarla cuanto podían.

Una vez fue asegurado el buque en sus amarres, dos agudos toques de silbato avisaron a la tripulación que subía al barco el almirante González de Mendoza. Fue recibido a pie de escalerilla por su brigadier, el capitán de navío Álvaro Pardo Ordúñez y sus veinte oficiales, tanto de guerra como mayores. Tras presentarle sus honores, el primero del barco le invitó a seguirle hasta la sala de consejo, a resguardo de la incómoda meteorología, para hacerle entrega de sus órdenes y poder comentar en privado las incidencias del viaje.

Los seis ventanales que daban a los jardines de popa repartían una tenue iluminación que apenas cubría un tercio del recinto, aunque sí a la bella mesa de roble con funciones de despacho, hacia la que se dirigieron. Los dos marinos, viejos conocidos y amigos, una vez solos, rompieron todo protocolo y se dispusieron en cómodos asientos a conversar durante unos minutos.

—No imaginaba verte aún por estos mares; te suponía navegando por las Indias. —El almirante disfrutaba de la inesperada presencia de su antiguo amigo de academia, con el que había compartido aprendizaje e instrucción en la escuela naval de San Fernando.

—En efecto, debería estar más cerca de La Habana que de aquí, pero Cartagena ha retrasado mi partida para acoger la inmensa carga humana que te envían.

—¿Cuántos? —El almirante se retiraba la peluca para poder secarse el sudor que corría por su calva, previendo que cualquier cifra que escuchase le parecería de todos modos superior a sus posibilidades. El capitán Pardo le preparó el golpe ofreciéndole una copa de anís, que él mismo le sirvió para endulzarle la amarga noticia.

—El número total que embarcamos fue de novecientos cuarenta y dos. —El rostro del almirante empalideció de modo alarmante—. ¿Son muchos más de los que esperabas?

—Trescientos más de los que me prometieron. ¡Menudo desastre se me avecina!

Sin permitirles continuar su conversación y tras obtener su permiso, un teniente entró en la sala para notificar el final de los preparativos de la apertura y descarga de las bodegas. De camino a cubierta, el ayudante les explicó que se empezaría por la más pequeña de todas; la más próxima al trinquete, y se continuaría después, por atrás, con las de mayor capacidad con la idea de no abrir ni desalojar una nueva hasta que la anterior no hubiese quedado vacía y sus ocupantes en el muelle, a cargo de los infantes del arsenal. A lo largo del recorrido por el interior del buque se había situado abundante tropa de infantería y de artillería, armados con fusiles, para evitar cualquier intento de fuga o altercado, con orden de disparar a muerte si se hiciese necesario.

El almirante González de Mendoza, y el capitán Ordúñez, se colocaron en un lateral del combés por donde se iba a dar salida a los gitanos.

Tal vez fue el efecto del pútrido y nauseabundo olor que comenzó a surgir desde aquel agujero o quizá el asqueroso y lamentable aspecto que presentaban los primeros reclusos que asomaban al exterior, o la suma de ambos, lo que les hizo retirarse un tanto hacia atrás, no se sabe si buscando un poco de aire puro, o por un instintivo rechazo a lo que sus ojos veían.

Heridas ennegrecidas por la gangrena en piernas, muñecas o en espaldas desnudas. Miradas muertas y ausentes en los más viejos y cuerpos secos y arrugados por la enfermedad en los niños. El oscuro odio que parecía recorrer las venas de los más fuertes se mezclaba con la pálida resignación de los que caminaban abandonados a su fatal destino. Jirones de sucia ropa colgando de todos, y siempre, flotando a su alrededor, ese penetrante olor que desprendían, mezcla de excreciones humanas, muerte y putrefacción. Se escucharon disparos en el interior del barco, donde algunos gitanos quisieron dejar rubricado en sangre su honor, estampado junto a sus vísceras, sobre paredes y suelos. Otros, ya en el exterior, no llegaron a alcanzar la escalerilla de salida al morir atravesados por lanzas o espadas cuando se abalanzaban sobre la tropa, sin más objetivo que terminar con aquel tormento cuanto antes.

Cuando asomaba la tercera remesa desde la última de las bodegas, un teniente de

navío les informó que en la primera se habían contado cuarenta cadáveres, tres de ellos niños, abandonados entre hambrientas jaurías de ratas, charcos de orines y una apestosa suciedad.

Pasadas dos horas, los últimos gitanos abandonaban la embarcación dejando a sus espaldas una veintena de cuerpos abatidos en cubierta, y un saldo final de ciento ochenta y seis cadáveres. Sólo setecientos cincuenta y seis, de los novecientos cuarenta y dos que habían embarcado en el puerto de Cartagena, fueron conducidos hasta las instalaciones del penal.

Los dos mandos militares, al igual que los demás espectadores de aquella horrenda función, sabían cuán inútiles resultaban las palabras para poder expresar la atrocidad de lo vivido y sobreponerse de aquel desastre. Un sobrecogedor silencio se instaló en todo el barco durante las horas siguientes.

—Me voy al penal para ver cómo se puede organizar esta catástrofe. —El almirante rompió a caminar mirando a un cielo que, por fortuna y tras varios días ocupado con negras nubes, había resuelto regalarles una cálida tregua de sol. A mitad de su descenso, se volvió hacia atrás para tratar de retener en su memoria una nueva imagen de aquel barco que ahora brillaba por el efecto purificador del sol. De sus maderas se desprendían vapores de humedad acumulada, como queriendo liberar de su ser todo resto de muerte y sangre, y sus mástiles parecían ascender hasta rasgar las nubes con el deseo de evitar que ninguna nueva sombra lograse oscurecer su noble porte.

El almirante caminaba al lado de su secretario en dirección al penal de las cuatro torres, donde le esperaba una complicada tarea. En el pasado, aquella cárcel había sido pensada sólo para acoger a los presos juzgados por delitos de robo o sangre de todo el sur de Andalucía pero desde hacía un tiempo y debido a las necesidades de mano de obra para levantar nuevas defensas en los grandes puertos del Caribe, el Rey había ordenado el envío de todos los prisioneros disponibles hacia las Indias como mano de obra barata.

Mientras recorría los últimos metros que le restaban por alcanzar las puertas del penal, recordaba el último brote de tifus que había diezmado la población de reclusos y las denuncias de los médicos del arsenal por la absoluta falta de higiene y la desnutrición a que se veían sometidos con la escasa ración que recibían. Aquellos problemas le parecían pequeños para los que ahora se le presentaban. Decidió que su amigo el capitán de navío Pardo, de ruta hacia La Habana, podía ayudar a rebajarlos llevándose algunos centenares, aunque tuviese que escribir al mismísimo marqués de la Ensenada para que éste lo autorizara. Pensó, que la mejor manera de exponerle su necesidad sería invitándole a cenar esa noche en su residencia y en compañía de su mujer María Emilia, que seguro apreciaría también su visita.

—¡Carrasco! Vaya usted de nuevo al barco y diga a su capitán que le espero a

cenar. Y de camino, ordene de mi parte que acudan de inmediato al penal todos los médicos disponibles. Luego, vuelva para ayudarme. —El infante partió corriendo de vuelta al puerto, jurando en su interior contra el almirante y contra su propio sino, pues ese día él parecía el único que trabajaba en toda la base naval.

Pasada una semana de la llegada de los últimos gitanos al arsenal de La Carraca, una doble hilera de presos salía del penal a primera hora de la mañana hacia un fangoso entrante de mar, al oeste del puerto, donde se trabajaba en una vasta excavación que alojaría dos diques secos, los primeros que vería un astillero en España, bajo las indicaciones del científico y marino Jorge Juan.

Ya hacía tres jornadas que el navío que les había servido de transporte desde Cartagena había levado anclas para dirigirse al puerto de La Habana con la carga de casi quinientos hombres, lo que había dejado al penal con un aforo más cercano a sus posibilidades y algo más satisfecho a su almirante en jefe tras haber logrado la ayuda de su amigo Álvaro Ordúñez.

Timbrio Heredia y su hermano Silerio encabezaban la comitiva, sin dejar de ser vigilados ni un solo segundo por cuatro de los cuarenta guardias del penal que acompañaban a diario a los presos. Su marcado carácter violento y las heridas de dos infantes de marina, encargados de su vigilancia en los patios de la prisión, así lo habían aconsejado.

Habían sido detenidos el fatídico treinta de julio en una población cercana a Madrid donde residían desde hacía más de quince años, dedicados a la explotación de una herrería que gozaba de un asentado prestigio y abundante trabajo. Aunque no permitieron que el arresto se saldase sin el cobro de alguna vida, y fueron dos los militares que no lograron superar sus habilidades en el uso de la navaja, no pudieron regalar con idéntico trato al resto, que se emplearon así con mayor saña contra ellos, inmovilizándolos con cadenas y cuerdas, y moliéndolos a palos y patadas después.

Timbrio tenía mujer y dos hijas, ambas de corta edad. Su hermano, que acababa de casarse con Amalia —la prima más joven que tenía su mujer—, aún no había tenido descendencia. Pudo ser su juventud y belleza o una calculada y cruel venganza, lo que convirtió a la recién casada en destinataria de los abusos de aquellos soldados, que practicaron a la vista de los dos hombres maniatados y de las mismas niñas, con la impiedad de ser invitadas a observar aquello que les podía pasar también a ellas de no obedecer sus órdenes. Las lágrimas que corrían por las mejillas de las niñas contrastaban con la serenidad de la joven víctima, que no perdía el orgullo de su honra y con el odio tiñendo sus pupilas. Si algo les quedó marcado de por vida a los dos hermanos gitanos, aparte del cruento desfile de vilezas a que todos fueron sometidos, fue que ninguno de los vecinos que asistieron al espectáculo trató en ningún momento de asistirles. Allí estaban muchos de sus clientes, incluso más de un

noble y algún que otro eclesiástico, y a todos consideraron desde ese momento cómplices del delito, con igual culpa que los primeros.

Supieron después que sus bienes habían sido repartidos entre el corregidor, dos justicias, y el oficial que dirigió la detención. Contra éstos, y contra todos los que presenciaron su deshonrosa captura, se juraron empeñar sus vidas en procurarles una despiadada venganza.

Al subir una pequeña loma se cruzaron con otra caravana, formada por niños pequeños, que también se dirigía a trabajar a los talleres. Algunos parecían cadáveres andantes, a la vista de su extrema delgadez.

—¡Fíjate en esos pobres diablos, los tratan peor que a animales!

Un seco golpe en una de sus cejas le abrió una herida por la que empezó a brotar abundante sangre. El guardia que se había empleado contra él le gritó que dejase de hablar en su jerigonza y que se limitara a caminar callado como los demás.

La mujer del almirante, doña María Emilia Salvadores se dirigía con sus criadas a oír misa de ocho y también se cruzó con los pequeños gitanos, cuando éstos atravesaban la explanada principal en dirección al taller de carpintería y calafatería.

Sobrecogida por el lamentable aspecto que presentaban en general, le atrajo uno que destacaba por su desaliñada cabellera abarrotada de rizos de un vivo color rubio. Podría tener unos trece años. Su delgadez aún era más exagerada que el resto, y cerraba el grupo en un triste y aislado caminar que le hacía parecer más huérfano que los demás.

Se dirigió a una de sus acompañantes, confiándole el encargo de informarse sobre el nombre y situación de ese chico tan pronto como pudiera. Se detuvo hasta verle desaparecer por detrás de una esquina, con una extraña sensación de vacío, y sin entender por qué, ardió en deseos de salir a su encuentro para acogerle entre sus brazos.

La imagen de aquella criatura le acompañó durante toda la misa, y estuvo presente en las consultas a su confesor, aunque éste sólo supo interpretar aquellos impulsos como reflejos de su insatisfecho instinto maternal.

De vuelta a su residencia, María Emilia meditaba sobre aquel suceso con el ánimo perturbado pues, sin saber cómo, el niño le había hecho enfrentarse a aspectos de su vida que no funcionaban desde hacía tiempo, como si él fuera la llave que abriese en ella una puerta sin retorno, por ciego que fuera el destino que la dirigiera.

No muy lejos, su marido se desesperaba al comprobar a pie de obra el escaso rendimiento en el trabajo de los gitanos. Para acometer la construcción de los nuevos diques habían tenido que desviar el curso del caño que bañaba esa zona para poder trabajar en seco, pero el terreno contra el que se enfrentaban seguía resultando demasiado húmedo, cuando no era puro fango.

Los hombres tenían que cavar en un bancal casi imposible, donde sus piernas se

hundían hasta las rodillas y los grilletes y cadenas sólo complicaban aún más sus movimientos. Aunque en cada dique trabajaban mil hombres, si evaluaba su avance, éste resultaba tan escaso que parecían contar con menos de cien.

Se quejaban de forma constante, unas veces por la incomodidad de sus ataduras, otras por la poca comida que recibían, y siempre por las duras condiciones de la faena.

Las peleas e intentos de fuga eran tan frecuentes que casi toda la tropa del arsenal se dedicaba más a las tareas de vigilancia para contener sus desmanes que al resto de las habituales labores de la base.

—Por favor, ¡escúcheme, mi señor!

El secretario Carrasco trataba de atraer su interés para que abandonara su estado de abstracción.

—Se están produciendo fuertes altercados en los talleres donde se ensamblan las cuadernas de la nueva fragata *Victoria*. —Su enrojecido rostro justificaba la prisa que había empleado en localizarle.

El almirante suspiró bastante anonadado. Aunque le pareciera imposible llegar a imaginar peores males de los que ya tenía, la realidad parecía disfrutar regalándole nuevas posibilidades.

—¿Cómo ha empezado todo? —Avanzaba a paso rápido hacia el lugar de la reyerta.

—Esta vez se trata de una docena de gitanos que están encargados de fabricar propaos para las nuevas fragatas. Como andan con yunques, martillos y fuego, nadie pensó que pudieran llegar a darles otro uso que el esperado. Pero así lo han hecho, y sin haber mediado disputa alguna han abierto la cabeza a diez operarios, a otros cinco les han aplastado las costillas y, cuando los dejé, peleaban cuerpo a cuerpo contra quince de nuestros soldados, a la vez que trataban de quemar la abundante provisión de madera del almacén.

—¡Juro que esta vez lo pagarán!

González de Mendoza apretaba con furia sus puños, y aceleraba el paso, sable en mano, para alcanzar el taller, dispuesto a apagar como fuera aquel levantamiento.

Un denso y negruzco humo salía por ventanas y techo de una nave que ya ardía en un tercio de su longitud, mientras por la puerta entraban nuevos refuerzos de infantería y salían otros malheridos.

En un confuso tumulto, una decena de gitanos peleaban de forma furiosa entre espirales y volutas de humo contra una veintena de soldados, sirviéndose de estacas, martillos y barras de hierro que blandían para contrarrestar sus afilados aceros.

El almirante no atendió a las súplicas de su secretario, cuando éste le pedía que dejara a los infantes hacer su trabajo, ni pudo parar su valiente carrera en dirección a uno de los insumisos. Si éste primero, no estuvo ágil para defenderse de su ataque,

pues su estómago recibió el sable hasta rozar la empuñadura, tampoco la tuvo el almirante al recibir un fuerte martillazo en su espalda de parte de un segundo, que consiguió romperle de un golpe la columna y hundirle el cráneo a continuación.

El fatídico resultado fue tan inesperado para todos que ambos contendientes se detuvieron unos segundos, entre miradas confusas, antes de volver a enfrascarse en una pelea aún más sangrienta y feroz, que terminó con la muerte de todos los sublevados y de otros diez infantes más.

Delante del marqués de la Ensenada, y a expresa pregunta suya, María Emilia le resumió sus sensaciones desde la noticia de su viudedad.

—Con el aviso de su muerte me sentí destrozada. En su entierro, aturdida por las diez series de veintiún salvas de cañón y la mezcla de olor a pólvora y tierra. Y hoy, extraviada durante su solemne funeral.

—Creedme que siento como propia la pérdida de vuestro esposo. —El marqués tenía la voz quebrada y recogía una lágrima que resbalaba por su mejilla—. Ha sido el más fiel de todos mis colaboradores, además de un buen y leal amigo.

Aquellas palabras de elogio, aunque eran sinceras y agradables a cualquier mujer que hubiese perdido a su marido, y de más calado partiendo de quien las decía, no conseguían mejorar el ánimo de María Emilia.

—Desconozco si habéis decidido qué hacer a partir de ahora, pero os pido que tengáis en cuenta el consejo que os voy a dar; veníos a vivir a Madrid, lejos de estos lugares tan cargados de oscuros recuerdos. Si lo hacéis, al sentirme en deuda con vuestro marido, me encargaré de buscaros casa, empleados, y suficiente renta para que podáis vivir sin estrecheces.

—Agradezco vuestro generoso ofrecimiento. —María Emilia valoró aquella inesperada propuesta durante unos segundos, hasta que se decidió a hablar—. Puedo adelantaros, que la idea no me desagrada —una nueva vida, en el sugestivo y animado Madrid, le resultaba interesante—, aunque necesite todavía algunos días más para poder madurar mi situación.

—Lo comprendo, y ahora debo dejaros. —Se levantó para tomar de nuevo camino hacia Madrid, donde le esperaban sus habituales asuntos de gobierno—. Pero si os decidieseis a seguir mi consejo, hacédmelo saber por carta y con cierto tiempo, para que todo esté preparado a vuestra llegada.

María Emilia Salvadores se cuidó de llevar luto riguroso y de encargar catorce misas por el alma de su difunto, tantas como años había durado su matrimonio, a las que acudía a primera hora de la mañana para reservarse el resto del día en pensar y organizar la laboriosa mudanza a Madrid. También dedicaba un rato, casi siempre al

finalizar la tarde y asistida con escaso ánimo, a escribir numerosas cartas a familiares y amigos, informándoles de lo ocurrido.

Cuando un día supo que iba a salir un transporte a La Habana, escribió unas notas cargadas de nostalgia al capitán de navío Álvaro Pardo Ordúñez, solicitándole con verdadero ardor que la visitara en Madrid en cuanto le fuera posible. Para María Emilia, Álvaro no era tan sólo un amigo. Con él se había dejado arrastrar en una desenfrenada carrera llena de pasiones y secretos durante el tiempo que había estado destinado en el arsenal.

Una de aquellas tardes, mientras calculaba el número de baúles que podrían salir hacia su nueva casa, cuya dirección había sido ya decidida e informada en carta manuscrita del marqués, una de sus criadas le mencionó un asunto que había olvidado por completo.

—Si mi señora recuerda, el mismo día que falleció su marido, que Dios le tenga en su gloria, me solicitasteis una información sobre un chico gitano que ya dispongo desde hace días. He dudado si seguiría siendo de vuestro interés con todo lo ocurrido, pero prefiero que lo decidáis vos.

La evocación de la enternecedora estampa de aquel niño, hizo que María abandonara aquellos papeles que le habían ocupado toda la tarde.

—Por supuesto que sigo interesada. ¡Contadme qué habéis sabido de él!

—Se llama Braulio y de apellido Montoya. El chico dice tener trece años y ser oriundo de Almería, aunque no se imagina lo que me ha costado conseguir que hablara. Como nadie sabía nada de su familia, tuve que dirigirme a él para ganarme su confianza, lo que ha resultado de lo más espinoso por causa de las crueles experiencias por las que ha pasado en su corta vida, que luego os relataré. Antes, he de explicaros la causa del rechazo que padece por parte del resto de los gitanos; es por el color de su pelo.

—Recuerdo que era rubio y con abundantes rizos… —también enmarañado y sucio, pensaba María Emilia—, pero no entiendo qué tiene que ver con la exclusión a que haces referencia.

—Los gitanos no quieren mezclar sus sangres con ninguna otra raza y como el color rubio no es propio de su condición, entienden que el niño ha sido fruto de un matrimonio impío, y por tanto no reconocido por ellos.

—Ahora recuerdo que parecía caminar aislado del resto de los niños. —A María Emilia, saber que estaba desahuciado por los más desheredados de la tierra le resultaba tan cruel como irónico—. ¿Y qué has sabido de sus padres? ¿Tiene familia en alguna parte?

—Eso me llevó más tiempo y espanto, sobre todo cuando supe lo que les sucedió.

La criada le contó lo ocurrido.

—El treinta de julio del año anterior recibieron en su domicilio de Vera la visita

de un alguacil y varios soldados con un mandato de detención. Me contó que en un primer momento su padre se puso a discutir la inoportunidad de aquella orden, al no ser gitano y no afectarle la pragmática, pero no consiguió convencerles y se dispusieron sin más excusas a arrestarles. Al ver la poca eficacia de sus protestas, el hombre se lanzó a un violento forcejeo contra ellos para distraer su atención sobre su mujer e hijo, a los que empujó para que escaparan hacia la iglesia a pedir refugio en ella. Así lo hicieron, perseguidos por tres soldados, hasta que consiguieron entrar y buscaron de inmediato el auxilio del párroco. En un primer momento, éste los recogió movido por la caridad, pero sin haber pasado ni una hora los entregó a las fuerzas militares acogiéndose a la dispensa de obligado refugio que había sido dictaminada contra los gitanos. Los soldados dijeron que habían perdido demasiado tiempo con ellos; ésa debió de ser la causa de su ira contra la madre, a la que asesinaron sin piedad en las mismas escaleras del templo y a la vista del niño. Su padre había corrido idéntica suerte un poco antes, y de no haber sido por la llegada del corregidor él mismo hubiera muerto a manos de uno de los soldados, que parecía decidido a teñir con más sangre sus manos y espada.

La criada acompañaba el relato con lágrimas, sobrecogida todavía por el relato del niño.

—¡Pobrecito! Tan pequeño como es y la vida le ha robado lo que a otros les es dado como normal; tener unos padres, crecer en afecto, jugar con sus amigos. —María Emilia se explicaba, en parte, su instintiva reacción de protegerle cuando le había visto por primera vez.

Una vez sola, pasaron por su mente las sensaciones que había experimentado aquel día y cómo había creído ver en él la llave que podría abrirle una nueva puerta en su vida. Le embargaba la idea de pedir su adopción, pues en sus circunstancias poca discusión le iba a llevar conseguirla, pero se sentía sin la necesaria disposición para cumplir un papel de madre y viuda, en una nueva ciudad desconocida para ella.

Los tres carruajes y su escolta abandonaban la que había sido residencia del almirante González de Mendoza y de su mujer María Emilia Salvadores, para emprender el largo recorrido que separaba las ciudades de Cádiz y Madrid.

Cuatro criadas acompañaban a la viuda del almirante que viajaba en la del medio, con la escolta de cinco infantes de marina y los salvoconductos firmados por el nuevo responsable del arsenal.

Desde su ventanuco, María Emilia observaba cada uno de los edificios por los que pasaba la comitiva, segura de que dejaba en ellos una gran parte de sus recuerdos y muchos sueños entre sus piedras. Lo había meditado despacio y dejaba también atrás la idea de adoptar a aquel niño, aunque ésa había sido una de sus más difíciles decisiones.

Recorrieron la avenida principal de las palmeras hasta la altura de los talleres, sin que María Emilia dejara de grabar aquellas imágenes que se iban sucediendo a su paso. Y allí lo vio; sus ojos se encontraron por un instante. Estaba en el suelo, rodeado de otros niños gitanos que pateaban entre risas su escuálido cuerpo, a la vista del que sabía que era jefe de guardia del arsenal.

Hizo detener el carruaje y bajó corriendo en su ayuda ante la sorpresa del resto. Su presencia asustó a los pequeños agresores que salieron de allí espantados al ver a la mujer y a los dos infantes que la seguían. María Emilia recogió el magullado cuerpo de Braulio y pidió explicaciones al hombre, que no encontró excusa mejor que la de manifestarse del todo desbordado por la sucesión de problemas que se le habían presentado aquel día para tener que atender una inocente riña infantil. Incluyó en su descripción, la fuga de dos peligrosos hermanos gitanos apellidados Heredia y un nuevo motín en uno de los talleres.

Subida en su carroza, María acariciaba con cariño aquellos rizos dorados, embargada por el remordimiento de no haber tomado antes aquella decisión.

Cuando el niño volvió a poner sus ojos en los suyos, entendió que aquella mujer iba a estar presente para el resto de su vida.

En Madrid.
Año 1751, 7 de julio

Podía resultar impropio de un embajador recibir a una visita en los sótanos de su palacete, entre miles de botellas dormidas en su crianza y dos grandes toneles llenos de whisky de Escocia, pero aquel asfixiante calor que soportaba Madrid por esas fechas apenas cedía pocos grados durante la noche, y para Benjamin Keene, su máximo responsable, la húmeda bodega de la embajada era el único rincón donde encontraba cierto alivio.

Su invitado e influyente amigo, el teniente general Fernando de Silva Álvarez de Toledo, duque de Huéscar y heredero del ducado de Alba, parecía verse poco afectado por las incomodidades de la mohosa estancia, mientras disfrutaba de un nuevo whisky que había sido muy alabado por su anfitrión. Además, aquel recóndito lugar convenía a ambos, como declarados enemigos del marqués de la Ensenada, para proteger la necesaria discreción de los delicados asuntos que iban a tratar.

El duque había llegado hacía dos días desde la embajada de España en París, y apenas una hora antes, con el ánimo contrariado, de despachar con el secretario de Estado Carvajal, responsable de la política exterior del rey Fernando VI.

—Acabo de saber que pasado mañana se producirá un nuevo atentado a los baldíos esfuerzos por conseguir ilustrar esta arcaica sociedad.

El apuesto y joven embajador se jactaba de su estrecha amistad con Rousseau y otros librepensadores franceses, e intimaba desde hacía un tiempo con los más altos responsables de la masonería en la logia del Gran Oriente de Francia de París, reconociéndose bastante próximo a sus principios.

—Nuestro amigo Somodevilla tiene preparado un Real Decreto que prohibirá la masonería en España por motivos religiosos. —Soltó la noticia sin más preámbulos, al tanto de su previsible reacción.

—¡Odio con toda mi alma a ese hombre! —se arrancó Keene, estallando su copa en la chimenea—. ¡Un día, los ingleses le haremos pagar caro sus intrigas! —Ni sus cincuenta y cuatro años ni su excesivo peso parecieron ser suficiente freno para incorporarse de su asiento con la agilidad con que lo hizo—. Hace dos años nos

mandó al científico y matemático Jorge Juan a los astilleros de Londres para espiar nuestros proyectos de construcción naval, haciéndose pasar por un estudiante con el estúpido nombre de Sublevant, y aunque a punto estuvo de ser detenido, más tarde supimos que se trajo planos, diseños industriales, y a cerca de cincuenta de nuestros mejores ingenieros y técnicos. Sabemos que los han llevado a trabajar a los astilleros de La Carraca y Ferrol donde se está proyectando una nueva flota de guerra con las seguras intenciones de combatir algún día a la nuestra. —Iba enumerando cada uno de los argumentos, señalándose sus gordezuelos dedos—. Y ahora, pretende prohibir esa noble sociedad, que nació inglesa y sin otra pretensión que buscar el bien de la humanidad. —Su gesto no podía demostrar una mayor contrariedad—. Estoy seguro que ese decreto conlleva motivaciones políticas, que no religiosas, aunque imagino que detrás de ello estará también la mano del confesor del Rey, ese jesuita Rávago.

—¡No lo dudéis! Tanto los jesuitas como el propio Papa llevan tiempo alarmando a las monarquías europeas sobre la masonería —ridiculizó con sorna a los primeros, adoptando un gesto beatífico—. El marqués se sirve de excusas religiosas para frenar una organización a la que en realidad teme, en tanto que puede restarle poder. Bien sabe qué influyentes nobles, militares y científicos la forman, y sé que vive atormentado por las intrigas a que puede ser objeto, pues de esos mismos manejos se ha servido siempre para hacer sus políticas. —El duque apremió su vaso de whisky, para aclarar su garganta—. ¿O, acaso no recordáis la detención de su ayudante de cámara, Rosillón, que instó a ejecutar al Santo Oficio cuando sospechó que pertenecía a la masonería?

—La recuerdo muy bien, tanto como el penoso resultado de la misma, que concluyó con la muerte de su mujer y su posterior suicidio en las cárceles de la Inquisición. Con Rosillón, perdimos a un eficaz espía que nos mantenía al corriente de las andanzas del marqués. —El embajador rellenó el vaso del duque de Huáscar y luego el suyo, después de abrir una nueva botella—. Advertiré al gran maestre de la logia matritense para que dé aviso a todos sus miembros y delegaciones; así evitaremos las detenciones que seguro desea Somodevilla.

Se volvió a sentar, complacido por quebrar los planes del marqués de la Ensenada, y observó al noble duque de Huéscar.

—Llevamos años viéndonos y confiándonos nuestros secretos, y aún me resulta extraño que mantengamos idénticos intereses, vos como embajador de España en Francia, y yo de Inglaterra en España.

—Aunque lo hagamos en otros asuntos, coincidimos sobre todo en nuestra oposición al marqués y lo que representa. Vos tenéis motivos políticos. Yo, además, los tengo económicos.

—¿Por su famoso catastro?

—Calculadlo vos mismo en cuanto os explique el impacto que podría tener esa

medida sobre mis arcas. Hasta que ese intruso llegó al poder, la nobleza jamás había tenido que pagar renta alguna a la Corona, pero ha debido convencer al débil rey Fernando para que ese privilegio sea abolido.

—Algo he oído —le cortó el embajador—, aunque, tal vez vos podríais exponérmelo con más detalle.

—Su idea es que todo el mundo pague de forma proporcional a lo que tiene y de una sola vez a la Hacienda Real. Para ello, Ensenada necesita actualizar todos los bienes y posesiones de los súbditos a través de un faraónico registro. No parece una medida injusta para el que poco tiene, pero no es mi caso. Si tuviese que pagar en proporción a mis bienes, debería poner a la venta una buena parte de los mismos, lo que no estoy dispuesto a hacer, al igual que piensa la mayor parte de la aristocracia. —Cerró su puño con determinación—. Éste es uno de los motivos que me empujan a procurar la desaparición política de Zenón de Somodevilla, pero no es el único…

Una tonante voz de mujer gritó el nombre de Benjamin desde algún lugar próximo a la bodega. El marido pegó un respingo al reconocerla y se disculpó del duque por tener que terminar aquella charla de una forma precipitada, aunque le ahorrara los motivos. Éste, que conocía el agrio carácter de la señora Keene, excusó su presencia al haber olvidado una cena a la que llegaría tarde, facilitándole así una salida airosa del incómodo trance.

La mujer irrumpió en la bodega inundándola al instante con su perfume de azucenas y sus más de cien kilos de peso. Entró recriminándole en inglés algo que no llegó a entender, hasta advertir la presencia del duque cuando éste se le acercaba para besar su mano, lamentándose por no poder disfrutar de su compañía. La mujer le puso una sonrisa bobalicona, y sus mejillas comenzaron a enrojecerse como le ocurría siempre que se encontraba con aquel apuesto joven.

De camino a su palacio de la Moncloa, la carroza del duque de Huéscar recorría la calle de Alcalá entre un bullicioso tráfico de caballos y carretas, en un animado ambiente que parecía asomarse desde sus numerosas tabernas para convertir toda la calle en una fiesta. Aunque faltaban pocos minutos para las diez, el ambiente no parecía menor al habitual de un mediodía. Ordenó al paje que aminorara la marcha para disfrutar de aquel tono de recreo tan genuino de la noche de Madrid y tan diferente del que veía en París.

Le divirtió ver cómo tres mujeres con atuendos de majas, que por coincidencia vieron igualado su paso con el suyo, eran piropeadas, primero por los empleados de un local de alquiler de carruajes, luego por dos animados mozos que salían de un mesón con mal pie y mucho vino en el cuerpo, lo que le hizo dirigir su mirada hacia dos hombres de aspecto gitano que se cruzaron con ellas. A las mujeres las perdió cuando cruzaron la calle, pero se interesó por aquellos gitanos, extrañado de su

libertad, cuando sabía que la mayoría andaban en cárceles o arsenales. «¡Otra excelente fuente de enemistades para el marqués de la Ensenada!», pensó, mientras animaba a su cochero a que acelerase el paso del carruaje para no llegar demasiado tarde a su residencia en las afueras de Madrid.

Ajenos a la mirada del poderoso duque de Huéscar, los hermanos Heredia entraron en el mesón de la Encomienda para localizar a un ordinario que, según se habían informado, cumplía el oficio de viajar con cierta periodicidad a Calatayud y Zaragoza y que pasaba por allí dos veces a la semana para llevar correo u otros encargos a esas ciudades por un precio bastante razonable.

Las noticias que habían podido obtener, con no pocas dificultades, indicaban que sus mujeres y las hijas de Timbrio se encontraban recluidas en la Real Casa de Misericordia en Zaragoza desde su detención, hacía ya dos años. En más de una ocasión les había tentado la idea de viajar en su busca, pero les alertaron de la estrecha vigilancia en esa ruta y el alto riesgo de ser detenidos.

Al entrar en el mesón necesitaron hacerse paso a empujones entre la multitud que llenaba el local para alcanzar una barra que atraía a un numeroso coro de hombres, resueltos por hacerse con la atención de un sudoroso mesonero. El que no reclamaba a gritos su bebida, agarraba de la manga al pobre hombre para atraerle hacia él, o blasfemaba entre grandes risotadas por el mal caldo que se servía en aquel local. Entre tanto alborozo, los dos hermanos consiguieron tomar una esquina de aquella barra, haciéndose fuertes en ella con el servicio de algún oportuno codazo. Allí aguardaron un tiempo, hasta tener al mesonero cerca de ellos.

—¡Ponga dos cuartas de vino a estos sedientos amigos! —Silerio pensó que, al servirlos, dispondría de unos segundos para preguntarle por lo que buscaban.

El hombre no gastó más de un par de minutos en traerles las dos jarritas, y en dejarlas frente a ellos.

—¿El ordinario que viaja a Zaragoza?

—¿Para qué usar más palabras o formalismos ante tan breve oportunidad?, decidió Silerio.

—Lo tienen al lado de aquel ventanal. —El hombre apuntó con su dedo en una dirección, sin darles tiempo a preguntarle por su nombre.

Vieron a un hombre de aspecto consumido que protestaba y rechazaba un gran paquete que otro se empeñaba en darle por haber acabado su jornada. Tras un largo tira y afloja, el segundo tuvo que desistir y se marchó profiriendo gruesos juramentos. Ellos se acercaron hasta colocarse a la vista del ordinario.

—Necesitamos enviar un paquete a Zaragoza…

—¡No admito ningún otro encargo hasta mañana! —cortó a Silerio Heredia, cansado de volver a poner en juego los límites de su paciencia.

—Os pagaremos bien el trabajo.

—Todos decís lo mismo. —Hasta entonces ni los había mirado, pero cuando lo hizo le parecieron gitanos—. ¡He dicho que no! —Quiso dar el asunto por zanjado.

Timbrio sacó de su faja una bolsita de cuero y la dejó cerca de él.

—¿Cien reales podrían haceros cambiar de opinión?

El ordinario, que no cobraba más de diez por un encargo de ese tipo, les invitó a sentarse con él y se ofreció a pagarles una jarra de vino interesándose por el destino concreto al que debía llevar el paquete.

—¿Podríamos confiaros un favor, aunque éste sea un tanto delicado? —Timbrio Heredia preparaba otra bolsa de dinero, al suponer la respuesta que iba a obtener.

—Si sois igual de generosos sin duda que sí; encontraréis mi mejor disposición. Tengo por lema la discreción, y reconozco que mis mejores negocios nunca han sido transparentes ¡Ya me entendéis! —Recogió el nuevo pago, dispuesto a escucharles con toda atención.

Le explicaron primero el destino del paquete y a quiénes debía localizar para dárselo. Pero lo que le requirieron después, que justificaba su generosa contribución, consistía en averiguar la seguridad de aquella Casa de Misericordia, junto a unos planos de la misma.

El ordinario no puso objeción alguna al encargo, aunque le pareciera un tanto extraño, y tampoco a resolverles un tercero cuando se encontró otra gruesa bolsa con más dinero. Conocía la persona adecuada para falsificar los certificados de castellanos viejos que le pedían para ellos y sus mujeres, aunque eso le llevase algo más de tiempo, nunca menos de un mes.

Las condiciones les parecieron suficientes y correctas a los hermanos, aunque quisieron hacerle entender que, al igual que sabían ser generosos cuando se les hacía un favor, también lo eran para hacer pagar cualquier indiscreción o engaño por su parte, si es que se llegaban a producir. El hombre interpretó el gesto de Timbrio que se pasaba el dedo por su cuello, como muestra de lo que podrían llegar a hacerle.

Quedaron en volverse a encontrar pasadas dos semanas a igual hora y lugar, y se despidieron hasta entonces.

Bastante satisfechos, los Heredia bajaban por la calle de Alcalá en dirección al Prado, para tomar el camino que debía ocuparles casi dos horas a paso ligero hasta llegar al taller, donde además de trabajo les habían dejado instalar un par de camastros en una pequeña estancia aneja.

Dejaron atrás a su izquierda el palacio de Buenavista, cuyo propietario era el marqués de la Ensenada, y juraron, delante de sus puertas, que algún día se cobrarían su venganza sobre éste y todos los que habían sido causa de sus tormentos.

En el interior del mismo, un camarero retiraba los postres de una cena que tenía como anfitrión al marqués de la Ensenada, y de invitada, a la viuda de su amigo el almirante González de Mendoza, doña María Emilia Salvadores.

—Una cena deliciosa. —María Emilia se limpiaba con una servilleta los labios, tras atender a la pregunta del marqués.

—Me satisface mucho saber que vuestra amistad con la condesa de Benavente es cada vez más sólida. Tampoco fue fruto de la casualidad que, cuando decidisteis venir a Madrid hace ya dos años, os buscase casa cercana a la de mi amiga Faustina, pues imaginaba que os llevaríais bien, conociendo su carácter. —Don Zenón saboreaba una copita de mistela con la que solía terminar todas sus cenas.

—Supongo que si os digo que me resultó fácil no os descubro nada nuevo, dada su personalidad. Pero aún es más gracioso, que tanto mi hijo adoptado Braulio como la suya Beatriz hayan congeniado tanto que resulta difícil no verles siempre juntos en alguna de las dos casas.

María Emilia llevaba un vestido de seda rosa con un jubón de color gris perla, tan ceñido, que tras la cena parecía incapaz de recoger su abundante pecho que afloraba con cierto impudor. Al advertirse de ello, su abanico se ocupó de ocultarlo para no llamar la atención del marqués.

—¡Esa pobre niña…! —El gesto del marqués reflejó una brusca consternación.

—Debe hacer tiempo que no la veis pues Beatriz se ha convertido en una bella mujercita de quince años. —María Emilia sabía que Ensenada había vivido el drama de Beatriz en primera persona, y decidió que no tendría mejor momento para hablar de ello—. Espero que no os incomode mi interés, pero ansío entender qué produjo la orfandad de Beatriz. Os aseguro que por más que lo he intentado con su madre, no he conseguido saberlo nunca.

El marqués accedió a atender sus deseos, invitándola a abandonar el comedor para ir a la biblioteca, donde sus recuerdos parecían seguir todavía allí presentes. Antes de arrancar su relato, se cercioró de lo poco que sabía y decidió hacerlo desde aquella fatídica noche del doce de diciembre, cinco años atrás. Le expuso el motivo que provocó la detención de su padre y le dibujó, con toda su expresividad, la dramática escena que presenciaron al ver a la niña al lado del cadáver de su madre. También le explicó el porqué de su adopción temporal y lo que motivó que se convirtiese en definitiva.

María Emilia se interesó por lo ocurrido en los meses posteriores.

El marqués le habló de los problemas que Faustina había tenido por hacerse con el interés de la niña, tras haber pasado el primer año sin hablar y sin dar ninguna expresión a sus sentimientos. También le explicó que, aunque él había acudido en numerosas ocasiones a visitarlas en su palacio de la puerta de la Vega, siempre se volvía con una amarga sensación al recibir la fría mirada de Beatriz, que parecía no querer abandonarla nunca.

—Perdonad mi ignorancia, pero antes mencionasteis que su padre fue detenido por pertenecer a la masonería y desconozco casi todo sobre ellos. ¿Qué fines

persiguen?

Ante la buena disposición del marqués, María Emilia intentó entender mejor el origen de la dramática orfandad de Beatriz.

Al preguntar por ello, el rostro de Somodevilla se transformó de un modo súbito, llenándose de una contenida furia. Le explicó que se trataba de una sociedad cuyos siniestros fines no pretendían otra cosa que la destrucción de la religión y del propio Estado, y trató de resumirle sus doctrinas, enumerando las sospechas más fundadas que tenía sobre ellos.

—Debéis conocer bien al conde de Valmojada, pues también es vecino vuestro. —Ella se lo confirmó—. Os haré una confidencia, pero siempre que me prometáis ser discreta. —Con un explícito gesto, María Emilia dio fe de su firme compromiso de silencio—. Hace tres años conseguimos infiltrar al conde en una de sus logias, y gracias a eso sabemos quiénes son algunos de sus miembros y también parte de sus creencias. Sabemos que hacen juramentos profanando el verdadero nombre de Dios, al que se refieren como el gran Arquitecto del Universo, y desprecian los sacramentos y las leyes de la Iglesia. Maldicen la potestad eclesiástica, y juran matar o dejarse matar por la observancia de su juramento y del gran secreto que les es revelado cuando ascienden a los grados superiores, pues cuentan con veinticinco niveles en su jerarquía. Desprecian la excomunión a la que han sido condenados por la bula del papa Clemente, y mantienen una creencia, que dicen es superior a cualquier otra religión, y causa de que se admita entre sus filas a luteranos, judíos, calvinistas o ateos.

María Emilia Salvadores escuchaba con atención aquella relación de máximas que afectaban a la religión, sin entender cómo podían suponer además un atentado al Estado, y así se lo hizo saber.

—Ni la monarquía ni yo, como máximo responsable de su acción —le respondió con tono serio—, podemos permitir que existan sociedades que operan en secreto y en contra de la religión del Estado, pues no hay buen gobierno cuando sus militares, altos cargos de la administración o sus nobles, ocultan su pertenencia a sociedades de este tipo, de cuya soberanía y principios hay más dudas que certezas. Al parecer, se dicen herederos y portadores de un secreto ancestral que es causa de atracción para sus adeptos y constituye el lazo donde se apoya su fraternidad, a través del cual pretenden cambiar el orden social de nuestras monarquías e instaurar un gobierno distinto, por supuesto dirigido por ellos. —Zenón observó un gesto de cansancio en María Emilia que le animó a terminar con aquella conversación—. Disculpadme si os he aburrido con tan pesado relato, pues no ha sido éste el objeto de mi deseo.

—Os aseguro que no me ha parecido tedioso, sino más bien ilustrativo cuando nada sabía de ellos. Deduzco, de todos modos, que el padre de Beatriz, al tener acceso a las importantes informaciones de Estado que obran en vuestro poder, podría

haber sido animado a espiaros por sus superiores. ¿Fue ese el motivo de su detención?

—¡Exacto! Eso mismo pensé yo, aunque no llegamos a poder determinarlo. Por desgracia, su rápido suicidio cerró toda posibilidad de contar con su testimonio.

A María Emilia no le parecía bien cortar su conversación pero, al escuchar las doce campanadas de un reloj que presidía la chimenea, se disculpó al parecerle incorrecta su presencia a tan altas horas de la noche.

El marqués se ocupó de solicitar su carruaje y una escolta armada para su seguridad, y se despidió quedando en volverse a ver al día siguiente; en el concierto a que estaban invitados en el palacio de la condesa de Benavente.

A la mañana siguiente, dos ingleses de aspecto rudo tocaban a la puerta del antiguo hotel de Las Tres Flores de Lys, sede de la logia central de los masones en España.

Desde un estrecho ventanuco, un hombre les pidió la contraseña antes de permitirles la entrada.

La noche anterior, habían recibido un emisario del embajador inglés Keene con la consigna de que se personasen con urgencia en la embajada. Al acudir a ella, a altas horas de la noche, fueron informados por el propio diplomático de los sucesos que acontecerían en pocos días, y en atención a sus instrucciones, pretendían ahora hablar con el gran maestre para darle en mano un sobre lacrado de parte del embajador.

Les invitaron a esperarle en la sala de asambleas, que seguía decorada con los utensilios propios de una reciente ceremonia. En una plancha, sobre el suelo, destacaban las dos columnas del pórtico del Templo de Salomón, llamadas Jakin y Boaz. Al fondo de la sala de estructura cuadrangular, se encontraba dibujado en la pared un triángulo con un ojo en su interior y, a los lados, la luna y el sol. También un sillón y, frente a él, un pequeño altar con el libro sagrado, una escuadra y un compás. El techo representaba la bóveda celeste con un fondo azul estrellado, ribeteado por un largo cordón de doce nudos, como símbolo de la fraternidad universal en presencia de las doce constelaciones del zodíaco. En el suelo, y en posición central, se veía un gran mosaico de losetas blancas y negras con tres altos candeleros, que ocupaban tres esquinas del tablero, como símbolos de las luces que persigue el iniciado para alcanzar el conocimiento pleno; la belleza, la fuerza y la sabiduría.

Ellos ya habían pasado por las ceremonias de aprendiz y de compañero, y recordaban, allí, su paso al tercer grado, de maestro, en cuyo rito se representaba la muerte del arquitecto Hiram Abif introduciéndose en un ataúd.

—¡Buenos días hermanos! Hacía tiempo que no os veíamos por la logia —John Wilmore entró en la sala luciendo un espléndido aspecto y con intenciones de bromear—, pero os recuerdo que los ágapes se suelen celebrar por la noche. —Los

recién llegados se habían ganado la fama de ser unos excelentes comensales.

Con gesto serio le pasaron la carta del embajador Keene, que se dispuso a leer sin imaginar su gravedad. Una sombra de preocupación eclipsó su mirada y sin dar más explicaciones se puso a caminar cabizbajo, dando vueltas y meditando las consecuencias de la información que acababa de recibir.

Los dos hombres aguardaron en silencio la prolongada reflexión que parecía ocupar el pensamiento de Wilmore, hasta que éste se paró para hablarles.

—Hemos sido llamados a realizar una labor en bien de la humanidad, iluminándola, mostrándole la única verdad, pues sólo nosotros sabemos cómo alcanzar la identificación con el Ser, con el Absoluto, para vernos al final como imagen suya. La información que acaba de llegarnos del embajador Keene, vaticina tiempos difíciles para nuestra obra universal. Van a perseguirnos, cerrarán nuestras logias y tratarán de detenernos, cuando no a destruirnos.

—Debemos evitarlo, maestre —le cortó uno de los mensajeros—. Recordad el mito sobre la muerte del arquitecto Hiram Abif, asesinado por aquellos hombres que ambicionaban su poder y sabiduría, y que tantas veces hemos trabajado en nuestras tenidas. Salomón supo reaccionar a su desgracia ordenando la muerte de sus asesinos. Nosotros somos los constructores de nuestro futuro como lo fueron nuestros antecesores en la construcción de las catedrales. Si ahora vamos a ser perseguidos como lo fue el sabio arquitecto, antes de que consigan nuestro exterminio, deberíamos actuar contra ellos y destruirlos.

—Ya sabíamos que estaban tramando algo contra nosotros, pero nunca calculé su gravedad. Hoy mismo mandaré un correo a todas las logias para que se prevengan del inminente ataque del Santo Oficio, pues supongo que éstos serán los encargados de ejecutar las detenciones. Según el embajador Keene, el decreto que prohibirá nuestra asociación se hará público mañana día nueve, por lo que disponemos de muy poco tiempo antes de que los corregidores y justicias de las diferentes regiones de España sean informados y los alguaciles de la Inquisición se pongan en marcha contra nosotros.

—¿Y en qué podemos ayudar nosotros?

—Seguidme hasta mi despacho. Os lo explicaré allí.

Al entrar en él y después de invitarles a sentarse, Wilmore se puso a redactar los escritos que saldrían con urgencia al resto de las logias. Los dos emisarios, a la espera de conocer su misión, observaban un gran retrato de lord Wharton, fundador de la masonería en España, lo que les despertó el recuerdo de su sorprendente vida.

Wharton había llegado a España en el año veintiséis, tres años después de no haber sido reelegido como Gran Maestre en la Logia de Inglaterra, con el despecho de verse apartado de tan alto honor al haber mantenido su fidelidad a los Estuardo, que por aquellos tiempos estaban exiliados en Francia tras haber perdido el poder a

manos de los Hannover alemanes. En Madrid conoció a una irlandesa, María Teresa O'Neill, camarera de la reina, de la que se enamoró hasta tal punto que accedió a convertirse a la religión católica sólo para casarse con ella. En el año veintiocho había ya fundado la logia de la calle de San Bernardo, la primera que se establecía fuera de las islas Británicas y pasó, luego, a prestar sus servicios como coronel en las tropas de Felipe V, al que ayudó en el asedio de Gibraltar, motivo por el que fue declarado traidor por la corte británica.

Aunque en sus primeros años de juventud, en Inglaterra, fundó una extraña sociedad llamada el Club del Fuego del Infierno, donde se adoraba a Satán y se organizaban irreverentes actos y escándalos de lo más sonado, Wharton terminó sus días en el seno de la religión católica y vistiendo el hábito del Císter en el monasterio de Poblet, donde fue enterrado en el año treinta y uno.

Una vez hubo terminado con los correos, "Wilmore les miró sin esconder la preocupación que le embargaba, cogió un papel en blanco de un cajón del escritorio y empezó a anotar una serie de instrucciones. A continuación, lo introdujo en un sobre y lo selló con lacre.

—Aquí tenéis vuestras órdenes. Sólo las abriréis si se produjese cualquiera de las siguientes eventualidades. —Las fue enumerando con sus dedos—: Primero, si os llegase la noticia de mi detención. Segundo, la pérdida de los documentos con nuestras constituciones que desde ahora vais a proteger vosotros, pues de siempre hemos querido que fuerais los únicos que no estuvieseis inscritos en ninguna relación de hermanos masones y, por lógica, les será más difícil vuestra localización. Y tercero, si llegase a vuestros oídos noticias sobre alguna delación, por parte de cualquier hermano nuestro, sobre otros miembros de nuestra sociedad.

Uno de ellos recogió el sobre y lo guardó en un bolsillo de la chupa.

—Estamos depositando en vosotros una trascendente responsabilidad. Vuestra tarea puede resultar clave para nuestro próximo futuro, y por ello debéis ser estrictos en su cumplimiento.

—Sabremos estar a la altura de lo que nos pedís. Estad seguro de ello.

A esa misma hora, y algunas manzanas más al este, el nuevo convento de las Salesas Reales, que había sido promovido y estaba siendo levantado por voluntad de la reina Bárbara de Braganza para dedicarse a la formación de las niñas de la alta nobleza madrileña, abría las puertas a sus alumnas que acudían en las más lujosas carrozas que pudieran verse por todo Madrid.

La de los condes de Benavente se había detenido una manzana atrás por indicación de su ocupante, la joven Beatriz Rosillón, al advertir los gestos y aspavientos de su amigo Braulio que corría por la calle a su encuentro.

Le abrió la portezuela para dejarle entrar, y el mozo se precipitó a su interior entre

risas y con la pronta intención de buscar sus labios, sin resistirse a perder una oportunidad de saborearlos de nuevo.

—¡Braulio, déjalo…! Nos van a ver.

Para su corta edad, Beatriz poseía una belleza inusual que le había llevado a convertirse en el centro de atención más codiciado por los jóvenes herederos de la nobleza de Madrid.

—Pero ¿tú qué haces aquí? ¿No tenías que estar ya en tu colegio?

—No te preocupes, llegaré a tiempo. He venido a caballo, y si lo azuzo me llevará casi volando. —El joven sujetaba sus manos sin dejar de mirarla a los ojos—. Necesitaba verte y animarte la mañana, antes de que inicies tus aburridas clases.

—Pues lo has conseguido, porque hoy me espera una pesadísima hora de teología, otra de música y una más de protocolo que me parecen odiosas. Sólo deseo que llegue la última; la de arte y pintura, pues es la única en la que de verdad disfruto. —Le empujó para que saliera del carruaje—. ¡Vete ya! Al final voy a llegar tarde yo. Esta noche nos veremos en el concierto. Supongo que vendrás, ¿no?

—¡Por supuesto! Ya sabes lo mucho que me gusta la música. —Le puso una falsa mueca de satisfacción—. Dame otro beso y te prometo que me voy.

Beatriz se acercó a él con aparentes intenciones de cumplir su deseo, pero le dio un empujón que terminó por sacarle de la carroza entre risas. Cuando vio que Braulio se alejaba, hizo que el paje reiniciara la marcha para llevarla hasta las puertas del convento. Luego, entró a toda velocidad y llegó a su clase en el momento justo que se empezaba a pasar lista. Como Rosillón era de los últimos, le dio tiempo a sentarse y a esperar con tranquilidad su turno.

Ella se había empeñado en mantener sus apellidos, aunque sus padres adoptivos habían tratado de convencerla de las ventajas de los suyos, pues entendía que era la única manera de honrar la memoria de sus verdaderos progenitores. Por más que estuviera agradecida por el constante cariño y las delicadas atenciones que había recibido, sobre todo de Faustina, no olvidaba de dónde procedía ni bajo qué circunstancias había llegado a su nueva casa. Todos pensaban que lo que presenció aquella horrible noche en la residencia del marqués de la Ensenada se había borrado de su memoria, pues a excepción de Braulio, a nadie más había hablado de ello. Pero no era cierto, y eran pocas las noches que no le asaltaban aquellas imágenes, todavía tan reales como cuando las había vivido en primera persona.

Mantener un silencio total durante el primer año le había parecido un juego de lo más divertido, aunque viese la preocupación que causaba a Faustina y su marido Francisco. Al principio no había sido esa la única razón de su aislamiento, sino más bien los efectos del terror que había vivido. Al ver a su madre muerta, tan cerca de ella, sintió que su lengua se volvía más pesada y vaga para hablar, y decidió no ponerle resistencia. Pero después, pasados unos días, encontró ventajas a su silencio;

se imaginaba que estaba en una isla desierta a la que podía acudir cuando lo desease, y en ella se instaló durante mucho tiempo.

Al año siguiente, el mismo día que decidió dejar atrás aquel mundo íntimo para embarcarse hacia otro más interesante, pensó que sus primeras palabras debían asomar en forma de pregunta, pues deseaba saber cuándo volvería a ver a su padre. Cuando lo hizo, Faustina rompió en sollozos. Beatriz, imaginando que éstos no se debían sólo a haber descubierto que volvía a hablar, no quiso llorar como ella y se propuso guardar ese nuevo dolor al lado del de su madre, dentro de su abatido corazón.

Sin saber los motivos de la muerte de sus padres, recordaba dos cosas con total nitidez. La primera, los rostros de dos altos cargos religiosos que parecían capitanear al grupo de los hombres que mataron a su madre. Y lo segundo, la seguridad de que Ensenada, además de haber sido el patrón de su padre, era también responsable de su desgracia. Durante un tiempo insistió en querer saber más de lo que le habían contado, intentándolo con todo aquel que, por llevar tiempo al lado de los condes de Benavente pensase que podría aportarle nuevos datos. La falta de resultados, le hizo pensar que todos estaban confabulados para ocultarle la verdad, que jamás la sabría y que tendría que buscar otras fuentes, ajenas a su entorno, para saber lo que había ocurrido.

Cuando cumplió los trece años apareció Braulio y su madre María Emilia Salvadores, lo que supuso un relativo alivio a su monótona vida. De su llegada desde Cádiz, recordaba la imagen de un niño muy delgado, débil y de aspecto más bien triste. Su pelo era rubio y con abundantes rizos, y su piel lucía un inusual tono moreno que resultaba bastante chocante. Tuvieron que pasar varias semanas hasta que empezó a recuperar su salud y, con ella, aquel particular brillo en sus ojos, que luego resultó habitual en él y una de las características que más le definían.

Pronto se conocieron, animados por sus respectivas familias, y empezaron a compartir, primero inocentes juegos, y al ir creciendo, sus vidas. Con Braulio descubrió que la tristeza no era patrimonio exclusivo, pues éste había padecido iguales o peores experiencias que las suyas. Sus almas parecían tan iguales que el flujo de vivencias, sentimientos, e historias, brotaron de forma natural.

Beatriz supo que en la sangre de Braulio se habían mezclado dos razas y que la mitad era gitana. También, que a esa causa se debía su orfandad y el desprecio que le habían manifestado los miembros de su misma etnia. Envidió de él que al menos supiera los motivos que habían provocado su dolor, por extraños e injustificables que le pudieran parecer. A diferencia de ella, Braulio tenía un destinatario claro de su odio.

El fuerte alarido de la profesora de teología, devolvió sus pensamientos a la realidad aunque, casi al momento y sin haber pasado dos minutos, ya estaba pensando

en la ropa que se pondría aquella noche para el concierto que iban a celebrar sus padres en su residencia, donde se había invitado a una gran parte de la aristocracia madrileña.

El palacio de los condes de Benavente constaba de varios pabellones, amplias cocheras y caballerizas y un frondoso jardín con viejos robles y dos bellas fuentes. Los diferentes estilos de sus edificios se debían a las sucesivas adquisiciones de casas anejas a la primera vivienda de la familia, comprada a principios del siglo anterior, ahora reunidas, y rodeadas por un alto muro que ceñía su perímetro.

La vivienda principal lucía granito en sus zócalos, esquinas y jambas, y guardaba el ladrillo para el resto de la fachada y su estructura interna; en altura se dividía en planta baja, principal, segunda y desvanes.

Doña Faustina y su marido Francisco se encontraban a pie de las escaleras, recibiendo al innumerable desfile de nobles, eclesiásticos y políticos, que iban siendo anunciados por su mayordomo coincidiendo con la llegada de sus carruajes.

Faustina lucía una casaca con brocados de seda malva, abierta en todo su escote hasta la cintura y por encima de un peto triangular, en tono más oscuro, que además de resaltar su natural belleza ocultaba bastante bien su avanzado embarazo. Aquella noche, ambos derrochaban una exultante felicidad, pues pretendían celebrarlo con todos los reunidos, después de haber pasado casi once años de matrimonio sin haber conseguido descendencia. La reina Bárbara de Braganza había excusado su presencia y la del Rey, pero había cedido con gusto a su músico Domenico Scarlatti para que presentase una nueva sonata de cámara en el palacio de su amiga.

—¡El obispo Pérez Prado, gobernador de la Secretaría de la Santa Inquisición! —El mayordomo anunciaba la presencia de aquel detestable hombre, que el conde se había empeñado en invitar contra la expresa voluntad de su mujer.

—El duque de Huáscar, embajador de España en Francia.

Aunque entre ellos existía una manifiesta rivalidad y conocía su postura contraria al marqués de la Ensenada, el conde había decidido invitar a Fernando de Silva Álvarez de Toledo como representante de la familia de más poder en España.

Después de él llegaron los duques de Medinaceli, los condes de Valmojada, la duquesa de Arcos y los duques de Castro; sus más allegados amigos y, a continuación, otros destacados nombres del ampuloso Madrid, así como varios embajadores: los de Francia, Venecia y, el último de todos, el de Inglaterra, sir Benjamín Keene.

Cerró la comitiva el secretario de Hacienda, Marina, Guerra e Indias del rey Fernando VI, don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, que se detuvo en el saludo unos instantes más que el resto, en agradecimiento a sus amigos por aquella invitación.

La amplia galería que iba a acoger el concierto disfrutaba de una generosa iluminación que distribuían cuatro grandes lámparas de araña. Sus paredes estaban recubiertas de madera, con grandes paneles de tela, cuyos ángulos estaban enriquecidos por molduras doradas con una gran cantidad de finas figuras talladas.

Las mujeres permanecían sentadas sobre las más de cincuenta sillas de estilo inglés, y sus maridos, en corros de animada conversación, degustaban un delicioso vino dulce.

Beatriz y Braulio habían escogido una discreta esquina, donde soportar con escasa disposición de ánimo la que para ellos sería otra aburrida audición, para poder charlar sin molestar al auditorio.

Al hacer su entrada el músico Scarlatti, todos los varones se aproximaron hacia el lugar que ocupaban sus mujeres, para atender el comienzo de la sonata a solo para clave.

Los virtuosos dedos del artista jugaban con los primeros arpegios en un admirable cruce de manos; dibujando una contraposición de los distintos movimientos, grave y allegro, bajo la atención de un público que, nada más escuchadas las primeras notas, se entregaron a su indudable calidad.

Aunque todos parecían estar concentrados en la pieza, algunas miradas se dirigían hacia otros puntos. Unas, advirtiéndose de la incómoda presencia de algún personaje. Otras, con el sencillo motivo de saludarse. Y el resto, deleitándose en la contemplación de las muchas y bellas damas.

El inquisidor general Pérez Prado cuchicheaba con el superior general de los jesuitas padre Ignacio Castro y con el confesor del Rey, también jesuita, padre Rávago. Viéndoles juntos y ante la evidente apariencia de satisfacción que mostraban, el diplomático Keene se imaginó el asunto que ocupaba su conversación, que no sería otro que la sorprendente detención del gran maestre de la masonería española Wilmore aquella misma tarde. Keene, que había recibido la noticia poco antes del concierto, meditaba preocupado las consecuencias de la misma, tanto hacia su persona, como hacia alguno de sus conciudadanos.

Desde otro ángulo del salón, el marqués de la Ensenada, si bien había seguido con atención los primeros movimientos de la sonata, estaba decidiendo quién de los presentes podría merecer su posterior conversación. Al descubrir al joven duque de Huáscar, resolvió que aquél no iba a ser uno de los elegidos. Antes prefería al embajador inglés, que también había localizado entre los invitados, y luego se dirigiría al padre Rávago para comentar qué planeaba hacer con el masón Wilmore, tras su captura gracias a su espía el conde de Valmojada.

Cuando Scarlatti estaba terminando el último movimiento con un vivo en estilo fugado, Braulio se alarmó al notar la palidez que estaba invadiendo el rostro de su amada Beatriz. Su mirada se había clavado sobre dos de los invitados; el inquisidor

general y el superior general de los jesuitas, mientras sus recuerdos volaban a toda velocidad hacia un momento de su vida, cinco años atrás.

Beatriz, al empezar a sentir las primeras arcadas, se levantó de forma precipitada de su silla para iniciar una sonora carrera que le alejara cuanto antes de aquella galería. Ante el estupor de todos los presentes, Braulio hizo lo mismo en persecución suya, hasta que la alcanzó cerca ya de su dormitorio.

—No sé qué te pasa, Beatriz, pero necesito que me lo cuentes. —Ella se echó a sus brazos, y tardó unos segundos en poder hablar, costándole respirar.

—Les he visto… —repitió por tres veces, sin explicarse más.

—Pero ¿a quiénes has visto? —le cortó Braulio ansioso.

—He visto los rostros de la muerte.

En Madrid.
Año 1751, 11 de julio

Recién amanecido el día, unas mujeres que iban a hacer la colada al río fueron las primeras que lo encontraron cerca de la orilla. Aterrorizadas ante el macabro hallazgo, corrieron a buscar ayuda entre los pocos viandantes que a esas horas recorrían el puente de Toledo, atrayéndose de inmediato su atención por los chillidos y aspavientos que las acompañaban.

Una patrulla de guardias de corps, que por rara coincidencia pasaba por allí como recambio de tropas del Palacio de Aranjuez, se acercó hasta ellas para poner algo de orden en aquella algarabía.

Pasadas dos horas, se había cortado el puente al tránsito de personas y carromatos para evitar que aumentase más la ya numerosa cantidad de curiosos que trataban de asomarse desde su borde para ver qué estaba pasando debajo de sus arcos.

El alcalde de Casa y Corte, Joaquín Trévelez, inspeccionaba el cadáver de un hombre de mediana estatura que había aparecido tendido boca abajo y con la cabeza envuelta en una tela ensangrentada y anudada al cuello con un grueso cordel. Cuando le dieron la vuelta, Trévelez, responsable de la Sala del Crimen de Madrid, comprobó que en su pecho se abría un gran agujero lleno de sangre coagulada. Asqueado por su penoso aspecto, ordenó que le retiraran la capucha. Un joven alguacil fue el encargado de la maniobra, entre la curiosidad de todos los presentes, ansiosos por reconocer el rostro de la víctima. Trévelez, al igual que el resto, se echó para atrás al descubrir su espantosa apariencia. Su cara estaba amoratada por completo, deformada y entumecida. Sus ojos, inyectados en sangre, parecían querer estallar desde sus órbitas, y su nariz estaba rota y doblada hacia uno de sus lados. De ella discurría un reguero de sangre negruzca que se había pegado a sus cejas, frente, y buena parte de la cabellera. Debido al lamentable estado que ofrecía, resultaba imposible reconocer a su propietario.

El alcalde observó más de cerca la herida que presentaba a la altura del tórax y comprobó, con espanto, que al hombre le habían extraído el corazón. Su traje estaba sucio y ensangrentado pero, a pesar de ello, no se le escapó que se trataba de un

hábito jesuita, lo que convertía aquel asesinato en un asunto de particular significado.

Rebuscó en sus bolsillos por si hubiese algo que ayudara a su identificación, y encontró una cruz patriarcal dorada de buen tamaño y bella talla, que se guardó en su casaca.

Ordenó que examinaran con especial cuidado toda la zona del crimen para buscar cualquier detalle que pudiese suponer una pista, y mandó a tres soldados que llevaran el cuerpo hasta el hospital de San Lorenzo para que le realizaran la autopsia, pues éste era el más próximo a la plaza de Toledo.

Los soldados lo colocaron sobre un carromato, alejando a gritos a los numerosas personas que trataban de satisfacer su curiosidad correteando por los lados del vehículo, ansiosos por entender lo que había ocurrido. El alcalde decidió acudir a la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, sede central de la orden en España, al estar seguro de su afiliación y para tratar de identificar a la víctima.

Joaquín Trévelez era oriundo de Badajoz, hijo de una noble familia de muy honorable raigambre en aquellas tierras, que un buen día había llegado a Madrid para estudiar gramática latina, historia y geografía en el afamado Seminario de Nobles. En él residió como interno durante unos años, y gracias al vasto patrimonio de su familia pudo luego ingresar en la Universidad para estudiar Leyes. Al obtener uno de los mejores expedientes académicos de su promoción, se le abrieron las puertas al trabajo y pronto alcanzó un alta responsabilidad como consejero legal de la Secretaría de Hacienda, Marina, Guerra e Indias, que presidía don Zenón de Somodevilla, con el que congenió desde el principio y gracias al cual fue presentado al mismísimo rey Fernando.

Cuando quedó vacante una de las plazas de alcaldía de Casa y Corte en Madrid, el mismo marqués de la Ensenada le recomendó al monarca y al poco tiempo fue nombrado en el cargo. Siempre estaría agradecido al marqués pues jamás le había dejado de brindar sus favores, y hasta había sido el responsable de facilitarle una interesante relación con doña María Salvadores después de haberla conocido en una recepción en el Palacio Real en la que habían coincidido.

Su refinada formación y su prestigiosa posición en la Corte no constituían para Joaquín circunstancias que le autorizaran a evadir sus propias responsabilidades, ni a poner freno a su férrea voluntad de trabajo. Entre los vagos y maleantes de Madrid su fama empezaba a ser notoria debido a la firmeza con la que actuaba y a los cientos de detenidos que en pocos años ya sumaba en su haber. De rostro severo y diminutos y achinados ojos, mentón roto y hundido, y pómulos picudos, a nadie se le olvidaba su cara, y menos si la había tenido de frente, en la Sala de Justicia, donde celebraba las audiencias y los juicios.

Su caballo resoplaba sudoroso cuando alcanzó la entrada del edificio que albergaba a las máximas autoridades en España de la orden fundada por san Ignacio

de Loyola. Sin demoras, Trévelez se presentó al lego que guardaba sus puertas y le preguntó por el general de la Compañía. Éste le invitó a esperarle en una pequeña sala que quedaba en uno de los ángulos del recibidor, tiempo que aprovechó el alcalde para cavilar sobre aquellos detalles del crimen que le resultaban más sorprendentes.

Por su experiencia, sabía que cuando un asesino tapaba el rostro de su víctima solía hacerlo para evitar la presión de su mirada al darle una muerte lenta, o en los casos en los que el agredido conocía a su verdugo, pues esa familiaridad podía entorpecer su negro cometido. Necesitaba el análisis del forense para saber la causa exacta de su muerte, pero si le habían arrancado el corazón, desde luego ésta le habría sobrevenido de inmediato y sin mediar agonía alguna, lo que eliminaba la primera posibilidad y le dirigía a la segunda, todo ello sin haber podido disponer de mucho más tiempo para sopesar otro tipo de consideraciones. De confirmarse su condición jesuita, aquella muerte trascendía en sus fines a los habituales que solían perpetrar los muchos bandoleros y maleantes que infestaban Madrid, y más aún considerando el sadismo con el que se había cometido. Recordó un tratado inglés de psicología criminal, donde se argüía que los autores de asesinatos con extirpación de órganos vitales no sólo pretendían la muerte en sí, sino que ésta se producía como resultado final de un ceremonial, a través del cual el asesino justificaba las razones últimas de su ejecución.

—Disculpad esta larga espera, pero resulta que hoy no conseguimos localizar a nuestro superior, el padre Ignacio Castro. —Su secretario se mostraba un tanto azorado por la extraña ausencia que le tenía preocupado desde primera hora de la mañana—. No ha bajado a celebrar misa a las siete, como acostumbra cada día, y no se ha sabido de él desde ayer por la noche.

—¿Queréis decir que nadie sabe dónde está? —Una fuerte sospecha asaltó a Trévelez.

—Ya os digo que ayer era bastante tarde cuando le vimos salir de esta casa, pero a nadie comentó dónde iba.

—¿Reconocéis esta cruz?

Sacó de su bolsillo el único objeto que había encontrado en el cadáver, para que el secretario confirmara lo que para él empezaba a convertirse en una certeza.

El hombre la recogió entre sus manos con expresión de absoluto desconcierto.

—¡Por supuesto que sí! Es el crucifijo que siempre lleva mi superior. Pero ¿cómo es que lo tenéis vos?

El secretario se vio invadido por un estado de nerviosismo que se debía más a lo sorprendente que le resultaba aquella conversación que a sospechar la noticia que iba a recibir.

—Siento tener que informaros que hemos encontrado un cadáver asesinado ayer

por la noche en la ribera del Manzanares, y todo me hace pensar que pueda tratarse de la persona del padre Castro.

—¿Cómo? —Se incorporó con brusquedad de su sillón—. ¿Nuestro superior asesinado? —La sangre se le subió de tal modo al rostro que parecía un rescoldo de brasa al rojo vivo—. Pero ¿estáis seguro de lo que decís?

El alcalde Trévelez le ratificó sus sospechas debido a la vestimenta del fallecido y, sobre todo, por la presencia de aquel crucifijo tan peculiar que confirmaba aún más su identidad. Le expuso con cierto tacto las circunstancias del crimen y el mal estado que presentaba el cuerpo, cuando éste tuvo que acudir al lugar de los hechos.

No le resultó fácil obtener respuestas a las siguientes preguntas, ante el aturdido estado que demostraba el secretario, aunque no pretendiese otra cosa que esclarecer la autoría de su muerte. Al parecer, no tenía enemigos declarados, al menos hasta donde él sabía, y tampoco recordaba ningún suceso o detalle que le hubiese hecho sospechar de lo contrario.

—Ayer sólo hizo alusión a un escrito recibido esa misma tarde que, a tenor de su nerviosismo, me pareció que debía contener alguna información de gran importancia. Recuerdo que me comentó lo feliz que estaría el confesor real, el padre Rávago, al saberlo. Como no llegó a enseñármelo ni a darme ningún detalle más de él, nada más supe, ni quién se lo había dado ni a qué se refería. Sólo le vi guardándoselo entre sus hábitos con especial celo. Si aquella nota tuvo que ver con su posterior salida de esta casa y con su horrible muerte, lamento deciros que no puedo saberlo.

—¿Podríais llevarme hasta su despacho para revisar sus papeles por si diéramos con esa nota a que hacéis referencia, o cualquier otra pista que nos sirva para aclarar este terrible suceso?

—¡Por supuesto! —El secretario se levantó y le invitó a seguirle—. Perdonadme que no sea más explícito, pues vuestras noticias me han dejado deshecho.

Su mesa de trabajo sólo contenía algunos papeles relacionados con su condición de presidente del Seminario de Nobles, un breviario y una versión griega de la Santa Biblia.

Aunque buscó con celo en el resto de los armarios y no descuidó los muchos libros que coleccionaba en una sólida estantería, la nota no apareció por ninguna parte. El dormitorio le siguió en su examen, aunque tampoco allí encontró ningún rastro de aquella prueba, que habría podido serle clave en sus investigaciones posteriores. Por eso decidió abandonar la Casa Profesa e ir a notificar el suceso al padre Rávago y, a la vez, a su amigo el marqués de la Ensenada, por encontrarse ambos en los palacios reales del Buen Retiro.

Antes de alejarse a caballo a su nuevo destino, obtuvo del secretario su compromiso de acudir a identificar el cuerpo al hospital de San Lorenzo esa misma mañana, y de notificarle cualquier pormenor que recordara, o pudiese tener algo que

ver con el caso.

El alcalde de Casa y Corte, Joaquín Trévelez presumía de haber resuelto numerosos asesinatos, con sus respectivas detenciones y juicio posterior en la Sala del Crimen. A las puertas de las caballerizas del palacio del Buen Retiro, calculaba que el crimen del jesuita le iba a ocupar de lleno por un buen tiempo, como consecuencia de las implicaciones políticas que con seguridad iban a acompañar al proceso, y las presiones que le urgirían a resolverlo con prontitud.

Sabía que partía de una situación bastante compleja, al contar de momento con pocas pruebas y ningún testigo, pero él sólo se animaba al recordar que en otros muchos casos había sucedido lo mismo y, que al final, todos habían quedado vistos para sentencia.

Tuvo que esperar un rato a que el séquito real, que llevaba a los monarcas a una visita al palacio de la Granja, atravesase el patio principal, para recorrerlo en dirección contraria hacia la puerta de entrada. Desde allí, se dirigió al ala este para alcanzar el apartamento privado del confesor real Rávago, al que suponía muy distante de imaginar las malas noticias que portaba.

El arisco carácter del confesor real era tan conocido por todos los que le trataban que rara era la reunión que no terminaba a voces, sobre todo cuando veía claro desinterés en algún encargo que había hecho, o se tenía que enfrentar a una gestión ineficaz de ciertos funcionarios que vivían en la holgazanería, en virtud del exagerado clientelismo que abundaba entre los amigos de los más altos responsables del gobierno.

Rávago no tenía a Trévelez entre los segundos, pues sabía de su laboriosidad, pero sí le había sermoneado en más de una ocasión sobre la falta de severidad en las sentencias que dictaminaba, cuando se trataba de causas ya sentenciadas por el Santo Oficio, pues a él le llegaban de forma directa esas quejas desde la Secretaría de Inquisición.

En su espera, Trévelez se entretuvo con una Inmaculada del pintor Ribera que colgaba de una de las paredes de su antecámara, a la vez que meditaba sobre la mejor forma de exponerle la noticia y repasaba las acciones que se proponía tomar para responder a sus más que previsibles preguntas.

—El padre Rávago os espera en su despacho. —Un joven canónigo recogió su capa y le invitó a pasar.

—¿De qué se trata? —le preguntó el jesuita, con sequedad—. ¡Hablad rápido, que no dispongo de todo el día para estar atendiéndoos!

El anciano confesor ni había levantado la vista de los papeles que despachaba. Parecía estar muy malhumorado, así que Joaquín decidió cambiar de estrategia; abandonó su cuidado por rebajarle la mala noticia y la soltó de golpe y sin preámbulos.

—Esta noche ha sido asesinado su general superior, el padre Castro.

El efecto de sus palabras produjo un inmediato cambio de actitud en Rávago.

—¡Válgame el cielo! —Se santiguó al menos tres veces—. Pero ¿de qué me estáis hablando? —Su escasa cabellera se vio asaltada por unas nerviosas manos que parecían buscar posibles agarraderas entre los pocos cabellos que le quedaban.

—Como os digo, a primera hora de esta mañana, se ha descubierto un cuerpo bajo uno de los puentes que atraviesan el río Manzanares, que en un primer momento nos ha sido imposible identificar dado su lamentable estado, pero que después he podido descubrir que se trataba del padre Ignacio Castro.

—¡Por Dios Bendito! ¿Estáis seguro de que es él?

Rávago ya conocía el rigor que solía acompañar al alcalde Trévelez, pero su pregunta se perdía en la esperanza de que estuviera por esta vez equivocado.

—Por completo. Siento que sea así, creedme. He confirmado que desde anoche no se le ha vuelto a ver en la Casa Profesa, y para mayor certeza hemos encontrado en el cadáver este crucifijo —se lo mostró, aunque Rávago no comentó nada al no haberlo visto nunca antes—, que su secretario ha reconocido como de su propiedad.

—Ésta es una horrible noticia para todos, o mejor dicho, una gravísima noticia de incalculable trascendencia. —Un temblor nervioso apareció en sus envejecidas manos—. ¿Sospecháis quién ha podido cometerlo?

—De momento siento deciros que no, pues carecemos de testigos o pruebas que nos ayuden a pensar en alguien en particular. Sólo sé que ayer recibió una nota, cuyo contenido, según le dijo a su secretario, os llenaría de alegría a vos, pues os citó de un modo expreso. Por desgracia, no hemos sido capaces de dar todavía con ella, aunque me inclino a pensar que la debía llevar encima y pudo serle sustraída por su agresor antes de hacer una terrible carnicería con él.

—¿A qué os referís? —El asombro en los ojos de Rávago, le hicieron caer en su olvido a la hora de referirse a los detalles más escabrosos.

—Además de destrozarle la cara, le han practicado un enorme agujero en el pecho, rompiéndole antes las costillas, para extraerle el corazón de una forma brutal, sin que todavía sepamos si eso ocurrió después de su muerte o si fue lo que la causó. Debemos esperar a que finalice su autopsia.

—¡Desfigurado y mutilado! —Rávago se mostraba profunda y hasta físicamente afectado—. ¿No os parece que el escenario que me estáis describiendo podría recordar al de una ceremonia satánica o un diabólico ritual?

—Desde luego es una posibilidad, aunque hay expertos que, al estudiar la causa que empuja a un asesino a extraer los órganos de sus víctimas, defienden que responde a un deseo, a veces inconsciente, por añadir a la fatalidad de la muerte la humillación de dejar quebrada la integridad de sus cuerpos. En resumen, le practican una forma de venganza en alivio de algún mal que pueden haber sufrido en el pasado,

y que por determinadas coincidencias guarda cierta relación con su víctima.

—Si atiendo a vuestro razonamiento estaríamos hablando de un demente; alguien trastornado que ejerce una extrema violencia, sin más. —Rávago tocó una campanilla para solicitar una audiencia inmediata con el marqués de la Ensenada e informarle de la gravedad de la situación. Miró con cierto desprecio al alcalde Trévelez, y le conminó a que abandonase esas absurdas conjeturas—: Os ruego que olvidéis esas disquisiciones de tono academicista, y os dirijáis pronto a investigar entre los muchos enemigos que odian nuestra santa religión, pues tengo la certeza que obtendréis más logros ahí que perdiendo el tiempo en buscar a un loco.

No debieron transcurrir más de diez minutos desde que partió el encargo hasta que hizo su entrada don Zenón de Somodevilla con aspecto impaciente, más por la urgente solicitud de su presencia que por imaginar el grave asunto que lo había convocado. Tampoco entendió en un primer momento la presencia de su amigo Trévelez, hasta que le fue explicado el motivo que lo tenía allí.

El superior de la Compañía de Jesús era un viejo y odiado conocido de Somodevilla. Aún recordaba su presencia durante la detención de su ayuda de cámara Rosillón y su abominable resultado. Aun así, la noticia de su espeluznante muerte le asestó tan fuerte golpe que le requirió un tiempo adaptarse a la cruda realidad. Para disimular su normal reacción a esa noticia y no hacer expresión pública de ella, aprovechó para someter al alcalde a una multitud de preguntas sobre los detalles del asesinato.

Desde luego le resultó terrible conocer las atrocidades que habían acompañado al asesinato, pero compartió la opinión que estaba expresando Rávago sobre la autoría y hacia quiénes se deberían dirigir las pesquisas.

—Veo signos de venganza que podrían partir de los enemigos políticos de la orden. —El siempre impecable y majestuoso vestuario del marqués, acompañaba en solemnidad a sus palabras—. Cuando el destinatario de este vil atentado coincide con la máxima autoridad de los jesuitas en España, resulta necio buscar otra causa que no sea la de dañar esa institución. —Fijó su mirada en el confesor real—. Vos bien sabéis el intenso odio que genera vuestra función como confesor real, pues hay adversarios que os consideran como un secretario más del gobierno; en vuestro caso dirimiendo sobre todos y cada uno de los importantes asuntos eclesiásticos. Incluso, conocéis que dentro de la misma Iglesia han surgido voces críticas contra el poder que estáis acumulando, aunque con esto no digo que las demás órdenes religiosas puedan llegar a verse enredadas en un asunto de esta seriedad, pero todos sabemos que dominicos, franciscanos y agustinos, por citar algunos, buscan vuestro desprestigio de cualquier forma, a veces con sutileza, y otras con armas de lo menos ortodoxas.

—Nos acusan de jansenistas, de rebelarnos a la autoridad del monarca en el

asunto de las misiones de Indias —Rávago se dolía por la muerte de su hermano en la fe, pero también de la incomprensión pública en su ministerio fomentada por muchos de sus hermanos en la fe—, y también, de que orientamos y manipulamos la voluntad del Rey, en este caso por obra de mi persona. Veo, como vos, una clara intencionalidad política que debe ser tenida en cuenta e investigada a fondo.

—Los dos sabemos a quiénes nos referimos —se dirigió a Trévelez—, pero no os adelantaremos sus nombres hasta que terminéis las averiguaciones preliminares y sea resuelta la autopsia por si aparecieran nuevos indicios que nos indicasen otra dirección.

Por las palabras de Ensenada, el alcalde Trévelez intuía quiénes podían ser los destinatarios de sus sospechas, pero reconocía la prudencia de su proceder. Les aseguró, antes de abandonar la reunión, mantenerles al corriente de cualquier avance que experimentase su trabajo.

Una vez que Ensenada abandonó también su despacho, Rávago decidió poner en marcha su propio plan para descubrir a los responsables del crimen de Castro. Estaba casi seguro que el primer rastro lo encontraría con el embajador Keene. Podría tratarse de una falsa intuición, pero era público el odio que aquel hombre profesaba a los jesuitas y su simpatía hacia muchos de sus declarados enemigos, entre ellos los masones. Por su eficaz y probado espionaje, pensó que a Valmojada se le ocurriría algún modo de tenerle bajo control.

Un paseo en carroza por el Prado de los Recoletos antes del anochecer era casi obligado para la clase alta de Madrid y la forma habitual de enterarse de las noticias más importantes del día. También constituía la mejor manera de ponerse al díasobre las tendencias de la moda femenina, ver al pueblo con sus alegres vestidos de majas y majos y descubrir, entre los muchos vehículos de la alta nobleza, quién de sus propietarios había empezado a cortejar a una u otra dama.

Era media tarde, y con el frescor que producía la sombra de los castaños, María Emilia Salvadores iba en un carruaje descubierto propiedad de su pretendiente Joaquín Trévelez, interesada por todo lo que pasaba a su lado, saludando a unos y a otros, decidida a escuchar de boca de su acompañante los detalles del horrendo crimen acaecido aquella misma mañana.

Ella alternaba sus escuchas con fugaces vistazos a los nuevos peinados que lucían una u otra, tratando de descifrar los mensajes que pretendían expresar con ellos, pues estaba de moda que los peluqueros pusieran adjetivos a los arreglos en el cabello; así, había modelos a lo adorable, a lo celosa o a lo sugestiva.

Se arregló un poco el suyo, descontenta de la exagerada altura que había tomado; era obra del peluquero francés de la casa de Benavente, que había acudido a su palacio aquel mismo mediodía.

Su acompañante, que a fin de cuentas, como miembro de la Sala del Crimen era responsable de la persecución y juicio de todos los delitos civiles y penales en cinco leguas alrededor del Palacio Real, se mostraba preocupado por el enorme compromiso que había caído sobre él.

María Emilia parecía estar escuchando, pero se había detenido en averiguar qué noble era el que acompañaba a la duquesa de Arcos esa tarde, incapaz de identificarle a primera vista.

—Supongo que además de la terrible noticia de hoy, son muchos los delitos que pasan por tus manos, a juzgar por las pocas ocasiones en que me regalas con estas salidas.

Aunque no era insensible a las preocupaciones de Trévelez, María Emilia seguía los consejos de su amiga Faustina para atraer su atención, pues la condesa era una experta en recibir atenciones masculinas y entender sus reacciones. Se fijó en que la duquesa de Osuna esa tarde llevaba un llamativo lunar en la sien derecha, señal de que estaba dispuesta a aceptar que la cortejaran.

Aquello de los lunares lo supo de boca de Faustina. Se había instaurado en Madrid desde hacía no mucho tiempo. Las mujeres transmitían mensajes a los varones simplemente cambiando la posición del pequeño trozo de terciopelo que hacía las funciones del lunar natural. Si en vez de en la izquierda, hubiese estado en la sien derecha de la de Osuna, querría decir que la plaza estaba ocupada de momento. Muchos, pequeños y repartidos por todo el rostro significaban un estado caprichoso. Si durante una conversación, el lunar pasaba a la comisura derecha de la boca, es que había que evitar la conversación con el que estuviese en esa misma posición. Todas esas normas y muchas otras las había aprendido María Emilia con rapidez, pues todo Madrid las conocía y usaba. Así, entendió también que cortejar a una mujer casada no suponía infidelidad, pues se trataba de una simple moda, de tono caballeresco y platónico, algo hasta bien visto por parte de los maridos.

Le resultó asombroso comprobar hasta dónde alcanzaba la relación entre la cortejada y el varón. Al poco de llegar a Madrid y de establecer amistad con la condesa de Benavente, ésta contaba con un joven archiduque, recién venido de Austria, que se había prendado de sus encantos hasta el punto que acudía todas las mañanas a despertarla con la máxima dulzura, le abría las ventanas con cuidado de no molestar sus ojos, y le llevaba la primera taza de chocolate caliente con pastas o bollos recién comprados.

A María Emilia le parecía increíble que todo aquello significase un simple e inocente respeto a la amada, y que no llevase a roces mayores, pero parecía que casi nunca terminaba de esta manera. Visto que así obraban todos y todas, esa tarde, al igual que lo había hecho en días anteriores, se había puesto un lunar en la sien derecha, pues eso demostraba al alcalde que su plaza estaba vacante.

—Debes entender —Trévelez le devolvió a la realidad—, que no hay nada que me satisfaga más que tu presencia, reconociendo que cuento con demasiados inconvenientes para frecuentarla más. —A María Emilia no le importó que cogiera sus manos, aunque se cuidase de no ser vista por nadie, pues sería criticada de inmediato—. Como muestra de mi interés hacia ti, me gustaría que supieras que aunque sólo han pasado cuatro días sin vernos desde el concierto de Scarlatti, me ha parecido una eternidad.

Para Trévelez, cualquier oportunidad de mostrar sus rectas intenciones hacia ella era perfecta, pues aquella mujer, aunque no era muy bella, tenía con creces cualquiera de las virtudes que exigía a la que fuese su esposa. Su firme carácter y la gran inteligencia que poseía no la privaban de una fuerte sensibilidad, cualidad que también esperaba en una mujer.

Como buen extremeño, no era hombre de muchas palabras, sólo las justas, pero disfrutaba del comer y de la caza tanto como de la presencia de una mujer de las características de María Salvadores. No se sentía cómodo en el papel de pretendiente, pues poco era el tiempo y la experiencia que había acumulado en esas lides, al estar más atento a sus negocios y pesquisas que a dominar el arte del cortejo. Por eso, además de inexperto, se veía un tanto artificial cuando trataba de conquistar a aquella dama, e inseguro de sus sentimientos hacia él.

—Podíamos acercarnos a la botillería de Canosa, en la calle de San Jerónimo, y tomar un sorbete. Con este calor no sé tú, pero a mí me apetece beber algo fresco —María Emilia se abanicaba con regularidad para mitigar el calor que caía sobre Madrid desde hacía una semana—, y de camino me cuentas quiénes crees que han sido los autores del asesinato, pues sabes lo mucho que disfruto escuchando tus casos.

—De acuerdo. ¡Llévenos a la calle de San Jerónimo! —gritó a su cochero—. Te contaré algo, si me invitas a comer algún día a tu palacio.

—¡Hecho! —contestó ella tajante y con una amplia sonrisa.

La botillería de Canosa podía presumir de ser el lugar predilecto de la alta nobleza de Madrid y de servir los más deliciosos sorbetes y refrescos de la capital. Además de destacar por su calidad, resultaba peculiar la forma de servirlos pues, a diferencia de sus competidores, en aquel establecimiento se ofrecían las bebidas en unas bandejas de mimbre que llevaban los camareros hasta el mismo carruaje, evitando a sus propietarios tener que bajar de ellos.

Después de haber recorrido el Prado de San Jerónimo, que dejaba a su izquierda las caballerizas del Rey y la entrada al palacio del Buen Retiro, giraron a la derecha para subir por la calle donde se encontraba la botillería, ubicada en unos bajos asotanados y a la mitad de la misma.

Pocos metros antes, entre un numeroso grupo de carruajes, localizaron el de la condesa de Benavente, que al verlos les animó a que se aproximaran al suyo. María Emilia observó que su amiga Faustina, que ya no podía ocultar su embarazo, no iba acompañada por su marido, sino por un joven de aspecto impecable, que debía ser aquel nuevo candidato a cortejarla al que había hecho referencia unos días antes.

—¡Buenas tardes! —María Emilia no le quitaba ojo al joven, contrariado por aquella interrupción—. Creo que no tengo el gusto de conocer a tu acompañante.

Joaquín Trévelez saludó con respeto a la condesa.

—Se llama Enzo y es veneciano, pero no os molestéis en tratar de hablar con él porque no sabe ni una palabra de español. —Al escuchar su nombre, el apuesto mozo inclinó su cabeza a modo de saludo—. Es un nuevo ayudante del embajador de Venecia, que conocí en una de las fiestas que acostumbran a dar, y desde entonces no he conseguido que se me despegue.

Faustina se rió y el veneciano hizo lo mismo, sin entender de qué trataba la gracia. La belleza de la condesa se abría con mayor plenitud cada vez que sonreía; se entendía que tan magnífica mujer tuviese tantos pretendientes, pues no existía en todo Madrid ninguna mujer que llegase a ensombrecerla.

—¿Cómo está Beatriz? —Un camarero había tomado nota de su pedido; María, una vez que ya había aprobado con nota al apuesto veneciano, que apenas tendría veinticinco años, se acordó de la extraña reacción que había tenido la niña durante el concierto.

—Entiendo que ya está bien, pero no me preguntes qué le pasó la otra noche, pues no he conseguido que me contase mucho. Sólo me dijo que se había sentido un poco indispuesta y que no me preocupase más. Podrías preguntarle a Braulio; seguro que sabe algo más que yo, pues últimamente los dos parecen uña y carne —respondió la condesa.

—Trataré de enterarme.

—Hablando de Beatriz, tenemos una gran noticia para ella. —María Emilia no pestañeaba, muerta de interés—. Esta misma mañana nos ha pedido su mano el duque de Llanes y se la hemos concedido sin dudarlo. Ella todavía no lo sabe. Es un buen hombre y posee una posición muy acomodada; con él quedará bien asegurado el futuro de Beatriz. Estamos encantados, aunque me apene mucho tener que alejarme de ella.

—¿Estás hablando del mismo duque que conozco yo? —La expresión de María Emilia demostraba un absoluto desconcierto—. ¿Me hablas de algún hijo suyo que desconozco, o del viudo de sesenta y pico años que disfruta de palacio, vecino al vuestro, en la plaza de la Vega?

—Que yo sepa no tiene hijos, y ¡claro que me refiero a don Carlos! Ya sé lo que me vas a decir; que resulta algo mayor, pero dado el modesto origen de Beatriz

hemos entendido que sería un excelente arreglo para ella. Ya sabes lo mirada que resulta la clase noble a la hora de casarse.

—Sólo te digo, que conociendo un poco a Beatriz la solución no le va a gustar nada.

Aquella noticia apenaba a María Emilia, no sólo por lo que podía afectar a su apreciada Beatriz, sino también por el efecto devastador que iba a tener sobre su hijo Braulio.

Durante la vuelta a su palacio, María Emilia Salvadores no dejaba de pensar en aquella sorprendente novedad y apenas prestaba atención a lo que le contaba Joaquín sobre el robo de unas importantes joyas en la casa de los duques de Medinaceli. Decidió que esperaría a que Beatriz supiese lo de su arreglo matrimonial antes de hablar con Braulio, aunque, de todos modos, empezó a elaborar algunos argumentos que le pudieran servir para consolar su seguro disgusto.

A la mañana siguiente, sor Ángela trataba de atraer la atención de sus diez alumnas de clase de Historia de Religión en la escuela convento de las Salesas Reales. Aunque todas parecían seguir sus explicaciones, Beatriz Rosillón ahogaba su rabia dibujando palabras sin sentido sobre un papel en blanco. De vez en cuando pasaba una página de su libro para simular que estaba siguiendo las explicaciones, aunque su mente volaba tan lejos de allí como si quisiera verse fuera de su horrible realidad.

La noche anterior, sus padres adoptivos le habían hecho llamar para darle una noticia que resultó ser la peor que hubiera podido imaginar. Sus protestas y objeciones no le sirvieron de nada ante la firmeza de la decisión que habían tomado, pues su boda estaba incluso pactada para al cabo de sólo un mes. Lo primero que le asaltó a su herido corazón fue pensar en su querido Braulio, al que amaba con inquebrantable intensidad y del que no podía explicar nada a sus padres por la falta de argumentos: ¿cómo iban a aceptar que cambiase un futuro asegurado por el abultado patrimonio del duque de Llanes, por un matrimonio con el jovencísimo hijo de unos gitanos que en nada podía superar las ventajas del primero? Ni lo intentó, ni quiso que conocieran sus sentimientos hacia él, pues de nada le iba a servir, y hasta podía entorpecer seguir viéndole una vez casada.

Cada vez que pensaba en el duque, al que había visto en sólo dos ocasiones, se le cortaba la respiración al imaginar su vida al lado de un anciano que no poseía ningún atractivo para ella. No había podido hablarlo con Braulio y tampoco sabía cómo se lo iba a explicar; encontrar las palabras adecuadas era un empeño tan complicado como el hecho mismo de su separación.

Uno de sus mayores tormentos consistía en entender la buena fe de sus padres en aquella decisión, pues, si en algo la querían, no encontraba justificación para que le

desearan tan cruel destino. Llegó a pensar que el cariño que le habían demostrado a lo largo de esos años, resultaba ser algo tan exiguo y falso como para desearle tal castigo. También calculó —para empeorar aún más su dolorido estado— que aquel primer embarazo de Faustina habría transformado sus sentimientos, y por eso ahora trataba de deshacerse de ella para dedicar todo su corazón al hijo que llevaba en sus entrañas. Recogía con rabia una lágrima que resbalaba por su mejilla, escondiéndose de las demás alumnas, del mundo que nunca le había visto llorar.

—¡Pasad a la página treinta! Vamos a estudiar la ejemplar vida de santa Adelaida, esposa del emperador de Alemania, que murió en el año novecientos noventa y nueve. Como veréis, niñas, en la litografía de vuestros libros aparece su imagen coronada como reina, pues lo fue en vida y llena de ardor divino. Su padre, el rey de Borgoña, murió cuando sólo tenía seis años y la casaron muy joven con el rey Lotario. Este murió también muy pronto y quedó viuda a los diecinueve. Fue más tarde encarcelada por otro rey que pretendía su corona, y pasó muchos meses encerrada y humillada, vestida con harapos, pero siempre mostrándose feliz y bondadosa hacia todos. Este es un buen ejemplo para vuestras propias vidas, pues deberéis parecer siempre felices con lo que el futuro disponga para vosotras…

La monja seguía adoctrinando a las jóvenes, mientras Beatriz reflexionaba sobre sus últimas palabras. En su situación, aquello le parecía un exceso, pues no se imaginaba cómo podía demostrar felicidad en un matrimonio que más parecía un martirio, ni tampoco se veía como una santa, aunque las pruebas que le estaba poniendo la vida pudieran parecer suficiente causa de ello.

Al terminar con santa Adelaida, sor Ángela se entretuvo con santa Catalina de Siena, que por no querer contraer matrimonio con el hombre rico que deseaba su padre para ella, pues ya se había prometido a Dios, tuvo que ocuparse durante largo tiempo de las labores más humildes de la casa, hasta que agotó la paciencia de su padre e ingresó en un convento.

Les explicaba que la santa, desde muy pronto, había destacado por su sabiduría y prudencia, por lo que llegó a ser consejera de príncipes y hasta del mismo Papa, y que a lo largo de su vida había redactado más de trescientas cartas llenas de un sólido peso teológico.

Beatriz, pensó que, una vez más, parecía que aquellas vidas tan ejemplares coincidían en parte con la suya, aunque no pensase, como solución para ella, en romper su futuro matrimonio e ingresar en un convento. Lo del trabajo doméstico no le parecía tan terrible, si con eso lograba evitar su destino.

Le llegó el turno a santa Bárbara, de la que la monja dijo que había muerto mártir, a manos de su propio padre que era pagano, por su negativa a casarse con quien fuera también pagano. La furia del hombre se ahogó, primero cortándole la cabeza a su hija y con su propia muerte después, al caerle un rayo. Les invitó a mirar la litografía que

mostraba a la mujer con un cáliz en su mano, sobre un fondo tormentoso. Beatriz pensó que tampoco resultaba conveniente imitar su martirio, aunque reconociera en la santa semejantes causas a las suyas.

Aquella sucesión de vidas ajenas le estaban empezando a resultar divertidas, e incluso estaban ayudándole a pensar que tampoco lo suyo era tan infrecuente, y por lo tanto resultaba más llevadero. Pero todo cambió al pasar a la siguiente página del libro, cuando vio el nombre y la litografía de la siguiente santa.

—Vamos a terminar ya la clase de hoy con una última santa. Me refiero a santa Justina de Padua. Ojead en vuestros libros el bello retrato de su martirio, pintado por el magnífico Paolo Veronés…

Beatriz observaba aterrorizada aquel dibujo que mostraba una escena en la que la santa aparecía de rodillas, con un puñal a punto de atravesar su corazón, mientras dos hombres a su izquierda la contemplaban apoyados en dos varas, y a su derecha, otros dos —uno de ellos parecía un alto cargo eclesiástico—, asistían a la macabra escena con el rostro imperturbable. Pensó que si hubiese un cuadro que pudiese dibujar el asesinato de su madre lo tenía delante de sus ojos, pues aquella escena parecía tan semejante a la que había vivido que casi podía imaginar a su autor a su lado y a los pies de su madre muerta, trazando idénticas líneas.

Algo en su interior no funcionaba bien cuando empezó a sentir las primeras náuseas. Si no podía creerse lo que estaba viendo, todavía le resultaba peor escuchar a la monja repetir el nombre de la santa, que coincidía, por una cruel coincidencia, con el de su madre.

El recuerdo de su imagen desplomándose delante de ella, los ojos y la expresión de absoluta entrega a la muerte en el rostro de la santa, el puñal clavándose en la delicada piel de ambas, el cruel rostro del inquisidor Pérez Prado cuando lo había reconocido en aquel concierto, las varas de los alguaciles del Santo Oficio resonando por el pasillo… Todos sus sentidos parecían en ese momento participar en una alocada carrera hacia el vacío. Beatriz notó que la clase, la profesora, y el resto de las alumnas empezaba a girar a su alrededor y le empezó a faltar la respiración poco antes de caer sin sentido al suelo.

Para los dos gitanos Heredia, aquel carromato, que todos llamaban galera, había sido el penoso medio que los había transportado de Madrid a Zaragoza, a falta de dinero para ir en una cómoda silla de postas, como hacían los nobles y funcionarios.

Una semana antes habían quedado con el ordinario que les sirvió de correo entre ellos y sus mujeres. Así supieron que no estaban encerradas en la Real Casa de Misericordia de Zaragoza, aunque iban a ser llevadas en breve a ella, sino en el antiguo palacio de la Aljafería, convertido en prisión a falta de instalaciones disponibles en la otra.

En cuanto el hombre hubo terminado su último encargo, y recogieron los falsos documentos que los acreditaban como hombres de bien y castellanos viejos, emprendieron el viaje para liberar a sus mujeres e hijas de la tiranía de los payos.

La Real Casa de Misericordia estaba regida por el arzobispo junto a otros cargos eclesiásticos, y el marqués de Terán, viejo amigo del marqués de la Ensenada y valedor suyo en aquella institución.

Sus funciones, antes de la gran redada contra los gitanos, habían consistido en recoger a los muchos pobres que vagabundeaban por Zaragoza para darles cama, comida, y, en alguna medida, un oficio. Con frecuencia salía de la Casa una galera, que todos llamaban el carro de pobres, para recoger de la calle a aquellos individuos inadaptados que pululaban sin gracia ni oficio, sobre todo después de una leva general, o cuando la densidad de indigentes tomaba proporciones alarmantes para el resto de la población.

Aunque la Casa tuviese como principal tarea la recogida de indigentes y no fuese un reformatorio, tampoco desterraba el uso del castigo cuando lo consideraba necesario. Azotes, cepos, y postes con argollas, eran herramientas comunes en el calabozo y servían de escarmiento para aquellos individuos que entorpecían la buena marcha de la institución.

Unos días antes de la llegada de los hermanos Heredia a la ciudad de Zaragoza, unas ciento setenta gitanas con sus hijas fueron trasladadas desde la Aljafería hasta una nueva nave de la Casa de Misericordia, donde les esperaban otras quinientas que acababan de ser remitidas desde Málaga. Con aquella cantidad de mujeres, su capacidad se había visto desbordada y muchas tuvieron que ser alojadas en los patios, faltándoles comida, ropa, camas y en general lo mínimo para sobrevivir.

Las gitanas, hartas y ofendidas por aquel trato, se enfrentaron a sus carceleros durante días con piedras, palos y sus propias uñas, organizándose tal revuelo que nadie se atrevía a entrar para resolver la peligrosa situación. En aquel ambiente, muchas andaban desnudas a falta de recibir la nueva ropa prometida, mientras otras lavaban como podían las suyas bajo la escandalizada mirada de sus guardianes.

En ese entorno insalubre, algunas enfermaban del pulmón o del vientre y, en general, todas empezaban a manifestar un evidente estado de desnutrición.

A Timbrio Heredia y a su hermano Silerio, no les resultó difícil dar con el bello edificio donde debían encontrar a sus mujeres, pues se habían informado que estaba al lado de una plaza de toros con el mismo nombre. También habían sabido que las características del edificio no permitían una fuga sencilla, por lo que decidieron recuperarlas de un modo más directo; preguntando por ellas a sus responsables, a quienes mostrarían los documentos falsos de su limpieza de sangre y razonarían el carácter ilegítimo de su apresamiento.

La galería que bordeaba uno de sus cuatro patios interiores estaba acristalada y se asomaba a su planta baja, donde al menos un centenar y medio de mujeres y niñas gitanas se encontraban apiñadas en uno de sus ángulos en sombra. No eran más de las once de la mañana, pero el intenso sol de Aragón llevaba ya unas horas castigando la ciudad con toda severidad. Ése era el comentario del portero mientras les llevaba hasta el despacho del alcaide de gitanas, máximo responsable de las mismas en aquella casa.

Timbrio se presentó como comerciante de lanas de la ciudad de Toledo, y Silerio como su ayudante. Los dos dijeron ser primos de aquellas mujeres, y denunciaron su desaparición por una posible confusión en iguales fechas que la redada de los gitanos. Habían decidido que hablaría Timbrio, pues él dominaba mucho mejor el castellano y apenas se le distinguía el acento caló.

—¡Pueden pasar! —La puerta del despacho del alcaide estaba entornada.

—Estos dos caballeros son de Toledo, y vienen preguntando por vos. —El portero abrió del todo la puerta para facilitarles la entrada.

—Ya veo. Pueden sentarse si lo desean. —Les observó sin apreciar nada extraño —. ¿En qué les puedo ayudar?

—Venimos buscando a dos mujeres; Remedios y Amalia Heredia y a dos niñas que las acompañan. Somos familiares suyos y sabemos que fueron detenidas por equivocación hace casi dos años. —Timbrio sacó los documentos que certificaban sus nombres y fe de castellanas, mostrándoselos a la vez que seguía hablando—. Las hemos buscado por todas las demás ciudades que tienen casas como la suya, sin ningún éxito. Por eso, creemos que tienen que estar en su venerable institución.

El hombre ojeó aquellos papeles y llamó a su escribiente.

—Ahora mismo lo comprobaré en los registros, aunque confieso que me resulta extraño imaginar una equivocación tan grave. Todas las mujeres que están concentradas en esta casa de caridad son de raza gitana, o eso nos ha parecido a todos. —Al hombre le llamó la atención las pobladas cejas y patillas que poseía el que más hablaba—. ¿Decís que sois primos de esas mujeres y de Toledo?

Observó con más detenimiento al pequeño. Le pareció que estaba muy nervioso.

—De una población cercana a Toledo llamada Mora. Allí tenemos nuestro negocio de venta de lana, y su casa si alguna vez tenemos el placer de contar con su visita. Nuestras primas, una viuda con dos hijas y la otra soltera, trabajaban en nuestro negocio y vivían a dos cuadras de nuestra vivienda. Desde su desaparición, hemos estado muy preocupados por su destino. La verdad es que hemos realizado un largo viaje hasta llegar acoí, con la esperanza de poder volverlas a ver y resolver en la medida de lo posible su equívoca situación. ¿Podremos contar con vuestra ayuda?

—Perdonad. Me ha parecido escucharos la palabra acoí y, por lo que sé ése es un término muy común en la lengua caló. No seréis también gitanos, ¿verdad?

—Ni sé lo que significa acoí. Creo que he dicho aquí, pero he podido confundirme.

Timbrio se mostraba lleno de serenidad y convicción en lo que decía, pero el alcaide daba muestras de estar dudando sobre sus identidades.

—¿Me podéis enseñar vuestros documentos? Los necesito para cumplir con los trámites necesarios en estos casos.

Timbrio sacó sus papeles, y se los mostró sin demostrar ninguna tensión.

—Veo que también sois Heredia. —Las dudas del alcaide iban creciendo por momentos—. Es un apellido bastante habitual en los gitanos.

—Es cierto que resulta frecuente entre esa calaña, pero ya ha visto que somos de sangre castellana y nada tenemos con esa raza de vagos y maleantes.

Entró su ayudante al despacho y se acercó al alcaide para decirle algo al oído, pasándole un papel que contenía una larga lista de nombres. El contrariado gesto que apareció en su rostro, presagiaba malas noticias.

—¿Me necesita para algo más?

El escribiente cerró tras de sí la puerta, con la negativa del alcaide.

—Créanme que lamento informarles —se puso a leer el papel que tenía entre sus manos—, que su prima Remedios Heredia falleció hace cuatro semanas de una neumonía, como también Amalia Heredia, aunque ésta hace apenas una semana y de unas fiebres malignas.

El alcaide les miró algo avergonzado pues conocía las lamentables condiciones de alojamiento de aquellas mujeres, y su conciencia sufría por la larga relación de fallecidas que no dejaba de crecer cada día.

Silerio Heredia no pudo resistir su silencio por más tiempo, y preguntó por el paradero de sus dos sobrinas; las hijas de Timbrio, con un marcado acento caló. También empuñó la larga navaja que ocultaba debajo de su fajín.

—Por fortuna, sus nombres no aparecen en esta lista. —Al escuchar al más pequeño, concluyó que aquellos hombres eran dos gitanos en toda regla y que debía andarse con cuidado—. Mi ayudante me ha señalado que tampoco están en ninguna otra donde tenemos registradas las que aún siguen hospedadas en esta Casa.

—Estamos seguros que estaban todas juntas. No puede ser que hayan desaparecido.

Timbrio se tragaba la rabia y el dolor que traspasaba sus entrañas con la muerte de su mujer, aunque se mantenía en la esperanza de encontrar vivas a sus dos hijas.

—Sólo se me ocurre que hayan escapado. —Un cierto aire de alivio recorrió por un instante el ánimo del gitano—. ¡Me explico! El mismo día que llegó el grupo de mujeres desde el palacio de la Aljafería, se produjo una numerosa fuga que protagonizaron unas quince mujeres, entre las cuales supimos que había cinco que eran bastante jovencitas. Sus nombres los desconocemos, y nada se ha sabido de ellas

después. Siento no poder darles más información; eso es todo lo que sé de sus familiares.

Le pareció que una nube de peligrosa ira recorría aquellos dos rostros.

—Vuelvo a insistirles, que lamento haberles dado tan malas noticias. No dejo de imaginar los malos momentos por los que deben estar atravesando.

Timbrio Heredia y su hermano Silerio cerraron la puerta del despacho del alcaide de gitanas y abandonaron con rapidez el edificio que albergaba la Casa de Misericordia, ahogados de ira y confusión.

La inesperada y terrible muerte de sus respectivas mujeres, que jamás imaginaron que llegara a ocurrir, y la desaparición de las dos niñas, con la dolorosa incertidumbre que suponía no conocer su suerte, despertó en ellos un instinto de venganza que les impulsó a un ataque de singular violencia contra el alcaide. Ellos no los contaron, pero seguro que su cuerpo recibió antes de morir más de cincuenta navajazos y una parte del agudo odio que seguiría fluyendo por su sangre gitana durante mucho tiempo.

En Madrid.
Año 1751, 21 de julio

La cámara donde se cumplían las sentencias de tormento se hallaba en el extremo de una larga galería que descendía en profundidad dentro de los subterráneos que recorrían el palacio del Santo Tribunal.

Si había en ella una cualidad que destacaba sobre cualquier otra, era sin duda el repugnante olor que despedía; mezcla de sangre, orines, y carne podrida, que maceraba las piedras y paredes de aquel húmedo y lúgubre ambiente.

Aislada por completo, no recibía la luz del sol o el alivio de un soplo de aire fresco; sin esas curas, aquella estancia iba enfermando sin solución, contagiada de las mismas penas que padecían los torturados.

Su escasa decoración consistía en una sobria tarima con varias sillas en uno de sus laterales donde se sentaban los inquisidores, y en su centro, toda una colección de instrumentos de tortura para conseguir la confesión del acusado. Las ocho antorchas que ardían en sus paredes iluminaban su techo y, al reflejarse en él, repartían algo de luz por el recinto.

Aquella tarde, el médico que solía atender a los presos del Santo Oficio se encontraba examinando el cuerpo de un reo para dictaminar si se encontraba en condiciones de recibir tormento. Aunque estaba en exceso delgado, no lo encontró tan débil como para desaconsejar el uso del cordel y el agua sobre John Wilmore, máximo responsable de la masonería en España, detenido por la Santa Inquisición hacía dos semanas.

El doctor se acercó hacia la tribuna donde los inquisidores aguardaban su dictamen, para dar su beneplácito.

La importancia del acusado había animado la presencia del inquisidor general Pérez Prado, que presidía el acto junto al notario, cuatro ministros de tortura, y una tercera persona que ocultaba su identidad bajo una amplia capucha.

—¡Decid toda la verdad y evitaremos que los verdugos procedan contra vos! —La ronca voz de Pérez Prado retumbaba sobre las mudas paredes de la cámara.

—¡Nada he de confesar, pues nada condenable he cometido! —La expresión del

reo parecía tan firme como la convicción de su inocencia.

—Os ha sido dictaminada una sentencia de tormento tras haberse obtenido suficientes evidencias de delito en la prueba de testigos, y no haberse aceptado las alegaciones de vuestro abogado contra los testigos de cargo. —El notario explicaba al acusado la evolución de su proceso y las razones de aquella resolución—. Como todavía no hemos obtenido de vos una completa confesión, nos vemos obligados a aplicaros tortura, no por deseo propio, si no debido a vuestra obstinación. No ejerceremos mutilación sobre ninguno de vuestros miembros ni os provocaremos heridas de sangre, pero actuaremos con ciertos instrumentos que os producirán un agudo dolor, sin detenernos hasta que vuestro testimonio nos disculpe de su uso.

—Por última vez, ¿deseáis confesar delante de este tribunal vuestro delito? —La segunda advertencia del inquisidor general no pareció conmover el ánimo de John Wilmore.

—¡Solicito al ministro de tortura que desnude por completo al reo! —Al no obtener respuesta del encausado, el notario dio la orden para comenzar el procedimiento.

En muchas ocasiones aquella humillante situación, junto a la contemplación de los instrumentos de tortura era suficiente para que la voluntad del acusado se doblase. Sin embargo, el cuerpo seco y acartonado de John Wilmore pareció preferir como destino recibir sufrimiento, antes que atender a sus deseos.

—¡Empléese el cordel con el acusado! —Aquel mandato iniciaba la primera de las torturas a que se le iba a someter.

Los dos verdugos tumbaron al inglés sobre una mesa y ataron sus muñecas a dos cuerdas que iban unidas a unos rodillos. Las ciñeron con tanta fuerza que pronto cedió la piel y empezó a sentir un agudo dolor a cada roce del cordel sobre su carne. Otras dos cuerdas aprisionaron sus tobillos de tal manera que, a las primeras vueltas de tuerca, su cuerpo quedó estirado, sin apenas rozar la mesa. Su negativa a confesar ante una nueva solicitud del inquisidor, hizo que los verdugos recogieran cinco centímetros más de cuerda, produciéndole un insoportable dolor, junto a la sensación de que en cualquier momento alguno de sus miembros se le separaría del cuerpo.

Wilmore no quería gritar ni dar señal alguna de debilidad o de flaqueza de ánimo, pero era tal el suplicio que padecía que empezó a gemir, primero en susurros, y a medida que aquello seguía estirándose, con mayor intensidad. Debió de perder el conocimiento cuando se le descoyuntó su hombro derecho, pues al despertarse le dominaba un agudo dolor en ambos, y sólo recordaba haber notado el descoyuntamiento del izquierdo.

El inglés dirigió la vista hacia los inquisidores con la esperanza de que aquello hubiera terminado ya y le devolvieran a su celda. Su inquietante espera se tuvo que prolongar durante un buen rato, pues aquellos hombres parecían entretenidos en una

larga conversación que no alcanzaba a escuchar, hasta que decidieron que se procediera contra él con un tormento de agua.

Tras ser soltado de sus amarres y notar como una parte de su carne era arrastrada con ellos, le empujaron hacia un banco bajo y alargado donde fue tumbado boca arriba. El médico observó la extensión de sus heridas y le palpó los amoratados hombros que iban tomando un aspecto tumefacto, dando sin embargo por bueno su estado y autorizando de viva voz la continuidad del martirio.

El obispo Pérez Prado se acercó al oído del incógnito invitado, asegurándole que aunque el reo había conseguido soportar el primer instrumento, no aguantaría la sensación de asfixia que le iba a suponer el agua y terminaría confesando.

Una gruesa correa de cuero sobre su cuello le inmovilizó la cabeza, y otra, apretada con exceso sobre su vientre, parecía empujar su estómago hacia los pulmones. Le vendaron los ojos con una toca que le cubría hasta la nariz y después la empaparon con agua para dificultarle la respiración. Luego le ordenaron abrir la boca y derramaron en ella un chorro de agua que parecía no terminar nunca. Durante los primeros minutos no le costó demasiado tragarla, pero el cinturón sobre su vientre parecía haberle estrechado de tal modo el estómago, que a medida que éste se llenaba de líquido devolvía una buena parte hacia la garganta donde se cruzaba con el agua que caía sin pausa del búcaro.

El aire no conseguía entrar en sus pulmones, y tampoco encontraba la manera de dejar de tragar para poder inspirar por la nariz. Se ahogaba sin remedio, y sin poder gritar ni explicar a nadie que si seguían un minuto más con aquello iba a morir. Empezó a notar en sus ojos una enorme presión y un mareo frío que parecía la antesala de la muerte. Se detuvieron en el justo instante en el que se abandonó al esfuerzo de tragar más agua para evitar su entrada en los pulmones, y esperaron unos minutos más hasta que dejó de toser y eliminó los últimos restos de líquido.

Por su reiterada negativa a reconocer delito, y después de una nueva inspección del médico, decidieron que conociera el tormento de garrucha.

Unas nuevas cuerdas se le clavaron sobre la carne al quedar atadas sus muñecas a su espalda. Le subieron mediante un sistema de polea hasta el techo y, una vez arriba, le soltaron con brusquedad hasta casi tocar el suelo. El golpe seco de la frenada le provocó tal increíble daño sobre sus hombros dislocados y los músculos de la espalda, que no pudo evitar soltar un desgarrador alarido.

El obispo Pérez Prado ordenó a los verdugos que no probaran una nueva caída por recomendación del médico, pues éste entendía que, con otra, podía llegar a peligrar su vida, y les mandó que se lo llevaran a su celda contrariado por no haber obtenido ningún efecto con aquellos medios.

En cuanto hubo salido el reo, arrastrado por dos de los ministros, el inquisidor general se detuvo unos minutos más en la cámara para comentar sus impresiones con

aquel hermético invitado.

—Padre Rávago, ¡os aseguro que esto no va a terminar así! Seguiremos tratando de obtener su confesión, aunque tengamos que emplear para ello nuevos métodos o más contundencia. ¡Mantengo mi compromiso de hacerle hablar!

El confesor del rey Fernando VI había querido ocultar su identidad delante de Wilmore. No quería ser reconocido ni que se llegase a saber que él había sido el responsable de su detención junto al marqués de la Ensenada, por obra de un espía que este último había conseguido infiltrar en la logiamasónica de Las Tres Flores de Lys, el conde de Valmojada.

Pocos meses atrás, Rávago había redactado por encargo del rey Fernando una memoria sobre la sociedad de los masones, gracias a la cual se había emitido el edicto de prohibición. En ella, el confesor real recordaba al monarca la bula del papa Clemente XII y la constitución redactada por el actual pontífice Benedicto XIV. Ambas denunciaban y prohibían a todo católico pertenecer o participar en reuniones o juntas de aquella sociedad, quedando excomulgado todo el que contraviniera sus principios. Aparte de aquellos motivos de índole religiosa, el escrito resaltaba los peligros que podría acarrear esa asociación al Estado por su condición secreta y sus misteriosos y últimos fines. Al saber que destacados miembros de la milicia, del mundo de la cultura y del derecho habían sido iniciados en aquella asociación, como era el caso del joven abogado Campomanes o del influyente José Moñino, se preguntaba qué otros motivos reunirían a aquellos hombres de tan alta formación, de no ser algún objetivo importante y oculto. Ese simple hecho le daba a entender que no podía ser considerada como una causa menor la que ocultaban, cuando las penas a que se veían sometidos si se les descubría revelando sus secretos, consistía en cortarles la lengua o extraerles el corazón. Su conclusión era que tanto militar junto con tanto hombre de cultura, tenían que perseguir empresas de una importancia tan alta que justificase el secreto con el que actuaban. Pensaba que lo que perseguían no era sino la destrucción de la religión católica y el deterioro de los actuales estados europeos, para fundar otro sistema de organización más universal y sin ninguna influencia religiosa; toda una revolución frente al poder tradicional.

Aquellos argumentos convencieron al rey Fernando del peligro que la masonería podía acarrear a la monarquía, pues también conocía la influencia que había tenido en la puesta en pie de un sistema parlamentario en Inglaterra, con dos cámaras, lores y comunes, donde se llegaba a supervisar y discutir las leyes y el gobierno de la propia nación, cuando desde siempre ésas eran funciones exclusivas del rey. Por todo ello, tomó la determinación de redactar el edicto de prohibición e informar al Consejo del Santo para que velara por su cumplimiento.

—Me siento muy defraudado, mi buen amigo —decía el inquisidor general al confesor real—. Nuestros intentos por desarticular esta organización diabólica y

conocer sus fines y el paradero de sus miembros, se está retrasando más de lo que deseo. Y aunque hayamos tenido la fortuna de detener a su máximo responsable, parece que de nada nos ha servido, a la luz del salvaje asesinato de nuestro querido padre Castro, de cuya autoría masónica tengo fundadas sospechas.

—Podéis tener razón, padre Rávago, aunque me reconoceréis que el solo hecho de tener a su gran maestre encarcelado servirá de ejemplo para el resto de los masones y frenará su peligrosa expansión de la secta, si es que no se demuestra su implicación en la muerte de Castro.

—Como veo en vuestra actitud un cierto espíritu de resignación, quiero que sepáis que no aceptaré ninguna rebaja de nuestros objetivos iniciales. —Su expresión se transformó en una severa amonestación—. Lo que me ofrecéis es una insignificancia al lado de obtener sus estatutos o constituciones; es allí donde deben dirigirse nuestros esfuerzos, y no en pensar que un simple veredicto puede servirnos de alguna ayuda. —Rávago se levantó de la silla con intención de abandonar aquella sala, manifestando su escaso interés por seguir hablando de ello, aunque sí por saber qué nuevas medidas iba a tomar, y para cuándo pensaba lograr más resultados—. Hasta que nos veamos de nuevo, conseguid que hable. Debo informar al monarca sobre este asunto y creo que no os conviene que nuestro Rey llegue a dudar de la eficacia de vuestro cometido. Supongo que me explico bien, ¿cierto?

—Padre Rávago, no tengáis ninguna duda que mis objetivos coinciden con los vuestros y con los del Rey. En ningún caso cesaré en mis esfuerzos por conseguir su declaración. Podéis marchar tranquilo; os avisaré tan pronto como obtengamos cualquier dato, tanto del crimen de Castro como del resto de las informaciones que perseguimos.

La recién inaugurada plaza de toros levantaba su planta en la misma calle de Alcalá, pasado el palacio del Buen Retiro y en un descampado a su izquierda.

El pueblo de Madrid no había conocido un edificio circular como ése dedicado en exclusiva a los toros, pues lo habitual había sido celebrar la fiesta en la plaza principal de las ciudades o pueblos.

Tal vez fuera la novedad de su fisonomía o las ansias de asistir al propio espectáculo, las que conseguían atraer a una multitud de personas de toda clase social en una fiesta que duraba mañana y tarde.

María Emilia Salvadores había convencido aquel viernes a su pretendiente Joaquín para que llegaran al menos a los toros de la tarde, que en general eran mucho mejores que los de la mañana. También animó a su amiga la condesa de Benavente que, como ya era costumbre en ella, lo hizo acompañada, no de su marido, sino de un nuevo galán que pretendía cortejarla como tantos otros lo habían intentado antes que él, sin que ninguno hubiera conseguido mayores favores de ella que el simple hecho

de participar en aquel juego de coqueteos sin trascendencia.

María Emilia había combatido con éxito los argumentos en contra que había usado Joaquín para no ir; que al ser la última corrida de la temporada los toros no serían buenos, que el intenso calor de aquel julio no iba a ayudar, o el nulo atractivo que suponía ver un espectáculo tan lamentable como el de los perros cuando les lanzaban a matar a los toros que salían mansos. Cuando María Emilia le aplicó una buena dosis de dulzura, todos sus impedimentos se disolvieron de inmediato como por arte de magia.

Los cuatro se sentaron cerca de la barrera para presenciar la lidia del octavo toro del día, a punto de entrar en la arena, rodeados de las más altas personalidades políticas y eclesiásticas de Madrid.

Antes de iniciarse la lidia, María Emilia observó a su amiga Faustina. A pesar de sus ocho meses de embarazo, nada conseguía mermar su encanto físico. Se fijó en su vestido. La elección no había podido ser más adecuada para la circunstancia; una falda de seda en tono carmesí, y el jubón, adornado con bordados en oro, asemejando los brocados que llevaban toreros y picadores en sus casacas. Había llamado la atención de casi todas las damas de la plaza, como también de su acompañante, que parecía embriagado en su compañía.

Las dos amigas se habían sentado juntas para comentar los preparativos de la boda de Beatriz con el duque de Llanes, pues tan sólo faltaba un mes y aún quedaban un sinfín de detalles por solucionar.

Un enorme toro bragado irrumpió en la plaza resoplando con furia, con la oscuridad de los toriles en sus ojos, cegado con el resplandor de la arena. Un torero lo esperaba en medio de la misma con enorme riesgo para su vida. La plaza se apagó en un contenido silencio hasta que vio resuelto el lance por el joven matador, e irrumpió en vítores por el arreglo. Tras varios pases con cierto estilo, entraron dos caballos con sus picadores para lancear al toro y restarle bravura.

—¿Cómo ves a Beatriz? ¿Llegará a aceptar su nueva condición? —Sin perder de vista la faena, María Emilia se arrancó a hablar con Faustina.

—Espero que sí, aunque no creas que sé muy bien lo que piensa. Durante estas dos últimas semanas he tratado de evitar esa conversación, después de las tremendas discusiones que nos enfrentaron cuando supo lo de su enlace.

El toro acababa de recibir la segunda vara; en la primera había dejado mal herido al equino y ahora trataba de hacer lo mismo con este segundo.

—Sufro viendo morir a esos pobres caballos. ¿No te pasa lo mismo? —preguntó Faustina.

—Deberían protegerlos de algún modo. —María Emilia observaba cómo salía el animal, con media tripa colgando de sus ijares.

—Sigo convencida de que Beatriz —continuó Faustina—, a sus dieciséis años,

está en el mejor momento para formar familia. Además, el duque de Llanes la está colmando de atenciones; muchas más de las que serían esperables a su edad. Entiendo que, como hombre, no se le puede pedir más y sabes que sobre ellos he llegado a aprender bastante. —Le hizo una mueca señalándole a su nuevo acompañante, el marqués de Sotoviña.

El toro, que se había llevado diez varas y entre medias había destrozado otro caballo más, ahora se mostraba lento y con menos furia, con las ocho banderillas que le acababan de colocar con bastante buen estilo a juicio del público.

—El caso es que Beatriz ha venido suavizando su postura, y creo imaginar que ha sido el duque el que la ha hecho entender las ventajas y posibilidades que se le ofrecen con su matrimonio.

Un excelente pase de pecho fue alabado por el tendido con una larga ovación.

—Con tanta charla os estáis perdiendo la faena. —Trévelez amonestó a María Emilia su escaso interés tras haberse visto forzado a ir a los toros esa tarde, con las críticas tareas que le ocupaban.

Las dos mujeres permanecieron en silencio hasta la muerte del toro, para la que a la hábil espada del torero le bastó un único intento, y volvieron a ello cuando sus dos hombres les dejaron para buscar un refresco.

—Me preocupa mi hijo Braulio.

—Supongo que la noticia de Beatriz le habrá dejado entristecido, habida cuenta del estrecho trato que se tienen desde que se conocieron.

—He dudado mucho si debía o no decírtelo. —Su expresión seria despertó la curiosidad de Faustina—. Creo que entre ellos existe una relación mucho más profunda que lo que imaginamos.

—No querrás decir que Beatriz y Braulio son algo más que amigos, ¿verdad?

—Mucho me temo que sí. Cuando le di la noticia del compromiso, Braulio tuvo una reacción desproporcionada. Rompió a llorar sin consuelo, lo cual no me resultó extraño en un principio, sabiendo lo unidos que estaban, pero sí después, cuando adoptó un permanente estado de mal genio que, como sabes, no es muy habitual en él.

—Confieso que no le he notado nada en estos últimos días, aunque reconozco no haber hablado mucho con él, desde luego menos de lo que acostumbraba. —Mientras hablaba, Faustina trataba de recordar algo que delatara aquella oculta relación.

—Hace dos días —siguió María Emilia—, encontré entre su ropa una carta de Beatriz que me confirmó lo que de verdad sienten. Te aseguro que estaba impregnada de una profunda tristeza y llena de declaraciones de amor y de fidelidad infinita hacia Braulio. Al final, tu hija le expresaba la repugnancia que sentía por aquel matrimonio convenido, que le era indeseable por sí mismo y, sobre todo, por separarla de su único amor; mi hijo Braulio.

—¡No lo puedo creer! —Un escalofrío recorrió a Faustina desde los pies hasta la nuca—. Pero ¿cómo es posible que hayamos estado todos tan ciegos para no notar lo que ocurría entre ellos?

—Está claro que lo han querido ocultar, supongo que para evitar que nos pusiéramos en contra de su relación.

Vieron a Joaquín Trévelez y al marqués de Sotoviña acercándose hacia ellas con dos vasos de limonada.

—¡Ya vuelven! —María Emilia puso en aviso a Faustina—. Seguiremos esta conversación en otro momento.

—¡Desde luego que debemos hablar más! —Los pómulos de Faustina habían empalidecido—. Después de lo que he escuchado, me intranquiliza saber que ahora están los dos solos en mi palacio. —Un negro presentimiento recorrió sus entrañas.

—Como no empieces a hacerme un poco más de caso, va a resultar difícil que te traiga más veces a los toros.

Aunque bromeaba, Joaquín se sentía cansado de tener que atender al aburrido acompañante de la condesa de Benavente. A su aparente enfado le bastó un tierno beso en su mejilla para dejarle algo más conforme y, todavía más, cuando escuchó entre susurros algo tan deseado como inesperado.

—Cómo no voy a estar pendiente del hombre al que quiero con todo mi ser.

María Emilia se agarró a su brazo, y se concentraron en el espectáculo de aquel noveno toro que, sin haber recibido más de cuatro varas, había matado ya a dos caballos, que podrían ser tres a juzgar por la violencia de su ataque contra el que acababa de entrar.

Lejos de aquel escenario, en las habitaciones privadas de Beatriz Rosillón y dentro del palacio de los condes de Benavente, se producía otra escena que podría describirse de otras muchas maneras, pero desde luego no de violenta.

Braulio besaba con pasión los labios de Beatriz apretándola hacia él en un atrevido contacto. En aquella dulce intimidad no sólo se expresaba una pasión deseada y contenida desde hacía tiempo; también se cumplían los deseos de Beatriz por descubrir aquellas desconocidas sensaciones que tenía Braulio antes de verse obligada a hacerlo con su futuro marido. Por eso lloraban y se reían, en cada caricia sentían calor y dolor por su imposible vida en común. Nunca antes Beatriz había sentido los efectos de unas manos recorriendo su cuerpo, ni el roce de unos labios erizando su desnuda piel. Aunque viviera con toda plenitud aquel intenso placer, lo que más deseaba en su interior era poder recordar cada segundo de esa tarde, para mantenerlo vivo en su futuro y sobrevivir a él con su recuerdo.

—Braulio, amor mío. Júrame que nunca olvidarás este día. —Beatriz se acurrucaba sobre su pecho, acariciándole el rostro con ternura.

—¡Te lo juro, Beatriz! —Él la correspondía besándole en la frente y apretando su cuerpo al suyo, arrugando con ella las sábanas de la cama—. Jamás renunciaré a tenerte conmigo. Hace unos años odiaba las circunstancias que consiguieron partir en dos mi corazón; cuando perdí a mis padres por obra de manos salvajes. Pero también gracias a ellas me trajeron hasta ti, para descubrir los sentimientos más puros y bellos que un hombre puede alcanzar. En el futuro he de enfrentarme a una nueva y dolorosa separación causada por otras coyunturas. Estoy seguro de que no sabré superarlas, pues las pasadas siguen estando tan vivas en mí como cuando ocurrieron.

—Durante estos años, lo único que me ha unido a este mundo has sido tú. Antes de tenerte me sentía tan perdida que muchas veces deseaba verme muerta; eres el único que lo sabe. Reconozco, que aunque fui acogida con cariño en esta casa y me ofrecieron afecto y generosidad, ese enorme vacío que queda después de una desgracia como la nuestra es casi imposible de compensar. —Sus ojos se cerraron para esconder el dolor que la atravesaba—. Después de la muerte de mis padres, hasta las cosas que a cualquiera le parecen intrascendentes eran para mí una causa de padecimiento. Llegué a perder el sentido de la proporción, pues cuando me enfrentaba a un hecho, fuera bueno o malo, me parecía siempre horrible. —Las lágrimas escapaban de sus ojos con el recuerdo de aquellos días—. No sé cómo pasó, pero contigo, mi confusión se desvaneció y mis odios se esfumaron. No somos más que dos desamparados que hemos podido sobrevivir todos estos años gracias a compartir secretos y amor. Los mantendré ocultos en mi corazón hasta que podamos volver a vivirlos y, si eso no ocurriese en poco tiempo, antes prefiero verme muerta, como santa Justina o mi madre, que en brazos de otro hombre al que no amo ni amaré.

Cuando Braulio llegó esa tarde a su casa, traía consigo un ejemplar que le había costado tiempo y bastantes dificultades conseguir. Se trataba de una vieja edición del *Martirologio romano*, donde se describía la vida de los santos y mártires de los primeros siglos de la cristiandad.

Pocas semanas antes, Beatriz había venido una tarde de lo más excitada por haber asistido a un sorprendente hallazgo en una de sus clases de historia de la religión. Le contó que había visto en un libro, un cuadro del pintor Paolo Veronés que representaba el martirio de santa Justina. Por su inquietante parecido con la escena de la muerte de su madre a manos de la Inquisición, se sintió tan afectada que hasta había perdido por unos instantes el conocimiento.

Beatriz le aseguró que desde entonces escuchaba voces en su interior; tan reales como nítidas, mostrándole un nuevo destino a su vida, una misión a la que debía enfrentarse.

Aquel descubrimiento le movió después a demostrar un exagerado interés por devorar todo lo que se había escrito en torno a la vida de la santa y, en especial, las

circunstancias que acompañaron su martirio.

Después de escudriñar cada libro de la voluminosa biblioteca del palacio, localizó un drama de Calderón de la Barca basado en la vida de san Cipriano y santa Justina, cuyo título era *El mágico prodigioso*. Lo leyó más de cuatro veces para empaparse de su historia, y allí descubrió que Justina era una bella mujer que vivía en Antioquía y que de religión gentil se había convertido al cristianismo al escuchar las maravillas de aquella doctrina de boca de un discípulo de san Pedro. Un pretendiente que la amaba y la quería como esposa, fue rechazado por Justina al sentirse ya casada con Jesucristo. El contrariado hombre se puso en contacto con un famoso hechicero de nombre Cipriano que usaba de magias y encantos para conseguir cambiar la voluntad de las personas, con el fin de que actuase sobre ella. El mago trató de cumplir con su encargo, pero quedó tan prendado por la joven que, al ser también rechazado por ella, pidió ayuda al diablo. Éste le atendió, pero le pidió como pago su propia alma. Y como tampoco por obra del demonio Cipriano consiguió nada, renegó de Lucifer y abrazó la misma fe que producía en aquella mujer tan sólidos principios.

El libro de Calderón terminaba con la muerte en martirio de ambos por pertenecer a la religión de Jesucristo y no renegar de ella. Tampoco esta pieza literaria llegó a colmar las ansias de Beatriz, en parte por su falta de detalles y también por su ficción, hasta que pasados unos días supo por su confesor que existía aquel otro libro que su buen Braulio le había conseguido al final.

Como los dos habían empezado a estudiar latín hacía poco tiempo, todavía no poseían suficiente soltura para leerlo con comodidad, pero comprobaron que daba bastante información sobre la vida y el martirio de la santa.

Aquella misma tarde lo estuvieron ojeando, en parte frustrados por la impotencia de una buena lectura, pero convencidos de que en él encontrarían lo que deseaban saber sobre ella.

Beatriz había memorizado el cuadro de Veronés y, debido a su habilidad con los pinceles, llevaba un tiempo reproduciéndolo en un pequeño lienzo. Aquella tarde era la primera vez que se lo mostraba a Braulio. Lo había escondido para proteger su secreto. Sólo lo pintaba cuando tenía la seguridad de estar la casa vacía. Braulio lo miró lleno de respeto, y comprobó que, en sus iniciales pinceladas, sólo se distinguía una figura femenina, de rodillas, con las manos extendidas en actitud de clemencia y, por detrás de ella, una presencia que apenas era todavía una sombra y el perfil de cuatro personajes más, repartidos a cada lado.

—Fíjate en su rostro, y dime qué encuentras en él. —Beatriz había dibujado la cara de su madre.

—Veo bondad y resignación, también un gesto de entrega a su destino. Pero, tal vez, lo que más me sorprende es su mirada; parece dirigida hacia un punto externo al cuadro, como si estuviese fijándose en un espectador externo a la obra.

—¡Me mira a mí! —Beatriz agarró su mano con fuerza, expresándole la intensidad que sentía con aquel hecho—. He dibujado el rostro de mi madre. Estoy frente a ella. Me siento presente en ese cuadro, aunque no se me vea.

Braulio la abrazó al verla llorar, y fue entonces cuando reconocieron en el consuelo físico un grato alivio a sus amarguras, y la forma más íntima de expresar su rechazo al destino que les habían deparado.

Apenas hablaron, pues descubrieron en el roce de sus cuerpos la fórmula de aliviar su cruel condena sin la necesidad de mediar palabras ni otro tipo de comunicación. Fue esa misma tarde cuando decidieron encadenarse para siempre, buscando un fruto que perdurara en el tiempo como testigo vivo de su amor.

—Braulio, falta menos de un mes para mi matrimonio, y sé que hoy puede ser nuestra última oportunidad. —Los ojos de Beatriz lucían con una especial serenidad —. ¡Desearía de ti un hijo; un fruto vivo de nuestro amor!

A la mañana siguiente Beatriz negaba de forma rotunda su relación sentimental con Braulio, aunque Faustina insistía en saberlo.

Pensaba que si revelaba aquella relación no volvería a verle en el futuro, pues por más que el hecho fuera ocultado por su familia, de un modo u otro el duque de Llanes llegaría a enterarse y eso podría llevarla a un odioso destierro en Asturias. Éste le había manifestado que deseaba llevarla a vivir allí, en una de sus posesiones, y lejos del mundano Madrid, aunque ella había conseguido convencerle por el momento de lo contrario. Si el duque llegaba a conocer su amor por Braulio, nada podría objetar si él quería alejarla de su amante.

—De mi relación con Braulio nada debes temer. —Mentía con un gesto lleno de sinceridad—. Para mí es como un hermano. Hemos vivido tragedias semejantes que nos han hecho madurar y compartir sentimientos y angustias. Reconozco que le quiero, pero no del modo que supones.

—Parece ser que hay alguna carta tuya… —Faustina ya había leído el escrito que su amiga María Emilia había encontrado—, que parece significar lo contrario.

—¿De qué carta me hablas? —Beatriz trataba de ganar tiempo para encontrar algún argumento consistente.

—¡De esta carta!

Sacó de su corpiño el mismo sobre que la tarde anterior le había dado su amiga, al volver de los toros.

Beatriz desplegó su contenido y la leyó con bastante detenimiento. Se sentía furiosa por ver al descubierto su secreto, e indignada consigo misma por no saber cómo explicar aquellas explícitas declaraciones de amor. Sus mejillas se enrojecieron de rabia y sus ojos se nublaron de lágrimas antes de reconocer su mentira.

—Admito que amo a Braulio, pero…

—¡Ni pero, ni nada! Esa relación es inadmisible y sólo me culpo de no haberme dado cuenta antes, pues de ningún modo debía haberse producido. —Beatriz nunca había visto a Faustina tan alterada y furiosa—. Estás a menos de un mes de tu boda con el duque de Llanes y resulta que ahora descubro que te has enamorado de un chiquillo que es un don nadie, sin ningún futuro por delante y además gitano.

—¡A mí me da igual que sea gitano o noble! El amor no distingue condición. —Aquello la había ofendido y no quiso pasarlo por alto.

—¡Pues a mí no, y no te permito ni una sola impertinencia más! —Faustina la abofeteó, sin poder contener su enfado.

—Estoy enamorada de él, y no querré a nadie más que a Braulio —gritaba sin pudor, ofendida por el bofetón.

—¡No digas más tonterías! Te hemos buscado un buen hombre, de inmejorable clase y políticamente bien situado entre los más íntimos del marqués de la Ensenada, para que tengas una vida cómoda y feliz, y tú nos lo pagas con la tontería de estar enamorada de un mequetrefe. Pero ¿qué te crees? ¿Que yo estaba loca de amor por mi marido Francisco, antes de casarme con él? —La natural belleza de Faustina parecía haber disculpado su presencia con un feo rictus que transformó su gesto y aquel color de sus ojos, de su normal verde esmeralda a un rojo lleno de furia.

—No sé lo que sentiste ni me importa. Lo que no quiero es verme revoloteando entre cortejos como tú ahora.

—¡Basta ya! —Le agarró Faustina por los brazos—. He escuchado más de lo que soy capaz de soportar. Te vas a casar con el duque te guste o no, y desde ahora te prohíbo volver a ver a Braulio. ¡Es mi última palabra! —Su mirada expresaba tanta determinación como rabia—. Y también, debes jurarme que no hablarás nunca de esto con tu futuro marido ni con nadie más. Hablaré con María Emilia para que se lo transmita a su hijo.

—Pero madre, no puedes obligarme a eso… —Beatriz se sentía destrozada al imaginarse separada para siempre de su amor.

—¡No sólo puedo, sino que te lo exijo!

—¡Prefiero morir a perderle! —La angustia que sentía le impedía casi hablar.

Faustina trató de rebajar su cólera, aunque dominaba la indignación, al ver el dolor que manifestaba su joven hija.

—Beatriz, créeme que todo se olvida con el tiempo, y aunque al principio no sientas amor por tu marido, luego llegarás a quererle; y verás cómo Braulio sólo habrá sido para ti un pasajero amor de juventud—. La abrazó decidida, aunque tuvo que superar el rechazo que mostraba Beatriz.

—Madre, ¿de verdad me pides que no le vea nunca más?

Beatriz sabía que Faustina se doblaba de placer cuando la llamaba así, pues desde el principio lo hizo por su nombre; calculó que si dejaba de expresar rebeldía y se

mostraba más dócil y afectuosa, conseguiría mejores resultados.

—Supongo que la palabra nunca te resultará tan insoportable como imposible de asumir, y créeme que lo entiendo. Piensa que lo que hemos acordado servirá para no hacer peligrar un matrimonio que te conviene. Pero dicho esto, hablaré más como amiga que como madre: entendería que más adelante, una vez estés bien casada y más asentado tu matrimonio, os volvierais a ver. —Le acarició la frente como le hacía cuando era más pequeña—. Pero hija mía, aunque te permitas alguna licencia con Braulio, y por raro que resulte lo que digo, debes siempre proteger tu honra y el respeto público que se le debe a un marido.

—Lo entiendo, madre. Sólo debo esperar unos pocos meses para tener a Braulio de nuevo conmigo.

Beatriz no podía imaginar la detestable proposición que le acababa de hacer su madre adoptiva, pero pensó que si tenía que dejar de verle durante un tiempo, con tal de poder seguir amando a Braulio, tampoco le resultaba tan mala solución. De forma instintiva se tocó el vientre, deseando tener en su interior al hijo de su único amor.

En Madrid.
Año 1751, 24 de julio

Las viviendas del general Tomás Vilche, conde de Valmojada ocupaban una manzana entera entre las calles de la Luna y de la Estrella, pero su fachada principal daba a la calle ancha de San Bernardo, en la zona norte de Madrid.

El confesor del rey Fernando VI, padre Francisco de Rávago, trataba de pasar a través de la procesión de la Santa y Real Hermandad de María Santísima de la Esperanza y Santo Cielo en la Salvación de las Almas, que, con aquel ampuloso e interminable nombre, realizaba una noche más sus ya famosas Rondas del Pecado Mortal, que tenían como objeto reunir fondos y llamar a las conciencias sobre el grave daño moral que acarreaba la prostitución. Como de costumbre, anunciado su paso por un repiqueteo de campanillas, muchos vecinos estaban tirando desde las ventanas monedas envueltas en un papel ardiendo para que fueran localizadas en el suelo.

A sus sesenta y seis años, el viejo jesuita no contaba con la agilidad necesaria para esquivarlas todas, y juró en arameo cuando una le dio en la cabeza, y consiguió prenderle un poco de pelo, aunque dada su escasez no resultó tan grave como el susto que le produjo.

Tuvo que esperar a que terminase la procesión para cruzar la calle de San Bernardo, hasta alcanzar la entrada del palacio de Valmojada, donde le esperaba su propietario, advertido pocas horas antes de aquella misteriosa cita a través de un emisario del confesor.

Entró en el primer vestíbulo acompañado de un indudable olor a pelo quemado, lo que extrañó al paje que recogió su capa tanto como verle subir, con inusitada agilidad, la escalera principal que conducía al despacho del general.

Un retrato de grandes dimensiones del conde y uno más pequeño de su mujer, decoraban la pared a espaldas de la mesa de su despacho. En una vitrina y sobre una peana de madera, estaba un Marcus Marulus, el libro espiritual que usaba a diario el santo Ignacio de Loyola, que conservaba el conde como el más preciado regalo que había recibido de la Compañía de Jesús en reconocimiento a su firme y generoso

mecenazgo.

—Tomad asiento, padre Rávago. —Valmojada puso una extraña mueca—. Por cierto, ¿no oléis como a quemado?

—Se trata de mi pelo. —El padre Rávago se tocaba la cabeza calculando la extensión del daño mientras le razonaba la causa.

—Os recomiendo más cuidado, pues no están las cosas a nuestras edades para ir derrochando la poca cabellera que nos queda. —Una risa un tanto contagiosa le asaltó sin ningún ánimo de ofensa. Por el adusto gesto con el que le respondió Rávago, entendió que no estaba allí para perder el tiempo con tonterías.

—Dejemos eso aparte, pues tengo graves asuntos de que tratar con vos y poco tiempo para ello. —Suspiró de un modo cansino—. Desearía saber qué noticias tenéis sobre los efectos del apresamiento de Wilmore, y si creéis que la muerte de nuestro superior Castro ha sido obra de los masones.

—Como bien sabéis, y hablando de Wilmore, me tuve que arriesgar en exceso para dar con su escondite, y sé que desde entonces sospechan de mí. Conseguida su detención, mi espionaje puede haber quedado al descubierto y cerrada toda posibilidad de dar continuidad a mis funciones. Desde entonces me he protegido y no he vuelto a establecer contacto con nadie. De hecho, tampoco sabría cómo dar con ellos. Desconozco, por tanto, quién ha podido cometer ese horrendo crimen. Dicho esto, dado el odio que profesan a vuestra orden, y conocidos sus propósitos, no me parece descabellado que se lo atribuyáis.

—Es cierto que mis sospechas se encaminan en esa dirección, pero salvo la captura de su gran maestre no hemos conseguido ningún avance; ni por vuestra influencia ni por la intervención de nuestras casas provinciales. Debéis saber que aunque he recibido comunicación de todas ellas, en la mayor parte de los casos me confirman lo mismo. Cuando se les ha ido a buscar a sus logias, las han encontrado abandonadas. Nada se ha podido requisar; ni documentación ni listas de miembros. Ateniéndome al escaso éxito conseguido, sólo me cabe pensar que alguien pudo avisarles del decreto, dándoles el suficiente tiempo para escapar. Imagino de dónde pudo salir esa información.

—¿En quién pensáis? —se interesó Valmojada, recordando en ese momento un detalle que hasta ahora no le había parecido importante. El, como miembro de la masonería, había sido puesto sobreaviso por un hermano de su logia sin conocer quién les había hecho llegar esa confidencia.

—En el duque de Huáscar. Antes de su publicación, el decreto circulaba por muy pocos despachos. Como me parecía asombroso el escaso resultado que estábamos teniendo, traté de averiguar de dónde había podido salir la noticia y, para ello, me entretuve en hablar con todos los que la conocían. Finalmente, tras descartar cualquier otra posibilidad, ha sido el secretario de Estado Carvajal quien ha

reconocido haber hablado con el duque de ese asunto, durante su última visita a Madrid.

La intuición que había tenido Valmojada acababa de verse ratificada por Rávago.

—Huéscar debió hablar con el embajador Keene y éste, de algún modo, avisó a Wilmore —concluyó de modo tajante.

Rávago sintió un escalofrío. Si su visita a Valmojada tenía un único motivo, éste acababa de desvelarse y sin el mérito de haberlo propuesto él.

—¿Qué os hace pensar de ese modo?

—Primero la pública amistad que los une, pero, además, acabo de recordar un detalle, durante una conversación que mantuve con Wilmore, que puede dar por cerradas vuestras dudas. Me refiero a una carta que me enseñó en una ocasión, cuando empezaban a sospechar que tanto vos como el marqués de la Ensenada estabais buscando la manera de acabar con ellos, donde se le informaba de vuestras conversaciones y fines. —Armado con un gesto definitivo y tras un breve suspiro, concluyó—: El escrito llevaba el escudo de la embajada inglesa.

A Rávago se le iluminaron los ojos al darse cuenta de que aquello probaba la vinculación de Keene con el masón Wilmore y su responsabilidad en la trama. Creyó que había llegado el momento de exponer el verdadero objetivo de su visita.

—Necesito vuestra ayuda y una absoluta discreción.

—Sabéis que podéis contar con ello. —Valmojada advirtió una extraña inquietud en su expresión.

—No podemos permitirnos que Keene siga actuando a sus anchas sin estar al corriente de todos y cada uno de sus movimientos, por fútiles que sean.

—¿Me habláis de ponerle un espía?

—Sí, y pienso en vos.

—Yo no sirvo para ese encargo —negó con la cabeza—; sería reconocido de inmediato y además he decidido ausentarme de España por un tiempo. Temo por mi seguridad.

—Buscadme entonces a alguien de vuestra entera confianza que sepa guardar nuestra acción en completo secreto. Como sospecho que el embajador Keene sigue manteniendo estrechos contactos con ellos, si su hombre le vigila de cerca, podría llevarnos hasta alguno de los más altos responsables de la masonería a los que vos conocéis, o a los autores del crimen de Castro, si es que al final llegamos a confirmar que se ha debido a ellos.

—¡Tengo al hombre ideal! —Valmojada dio una resuelta palmada sobre su mesa —: Mi sobrino Mateo. Se trata de un joven muy responsable que vive con nosotros desde hace unos meses. Vino a sentar plaza de cadete y es listo como un zorro. Sé que me profesa gran admiración y que hará cualquier cosa que le pida.

—¿Lo veis tan fiable, como para encomendarle una misión que podría ponernos

en un serio compromiso?

—¡Dejadlo en mis manos! Estoy seguro de su aptitud para esta labor. De cualquier modo, y antes de que tenga que abandonar Madrid, me encargaré de adoctrinarle para que sólo se ponga en contacto con vos si averigua algo de verdadero interés. Además, os tranquilizará saber que Mateo, aparte de otras ventajas, es muy hábil con la espada, y no padecerá si se ve en la necesidad de hacer uso de ella.

Aunque a Rávago le convenció su propuesta, consideró que aún sería más efectiva si la ligaba con otra idea que había madurado.

—¿Conocéis al duque de Llanes?

—Poco; sólo de haber coincidido en alguna fiesta. —No entendía por qué había sacado ese nombre, pero estaba seguro de que encerraba una intención—. ¿Qué queréis proponerme?

—Os lo explicaré. No hace muchos meses, tuve que intervenir en un desagradable litigio con don Carlos Urbión, duque de Llanes, por unas tierras vecinas a las suyas, que ocupó a pesar de ser propiedad de la Iglesia. Ante su actitud, y sobre todo por efecto de su influencia sobre el marqués de la Ensenada, fui obligado a cerrar un acuerdo que le beneficiaba en contra del interés de la Iglesia, pero el duque al menos reconoció una deuda hacia mi persona, que ahora pretendo cobrarme.

El conde de Valmojada atendía con interés sus palabras, sin comprender las posibles vinculaciones con la misión que acababa de encomendarle.

—El duque de Llanes podría favorecer la acción de vuestro sobrino y con ello devolverme el favor. —Rávago guardó una larga pausa para conseguir un cierto clima de intriga.

—¿Cómo? —Con aquella lacónica pregunta, Valmojada trató de quebrar la intencionada tensión.

—Justificándole su entrada en la embajada de Inglaterra. —Rávago se regocijó con la idea—. Sé que el duque de Llanes mantiene unas sólidas relaciones comerciales con Inglaterra que le llevan a frecuentar esa sede diplomática. Si queremos que sea eficaz su espionaje, su sobrino debería disfrutar de una cierta libertad de movimientos, dentro y fuera de la misma. Para ello, pediré al duque que empiece a llevarle con él a las reuniones, presentándolo como ayudante, para que a nadie extrañe su posterior presencia. ¿Qué os parece?

—Ya os dije que el muchacho es inteligente. Considero que vuestra idea puede funcionar, siempre que el duque sepa guardar silencio sobre nuestras últimas intenciones.

—Descuidad de eso; él atenderá lo que yo le pida, y no sólo por razón de su enorme deuda hacia mí; también por su expreso odio hacia la causa masónica.

Una vez que terminaron de discutir los últimos detalles de su plan, y después de abordar otros asuntos de menor cuantía, el confesor real abandonó aquel palacio

convencido de sus sólidos avances. Tenía al espía necesario para poder llegar hasta sus peores enemigos, la forma de introducirlo en la embajada y había obtenido una importante prueba que vinculaba a Keene con los masones.

A la hora convenida, y cerca de una de las entradas de la plaza de Santo Domingo, le esperaba una carroza para llevarle hasta el palacio del Buen Retiro, donde podría descansar de aquella larga y pesada jornada.

Al día siguiente, Joaquín Trévelez, sin imaginar los propósitos de Rávago, alcanzaba a caballo, cabizbajo, las puertas de la residencia de María Emilia, con la que se había citado para comer. Según llevaba la mañana, había tenido la tentación de disculpar su presencia, pero pensó que no le vendría mal cambiar de aires para rebajar su tensión, y qué mejor manera que en compañía de aquella mujer tan especial.

La mesa del comedor estaba ya dispuesta cuando llegó. Ella estaba espléndida, feliz, locuaz, y de lo más risueña; muy al contrario del desbaratado ánimo del alcalde. Nada más sentir el caluroso efecto del caldo de ave que abría el almuerzo, se despejaron sus nublados pensamientos y se dispuso, con otro ánimo, a escuchar su animada conversación sobre el acontecimiento que esos días estaba en boca de las clases más altas de Madrid: el baile que iba a dar el duque de Huéscar en su residencia de la Moncloa al día siguiente. El evento estaba acaparando el trabajo de los mejores sastres de la ciudad, que iban y venían de una a otra casa para tomar medidas, elegir sedas, o hacer pruebas y más pruebas en los cuerpos de las nobles damas, pues todas deseaban estrenar vestido. Su cargo de embajador en Francia complicaba su presencia en la capital, y aun siendo escasas las ocasiones en que el duque de Huéscar podía celebrar este tipo de reuniones en su residencia, sus fiestas, sin duda, eran las más espléndidas y lujosas de todo Madrid.

María Emilia le confesó que había confirmado su asistencia, sin remordimiento por no habérselo consultado antes, y empezó a comentarle con gran excitación todos los detalles de su vestido, corpiño, zapatos y peinado, así como el color que predominaría en sus ropas para no desentonar con las que él escogiera.

A Joaquín aquello le distraía, tal vez contagiado por la ilusión de María Emilia, aunque de vez en cuando le asaltaba el recuerdo del terrible crimen que había alterado su trabajo por completo. Mientras se explayaba con los detalles relacionados con la fiesta, María Emilia le había notado un tanto abstraído, sin extrañeza al principio, pues esas cuestiones no solían gustar a los varones. Pero de justificarlo pasó a preocuparse, cuando le descubrió en más de tres ocasiones sin probar bocado y con la mirada entre extraña y perdida.

María Emilia sintió cierto alivio cuando Joaquín le explicó que su preocupación se debía a la falta de resultados en su investigación del asesinato del jesuita. Su tranquilidad no procedía, desde luego, de minusvalorar la gravedad de su situación,

sino de saber que su apatía no se debía al aburrimiento de ella, como al principio había temido.

Sin detenerse en muchos detalles, Trévelez le resumió todo lo que había sucedido desde el día del crimen, las conversaciones con el secretario de Castro, con Rávago y con su protector el marqués de la Ensenada, y terminó deteniéndose en la visita al hospital de San Lorenzo, donde había presenciado parte de la autopsia.

—He esperado a que terminásemos de comer para adentrarme en este escabroso punto, pues te aseguro que en aquel lugar circula de forma permanente un repugnante hedor que resulta difícil de olvidar. Ese olor a muerte, de tinte acre, desanima a permanecer mucho tiempo en sus cercanías. —Habían pasado a un salón para relajarse con una copa de licor.

Ella se acercó a él y le besó con suavidad en la mejilla, para que su perfume compensara aquel desagradable recuerdo.

—Déjame que te sirva de consuelo. —María Emilia le acariciaba el rostro y se mostraba obsequiosa en cariños.

—No deberíamos… —Sus labios recorrían su cuello—. Nos pueden ver… —Se dejaba hacer, pero evitaba corresponderle—. He de volver a mi trabajo cuanto antes y…

Si cualquier otro día hubiese estado delante de semejante ocasión, no habría detenido aquella deliciosa actividad, más aún considerando las escasas oportunidades que había tenido para disfrutar con ella. Pero Trévelez era consciente de que sus deberes le reclamaban de inmediato y por tanto, aquella tarde no debía abandonarse.

Se levantó para evitar sus reflexiones y volvió a la conversación que, por su crudeza, debía de detener aquellos deslices afectivos.

—Estando encapuchado, fue sumergido varias veces en el río. Como si fuera poco martirio, la fuerza con la que estaba anudado el cordaje que rodeaba su cuello debió aumentar aún más la sensación de ahogo que sufría en cada inmersión.

—¿Cómo puede haber alguien que provoque tanto sufrimiento a un semejante? —El solo hecho de imaginar aquella espeluznante escena le había enfriado de sus anteriores impulsos y lo exteriorizó con un escalofrío.

—Disculpa mi falta de sensibilidad. —A la vista de su reacción, Joaquín pensó que había entrado en demasiados y escabrosos detalles y se levantó, con intención de irse para continuar con su trabajo—. No debería haberte contado nada de esto.

—¡Ni hablar! —Se levantó con gesto decidido, forzándole a sentarse de nuevo a su lado—. Si me lo permites, desearía ayudarte en tus conjeturas. Piensa que cuatro ojos ven más que dos.

Por unos minutos Trévelez la miró dubitativo, sin saber qué camino tomar. Al final, pudo más la solícita mirada de María Emilia que su idea de evitarle tan desagradable relato. Se sumergió entonces en la descripción de la secuencia más

tenebrosa de aquel crimen, en una reconstrucción que se alimentaba de los datos obtenidos de la autopsia.

—Después de los intentos de ahogamiento, su asesino debió tumbarle en el suelo boca arriba y, todavía vivo, le diseccionó la piel del pecho dibujando un triángulo a la altura del corazón. Con algún instrumento contundente le rompió las costillas, y si por entonces la muerte no le había llegado todavía, el pobre religioso debió sentir cómo una mano rodeaba su corazón y se lo arrancaba con brutal saña.

María Emilia se tapaba la boca con ambas manos, manifestando el horror que le recorría por dentro, pero le rogó que continuase de todos modos.

—Después, fue arrojado a la orilla del río, ya muerto y definitivamente abandonado, hasta que fue visto a la mañana siguiente por dos mujeres que bajaban a lavar la ropa.

María Emilia rompió su silencio e hizo expresión de sus primeras sensaciones.

—Desde luego no parece obra de un simple malhechor; más bien de alguien que pretende que su crimen no pase inadvertido y desea mandar un mensaje.

Su comentario produjo en Joaquín una enorme curiosidad.

—¿Quién, o quiénes, crees que pueden ser entonces los destinatarios de esa siniestra misiva?

—Tratándose de quien era y de lo que representaba, las más altas autoridades religiosas y políticas de este país —contestó sin dudarlo.

—¡Interesante deducción, María Emilia! —Se rascó la barbilla, inquieto y sorprendido de su teoría—. ¿Qué explicación le darías entonces a la mutilación?

—No estoy segura, pero ahí puede residir la clave del asesinato. Haberle dibujado un triángulo para acceder a su corazón, suena a todo menos a un acto fortuito. ¿Tú qué piensas?

—Ese detalle constituye el punto de arranque de mi investigación. Pero volvamos al mensaje que en tu opinión pretenden enviarnos. ¿No crees, que la extracción del corazón del superior de la Compañía de Jesús podría comportar un significado más concreto?

—Debería pensarlo con más tiempo; no consigo seguir tu razonamiento. —María Emilia era una mujer orgullosa y segura de sí misma, lo cual le había empujado desde siempre a querer romper con la esperable condición femenina, típica en aquella sociedad hecha por y para los hombres.

Por eso le reducía verse retrasada en aquellas disquisiciones con Joaquín.

—Lo voy a abordar de otro modo, pues creo que llegarás a idéntica conclusión. ¿Recuerdas cuál es el símbolo que más venera la orden de San Ignacio de Loyola? —María cayó de inmediato en su argumento.

—El sagrado corazón de Jesús… ¡Ahora te entiendo! —Su cerebro volvió a ganar la velocidad que le era común—. A través de esa tétrica mutilación, el asesino está

rubricando un mensaje dirigido a la Compañía de Jesús; su odio hacia una orden que, es sabido, idolatra ese símbolo.

—¿Alguien que persiga extirpar su influencia de nuestra sociedad?

Joaquín se iba deslizando por el campo de las posibles conclusiones.

—Podría ser… —María Emilia asumía un relativo retraso en sus deducciones, aunque estaba empezando a recuperar terreno.

De pronto, meditó sobre otro aspecto de la escena del crimen que podía colocarla muy por delante de él.

—Ahora, dime qué puede significar que estuviera encapuchado.

—¿Cómo? —Trévelez se vio sorprendido y reconoció no haber sacado ninguna conclusión sobre aquel hecho, más que verlo como el acto reflejo de un verdugo, en aras de evitar el efecto intimidatorio que le producía la mirada de su víctima.

María Emilia se detuvo en analizar las diferentes facetas de un acto como ése dentro de una mentalidad criminal, sin rechazar la que Joaquín había querido ver en un primer momento, y que consistía en tratar de protegerse de la impresión de mirar un rostro invadido por terribles expresiones de sufrimiento. Aunque primero admitió que había podido deberse a una reacción tan simple como ésa, a continuación pensó que todo dependía de cuándo se habría tomado la decisión de encapucharle. Si su asesino lo había hecho antes de su mutilación, sería sólo para procurarle la asfixia, y con ella la muerte, al añadirse a los efectos de las inmersiones en el río una intencionada falta de aire. Pero si, por lo contrario, se hubiera producido después de extraerle el corazón, se le ocurrían varias explicaciones.

—Producir un efecto macabro para poner su particular sello, diferente al de otros criminales. O quizá pretendiera cortarle la cabeza después de muerto, pues una vez en la bolsa resultaría más fácil de transportar. —Por su gesto, quedaba claro que, a la vez que exponía esa última teoría, la rechazaba por parecerle un tanto absurda y la más improbable de todas, aunque recordase algún caso parecido que Trévelez le había relatado en otra ocasión—. Por último, y me inclino a pensar que ésta es la cierta, que el capuchón tenga el mismo simbolismo de mutilación: ocultar al mundo el rostro como negación de la propia orden jesuita, representada por su máximo dirigente. En otras palabras, destruirla.

—¡Me parece un extraordinario razonamiento, María Emilia! —Trévelez estaba impresionado con su habilidad deductiva—. ¡Nunca me dejará de sorprender tu capacidad! —Ella le sonreía, gustosa de escuchar tanto elogio—. Hay que descartar la asfixia premeditada, pues el capuchón era de un lino de trama muy abierta y demasiado permeable. Estoy por ello, más de acuerdo en su posible significado antijesuitico, lejos de creer que se trata de una brutal representación de un individuo más o menos trastornado. —Se levantó desasosegado por el tiempo que llevaba en el palacio sin dar nuevas instrucciones a su equipo—. Ahora he de partir, pero créeme

que has conseguido que me vaya de tu casa con los posibles móviles mucho más claros y, además, con ciertas sospechas sobre su autoría.

—Me alegra mucho saber que he podido contribuir en algo. Ya sabes que si me necesitas estaré más que dichosa por ayudarte.

El alcalde Trévelez abandonó el palacio a caballo, para dirigirse a la Sala de Alcaldes de Casa en la calle de Atocha, con bastante mejor talante del que tenía antes de estar con aquella fantástica mujer. Sin abandonar su estado de preocupación, se volvía satisfecho por haber mantenido aquella conversación con María Emilia.

Era indudable que le había ayudado más de lo que nunca hubiese imaginado.

—Entonces, ¿dónde deberías estar ahora? —Los dedos de Beatriz Rosillón jugueteaban con sus cabellos—. Porque no creo que tu madre imagine que estás conmigo y menos dentro de un mausoleo, en este cementerio.

—Se supone que ahora estoy en clase de esgrima, pero mi profesor resulta bastante fácil de convencer cuando hay algo de dinero que ganar. De todos modos, es un hombre de palabra y sé que guardará silencio.

—Reconozco que tu nota me causó alegría, hasta que vi el lugar que habías elegido para vernos. Cierto es que resulta de lo más discreto, pero admitirás que la compañía no es la ideal en un romántico encuentro.

Habían conseguido entrar en un panteón que por su estado parecía abandonado.

—No tenemos mucho tiempo, Braulio. He ordenado a mi paje que me espere en la carroza con la excusa de visitar la tumba de mi madre, y si me demoro un poco, nos arriesgamos a que se le ocurra entrar a buscarme y nos encuentre juntos.

Braulio empezó a besarla en las mejillas y labios, advertido del escaso lapso de que disponía.

—Desde hace tres días, no hago más que darle vueltas a la absurda prohibición de no vernos hasta tu boda. Odio tu compromiso con ese hombre, por lo visto más digno que yo a ojos de tu familia. ¿Por qué ahora, si ya se ha descubierto el secreto que protegía nuestro amor? ¿Qué puede impedir que yo sea tu marido?

—¡Porque eres gitano! —Beatriz le miró con ternura, pues sabía el dolor que le producirían sus palabras—. Y aunque hemos vivido creyendo lo contrario, el otro día mi madre me hizo entender que en esta sociedad eso resulta imperdonable. De cara a todos, siempre llevarás marcado tu origen, por excelente que sea la educación que te estén procurando. —Besó con especial ternura sus labios, con el dolor de saber que estaba hiriéndole en lo más profundo de su ser.

—Aborrezco la sangre gitana que corre por mis venas. ¿De qué me ha servido? Sólo para acarrearme las más terribles desgracias, primero a mi familia y, ahora, para perderte a ti.

—Han decidido que tu sangre gitana no se mezcle con la mía, pero te aseguro que

nada, ni nadie, nos separará jamás. Aunque tenga que cohabitar y ceder mi cuerpo a ese duque, mi corazón viajará contigo para siempre.

—¡Te suplico que no hables de ello! Ningún otro pensamiento me puede martirizar más que imaginarte entre sus brazos. ¡No lo puedo soportar! —La ira lanzaba hacia delante su barbilla, en un gesto de incontenible furia.

—Mi madre me ha recomendado que esperemos un tiempo a que esté bien casada para, luego, seguir nuestra relación de un modo discreto. Increíble, ¿verdad?

Braulio la miró lleno de dolor, obligado a explicar algo que jamás podría aceptar.

—Eso no podrá ser… —Agachó la cabeza—. Los gitanos respetamos un código moral no escrito muy distinto de algunas costumbres más o menos extendidas en vuestra sociedad.

Ella le cortó, sin importarle el sentido de su comentario, y le recordó el firme compromiso que tenían los gitanos de respetar a los ancianos y a la palabra dada, pues en alguna ocasión lo habían hablado.

—Sí, vale. Eso es cierto —respondió Braulio—, pero también lo es que nuestra ley nos exige evitar cualquier cosa que pueda romper un matrimonio. El respeto a una mujer casada es tan sagrado como el culto a los muertos. Entiendes lo que esto supone, ¿verdad?

—¡No me habías hablado nunca de eso! —Se revolvió horrorizada—. Y además, ¿no acabas de decir que aborreces tu sangre romaní? ¿Me puedes decir entonces con qué te quedas? —Beatriz no estaba preparada para enfrentarse a aquel inesperado cambio.

—Ya lo sé, y desde luego no te falta razón. Pero no puedo renunciar a lo poco que me ata a mi pasado. Si lo hiciera, estaría traicionando la memoria de mis padres y a mi propia sangre. Tiene razón tu madre, todos tienen razón. ¡No soy más que un gitano! —Su rostro expresaba una extraña serenidad—. Por duro que te parezca, sé que lo entiendes, pues los dos hemos vivido experiencias paralelas que han marcado nuestro destino.

—Pero ¿eso quiere decir que no te entregarás a mí una vez que esté casada? —Mientras caían, sus lágrimas brillaban con el reflejo de la escasa luz que entraba a través de un pequeño ventanuco—. ¡Dime por favor que nada de lo que está pasando es real!

—Quise decir que te guardaré el respeto debido, como lo haría con cualquier otra mujer casada. —La sensación de sequedad de su garganta no se aliviaba, por más saliva que intentaba tragar—. Pero no dejaré de quererte ni un solo segundo de mi vida.

—¡No lo entiendo!

En su interior, Beatriz libraba una difícil batalla al no aceptar que se había agarrado a una esperanza irreal para sobrellevar aquel odioso matrimonio.

—¡Me acabas de romper el corazón! —Rechazó las caricias de sus manos—. ¡Necesito irme de aquí!

Braulio la sujetó tratando de retenerla.

—¿Para qué quieres que sigamos aquí, si acabas de enterrar todas mis ilusiones?

—Sé que te resultará difícil, pero espero que algún día me entiendas, Beatriz.

—Eso no es verdad, ni tampoco que necesite más tiempo para comprenderlo. Acabo de saber que te importa mucho más tu conciencia que lo que soy para ti. Ahora veo, con absoluta claridad, que por seguir un arcaico código moral lo que pretendes es rechazar mi amor. —Dolida hasta el extremo, no medía ninguna de sus palabras, ni el efecto que en él producían—. ¡No me engañes más! —Sólo deseaba irse de aquel mausoleo—. ¡Te ruego que me sueltes de una vez y dejes que me vaya!

—Pero Beatriz, ¡yo te quiero!

—¡Ya sé que no te cuesta decirlo pero también que no eres tan hombre como para demostrarlo!

Con una última mirada llena de desprecio, Beatriz salió a la carrera, con el corazón roto. Abandonaba el cementerio en un estado de total desorientación. En su desesperada huida, las piernas sólo parecían responder a un estímulo inconsciente más que obedecer a su voluntad. Sin reconocer ninguno de los paseos por los que atravesaba, iba en una alocada carrera chocando con todo: setos, verjas, piedras. Sentía los latidos de su corazón entremezclados con el sonido de sus pasos, en un ronco concierto que luego se transformaba en un ahogado eco a sus espaldas. En su angustiosa fuga, hasta escuchaba fantasmagóricas voces que surgían de las lápidas, algunas gritando su nombre y otras riéndose de ella, como si conocieran y a la vez disfrutaran de su desgracia. Con la cercanía de tanto difunto, recordó el rostro del jesuita Castro, aquel que había sido verdugo de su madre, por fortuna ya muerto. Por un momento, su rostro se iluminó dentro de la mente de Beatriz como una llamarada.

Junto a aquel fugaz alivio, verse a escasos metros de la salida hizo que no reparara en una anciana de pequeña estatura que estaba arrodillada frente a una tumba. La mujer, al incorporarse al paso de la chica, hizo que ésta tropezara y se cayera de bruces, desgarrándose falda y medias, y causándose bastantes arañazos, tanto en sus manos como en la mitad de su cara. El paje que le aguardaba se quedó tan sorprendido de su lamentable aspecto y, aunque trató de informarse de lo que había ocurrido, sólo obtuvo de ella la orden de alejarse de allí cuanto antes.

Un día después, casi todo Madrid sabía que esa noche del sábado veintiséis de julio se iba a celebrar una distinguida fiesta a la que acudiría lo mejor de la aristocracia, de la Iglesia, y del gobierno de España.

Hasta los mismos reyes, Fernando VI y Bárbara de Braganza habían aceptado la invitación, e irían acompañados de su protegido, el cantante italiano Farinelli.

Los dos hermanos gitanos, Timbrio y Silerio Heredia, afinaban sus oídos para no perder ni un detalle de la conversación que mantenía un animado grupo de mozos de caballerías, sentados a una mesa contigua, mientras almorzaban en uno de los mesones que recorrían la calle llamada de la Cava Baja, en pleno centro de Madrid.

Así supieron que la citada fiesta daría comienzo a las nueve de la noche en el palacio de la Moncloa, propiedad del ducado de Huáscar, y que dos de los mozos trabajaban para la duquesa de Arcos, a la que llevarían en carroza junto al duque de Olite, que sería su acompañante.

Desde que habían vuelto de Zaragoza con la noticia de la muerte de sus mujeres, y ya había pasado dos semanas de ello, habían decidido que los dos únicos propósitos que les ocuparían en cuerpo y alma serían encontrar a las hijas de Timbrio y, sobre todo, vengar la muerte de sus amadas haciendo pagar por ello a los autores intelectuales del intento de exterminio del pueblo gitano. A ello se habían entregado ya.

Desde el día en que habían sido detenidos y separados y la mujer de Silerio violada por unos soldados a la vista de todo el pueblo, se juraron ese castigo. Seguían teniendo en mente que la Iglesia les había negado su protección, sin olvidar el brutal comportamiento de los soldados ni la responsabilidad del gobierno, con el apoyo de la nobleza, al haber desencadenado aquella tropelía. Esos tres estamentos se había convertido en los destinatarios de su odio. De entre todos, habían elegido como primer objetivo al marqués de la Ensenada, que identificaban como máximo responsable, aunque no se les ocultaba la dificultad de esa empresa debido a las grandes medidas de seguridad que siempre le acompañaban. Pensaron que de no actuar sobre él, lo harían sobre alguno de sus más íntimos allegados, pues aunque eso no compensase la justa pena que merecía su crueldad, al menos le supondría una amarga parte del correctivo que merecía.

—Apuesto a que se reunirán más de doscientos carruajes en las inmediaciones del palacio, y un destacamento entero de guardias de corps para proteger a sus majestades.

El más joven de los vecinos de mesa se mostraba emocionado por haber sido designado aquella noche como paje de compañía por su encargado de caballerizas, al estar enfermo el que por oficio debía haber ido.

—Y con suerte podrás ver a los reyes —le respondía otro, que no tendría más de veinte años—. Envidio tu fortuna, pues allí se reunirán las más bellas mujeres de Madrid, engalanadas con joyas y magníficos trajes; a nosotros sólo nos quedará contemplar los montones de estiércol que se acumulan cada día en los establos.

Después de abandonar el local, los hermanos Heredia idearon una forma de introducirse en aquel evento que les pareció bastante viable. Imaginaron que entre tantos pajes y conductores que acudirían esa noche, serían muchos los que

agradecerían la presencia de un carro más que viniese con una buena provisión de vino y comida para aplacar la larga espera que les ocuparía. Sin ser invitados, pensaron que a nadie le extrañaría la presencia de aquella taberna ambulante, y ellos sabían dónde podían hacerse con todo lo necesario. Conocían un mesón, cercano al taller donde trabajaban, que les prestaría con gusto carro y bebida, si ellos lo devolvían a la mañana siguiente con una buena parte de sus ganancias. Timbrio ideó un retorcido plan que, si tenía éxito, acarrearía un severo daño a los muchos invitados.

Animados por la idea, partieron de inmediato hacia el lugar, para tener todo hablado con su propietario y dispuesto su contenido antes de que cayera la noche.

Aunque tuvieron que poner casi todos sus ahorros como señal para terminar de convencer al tabernero, salieron del local conduciendo un carro que llevaba siete barricas de vino, una buena provisión de pan negro, una docena de quesos de oveja y el doble de embutidos curados. Desde allí se dirigieron a otro punto más alejado donde supieron dar con los útiles necesarios para conseguir el efecto que deseaban.

Lejos de aquel remoto paraje y a la misma hora, dos masones de origen inglés convenían con un destacado comerciante de su misma nacionalidad y hermano masón como ellos, la hora a la que estarían en su residencia para conducir su carruaje y llevarle hasta la fiesta del palacio de la Moncloa, a la cual había sido invitado por el duque de Huáscar.

—Vos no os preocupéis por nada; nos cuidaremos de no comprometeros —decía uno—. En cuanto estemos allí, actuaremos con la máxima discreción, aunque os aseguro que el efecto de nuestra acción va a resultar muy contundente.

Los tres se despidieron poniéndose la mano en el cuello, con aquella señal que identificaba su juramento masónico.

En Madrid.
Año 1751, 26 de julio

—Con este maquillaje, nadie notará esos feos arañazos de tu cara.

Faustina, ayudaba a su hija adoptiva a terminar de arreglarse para aquella fiesta que, además de ser la más brillante de todas las que se celebraban en la Villa y Corte de Madrid, era la primera a la que acudiría junto a su prometido, el duque de Llanes.

—Hoy, cariño, serás el principal centro de atención por más que otras intenten deslucir tu belleza. —Le dio un cariñoso beso en la mejilla—. Cierra los ojos; te voy a poner el capuchón para blanquear tu peluca.

La condesa de Benavente estaba encantada con el cambio de actitud que había demostrado Beatriz durante los últimos dos días. Sin conocer a qué se debía, ni querer preguntar sus causas, parecía haberse transformado en otra mujer. Sin ir más lejos, esa misma mañana, hasta había manifestado alegría por acudir a la fiesta con su futuro esposo.

En su embarazo, Faustina estaba teniendo algunos problemas que la intranquilizaban, aunque al ver que la actitud de Beatriz no seguiría sumándose a sus molestias, se sentía algo más aliviada.

Beatriz se miró una última vez en el espejo y pidió a su madre que le apretara la cotilla para dejar más modelado su busto. Le desabrochó primero el precioso jubón de seda lila que estrenaba ese día, para acceder a los cordajes de su ropa interior. Los apretó con cuidado, hasta que Beatriz comprobó el realce de su figura y, con ello, dio por aceptable el resultado. Volvió a abrocharle, y aprovechó para ajustar también el tontillo que agrandaba sus caderas, disponiendo en mejor caída su falda en tono rosa suave. La observó de nuevo en el espejo y comprobó, con orgullo, que su hija de quince años se había convertido en toda una mujer.

—Para estar perfecta sólo te falta esto… —Faustina le colocaba un collar de perlas—. Los pendientes a juego. ¡Son nuestro regalo, para un día tan importante como éste!

—¡Madre, no tenías por qué hacerlo! —Se abrazó a ella, agradecida.

Beatriz le había ocultado tanto sus sentimientos como su repulsa inicial a acudir a la fiesta. Se sentía herida por el rechazo de su verdadero amor, pero en su desasosiego había encontrado una sutil manera de cobrarse su despecho con Braulio; iría a la fiesta para mostrarse a él bailando feliz con el duque, encantadora, evitando durante toda la velada estar en otros brazos que no fueran los de su prometido.

—Ruego me disculpen, pero acaba de llegar el carruaje del duque de Llanes, don Carlos Urbión, y pregunta por la señorita Beatriz. —El paje aguardó las órdenes de la condesa.

—Dígale por favor, que se encontrará con ella en pocos minutos.

Les cerró la puerta y las dos mujeres se miraron nerviosas.

—Beatriz, muéstrate dulce y tierna con don Carlos. —Beatriz protestó por aquel comentario—. El duque es un caballero, y no creo que pretenda de ti más que algún inocente beso, pero si lo hiciera, manifiéstate pudorosa y presume de mujer honesta.

—¡Espero que ni se le ocurra tocarme! —Imaginar aquellas viejas manos acariciándola le revolvía el estómago, aunque entendiese que más tarde o más temprano se tendría que acostumbrar a ello.

—Bien, tú actúa lo mejor que sepas. Pero sé consciente que te inicias en un nuevo juego, el del amor, que tiene unas reglas precisas. No debes obviarlas ni despreciarlas.

—Lo entiendo, pero te aseguro, madre, que no permitiré que roce ni un milímetro de mi cuerpo. —Beatriz se cubría con una basquiña negra, decidida a enfrentarse cuanto antes al destino que pudiese depararle la noche.

Durante el trayecto hasta el palacio de la Moncloa el duque se mostró correcto con Beatriz, interesándose más por sus gustos y aficiones o en comentar algunos preparativos de la boda que en poner a prueba los límites de su resistencia como mujer.

Al llegar a la puerta de entrada de la residencia del duque de Huéscar, coincidieron con María Emilia Salvadores y su pretendiente Joaquín Trévelez, a los que saludaron antes de entrar.

Beatriz preguntó a María Emilia por el paradero de Braulio, extrañada de no verle con ella, pues anhelaba su presencia por el doble motivo de provocar sus celos, y hacerle así el mayor daño posible, y a la vez, satisfacer sus ansias por tenerle cerca. El inmenso amor que sentía hacia él había hecho que aquellos dos días sin verse le supusieran un auténtico martirio.

—Acudirá en compañía de la hija de los marqueses de Villanueva que, como sabes, son buenos amigos míos. Ayer mismo me preguntaron si a Braulio le gustaría ser su pareja por esta noche, y como él se prestó gustoso, acepté sin más el ofrecimiento.

«¿Inés de Villanueva compartiendo el baile con Braulio?», pensó llena de rabia Beatriz.

La conocía demasiado bien, pues eran compañeras de clase en la escuela de las Salesas Reales y enemigas declaradas. Ella, que había urdido su plan para herirle, ahora se vería pagada con igual o peor moneda, pues Inés, además de ser tan joven como ella, se había ganado una sólida fama de mujer ligera entre los chicos. Para empeorar su ahogo, se preguntaba por qué habría aceptado aquella invitación Braulio, y además con todo gusto, como acababa de decir su madre.

María Emilia, al notar su reacción, corroboró lo que imaginaba sin explicarle que en realidad todo lo habían organizado ella y Faustina para poner obstáculos a su relación.

Las dos parejas saludaron al duque de Huéscar y a su mujer en la amplia recepción del lujoso palacio, momentos después que unos amables pajes les hubieran retirado las basquiñas a las dos mujeres, y las capas a los varones.

El magnífico salón, que servía de cortesía hasta que se abriese el principal, una vez llegasen los monarcas, empezaba a llenarse de gente. Una orquesta de cámara amenizaba la espera, mientras un pelotón de camareros se multiplicaba ofreciendo bandejas con distintas bebidas y deliciosos canapés.

Beatriz, del brazo de su anciano acompañante, se separó de María Emilia y Trévelez, entre saludos a unos y a otros, mientras iba siendo presentada a los amigos del duque, ofreciendo su mejor sonrisa a las miradas de envidia que los más adultos lanzaban a su futuro marido, acompañadas de discretos golpecitos de complicidad y bobas risitas de parte de sus mujeres.

Todos elogiaban la belleza de la pretendida y a él le felicitaban por la excelente elección que había hecho. Beatriz se mostraba encantadora en todo momento, cumpliendo con su papel de la forma más leal que sabía, aunque no dejaba de mirar de vez en cuando hacia la puerta de entrada, pendiente de la aparición de Braulio.

Algunos rostros que se cruzaban en su camino le sonaban; así, determinó que aquella mujer que resultaba demasiado gruesa para ponerse tan ajustado vestido, no era sino la mujer del embajador inglés Keene, que estaba a sus espaldas conversando con un veneciano que conocía de otras fiestas.

Otros asistentes le eran presentados a cada paso que daba aunque de muchos no sabía a qué se dedicaban.

No fue este el caso del confesor del Rey, padre Rávago, pues su influencia en la Corte era tan sabida como notable.

Buscó en el rostro del religioso algún reflejo que contradijese la fama de severidad que arrastraba sin lograr hallarlo. Su mirada se perdía bajo dos prominentes cejas que actuaban como férreos escudos que le aislaban de los peligrosos misterios, secretos regios, o de la sabiduría y experiencia que parecía contener. Era hombre de

arrobadora personalidad, de conversación sabia, discreta en adjetivos, bien pausada; capaz de empapar por completo todo su entorno hasta anularlo. Beatriz sintió envidia. Siempre había deseado poseer parecidas virtudes aunque fuera en menor grado, para demostrar a los demás una fortaleza interior que en realidad no poseía.

Mientras el religioso hablaba con el duque de Llanes, la admiración que le produjo aquel poderoso carácter hizo que le estudiara casi con descaro, tratando de apoderarse de sus valores, adentrándose en sus pensamientos, hasta que él reaccionó a su indiscreción con una frase que tan sólo ella entendió.

—Hija mía, no busques fuera de ti riquezas ni bienes; te aseguro que residen en tu interior; sólo tienes que encontrarlos.

Don Carlos les miró desconcertado.

—Así lo haré, padre Rávago —contestó Beatriz cruzando con él una mirada de complicidad—. Recordaré sus palabras.

—Si no encontrases aquello que pretendéis con tanto anhelo, venid a buscarme. Tal vez pueda ayudaros.

Besó con cortesía su mano y se despidió de ambos.

El duque, extrañado, miró a Beatriz. Su expresión le resultó desconocida, y aunque le quemaban las ansias por entender qué había pasado allí, decidió guardar silencio como respeto ante algo que parecía muy íntimo y profundo.

Beatriz reconoció su discreción y valoró su prudencia, aunque no pudo evitar pensar que aquel rostro envejecido y arrugado, de rechoncha nariz y calva salpicada por aquellas manchas comunes a todos los hombres de su edad, iba a ser la persona con la que iba a compartir su vida, cuando ella apenas había abandonado la niñez.

Braulio se sentía abrumado por lo que podía llegar a hablar su acompañante Inés de Villanueva y pensaba, con horror, lo que todavía le esperaba, cuando la noche no había hecho más que empezar. Aunque parecía que la escuchaba, su mente volaba por otros destinos, y se entretenía mirando de vez en cuando por la ventana de la carroza.

A la izquierda, y muy cerca de la explanada que hacía de eje principal en el camino a la puerta del palacio de la Moncloa, Braulio se fijó en los cientos de carruajes que estaban allí. Por un momento, envidió el animado ambiente que parecía reinar entre los muchos pajes y cocheros, alrededor de un carro que hacía las funciones de taberna.

Para cualquiera que estuviese en su lugar, la sola presencia de la encantadora Inés hubiera sido suficiente motivo para recordar aquella noche de por vida. Y si además hubiese escuchado de su boca los mismos ofrecimientos que ella le había hecho de camino, tonto sería el que no se considerase bendecido por la diosa fortuna. A pesar de ello, Braulio añoraba otra compañía para esa fiesta y, al no poder tenerla, ni Inés ni sus licencias le suponían mejor consuelo que el de preferir estar entre aquellos

lacayos, disfrutando de una jarra de vino en medio de una intrascendente conversación.

—Estoy encantada al saber que te tendré para mí sola toda la fiesta. —Inés le agarró de una mano para atraer su atención. Él la miró, asombrado de su lance, preparándose para recibir alguna nueva proposición—. Sueño con verme esta noche flotando entre tus brazos; en un baile que no tenga nunca final. —Cerró con entrega sus ojos, aproximando sus labios a los suyos, con la esperanza de recibir un primer beso.

—¡Hemos llegado! —Braulio abrió a toda prisa la portezuela para bajar del carruaje, quedándose a pie de la escalerilla e invitándola a hacer lo mismo.

Se sentía aliviado por haber conseguido detener aquella delicada situación, antes de tener que asumir otros incómodos arreglos.

—¡Me lo debes! —le recriminó Inés, nada más colgarse de su brazo al dirigirse juntos a la entrada del palacio—. ¡Espero que te comportes como un caballero y no vuelvas a despreciar mis favores! —Alzó su barbilla en una digna pose, a la espera de su contestación, sin dejarle más salida que tener que prometerle, muy a su pesar, que en adelante cumpliría como tal.

Beatriz les vio entrar, justo después que lo hiciera el marqués de la Ensenada acompañado de un séquito de nobles y secretarios de su gobierno. Aunque su presencia torció el poco ánimo que la acompañaba esa noche, aún empeoró más cuando comprobó la actitud que mostraba su amiga Inés, mostrándose con orgullo a todos los presentes del brazo de su nuevo trofeo, como si de una pieza de caza se tratase. Tampoco le extrañó el exagerado vestido que llevaba, pues conociendo sus artes de seducción, el generoso escote que lucía no desentonaba demasiado con su habitual falta de decoro. Se volvió de espaldas, cuando calculó la dirección que llevaban que coincidía con la suya, pues se resistía a tener que saludarles tan pronto. Empujó en su retirada al duque de Llanes, que no entendía su urgencia por saludar a no sabía quién, dejando con la palabra en la boca al mismísimo secretario de Estado, don José de Carvajal.

Antes de llegar a un nuevo emplazamiento escucharon la fuerte voz del mayordomo anunciando la presencia de los reyes.

—Sus majestades, don Fernando de Borbón y doña Bárbara de Braganza. —Golpeó con solemnidad el suelo de mármol con un sólido bastón de cobre.

Aquélla era la primera vez que Beatriz veía a los reyes. De la impresión, hizo que olvidase todo lo demás. Le pareció que el rostro del Rey desprendía bondad. Sus labios eran carnosos, y su nariz respingona de terminación redondeada. Aunque su prominente barbilla le otorgaba poder, sin embargo, sus pequeños pero vivos ojos transmitían ternura. A su lado, la reina parecía poseer una personalidad más fuerte que su marido y, desde luego, bastante más peso. Sin ser guapa, la redondez de su

rostro, la voluptuosidad de sus labios y sus ojos claros, le conferían un atractivo diferente, lejano tal vez a la estética tradicional, pero en buena parte sugerente. Beatriz decidió que jamás había visto un vestido tan bello como el que llevaba, con sus fabulosos brocados en oro y su pasamanería rica en perlas y piedras de colores. Un manto de terciopelo azul marino, rematado en piel de armiño, colgaba de sus brazos y le cubría media espalda. A su paso, las mujeres se arrodillaban en una reverencia, mientras los hombres se inclinaban llenos de respeto. Detrás de los monarcas iba el cantante Farinelli charlando con el anfitrión de la fiesta, duque de Huéscar, y más atrás las damas de honor de la reina.

Una vez que se abrieron las puertas del salón principal del palacio y entraron los reyes, el conjunto de invitados se animó a hacer lo mismo, ansiosos por que diera comienzo el baile. Beatriz, trató de pasar de las primeras del brazo del duque de Llanes, para no encontrarse con quien menos deseaba hacerlo esa noche.

Al cruzarse con su madre Faustina, ésta le dirigió un fugaz beso en la mejilla sin abandonar el brazo de su marido, que parecía ensimismado en su conversación con el embajador de Rusia. No supo cómo, pero aquel gesto de ternura la transportó de golpe al pasado, reconociendo aquel olor, aquella suavidad de su piel como la que recordaba de su madre. Aún contribuyó más que aquella noche Faustina vistiera del mismo tono encarnado que su madre llevaba la noche que fue asesinada. Pensó en lo orgullosa que estaría si hubiera podido estar allí esa velada, y no por ir del brazo de aquel anciano, que seguro no sería de su agrado, sino por verla convertida en toda una mujer, introducida en lo mejor de la sociedad de Madrid y con aquel precioso vestido, que jamás hubiera imaginado llevar puesto cuando de pequeña jugaba con las humildes ropas de su madre, poniéndoselas y quitándoselas entre risas.

Volvió a mirar a Faustina, y concluyó, sin ninguna duda, que era la más elegante y hermosa de toda la fiesta. Aunque añoraba el suave rostro de su auténtica madre, no había perfil más perfecto y ojos tan hermosos como los suyos, siempre rebosantes de dulzura hacia ella.

En las inmediaciones del palacio, se producía otra fiesta de menor empaque que la oficial pero no por eso menos animada. Sobre un carro, dos taberneros no paraban de servir vino y comida a los ansiosos clientes que, para animar la espera y combatir el intenso frío de la noche, agradecían poder llenar sus estómagos con algo de comida y un cuartillo de vino. Cualquiera hubiera sido feliz al escuchar cómo se llenaba la caja de madera con el dinero de las consumiciones; sin embargo, a los dos gitanos, aquello no les satisfacía tanto como ver en marcha la empresa que les había llevado hasta allí, aunque la recaudación final fuese fabulosa.

A pesar del incesante tráfico de pedidos, Timbrio no dejaba de estudiar los movimientos de la guardia, analizando la forma de llevar a cabo su plan. Tras sopesar

las diferentes posibilidades, se decidió por un punto que apenas estaba siendo vigilado por los soldados. El alboroto que producían aquellos insaciables y sedientos sirvientes devolvió a Timbrio a la faena, y con la misma agilidad que hubiera mostrado un auténtico profesional, llenó de un solo golpe tres jarras de vino sujetando el barril a pulso, para dárselas a un joven paje al que reconoció de inmediato por ser el mismo que había visto el día anterior en la taberna. Mientras recordaba aquella conversación y los deseos de uno de los presentes de acudir a la fiesta, la más importante del año, Timbrio sonrió al pensar que, esa noche, ellos serían los únicos responsables de ofrecer un fin de fiesta que sería comentado durante muchos años.

A escasos metros, dos pajes ingleses conversaban a la vera de una carroza que había transportado a un influyente comerciante.

Observaban la abultada protección armada del recinto con preocupación. Su plan para conseguir un efecto masivo entre los asistentes estaba impecablemente diseñado, pero antes les era imprescindible hallar algún un punto débil en aquella barrera defensiva.

—Con tanta guardia vamos a tener que actuar con mucha más cautela.

—Es cierto, pero no tendremos mejor oportunidad que ésta. Hoy y aquí están todos; el marqués de la Ensenada, el Rey, los más altos representantes de la Iglesia y muchos de esos detestables nobles que han participado en nuestra persecución. Lo haremos más avanzada la fiesta; les asestaremos un golpe que de seguro no olvidarán jamás. Las llamas les consumirán. —Bajó la voz al paso de unos pajes que se les acercaban demasiado—. En cuanto te dé la señal, coge lo necesario de debajo del asiento y nos separamos; después vuelve sin correr para no levantar sospechas.

—Entendido; localizar, actuar y disimular.

—Sí, sobre todo para evitar ser capturados. Como sabes, nuestra acción no puede terminar hoy y aquí. Hemos jurado cumplir las órdenes de nuestro gran maestre, y a eso nos debemos como masones.

—Vamos a tener un rotundo éxito, hermano; el Ser Supremo está de nuestro lado.

—Él guiará nuestra mano.

—El nos señalará el lugar adecuado.

El gran salón que reunía a los numerosos invitados contaba con una acústica tan perfecta que permitía escuchar a la orquesta de una forma nítida desde cualquier ángulo. Los primeros compases sonaron nada más tomar asiento los reyes sobre una tarima algo más elevada, desde la que disponían de la máxima visibilidad.

El difícil arte del baile no solía ser plato de gusto para los varones, aunque ocurría lo contrario con sus mujeres. Ellas gustaban de aprender los complejos pasos que marcaban los nuevos ritmos de mano de alguno de los más afamados maestros de

baile, cuando éstos las visitaban en sus propios palacios para tal fin.

Con un embarazo como el que lucía la duquesa de Benavente, no parecía muy aconsejable un baile como el del abanico, donde el hombre sujetaba a su pareja de una mano y jugaba a lanzarla en un giro completo a su vecino más próximo, mientras ella blandía su abanico en un lance de ocultación ante el desconocido y de abierta complicidad hacia su acompañante. Tanto ir y venir, a Faustina le parecía demasiado esfuerzo para sus cargadas piernas, por lo que decidió quedarse sentada conversando con su amiga María Emilia Salvadores. Sus respectivos acompañantes se mantenían a cierta distancia de ellas, en plena charla; el de María con el marqués de la Ensenada y el confesor real Rávago, reunidos los tres en un cerrado corro, y el conde de Benavente con un almirante francés recién llegado a la embajada de Madrid.

—La idea de que Braulio viniera al baile con esa compañía, no sólo ha conseguido el efecto deseado sobre tu hija; hasta parecen haber encajado muy bien. —María observó a la pareja mientras bailaban a escasa distancia de ellas—. ¡Fíjate en la entrega que le demuestra Inés!

—Si no lo viera con mis propios ojos, no lo creería de Braulio —contestó Faustina, al percibir una recíproca expresión en el chico cuando, al seguir el paso del baile, se acercaban tanto que rozaban sus mejillas—. Parece que están disfrutando de verdad y, además, debo decir que la chica me parece una preciosidad. María, ¿te imaginas que, por casualidad, hayamos conseguido separarlos, y encima logremos constituir unas parejas más *acordes*?

—Algo me hace sospechar, que en Braulio no existe tanta atracción como aparenta, pero ya veremos. Ahora bien, tengo claro que la sonrisa que luce Beatriz cuando mira al duque, es todo lo que quieras menos sincera.

—Aunque no niegue que tu reflexión es acertada, he de reconocer que en los últimos días se ha producido un esperanzador cambio en Beatriz. Démosle tiempo; también hemos de entender que tiene que resultarle difícil acostumbrarse a un hombre tan mayor.

Las dos mujeres comprobaron que en breve se iba a producir un cambio de parejas, y para no perder detalle abandonaron la charla. Aunque seguían con el mismo baile llamado del abanico, en ese paso, la mujer era cedida por su acompañante al hombre que estuviese a su izquierda. Ambos jugaban entonces a cortejarla al ritmo de la música, en una sucesión de encuentros y desencuentros hasta la terminación de la pieza, momento en el que la dama distinguía al mejor bailarín con un beso en la mejilla.

Sin reparar en ello, Beatriz parecía disfrutar de las evoluciones del baile, ignorando la personalidad del bailarín que iba a competir con el duque de Llanes. Con el abanico tapándole medio rostro, se entregó a los brazos del siguiente quedando en los primeros pasos de espaldas a él, tal y como marcaban las normas.

Volvió a los brazos de don Carlos para dar dos vueltas sobre sí misma, y tras ello, éste la devolvió al otro, pero esta vez de frente.

—Hola, Beatriz. —Braulio sujetó su mano y se inclinó con cortesía—. Esta noche estás preciosa.

—No más que tu acompañante. —Le rodeaba sin soltarse de él—. Que, por cierto, la he visto muy cariñosa contigo.

—Como ya la conoces, y también a mí, supongo que no creerás que tengo algún interés por ella.

—Te he observado y te puedo asegurar que demuestras lo contrario. —La mano del duque de Llanes la atrajo hacia él, separándoles por un momento.

—Ese joven, ¿no es tu amigo y vecino Braulio? —Al verles hablando, se había fijado más que en los anteriores compañeros de baile y le reconoció de inmediato.

—Sí. Es el hijo adoptivo de doña María Emilia Salvadores, viuda del almirante González de Mendoza. Y es, en efecto, un buen amigo.

Inés estiraba el brazo hacia el duque, para intercambiarse con ella. La mano de Braulio la atrajo de nuevo hacia él.

—Aún me duele tu huida del cementerio. —El movimiento siguiente obligaba a aproximar sus rostros y Beatriz interpuso el abanico entre ellos—. Pero si soy yo el que recibo el beso final de este baile, conseguirás borrar de mí todo lo que dijiste.

Los últimos compases de la música llevaron de nuevo a Beatriz hacia el duque, mientras Braulio recuperaba a una Inés, que no había pasado por alto aquel contacto, resuelta a ocuparle en exclusiva con su beso.

Al terminar la música, la mirada de Beatriz se escapó hacia la de Braulio, pero su beso se lo dedicó al duque de Llanes, mostrándose éste encantado por ser su destinatario.

Desde su posición en la sala, la condesa de Benavente y María Emilia habían presenciado la escena, en todo momento pendientes de cómo se resolvería, pues no era infrecuente que, con aquellos inocentes besos, se llegase a romper alguna que otra relación, y no hubiera sido ésta la primera vez que así había pasado. Al comprobar la decisión de Beatriz, Faustina respiró más tranquila, y así lo reconoció con su amiga.

Ajenos a esos devaneos, el confesor Rávago junto al marqués de la Ensenada, preguntaban a Joaquín Trévelez sobre sus avances en la investigación del crimen del jesuita Castro.

—Estamos muy lejos aún de poder identificar a su autor o autores materiales, pero les puedo confirmar con cierto grado de seguridad, que su principal objetivo ha sido asestar un golpe a la Compañía de Jesús. —Rávago ironizó, por lo obvio que le resultaba aquel análisis—. ¡Lo sé! —le interrumpió Trévelez—, pero vos no conocéis el resultado de la autopsia, donde apareció un detalle que me ha requerido abrir una línea diferente de investigación.

—Explicaos para que lo podamos entender todos. —Don Zenón, a diferencia de Rávago, confiaba sin reparo alguno en las dotes de su amigo.

—Para extraerle el corazón, le practicaron una incisión de forma triangular que pasó inadvertida cuando descubrimos el cadáver.

—¡Interesante! —reconoció sin reparos Rávago—. Y en vuestra opinión, ¿qué puede significar eso?

—Algo ritual o simbólico; tal vez una macabra forma de firmar su trabajo.

—Ya os dije que me parecía un crimen lleno de connotaciones diabólicas. —El confesor Rávago pensaba en las oscuras fuerzas masónicas y en sus intentos de destruir la religión que alimentaba a tantas almas.

—Entendemos que la elección del hombre no ha sido fortuita, ni tampoco la extirpación de ese preciso órgano, pues es en vuestra congregación donde más fervor se tiene por el Sagrado Corazón de Jesús. Dada esa doble circunstancia, me resisto a pensar que se trata de una mera casualidad —intervino Trévelez.

—En términos más precisos, ¿hacia dónde encamináis vuestras sospechas? —Don Zenón de Somodevilla necesitaba respuestas concretas y no sólo conjeturas. El monarca le presionaba a diario, reiterándole su alto interés por ver resuelto cuanto antes el caso.

—Lamento no poder ser mucho más explícito todavía, pero mi atención se dirige ahora hacia todas las organizaciones que hayan manifestado expreso odio hacia los jesuitas.

—Pues podéis empezar por los llamados ilustrados: nobles, algunos militares, casi todos los librepensadores, y seguir por el resto de las órdenes religiosas. O podríais centraros en los muchos amigos de la herejía: alumbrados, judaizantes, masones y gnósticos, por citar algunos. —Aunque proponía otros destinatarios, Rávago ya se había decidido por investigar la pista del embajador Keene con la ayuda del sobrino del duque de Valmojada—. Con toda seguridad, os van a dar suficiente trabajo para no aburriros, mi querido alcalde.

Don Zenón lamentó no contar con ninguna información que le ayudase a salvar las preguntas del rey Fernando, pero no le cabía duda alguna de que Trévelez los resolvería con prontitud. Un camarero despistó su atención hacia otro grupo que conversaba en el lado opuesto del salón, donde el intrigante embajador inglés Keene hablaba con su mayor enemigo público y anfitrión de la noche, el duque de Huáscar. Hubiera dado parte de su cada vez más abultada fortuna por saber de qué charlaban aquéllos, pues, sin llegar a imaginarlo, estaban compartiendo igual asunto de conversación que ellos, aunque desde un punto de vista diferente.

—No han debido de conseguir todavía ningún testimonio del gran maestre Wilmore. —El embajador Keene hablaba en voz baja, para no romper la confidencialidad de aquellos comentarios, con su fiel colega don Fernando de Silva

Álvarez de Toledo, duque de Huéscar, embajador de España en Francia, y anfitrión de aquella fiesta—. Confío, que soporte con toda honra y fortaleza la tortura a la que con seguridad está siendo sometido.

—La Inquisición; una más de aquellas abominables instituciones que deberían ser erradicadas de un estado moderno como el que pretendemos para España. —Don Fernando estaba al corriente desde París de todas las acciones contra la masonería por parte del Santo Oficio—. Pretendo que esta fiesta tenga, para todos nosotros, una especial trascendencia, pues he de conseguir del Rey ser nombrado mayordomo real, al haber quedado vacante esa función. Bien sabe, mi querido amigo, que ese cargo es de máxima confianza para el monarca. Si disfruto de ese logro, podré contrarrestar los nefastos efectos de su confesor y de sus primeros ministros y, como entenderá, me refiero al marqués de la «en sí nada», pues así parece que gusta ser nombrado en su falsa modestia. Que el monarca haya aceptado estar en mi casa esta noche me ratifica como uno de sus mejores candidatos a ostentar esa posición.

—Jamás me había hablado de sus deseos de convertirse en empleado de la casa real…

Benjamin Keene observaba con cierta preocupación cómo disfrutaba su mujer bailando con un joven estudiante de español que había tenido que alojar en la misma embajada, obligado por las excelentes cartas de recomendación con las que había venido de Londres, firmadas por uno de los más importantes lores del parlamento. De repente, cayó en su falta de cortesía con el duque y volvió a centrarse en aquel asunto del que le hablaba, que a su parecer rebajaba el enorme peso político que ya tenía su contertulio.

—Reconozco mi corto conocimiento de los entresijos de la corte española y, por ello, las ventajas que puede esperar con ese denigrante oficio. Le tengo a vos como el más aristócrata de todos los nobles apellidos de este país.

Parecía estar escuchando con atención las razones que el duque le empezó a dar pero, de hecho, seguía evaluando las probabilidades de ser engañado por su mujer con ese joven. El muchacho se mostraba en exceso atento, sin parecer contrariado por las gruesas formas que acompañaban a su mujer.

—… y al estar una gran parte de su tiempo junto al Rey, su mayordomo termina siendo uno de sus más asiduos e influyentes consejeros. —Keene, sólo puso atención a esas últimas palabras y, por prudencia, pensó que hacerle repetir todo lo anterior estaría lejos de parecer correcto por su parte.

Asintió al duque de Huáscar, dándole a entender que ahora ya lo comprendía, pero lamentando tener que detener aquella conversación, al recordar que se debía por un momento a su mujer en un baile que le había prometido de antemano.

—Vaya sin reparos, que yo debo hacer lo mismo con la mía si no quiero que me niegue el saludo. —Aferrado a su manga le frenó unos instantes más—. De todos

modos, le ruego que volvamos a juntarnos más tarde, para hablar de la extraña muerte del superior de los jesuitas.

Sir Benjamín Keene rescató con evidente brusquedad a su mujer de los brazos del impertinente joven con aparente satisfacción por parte de ella. Decidió que a ese joven, por más influencias que tuviera, iba a mandarle a alguna academia que estuviera lo más lejos de Madrid; Sevilla podía ser un destino ideal.

En otra zona del salón, Beatriz se disculpaba de su acompañante don Carlos Urbión para ir un momento a los servicios.

Nada más entrar en ellos la vio frente al espejo. Se lamentó de su mala fortuna al coincidir con Inés de Villanueva, con la cantidad de mujeres que había en la fiesta.

—¡Enhorabuena por tu futuro matrimonio! —Su perfecto cutis no podía asumir nuevas mejoras, por más polvos que su dueña se ponía, pero por lo visto permitía disimular la cínica sonrisa que le había acompañado en su felicitación.

—Gracias por tu amabilidad, Inés, pero no se me escapa que te mueven suficientes motivos para ello.

—¿A qué te refieres? —Dudó por unos instantes dónde colocarse un grueso lunar que tenía en su dedo, si en su sien izquierda o en la derecha, definiéndose así como una mujer ya ocupada. Optó por esta última, ante la furiosa mirada de Beatriz. De pronto, Inés se percató del sentido que Beatriz había dado a su comentario—. ¿Lo dices porque consideras que yo también estoy de enhorabuena?

—No juegues con eso, te lo ruego. —Se echó un poco de agua fresca para apagar sus encendidas mejillas—. Además, tú no supones nada serio para él.

—¿Qué me puedes recriminar, si ya has optado por un cómodo futuro en brazos de ese duque con el que vas a casarte? Acepta que las demás podamos recoger lo que tú antes has despreciado, ¿no te parece?

Beatriz se clavaba las uñas de pura rabia, sin saber si tirarse a sus pelos y abofetearla a placer o enfriar sus ánimos refrescándose de nuevo con agua fresca. Pensó que lo segundo era más apropiado.

—No conseguirás nada de él —insistió en el argumento, a falta de valor para recurrir a otras alternativas.

—Pues te aseguro que ha estado muy cariñoso conmigo mientras veníamos de camino, en la intimidad de mi carruaje.

Inés mintió, ansiosa de vengarse de ella para resarcirse de aquellas otras ocasiones en las que Beatriz le había denigrado dándole a entender que ningún hombre la quería por lo que era, si no por lo que les regalaba sin el menor recato.

—Inés, ¡eres despreciable!

Beatriz, aunque estaba segura de su mentira, no podía olvidar la referencia de María Emilia sobre la satisfacción que éste había demostrado por venir con Inés. Arrepentida ahora de su reacción de rechazo en el cementerio, se reprochaba la poca

habilidad que había tenido, al haberle regalado a otra el beso que le correspondía. Con aquella serie de despropósitos, empezaba a dudar de si lo que Inés le decía resultaría tan falso como en el fondo deseaba.

No hubo tiempo para ninguna contestación, pues ambas sintieron una enorme explosión que las tiró al suelo. Los dos espejos del baño saltaron en miles de pedazos y, algunos de ellos tuvieron como destino sus brazos y caras.

En un completo estado de aturdimiento, Beatriz empujó el cuerpo de Inés que había quedado sobre el suyo, aprisionándola contra el suelo. Comprobó que estaba viva, pero sin conocimiento. Durante los primeros segundos se estableció un profundo silencio que no tardó en verse roto por un coro de gritos y voces que venían del interior del salón. Se incorporó con dificultad venciendo la rigidez de sus piernas, y pudo recoger entre sus manos un poco de agua fresca para echárselo a la cara de Inés, lo que resultó del todo eficaz.

—¿Qué ha sido eso? —Inés había perdido su peluca, tenía varios trozos de cristal clavados en las mejillas, y le corría un fino reguero de sangre desde la nariz.

—No tengo ni idea, pero deberíamos salir cuanto antes de aquí.

Beatriz le retiró alguno de los cristales, los que resultaban más fáciles de extraer, pero decidió abandonar esa tarea ante los quejidos de la chica. Después, se encaminaron hacia la puerta. Se escuchaba un enorme barullo al otro lado.

Aunque trataron de abrirla poniendo en ello todas sus fuerzas, les resultó imposible. Un gran tumulto de gente corría despavorido, taponando la totalidad del pasillo que les comunicaba con la salida del palacio.

Beatriz oyó gritar su nombre y, al instante, estuvo segura de que se trataba de Braulio. Se empeñaron con más ahínco en empujar aquella puerta y lo consiguieron sólo en parte: lo suficiente para ser vistas por él y escucharle decir que salieran de allí lo antes posible. Los despavoridos asistentes, en su empeño por abandonar el palacio, lo arrastraban todo, también a Braulio, que por más esfuerzo que ponía para llegar hasta ellas nada podía hacer, y así le vieron desaparecer, con la masa humana, por el vestíbulo que antecedía a la salida.

La puerta se les cerró de nuevo, y aunque lo volvieron a intentar con más ahínco, les resultó imposible de abrir. Decidieron esperar a que disminuyera el caudal de invitados.

Tres nuevas explosiones, con escasa separación de tiempo y de menor intensidad que la primera, se sucedieron sembrando en Beatriz una nueva preocupación.

Por la dirección del sonido, calculó que tenían que haberse producido cerca de la salida, y Braulio debía de estar cerca.

Se empezaron a escuchar gritos de pánico que parecían surgir de todas partes. En un nuevo intento consiguieron salir al pasillo sin saber ahora qué dirección tomar; hacia el interior o abandonar el palacio. Vieron a los reyes, protegidos por varios

guardias de corps, que volvían desde la salida en busca de refugio. Inés les siguió, pero Beatriz supo que su opción era la contraria; necesitaba buscar a Braulio.

Algo en su interior le hacía presentir lo peor. Se puso a correr con la esperanza de encontrarse con Braulio, para decirle todo lo que de verdad sentía, fuera de los tontos devaneos a los que habían jugado; para que supiera que él era el único dueño de su corazón. Necesitaba besarle, compensarle de aquellos últimos días tan vacíos sin su sonrisa. En sólo unos segundos, decidió que iba a proponerle dejar atrás sus actuales vidas para fugarse juntos a construir una mejor, suya y más verdadera.

—Inés, ¿has visto a Beatriz? ¿Sabes dónde está? —Faustina y el conde de Benavente la pararon en su alocada carrera angustiados por el destino de su hija.

A su lado, María Emilia preguntaba por Braulio.

—¡No me hagáis daño!, ¡no quiero morir! —Inés hablaba sin sentido, con una fuerte crisis de nervios.

—¡Vayamos afuera! —Acababa de aparecer el duque de Llanes, alarmado por no encontrar a su prometida—. No os molestéis más con ella, pues en su estado no conseguiremos nada.

Tras ellos, habían dejado un terrible escenario de dolor y de pánico.

La primera explosión había afectado a una de las paredes del salón provocando numerosos heridos y algún que otro muerto, sobre todo entre los músicos, pues habían sido éstos los que estaban más próximos a ella. Trévelez se había quedado dentro organizando la protección de los propios reyes y de las autoridades allí presentes, mientras ordenaba a todos los soldados que entraban a través del importante boquete que se había producido en la pared, que hicieran venir cuanto antes a todos los carruajes posibles para desalojar primero a los heridos. Comprobó en persona el buen estado de salud del marqués de la Ensenada y del ministro Carvajal, y vio también que todos los diplomáticos extranjeros se encontraban bien. El padre Rávago y otros tres altos eclesiásticos atendían espiritualmente a los moribundos y muchos invitados estaban ayudando a los heridos a levantarse o a llevarles hacia el exterior. Las siguientes explosiones les cogieron desprevenidos a todos. Los reyes habían sido llevados casi en volandas por su guardia personal hacia el exterior del edificio, para tomar su carroza y partir cuanto antes de allí pero, por fortuna, volvían a hacer acto de presencia en el salón ante las nuevas deflagraciones, muy alarmados por sucesos que nadie entendía y que podían seguir sucediéndose.

Faustina fue la primera en localizar a Beatriz entre el amasijo de cuerpos esparcidos por la entrada del palacio. Estaba arrodillada, sosteniendo el cuerpo roto de Braulio. Sorteando varios muertos y algunos otros restos humanos que cubrían su camino, llegaron hasta ella. María Emilia se abalanzó rota de dolor, para recoger el cuerpo de su hijo de los brazos de Beatriz.

Faustina, horrorizada, miró el rostro de su hija. Aquellos ojos, su expresión, su

rostro seco de lágrimas, le transportaban en el tiempo a aquella otra noche en el palacio del marqués de la Ensenada, cuando había visto por primera vez a su hija Beatriz aferrada al cuerpo de su madre.

En Madrid.
Año 1751, 28 de julio

El alcalde de Casa y Corte Joaquín Trévelez se sentía intranquilo por la reunión que iba a mantener esa mañana con los dos hombres más importantes del gobierno de Fernando VI; el secretario de Hacienda, Marina y Guerra don Zenón de Somodevilla, y el secretario de Estado don José de Carvajal y Lancaster.

No había amanecido todavía cuando su carruaje llegó a la entrada del patio principal de palacio, desde la cual dos de los guardias de corps que tenían encomendada la protección de la casa real, le escoltaron hasta los despachos donde trabajaban los ministros.

Su congoja, desde luego, no se debía a la intimidación que en otros podría producir la elevada posición de sus cargos, pues con ambos compartía reuniones de trabajo desde hacía tiempo, pero sí al contenido de ésta, que no podía ser otro que hacer balance del brutal atentado en el palacio del duque de Huáscar, poco más de veinticuatro horas después.

Una enorme bandera con la cruz de San Andrés y un retrato del rey Fernando VI eran los únicos adornos a espaldas de la mesa de despacho del marqués de la Ensenada. El resto de la habitación estaba cubierto de estanterías de roble repletas de libros, salvo en una de sus paredes, donde colgaba un enorme cuadro que representaba una feroz batalla naval.

Sin necesidad de conocer los gustos del marqués, aquel gran óleo con motivos marinos, el viejo timón en una esquina, o las dos bellas maquetas de navíos españoles que presidían su mesa, harían pensar a cualquiera que el mar disfrutaba de una especial posición en su vida. Y poco se equivocaría, porque de todas sus tareas y responsabilidades de gobierno, la que más satisfacciones le producía, sin duda, era la Marina.

Trévelez se sentó en un sillón a la espera de los dos ministros y se hizo un rápido balance de lo ocurrido en las últimas horas para luego poder resumirles lo más importante.

Apenas había dormido en los dos últimos días. La noche del atentado la había pasado en vela trabajando con sus equipos de investigación en el palacio de la Moncloa, y la siguiente, apenas unas horas antes, se había quedado con María Emilia, consolándola por la dramática muerte de su hijo.

Cuando creía estar acostumbrado a ver el rostro más cruel del hombre, aquel que se identifica con la vileza, la infamia, o cualquier otra muestra de la maldad humana, todavía se volvía a preguntar, con demasiada frecuencia, qué podría mover la voluntad de un individuo para destruir una sola vida y, más aún, la de un chico de quince años.

En su profesión se había enfrentado a todo tipo de actos cuyas consecuencias mostraban el grado de degradación a que podía llegar la mente humana, y siempre se preguntaba qué podía motivar a sus autores a abrazar tales desviaciones. En ocasiones pensaba que si el hombre había sido concebido para participar en la creación divina y ayudar a completarla, ¿quién se explicaba entonces que la maldad tuviese espacio en tan magna obra?

Aquellas cuatro explosiones, de momento, se habían llevado doce vidas y una multitud de heridos.

La mala suerte se encargó de elegir sus nombres, sin razones de fortuna, condición personal o sexo, pues además de al joven Braulio destrozó a tres mujeres de noble cuna; dos de mediana edad y una joven de apenas dieciocho años, dos eclesiásticos, cuatro guardias de corps y dos músicos cuyo único delito había sido amenizar la que prometía ser una de las veladas más celebradas del año.

Su situación empezaba a ser comprometida, pues como máximo responsable de la investigación criminal y juez supremo de los delitos de sangre en la Corte, sin haber avanzado en la solución del asesinato del jesuita Castro, se encontraba con una nueva causa de peores consecuencias, al haber puesto en peligro la integridad de los propios monarcas.

Entendía, que éste no sería un caso más de su larga carrera, sino la más dura prueba a la que tendría que enfrentarse si quería dejar sin tacha su capacidad profesional.

—Sentaos. No os cuidéis de formalismos con nosotros; nos conocemos desde hace tiempo.

Zenón de Somodevilla entró como un rayo en la habitación y tomó asiento frente a Trévelez. El responsable de Exteriores, don José de Carvajal le saludó con gesto grave y lo hizo al lado de su colega de gobierno.

—El Rey, que Dios guarde, acaba de expresarnos su urgencia por saber quién o quiénes han podido estar detrás de tan horrible brutalidad, y también, que no entenderá que así no sea por falta de recursos humanos o económicos —empezó Carvajal—. Sabe de esta reunión y quiere que todos los días desde hoy alguno de

nosotros le pongamos al corriente de los avances conseguidos. Por ello, nos veremos a esta misma hora cada día hasta que demos por cerrado el asunto.

—Empezaré por el recuento actual de fallecidos, que ya suman doce con el fallecimiento esta madrugada de la condesa de Ribó. Tenemos a cinco víctimas más en un estado bastante grave, si no crítico, y a los demás mejorando en sus pronósticos. —Trévelez tragó saliva para humedecer la sequedad de su garganta—. La masiva afluencia de personas, tanto de servicio como de invitados, convierten esta investigación en una de las más complejas que he tenido hasta la fecha. Para iniciarla, primero nos hemos planteado estudiar el origen de las explosiones, antes de dirigir nuestra atención hacia sus posibles autores, pues lo uno podría llevarnos a lo otro.

Trévelez desdobló un papel donde había dibujado en plano el palacio y los dos lugares donde tuvieron efecto las explosiones.

—Por el momento —siguió hablando—, creemos que se emplearon dos tipos de explosivos. La primera detonación —les mostró con el dedo el punto que afectó a la pared del edificio— debió requerir en torno a cinco kilos de pólvora. Por los restos encontrados, creemos que introdujeron el cebo en un barril de madera, y que debieron emplear en su detonación una mecha corta para dificultar su posible localización. Lo colocaron de espaldas a un pequeño muro del jardín, a escasos metros de la pared del edificio, para que la onda expansiva se dirigiera hacia ese punto y conseguir así un mayor poder destructivo. Este detalle nos ha hecho entender que no nos enfrentamos a simples aficionados, aunque sigo sin comprender cómo pudieron trabajar desapercibidos por la numerosa guardia que protegía el recinto. —Carvajal agitaba la cabeza con gesto desaprobatorio—. Para las tres siguientes explosiones, en la puerta de salida, se emplearon tres cargas que tampoco nadie pudo evitar, debido esta vez a la enorme confusión que se generó entre la tropa por los efectos de la primera.

—¡Excelente seguridad la que nos ofrece la guardia de corps! Por lo que se ve, cualquiera puede acercarse hasta las inmediaciones del Rey con cinco kilos de pólvora sin que nadie se entere. Cuanto menos me resulta curioso, por no decir preocupante…

El marqués de la Ensenada era el destinatario del comentario de su compañero de gobierno Carvajal por su responsabilidad directa sobre los ejércitos y la seguridad de la Casa Real.

Trévelez trató de salir en su ayuda.

—Nadie puede negar que ha fallado nuestro sistema de seguridad y control, aunque lo cierto es que nunca antes nos habíamos enfrentado a un riesgo de esta magnitud. En aquella fatídica noche, además de los invitados, que por razones obvias han quedado excluidos como autores materiales o cómplices de los mismos, se reunieron en torno a cuatrocientos hombres en las inmediaciones del palacio. Hablo de los cocheros, pajes de honor, ayudantes, y otro personal vario que trabaja para los

muchos nobles, representantes del gobierno, altas figuras del clero y diplomacia extranjera.

—Alcalde Trévelez, estoy conforme con su recusación en tanto a una participación activa de los invitados, pero no de su posible complicidad. En estos momentos no debemos descartar ninguna posibilidad y menos ante un atentado de Estado, cuyo éxito hubiera afectado al gobierno de España y su monarquía. No podemos pasar por alto que en contra de ambas instituciones concurren enemigos exteriores con intereses muy concretos, y no citaré de momento sus nombres, pero también internos; y me refiero a los declarados enemigos de la casa de Borbón que no han dejado de maquinar desde que tomó el poder a comienzos de este siglo. —El marqués miraba su reloj de bolsillo con aire intranquilo—. Pero, vayamos a lo concreto que el tiempo corre. ¿Disponemos por ahora de algún nombre?

—Además de la lista de invitados, estamos elaborando otra con todos los empleados que acudieron esa noche. Ayer se iniciaron los primeros interrogatorios, que me propongo revisar cada noche, aunque debido a la dimensión de esta tarea, he decidido ganar tiempo y utilizar todos mis recursos humanos para terminar la primera ronda en cuatro o cinco días a lo más.

Carvajal elogió la rapidez con la que estaba operando.

—Sin abandonar otras líneas de investigación —continuó Trévelez—, de momento estamos centrándonos en una que nos parece prioritaria. Buscamos con especial interés una pareja de mesoneros que hemos sabido acudieron esa noche para hacer negocio con la venta de vino y otras viandas. Por inexplicable que parezca, nadie entiende cómo se les pudo permitir la entrada cuando la misma guardia de corps había establecido un riguroso control de los accesos y no estaba autorizada su presencia. También entrevistaremos a los guardias que se encargaron de ese control por si alguno pudiese estar involucrado en el caso.

—Hay demasiados mesones en Madrid —atajó Carvajal, pasando por alto la responsabilidad que correspondía a la guardia real—. Supongo que disponéis de alguna descripción de los mismos. ¿Estoy en lo cierto?

—Aquella noche fueron uno de los principales centros de atención; por ello no ha resultado difícil obtenerla. Como un barril de pólvora se puede disimular entre otros muchos de vino, de momento ésta es la pista más sólida que nos conduce a pensar en ellos. En cuanto disponga de datos más precisos, os pondré al corriente de ello.

—Durante estos días no he dejado de acordarme del crimen de Castro. ¿No creéis que ambos atentados podrían tener idéntica autoría? —Las sospechas de Ensenada no procedían de ninguna evidencia; había sido la proximidad de los dos hechos lo que le había llevado a pensar en ello.

—No descarto que así sea —contestó Trévelez, anonadado por la actual carencia de resultados—, aunque reconozco que es pronto para poder daros una contestación

más precisa.

—¿Tenéis algo más que comentarnos? —preguntó Ensenada, con ganas de abordar otros asuntos que le requerían con urgencia en su despacho.

—Eso es todo —contestó algo más aliviado Trévelez.

—Volved entonces mañana y a esta misma hora. —Se levantó de su asiento—. Contad en convocarnos antes si obtuvieseis alguna información de importancia. Para nosotros este asunto goza de máxima prioridad.

La celda que ocupaba el acusado Wilmore dentro de la cárcel secreta del Santo Oficio apestaba a enfermedad por sus cuatro húmedos costados. El inglés se acurrucaba en la única esquina que recibía un minúsculo haz de luz, tamizado por la densa suciedad que acumulaba el ventanuco, tensando hasta el extremo las cadenas que le ataban de pies y manos. Gracias a ello, había calculado que llevaba encarcelado una semana, después de haber soportado las peores condiciones posibles. Usaba parte del agua que le daban para lavar sus heridas y conseguir así frenar las infecciones que rodeaban sus muñecas y pies desde el día del martirio a que había sido sometido.

En su reclusión, desconocía todo lo que podía estar ocurriendo fuera de aquellas paredes, pero no por eso dejaba de confiar en la labor de sus dos hombres, seguro de que habrían empezado a cumplir sus órdenes. Sus únicos contactos durante aquellos interminables días eran los carceleros, y con menor frecuencia su abogado, que más que defender sus intereses parecía pretender su confesión, al igual que lo habían intentado los inquisidores con la ayuda de sus verdugos.

Aquella mañana se había despertado con el agudo dolor del mordisco de una hambrienta rata, atraída por el sabor dulzón de sus heridas. La suerte le acompañó después, cuando consiguió cazarla sirviéndose de una de sus cadenas a modo de lazo, y sin dudarlo se había puesto a comérsela con absoluta fruición.

En estas ocupaciones le encontró el obispo Pérez Prado al entrar de forma imprevista en su celda. No pudo éste evitar unas repentinas náuseas, que se resolvieron con un incontrolado vómito que derramó sobre la esquina opuesta a la que ocupaba el inglés.

—Tal vez su reverendísima gustaría de probar tan delicioso bocado…

Le extendió los restos mordisqueados del roedor, sonriendo al comprobar tanto su gesto de asco como la palidez de su cara.

—Os aseguro, que al menos ésta es la única carne que consigo reconocer de todas las que me dais a probar en vuestra caritativa casa. —Wilmore saboreaba aquella oportunidad de revancha a todo su padecimiento.

—Dejad de poner a prueba mi paciencia, pues no la reconozco como una de mis mejores virtudes, y tirad esa porquería antes de verme obligado a tomar una

determinación más coercitiva.

El inglés la escondió a sus espaldas para darle continuidad en cuanto volviese a quedarse solo.

—Como parece que hasta la fecha no hemos conseguido obtener el menor testimonio de vos, quiero poneros al corriente de las decisiones que se han tomado sobre vuestro inmediato futuro.

El obispo se sentó en una silla que había traído con él y siguió hablando.

—Sólo dispondréis de dos opciones, y creedme que no contaréis con ninguna más. Hoy debéis elegir la que os parezca más adecuada a vuestros intereses o menos peligrosa para vuestra integridad física, pues me es indiferente la forma en que prefiráis verlo.

La primera que le dio a conocer, consistía en obtener de él una única delación y de sólo tres miembros entre aquellos que hubieran tenido cierta autoridad dentro de la asociación. Si así lo hacía, y sin pedirle ninguna otra cosa más, el Santo Oficio tendría a bien considerarle desde ese mismo día hombre libre. La segunda, terminaba también con una liberación, pero ésta más definitiva y de su alma, pues suponía su muerte inmediata para abandonar al fin aquel sufrimiento sin sentido, prometiéndole una confesión previa de sus pecados para librar su alma de las manchas que la oscurecían con su herejía.

—Como veis, se trata de propuestas simples y definitivas. —Se aproximó a él, sin ocultar el asco que le producía el fuerte olor del preso—. Una discreta delación que a nadie más interesará, salvo a nosotros, sin comprometer vuestro futuro, y pudiendo veros libre desde este mismo día, o la muerte. ¿Qué preferís?

—Antes de contestaros, me pregunto a qué viene esta urgencia, cuando he pasado una semana entera sin saber nada de vos. —Wilmore sospechaba que algún suceso debía haber provocado aquella inusual prisa por obtener tan pronto fruto de él—. ¿No será que ha ocurrido algo de tanta gravedad, como para obligaros a venir a buscar mi ayuda?

—Con vuestra pregunta, ya me estáis dando buena prueba de ello.

—¿A qué os referís?

—Hablo de lo que ya no sólo supongo sino que veo como certeza; vuestra intervención en aquel asesinato y en el atentado producido anteanoche, aunque haya sido de forma indirecta o debido a órdenes vuestras anteriores. —Le agarró del cuello estrujándolo sin piedad—. ¡Hablad ahora mismo, sólo así os sentiréis libre!

—Ya veo… Un atentado y un asesinato. No tengo ni idea de lo que me estáis hablando, y mucho menos de quién los ha producido, pero de antemano os digo que si hubiesen sido causados por alguno de mis hermanos, podéis estar seguro que nunca los delataría, por más sufrimiento que me llegarais a producir.

Wilmore sabía, que con aquellas palabras acababa de firmar su sentencia de

muerte. Aun así, por si no fuera suficiente su elocuencia y para dejar más patente su odio, todavía le escupió en su cara los restos de la rata que aún mordisqueaba, aprovechando la proximidad de su rostro.

El obispo Pérez Prado le abofeteó enfurecido, y antes de abandonar la celda le despidió para siempre. Se limpió aquellos asquerosos fluidos que resbalaban por su mejilla, mientras recorría los pasillos que le llevaban al exterior, con la decisión tomada y la orden preparada para que nadie volviera a suministrarle más alimento o agua hasta que la muerte le visitase.

En todo Madrid no se hablaba de otra cosa que del atentado ocurrido en el palacio del duque de Huéscar. De tanto correr de boca en boca, cada comentario se veía multiplicado en gravedad y exageración a medida que pasaba de uno a otro. Tanto era así que aquella mañana unas mujeres que compraban en el mercado de la plaza Mayor, afirmaban que la reina había sido herida en el mismo, y que por lo visto más de cincuenta invitados habían muerto.

Una de ellas, la más bromista, afirmaba incluso, entre carcajadas, que hasta el cantante Farinelli, *il Castrato,* se había salvado de recibir un trozo de metralla en su cuerpo, sólo gracias a su deficiencia.

Para aquel Madrid, alejado del boato y los excesos de la clase noble, la vida diaria ya les regalaba con otros problemas y no menores, como la fuerte subida que acababa de experimentar el precio de los cereales, que también arrastraría al de los alimentos básicos. En general, la política o los acontecimientos que protagonizaban aquellos personajes, a los que poco conocían y en la mayoría de los casos hasta despreciaban por su ostentación y derroche, se encontraban tan alejados de sus necesidades diarias que sólo eran objeto de conversación cuando, como en ese caso, la gravedad superaba a la común monotonía de sus quehaceres.

Muchos ciudadanos rechazaban aquel sistema social por el desigual reparto de riqueza que sufría una mayoría de la población, pues en Madrid de todos era conocido que, sin contar con las propiedades del Rey, casi una tercera parte de sus edificios pertenecía a la Iglesia, otro tercio a unos pocos miembros de la alta nobleza y el resto se lo repartían entre los nuevos burgueses y algunos comerciantes acaudalados. Ante esa situación, al pueblo llano sólo le quedaba alojarse en las viviendas más humildes y, como medio de supervivencia, trabajar para ellos en las tareas de limpieza y protección de sus magníficas posesiones.

Como esos sentimientos se estaban generalizando entre las clases más desprotegidas de Madrid, tampoco resultaba raro escuchar comentarios, en aquel mercado, como «¡ya les toca a ellos sufrir alguna que otra vez!», de boca de algún tendero, o ver reírse a carcajadas a una panadera ante un comentario jocoso sobre lo que iban a subir de precio los polvos para blanquear las pelucas después de lo

chamuscadas que debían haber quedado con las explosiones.

Con ello no es que mostrasen una cruel insensibilidad ante una desgracia que nadie hubiera deseado, sino que reflejaban, de modo espontáneo y hasta casi de forma inocente, su despecho por las prerrogativas y ventajas que aquella clase había acumulado a sus espaldas durante muchísimos años.

—Ojalá sus problemas más pequeños pudieran ser parte de los nuestros, pues he oído decir que sólo el duque del Infantado posee doce grandes palacios y propiedades en Madrid y más de treinta y seis mil ovejas repartidas en sus enormes fincas. —Una de las mujeres se lo cuchicheaba a otra, que también parecía querer aportar su información.

—Qué me vas a contar tú a mí, que soy andaluza y sé que entre el duque de Medinaceli, el de Alba y el de Osuna, poseen en mi tierra más de ochocientas mil fanegas de tierra. —Menos discreta que la anterior, sus cometarios se escuchaban por todo el mercado—. Con sólo una mínima parte de esa riqueza podrían vivir cientos de familias enteras, trabajando el campo, vendiendo sus productos. Pero ya ves, la cosa está así de mal repartida.

Dos hombres de aspecto extranjero, próximos a las mujeres, no se perdían detalle de su conversación. Llevaban un tiempo encerrados en su propia casa, sin dejarse ver, pero acuciados por la falta de comida, aquella mañana habían salido por primera vez y escuchaban lo que se decía sobre los efectos del atentado.

Compraron lo necesario para resistir unos días más en su voluntario retiro y, al terminar, se dirigieron de nuevo hacia la vivienda que los escondía, sin dejar de comentar sus propias sensaciones.

—Cuando logremos cubrir los objetivos que nos encomendó Wilmore, ¿qué crees que pasará?

—Sólo puedo suponerlo, pero imagino que ocurrirá lo que tantas veces se discutió en nuestra logia, la verdadera misión que alimenta nuestra fraternidad: se producirá la revolución que abra esta sociedad a un nuevo orden. Entiendo que nuestros hermanos más influyentes, desde su clandestinidad, ya están trabajando para colocar el mayor número posible de hombres afines a nuestra obediencia en los puestos más altos del poder, con la misión de derrocar el actual sistema. Después, nuestra amada sociedad masónica será la que se encargue de dirigir el nuevo destino, bajo los mismos principios y leyes que ahora nos gobiernan.

—De ser así, y sabiendo lo que nos ha sido confiado, tú y yo tenemos un papel clave.

—Seguro que sí, aunque con el revuelo que se ha producido, creo que deberíamos dejar pasar un tiempo antes de actuar. De momento, sería interesante que hiciéramos una visita al embajador Keene por si supiese de dónde partió la delación que ha

provocado la prisión de nuestro gran maestre Wilmore.

—Me parece bien. Sea quien sea, lo pagará, pues con su acto ha perdido todo derecho a vivir.

Al hilo de ese comentario, su acompañante aprovechó para discutir un extraño plan, que éste le había propuesto unos días atrás, con la intención de no sumarse a él.

—No acabo de entender qué pretendes conseguir con esa ceremonia final que te has inventado, una vez terminemos la misión que nos ha sido encomendada. Que yo recuerde, en nuestra liturgia no existe ninguna descripción parecida. —Y siguió hablando sin darle tiempo a responder—: Quiero que sepas que no deseo participar en ella.

—¡Lo harás! Este destino nos ha atado a los dos, y no serás tú el que rompa el efecto final que persigo. Será como una cena, con un invitado insigne; mi Señor. A él le ofreceremos nuestra venganza, y te aseguro que, quieras o no, vas a estar a mi lado.

—Wilmore, no nos lo ordenó.

—Ya lo sé. Es cosa mía.

El padre Rávago no recibía ninguna visita antes del ángelus, pues el poco tiempo que le quedaba entre la misa con los monarcas y el mediodía, lo disponía para resolver los numerosos escritos que llegaban a diario a su mesa.

Aquella mañana había confesado a la Reina como cada martes, y reconocía que, de entre todas sus labores, aquélla era la que más satisfacciones le daba. Y, ¿cómo no iba a ser así, pensaba aquella mañana, si él era el único en toda la Corte que conocía sus intimidades, desgracias y anhelos? Tras la rejilla de confesionario, la Reina le abría su corazón como cualquier mujer, despojándose de su condición regia.

No siempre sus funciones se limitaban a reconfortar su alma pues, en ocasiones, también se le pedían remedios y soluciones que escapaban a una simple dirección espiritual, como había sucedido esa misma mañana, cuando tuvo que animarla ante su decepción por no conseguir dar descendencia al Rey, recomendándole algunas recetas y elixires que pudieran ayudarla en su noble empeño.

En bastantes ocasiones la Reina confesaba, con poco arrepentimiento, el incontenible odio que sentía hacia Isabel de Farnesio, madrastra de su marido, por la satisfacción que a ésta le producía su esterilidad, ya que eso daba todas las posibilidades a su hijo predilecto Carlos, que en ese momento reinaba en Nápoles, de conseguir la corona de España en cuanto su hijastro, y actual rey Fernando VI, muriera sin descendencia.

Conocía el alma de doña Bárbara en todos sus matices. Su dulzura era la cara pública de su profunda inseguridad, consecuencia tal vez de su extranjería, mal aceptada por el pueblo, su infertilidad o la envidia que sentía hacia cualquier otra dama de la corte que pudiera hacerle sombra. En definitiva, para Rávago, poder

escuchar los pecados de una Reina o los del Rey, al que confesaba cada miércoles, era un privilegio exclusivo que le aportaba no pocas ventajas.

Las funciones de confesor real le suponían tener acceso preferente a la más variada información sobre los gobiernos y problemas de España, hacer de consejero espiritual en los asuntos del alma y de tamiz en los más variados asuntos de Estado.

Conocía mejor que nadie la personalidad del rey Fernando. Por eso sabía que sus decisiones necesitaban ir siempre precedidas de claras, sintéticas, y la mayoría de las veces, reiteradas explicaciones para que no le resultasen demasiado difíciles de entender. Él mismo había recomendado a su amigo el marqués de la Ensenada, que a la hora de despachar con el monarca, si tenía que convencerle de asuntos de gran trascendencia y complejidad, representase sólo sus líneas generales casi de modo teatral, para hacérselas más sencillas. Si ganaba su interés, el resto del trabajo quedaba en manos de su mujer, Bárbara de Braganza, y de él mismo, hasta conseguir su completo compromiso, elogiando su buen hacer como Rey y su noble empeño como protector de sus súbditos.

En ocasiones, a Rávago se le antojaba pensar que aquel confesionario se parecía más a una cocina que al lugar donde se celebraba un sacramento como el de la confesión. Allí se habían cocinado, entre él y la Reina, muchos de los decretos más importantes que habían asombrado al país, y algunos asuntos del más alto calado político; entre ellos, el que motivaba la visita que esperaba recibir aquella mañana en persona del secretario de Estado del papa Benedicto XIV, el cardenal Valenti Gonzaga, antiguo nuncio en Madrid y amigo personal de Ensenada.

En el palacio del Buen Retiro, el ambiente estaba demasiado crispado por efecto del reciente atentado como para celebrar aquella reunión entre sus muros. Por si no fuera ésta una causa suficiente, aún había otro motivo de mayor entidad para buscar un lugar de encuentro mucho más discreto: evitar, por razonables motivos, que el secretario de Estado Carvajal y Lancaster fuera conocedor de aquel contacto.

El Rey conocía los tratos secretos de Ensenada y Rávago con el cardenal Valenti para formalizar un nuevo concordato con la Santa Sede, aunque de forma oficial se estaban llevando otros en paralelo, también incoados por el Rey, que implicaban al propio secretario de Estado Carvajal, al nuncio vaticano y al cardenal y embajador de España ante la curia romana. Estos últimos desconocían la existencia de la otra negociación, más oficiosa y discreta, que además parecía ir tomando más cuerpo que la suya.

Rávago había convencido a la Reina para que hiciese entender a su marido las ventajas de una negociación secreta, y éste, además de aceptarlo, había asumido la necesidad de guardar una total discreción sobre los pasos y avances que se estaban dando.

Después de rezar el ángelus con los monarcas, Rávago pidió su carroza para

dirigirse a la residencia del duque de Llanes, donde con la complicidad de éste se había concertado la discreta reunión con el secretario de Estado del Papa, cardenal Valenti.

El palacio, que comprendía varias viviendas y jardines y hacía esquina con la plaza de la Vega, resplandecía sobre otros por su recientísima restauración tras haber pagado setecientos mil reales de vellón no hacía ni cuatro años de ello, por el rico duque gracias a sus fructíferos negocios.

Sin perder ni un minuto, atravesó los jardines como una exhalación, se adentró en la antecámara de criados de librea y luego pasó a la de criados mayores, donde fue recibido por su propietario, que le llevó hasta un pequeño gabinete donde se vería con el cardenal Valenti nada más éste llegase.

—Os agradezco vuestras últimas demostraciones de generosidad, tanto al ofrecerme esta casa para celebrar la importante entrevista que me ha traído hasta aquí, como por haber aceptado y entendido la compañía del joven sobrino de Valmojada, para vuestras futuras visitas a la embajada de Inglaterra.

—De sobra sabéis el respeto que me merece vuestra persona y la deuda que contraje con vos después de aquel farragoso pleito que tan generosamente solucionasteis. Sabed, que mi casa estará siempre a vuestra disposición.

Rávago notó cierto nerviosismo en el duque y creyó entender qué lo motivaba.

—Os ruego que toméis asiento. —El duque le indicó un confortable sillón de estilo francés—. Haré que os traigan té para entretener vuestra espera.

—Por favor, no os molestéis. Existe suficiente confianza entre nosotros como para disculpar cualquier formalidad, lo que incluye que tengáis que procurarme compañía hasta que venga Valenti. Os lo digo porque el cardenal ha de estar al llegar y me ha parecido entender que en vuestros jardines os esperaba una engorrosa tarea.

—Agradezco vuestra comprensión, pues en efecto y ante los avatares de mi próximo matrimonio, me encuentro falto de personal de servicio y hoy me han enviado un grupo que lleva más de dos horas esperando mi revisión.

El anciano duque se sintió aliviado por no tener que guardar más cortesía y se dispuso a abandonar el gabinete, no sin antes comentar que daría las órdenes pertinentes para que nadie les molestase. Antes de cerrar la puerta, recordó un último asunto.

—¡Cuento con vuestras mercedes para probar el más sabroso cocido que se pueda degustar en todo Madrid, gracias a las sabias manos de mi cocinera! —Al percatarse de que Rávago iniciaba un gesto de disculpa, extendió su mano en advertencia de que no iba a aceptar ninguna excusa—. ¡Disculpadme, pero no admitiré vuestra negativa!

—Lo haremos con gusto, pues es plato del que siempre disfruto —contestó Rávago, consciente de la cantidad de trabajo que le esperaba en palacio, pero también obligado, como reconocimiento de la labor que iba a desempeñar el duque de Llanes

en el espionaje del embajador Keene.

Ni los altos muros del palacio del duque de Llanes, ni los artísticos setos o los frondosos castaños que salpicaban sus jardines, eran suficientes para resguardarse del tórrido calor que hacía sudar a las cinco jóvenes traídas por el mercader Gómez Prieto para cubrir el trabajo que solicitaba aquella noble casa. El hombre, de reconocido prestigio en las altas clases madrileñas, había tenido que ampliar el rentable mercadeo de esclavos, cada vez menos solicitados por los nobles, con el de la servidumbre doméstica, al disfrutar ésta de una mayor demanda entre la aristocracia y la burguesía madrileña.

El grupo que había elegido para la noble casa de Llanes lo formaban tres jovencitas de unos dieciséis años, dos de ellas hermanas, y una mujer negra algo mayor.

En todos sus encargos solía ofrecer una africana, pues muchos nobles las preferían como amas de cría, a veces sólo para dar un toque de exotismo a sus casas. Por lo que fuera, a él también le interesaban más, pues su baja demanda había hecho bajar los precios de compra y por ello su margen resultaba más atractivo.

—En cuanto lleguen, debéis mostraros amables y educadas, y no dejar de sonreír ni un segundo. —Su gruesa figura revoloteaba entre ellas.

Observó a las dos hermanas con especial detenimiento, dispuesto a comprobar una vez más el eficaz trabajo de su mujer en disimular su condición gitana.

Después del comercio con las mujeres negras, las gitanas eran las que mejores beneficios le estaban aportando, ya que después de la persecución a que habían sido sometidas, la mayoría estaban desarraigadas, y para evitar ser denunciadas y encarceladas de nuevo se prestaban a ser mercadería barata para el que fuera capaz de proporcionarles un sustento.

Aquellas dos hermanas se las había vendido un mercader que trabajaba Aragón, después de haberlas encontrado medio muertas durante uno de sus viajes entre Zaragoza y Madrid. Cuando Gómez las vio por primera vez le costó decidirse, tanto por el lamentable estado que presentaban como por calcular lo mucho que tendría que invertir para engordarlas, hasta conseguir la necesaria mejora de su aspecto.

Al ver que su amigo nada podía hacer con ellas en Madrid, por ser para él un mercado desconocido, y ante su negativa a llevarlas de nuevo a Zaragoza, pues pensaba que no llegarían vivas, se las ofreció por una cantidad tan ridícula que no pudo resistirse y las compró.

Cuando las llevó a su casa, las niñas, que apenas habían demostrado fuerza ninguna, se revolvieron contra ellos de una forma salvaje y, salvo la comida, rechazaron cualquier otro tipo de relación, trato, y menos aún una conversación.

Gómez sabía por experiencia qué tenía que hacer para aplacar esa bravura, pues

antes ya había domado alguna que otra de su misma raza, y su técnica siempre le funcionaba. Ya con las primeras se le había antojado que algo había en su sangre que recordaba la que corría por las venas de un toro bravo, tal vez por el mismo rechazo que ambas ponían a ser dóciles o su tendencia a mostrarse violentas. Lo que sí comprobó con todas es que si imitaba los lances del toreo para derrotar su casta y coraje, podía aplacar su temperamento; para ello las iba hiriendo los primeros días sin ninguna misericordia, tanto en lo físico como en su honra, poseyéndolas contra su voluntad.

Las dos hermanas no se comportaron peor que el resto, y a base de alternar ambos empeños vio cómo fueron rebajando su fiereza, al igual que las demás.

Salvada aquella fase inicial, las cosas fueron a mejor, y poco a poco fue comprobando que sus cuerpos empezaban a recuperar un aspecto más sano. Después, fueron las manos de su mujer las que obraron casi un milagro para enmascarar su raza. Primero fueron sus negras y largas melenas, acortadas y luego aclaradas a base de friegas con limón y vinagre. Lo mismo le ocurrió a su piel, que fue perdiendo de forma paulatina su inicial oscuridad, primero por el efecto del jabón y el agua, y después tras aplicarle idéntico remedio que a sus cabellos.

Al verlas ahora en el jardín, bien peinadas y vestidas, parecían dos ángeles; poco recordaban al día que habían sido compradas. Hasta le daba pena deshacerse de ellas, sobre todo de la mayor, con la que seguía disfrutando en cuanto podía despistar a su mujer y se quedaban a solas.

—Caballeros, no van a encontrar en todo Madrid jóvenes más serviciales y trabajadoras como éstas. —El mercader, sorprendido por la presencia del anciano duque, comenzó a elogiar su mercancía con vehemencia.

Los deseos del duque de tener todo dispuesto antes de la llegada de su futura esposa Beatriz, le había animado a acompañar a su mayordomo y participar en aquella tarea de selección, para muchos impropia de su condición. Su empleado se dispuso a estudiar con detenimiento aquellos rostros y cuerpos, tocándolos sin reparos, para comprobar su fortaleza.

—Serán todo lo que decía, pero a la vista de lo poco robustas que las traéis, no están desde luego para presumir mucho de ellas. —El mayordomo, sin decoro alguno pero decidido a conseguir las mejores criadas para su futura señora, levantaba las faldas de las dos hermanas comprobando la poca dureza de sus muslos—. Y si no, mirad vos mismo a estas dos —le animaba a comprobarlo con sus propias manos, sin saber que aquellas hechuras las conocía mucho mejor de lo que se hubiera podido imaginar.

—Aunque os parezcan de constitución delgada, estas dos son fuertes como el acero. Ya me lo reconoceréis cuando veáis qué poco agradecen la comida.

—No digáis tonterías; no son ninguna joya —intervino el duque en persona—,

pero dado que pronto esta casa va a disfrutar con la presencia de mi futura mujer, ya decidirá ella con cuáles quedarse. Os compro todas. Pasad a ver a mi secretario para que os pague, pero vigilad no excederos de precio si deseáis continuar haciendo negocios con esta casa.

Al ver que estaba llegando la carroza que debía traer al cardenal Valenti, el duque de Llanes ordenó a su criado que acompañara a las nuevas a la zona de servicio para que les fueran explicadas sus funciones, mientras él se dirigía en persona a recibir al diplomático.

Antes de ser elevado a la secretaría de Estado del Vaticano el cardenal había sido nuncio de su santidad en España y buen amigo del duque de Llanes. En aquel tiempo, habían sido numerosas las ocasiones en las que habían compartido mesa y conversación, casi siempre en compañía del marqués de la Ensenada, y en ocasiones con su amiga la condesa de Benavente.

El cardenal le saludó con la alegría del que vuelve a encontrarse con un buen amigo y le siguió después hasta el gabinete donde le esperaba el confesor real Rávago. Una vez que estuvo seguro de no serles de utilidad, el duque les dejó solos y se dirigió hacia la planta superior para supervisar un importante contrato de madera que estaba tratando de cerrar entre la Secretaría de Marina y Guerra y un empresario de la ciudad inglesa de York.

—Desde que me llegó la noticia del atentado, no he parado de preguntarme quiénes han podido desear tamaño efecto. —El cardenal empujó desde sus hombros una pesada capa púrpura que dejó resbalar hasta el sillón—. ¿Podrían ser los mismos que asesinaron al superior de los jesuitas?

—Es pronto para ser más contundente en mis sospechas, pero en ambos sucesos, y sin disponer de pruebas más solventes, algo me lleva a pensar que ha sido obra de la masonería.

—¿Como respuesta al decreto de prohibición?

—Es posible. Pensad que tenemos en prisión a su máximo responsable bajo la custodia del Santo Oficio, y aunque de momento no se ha logrado ninguna confesión de él, ayer mismo rogué al obispo Pérez Prado que insistiera en ello, pues a Castro le fue practicado un salvaje ritual simbólico que presenta ciertas coincidencias con alguno de los signos habituales en sus ceremonias, como por ejemplo el triángulo que le abrieron en el pecho para extraerle el corazón.

—Entiendo. El triángulo que ellos identifican con su Dios; al que llaman el Gran Arquitecto del Universo. En confianza, yo creo que esa gente está inspirada por el mismo demonio. No descarto que tengáis razón, y no sé si sabéis que también desde

Nápoles nos han llegado historias parecidas con horrendos crímenes que podrían llevar también su firma. De todos modos, el papa Benedicto está muy satisfecho de la obediencia que los dos reyes y hermanastros, Fernando VI y Carlos, han demostrado a la bula papal que recomendaba la prohibición de esa organización. ¡Por desgracia no todos los príncipes católicos europeos han seguido tan fieles pasos!

—Como es lógico, me debo en obediencia al Papa y por tanto comulgo con cualquiera de sus indicaciones, ya sea de palabra o por escrito, pero en mi opinión, la masonería no sólo debe ser perseguida por su herejía, aunque esa faceta de su cuerpo filosófico sea la que más nos afecte como hombres de religión que somos.

—No entiendo adonde queréis llegar. —El cardenal Valenti sabía que Rávago era un hombre de notable inteligencia, pero no siempre le resultaba fácil seguir sus razonamientos.

—Espero poder exponeros mis conclusiones sin llevaros a una mayor confusión, pues reconozco que parto de sospechas, no de evidencias. Por un lado, sabemos que admiten en sus sociedades a miembros de cualquier religión, lo que ya de por sí nos parece aberrante. Pero si a lo anterior, le sumamos que al parecer, desde su misma admisión, cada miembro pierde su anterior condición, rango, o prerrogativa, para ser un hermano más, sin distinción de clase, creo que nos enfrentamos a un problema de consecuencias mucho más graves para nuestra sociedad y ordenamiento actual.

—¿Hasta dónde creéis que llega esa hermandad a la que aspiran? ¿A una igualdad total?

—Es ahí donde puede encontrarse la clave de su cuerpo filosófico. Si lo llevan hasta las últimas consecuencias, ese espíritu de igualdad atentaría contra nuestro actual orden social. La nobleza, la monarquía, o la institución religiosa que ilumina el comportamiento humano, pero también el gobierno de las naciones, se desmoronarían para dar paso a otro nuevo concierto.

—Eso suena a una verdadera revolución con gravísimas consecuencias.

—De ahí mi preocupación. Hasta su prohibición, supimos que consiguieron la adhesión de notables miembros de nuestros ejércitos, también de altos representantes de nuestra cultura, de algunos políticos, y sospecho que también de eclesiásticos. ¡Demasiada concentración de poder para permitir que siga fuera de nuestro control!

—¿Cómo os explicáis que unos individuos que ya ostentan poder e influencias, puedan llegar a renunciar a sus privilegios para hermanarse de una forma tan utópica? —Valenti no sabía interpretar esas concesiones gratuitas.

—A esa pregunta, que también me la hago yo, sólo cabe una respuesta, y es ahí donde puede residir el auténtico núcleo de su estrategia más oscura: quieren cambiar el ordenamiento actual de nuestra sociedad para luego dirigirla ellos. Simple y llanamente. Y, desde luego, visto su proceder, no dudarán en usar la violencia si lo consideran necesario.

—Por tanto, la bula del papa Benedicto a la que nos referíamos, ha podido ser no sólo oportuna, sino también sabia, en tanto que pretende frenar su expansión y fines.

—Cierto, estimado Valenti. Por cierto, ¿cómo está de salud nuestro querido Papa?

—Fuerte como un roble, os lo puedo asegurar. ¿Y el rey Fernando?

—Siempre que no le falte su mayor soporte, la reina Bárbara, yo mismo como su confesor, y sus ministros, se puede afirmar que sigue en su misma línea. ¿Qué otra cosa os puedo decir de él, si vos mismo lo conocéis tan bien como yo?

—¡Entiendo! Para su bien y el de España, se mantiene bien aconsejado y apoyado en la fragilidad de su carácter.

—Veo que no os ha abandonado vuestra particular sutileza, mi buen amigo.

—¿Cómo me lo podría permitir, si ahora formo parte activa de la muy complicada política vaticana? —Se retiró el capelo para estar más cómodo—. ¿Sigue nuestro monarca, preocupado por la opinión que el Papa tiene sobre él?

—No ha dejado de estarlo ni un solo día, pues cree que Benedicto XIV hace más honores al resto de los príncipes europeos que a él, y lo peor es que ve en ello una señal de desprecio hacia su persona. Creedme que, así como los asuntos internos de gobierno los delega sin problemas en sus ministros, en lo referente a las relaciones exteriores se cree un ungido; un ser superior que la divinidad ha elegido para decidir sobre los destinos universales que España debe tomar dentro del conjunto de las naciones. Por este motivo, pienso que contempla este nuevo concordato que nos ha reunido hoy no sólo como un acuerdo para fijar unas relaciones más estables y equilibradas entre dos estados, sino como una valiosa herramienta que le ayudará a mejorar su posición, que cree deteriorada, delante del Santo Padre.

—Pues su santidad sólo ve en la propuesta una descarada manera de perder gran parte de la recaudación que obtiene de España y ver todavía más reducido el escaso poder que hasta ahora tenía en los nombramientos de los altos cargos eclesiásticos.

—Admito que el concordato toca dos asuntos de perfiles demasiado afilados para que el Papa los llegue a aceptar de buena gana, pero la generosidad del Rey sabrá compensárselo.

—Mi admirado padre Rávago, no os discuto la buena voluntad de nuestro monarca pues desconozco sus términos, pero habéis de entender que para que el Papa acepte la pérdida económica que se le propone y la reducción de poder que lleva implícita, ha de ser muy generosa la cifra para que entre todos consigamos su bendición. ¡Y ya sabéis que estoy de vuestra parte!

—Las arcas de la corona se encuentran ahora mucho más llenas que antes. Nuestra neutralidad en los conflictos europeos y la paz que disfrutamos desde hace unos años, están contribuyendo a que donde no había nada, ahora se disponga de suficientes medios para justificar una gran aportación.

—Me alegra saberlo, porque todas estas gestiones que estoy desarrollando en

Roma a título personal, por voluntad vuestra y de Ensenada, me están costando una pequeña fortuna. No creáis que los favores se regalan en la curia vaticana.

Hasta ese punto, Valenti no se había atrevido a mencionar sus posibles honorarios, pero creyó que había llegado el momento de hacerlo.

—Mi fiel cardenal, no debéis dudar, que nuestra generosidad sabrá reconocer vuestro esfuerzo. De hecho, el propio marqués de la Ensenada ha ordenado que se os envíe, de momento, cien mil escudos para compensar vuestros actuales gastos, y otros más os esperarán a la firma del concordato.

—Espero que no os parezca mal mi actitud, pues no me mueve en ningún caso la avaricia sino saber que cuento con suficiente financiación. Creedme que esta información me ha dejado más tranquilo. —Respiró aliviado tras saber que también a él le iban a llegar los agradecimientos con los que solía compensar Ensenada a sus colaboradores—. Redoblaré mis esfuerzos por conseguir que el Papa apruebe el patronato universal que pretende vuestro Rey, para nombrar a todos los altos cargos eclesiásticos de todos sus dominios, aparte de los que ya disfruta en las Iglesias de Granada y las Indias, aunque la última aprobación tenga que ser rubricada en último término por su santidad. En cuanto a su otra petición, y os hablo de conseguir que la Iglesia pase a ser un contribuyente más del Estado, no parece tarea fácil. Sólo si conociera qué cifra ha previsto como compensación, creo que dispondría de un arma más para conseguir apear al Papa de su actual negativa.

—Dos millones de escudos romanos y un jurista de nuestra confianza, que os mandaré para ayudaros en los aspectos legales. Me refiero a Ventura Figueroa, al que conocéis bien. Irá con un encargo que despistará a todos sobre su verdadera misión. Como sabéis, el Rey ha querido que esta negociación corra en paralelo con la oficial que encabeza el ministro Carvajal, pues pensamos que hay aspectos que deben tratarse con mucha más discreción, si queremos evitar que determinados asuntos, y hablo sobre todo de los pecuniarios, tengan necesariamente que aflorar en una negociación más formal.

—Confesor Rávago, descuidad, ¡vais a tener concordato! La fecha la desconozco todavía, pero tenéis mi palabra que lo conseguiré.

—Me agrada escuchar vuestra determinación, y así se lo haré saber al monarca. —Rávago, daba por buena y terminada aquella conversación, pero recordó la oferta que le había prometido el anciano duque—. ¿Os gustaría ahora probar el excelente cocido madrileño que nos tiene preparado nuestro anfitrión?

Tan sólo dos días después, Beatriz recorría aquel mismo palacio, que sería en apenas dos semanas su nueva casa, cuando tomara como esposo al duque de Llanes. Nadie consiguió que desistiera en su firme determinación de acudir aquella mañana, como si nada hubiera pasado, para revisar los últimos arreglos de su nuevo

dormitorio y algunos cambios en la decoración de los dos salones donde haría la vida de casada. Antes de encaminarse a la planta superior, le fueron presentadas las que serían sus criadas. De ellas reparó en una que respondía al nombre de Amalia; más bien, se fijó en sus ojos, al reconocer en ellos una fuerza que la atrajo de un modo extraño, sin entender la causa.

La tarde anterior habían enterrado a Braulio. María Emilia no había parado de llorar durante toda la ceremonia, su rostro era la pura imagen del dolor. Beatriz sentía incomodidad cada vez que recibía su mirada, pues sabía que sus ojos buscaban en ella aquella comprensión que se hace común en las personas que están pasando por igual trance. Le tentó en más de una ocasión manifestársela, e incluso acompañarla con sus lágrimas, pues se le apretaban en sus párpados sin encontrar una salida fácil. Ella sabía cómo controlar aquel dolor y deseaba hacerlo así, sin que se le notase. No era la primera vez que lo había conseguido y eso la hacía sentirse mejor, aunque nadie la entendiese.

Mientras el cuerpo de Braulio iba descendiendo hasta su definitivo y térreo hogar dentro de su cubierta de madera, se le clavaban decenas de miradas; todas atentas a que cumpliera con el esperable papel en una mujer lacerada por la desgracia; que llorara por el amigo muerto.

Ella entendía que eso les hubiera dejado más tranquilos, pues la gente se relajaba mucho cuando por fin veían a las personas más cercanas al fallecido explotar de incontenible pena. Seguro que les defraudó, porque su mirada se mantuvo limpia y seca, con el único empeño de tender su última despedida no a su amigo, como muchos creían, sino a su amor más verdadero y al padre del hijo que, acababa de saber, estaba ya creciendo dentro de su vientre.

—Señorita Beatriz, os he traído este muestrario para que podáis elegir mejor las telas de las cortinas y de vuestro dormitorio. —Un afeminado empleado de un conocido comercio de tejidos la distrajo de sus pensamientos por un instante.

—¿Qué me aconsejáis? —No quería hacer muy evidente el escaso interés que le producían esas nimiedades, y en algo tenía que participar.

—Por vuestra juventud y belleza yo escogería unos colores alegres y con muchas flores —abría los brazos en abanico como si recogiera un enorme ramo de margaritas silvestres—; algo que dé un toque de vida a este oscuro y lúgubre dormitorio. No sé, yo me decidiría por esta seda que, como veis, viene salpicada de sugestivas flores de la pasión. —Le guiñó un ojo con picardía—. En fin, algo adecuado tratándose de unos fogosos recién casados.

Beatriz le miró dudando si aquello era una broma de mal gusto o era que el joven no conocía al duque de Llanes. En cualquiera de ambos casos, aquella situación le estaba distrayendo de sus amarguras y hasta le estaba resultando divertida.

—De verdad que trato de encontrarle la gracia a este dormitorio, pero me

cuesta… —El joven se levantó todo decidido, y se dirigió a la pared de la chimenea, señalándole indignado el retrato que la presidía—. Fijaos si no, en este rancio cuadro de algún vetusto antepasado. No pretendo herir su recuerdo, ¡pero es que se come toda la habitación con su tristeza y oscuridad! —Sus aspavientos no dejaban dudas de lo poco que le gustaba—. Yo lo quitaría de inmediato, y pondría otro con unas hadas corriendo por un bosque, entre halos de bruma, como ninfas en búsqueda de un etéreo amor, o algo de ese estilo.

No hacía falta ver el cuadro para imaginárselo, a tenor de sus gestos que parecían estar representándolo a la perfección.

—Ese retrato es el de mi futuro marido que, como podéis apreciar, ya pasa de los sesenta años.

El joven detuvo su baile por la habitación anonadado por el ridículo que acababa de hacer. Por suerte, la tensa situación cambió con la irrupción en el dormitorio de una bellísima mujer embarazada, que absorbió de inmediato la atención de su dienta y transformó su agobio en una envidiosa expresión ante tan increíble hermosura.

—Madre, no te esperaba por aquí. —La hija tenía a quien parecerse, pensó el comerciante—. Así me ayudarás con estas complicadas labores.

—No tenías por qué hacer esto hoy. —Se sentó a su lado sujetando con cariño su mano.

—Aunque no lo creas, me lo estaba pasando muy bien. —El joven sonrió al verse aludido con su mirada.

—Cada vez te entiendo menos, pero admiro que encuentres ánimos suficientes para hallar diversión, teniendo tan cerca la muerte de tu Braulio.

El empleado no quería parecer indiscreto, pero tampoco podía hacer nada para no escuchar aquella conversación. Su confusión iba en aumento, pues si el que sería su marido, Braulio, había fallecido tan recientemente, ¿por qué no acababa de hablarle de su futuro esposo? —Recordaba sus palabras—. ¿Con quién se iba a casar entonces aquella joven? ¿Por qué no le había dejado quitar aquel horrible cuadro de encima de la chimenea?

Aquel equívoco le parecía de lo más interesante. Sin saber cómo, también imaginaba que en breve iba a obtener respuestas a sus dudas.

—Preferiría que no mencionaras nunca más su nombre. Ahora he de ser la mujer de don Carlos y a él, y con toda mi alma, me he de entregar.

El nombre de Carlos debía coincidir con el del verdadero duque y propietario de esa casa. Podía ser que el otro, el tal Braulio, hubiese sido su amante y la chica se había tenido que decidir bajo tristes circunstancias por el hombre del cuadro —calibraba el joven—. Sin conocer el aspecto ni la edad del fallecido, le parecía penoso que aquella jovencita se tuviese que casar con ese vejestorio.

—Beatriz, aunque me parezca admirable tu postura, creo que deberías liberar tu

dolor. No te hará ningún bien guardártelo sin exteriorizarlo. Tú misma, dijiste que era el amor de tu vida. ¡Tu único amor! —Faustina sabía tensar la cuerda lo suficiente como para conseguir el efecto deseado, al creer que le convenía más.

«Confirmado, Braulio era su amante», pensó el comerciante, mientras manoseaba las telas del muestrario sin saber qué hacer, si salir de la habitación o quedarse a escuchar el resto. Optó por lo último, ante la indiferencia de las presentes y la curiosidad que le quemaba.

—¡No lo conseguirás, madre!

La jovencita le quitó de las manos las telas, con intención de abandonar aquella conversación. El se vio aún más desprotegido sin sus textiles excusas.

—Aunque mi matrimonio se produzca en fechas tan próximas a la muerte de Braulio, lo deseo más que nunca, para así cerrar los capítulos anteriores de mi vida e iniciar otros con nuevas esperanzas. —Escogió el tejido que le había recomendado el vendedor con las flores de la pasión y se dirigió a él—: ¡Éste será el que vais a poner en cortinas y sillones!

—¡Como la señora prefiera! —Aquel tenso ambiente había conseguido anular toda su inspiración—. Creo que quedará perfecto.

—Os ruego que volváis mañana para tratar con más tranquilidad del resto de los detalles. Ahora ya os podéis ir. ¡Gracias por vuestros acertados consejos!

El joven se levantó y besó con cortesía las manos de las dos damas con deseos de salir de allí de inmediato. Al encontrarse más próximo a la madre, cayó en las redes de aquellos ojos de color esmeralda que deslumbraban por sí solos. Le dejaron paralizado y confundido. Jamás había visto una belleza igual, y al salir de aquella habitación, no conseguía rebajar su fuerte estado de turbación al confesarse rendido por ella. Para su mal, tenía que reconocer que si se hubiese cruzado una mujer como ésa en su vida, no estaba tan seguro de haber preferido los hombres a las mujeres.

Salió a la fría tarde de las calles de Madrid deseando volver a ver aquella hada, a la ninfa de sus sueños.

Ajena a las sensuales ráfagas que experimentaba aquel joven por ella, la condesa de Benavente no dejaba de provocar la reacción de Beatriz.

—He pensado que lo más adecuado sería retrasar la boda. Yo me encargaría de hablar con el duque…

—¿No deseabais tanto este matrimonio? —Beatriz le cortó; empezaba a sentirse desbordada con su presión—. ¿A qué viene tanto tacto ahora?

—¡Menuda pregunta! ¿Te parecería mejor que me mostrase insensible a lo que debes estar pasando por dentro?

Faustina se preguntaba, qué podía pretender su hija adoptando tan inhumana postura.

—Dejémoslo así, madre. Ya te he dicho con toda claridad lo que quiero y lo que

pienso. Ahora, he de irme a clase de latín.

—¿Latín? —Aquella noticia superaba cualquier otra posibilidad de sentir un mayor asombro—. ¿Desde cuándo estás recibiendo clases de latín por las tardes? Hija mía, cada día descubro algo nuevo de ti.

—Llevo unas semanas asistiendo a unas clases especiales. No le des más importancia; deseo poder manejarme en esa lengua algo mejor que lo que he conseguido en la escuela.

Beatriz abandonó la habitación dejando a su madre anonadada, con un cúmulo de confusas sensaciones.

Faustina decidió que hablaría de ello con su capellán para ver si él podía asistirla desde otro frente. Jamás se habría imaginado que, si Beatriz deseaba mejorar su conocimiento del latín, no era por otro motivo que leer la vida completa de santa Justina de Padua en el libro que Braulio le había regalado hacía unos meses.

Mientras Beatriz iba caminando en dirección a la casa del maestro de lenguas clásicas, la sombra que arrojaba sobre ella la ausencia de Braulio no la abandonaba; tampoco la de su madre, pero se sentía feliz; sólo ella sabía por qué. Nunca antes había sentido con tanta claridad lo que el futuro le iba a deparar.

—¡En el *Martirologio* se encuentra todo el sentido que he de dar a mi vida! —pensó en voz alta, antes de entrar en el portal al que acudía cada tarde.

En Madrid.
Año 1751, 15 de agosto

Una alfombra formada por miles de pétalos blancos de rosa desprendía un perfumado aroma desde el lugar en el que se detendría la carroza con la novia hasta la entrada principal del templo.

Aquella boda había suscitado el interés de toda la nobleza de la ciudad, y por la cantidad de curiosos que se arremolinaban en los alrededores de la contigua plaza de Moros, también del pueblo llano.

A su manera, hasta la ciudad de Madrid parecía alegrarse de aquel compromiso regalándoles a los novios una mañana menos calurosa que en jornadas anteriores, hasta impropia tratándose del mes de agosto.

Don Carlos Urbión lucía una espléndida sonrisa, a la espera de la llegada de su prometida, mientras hablaba con unos y otros y recibía las felicitaciones de todos.

Haría de madrina de boda la duquesa de Arcos, encantada por aquel honor y por ver de nuevo casado al duque después de haber sido íntima amiga de su primera mujer. Colgada de su brazo iba en un devenir de sensaciones al recordar su propia boda, sintiéndose un tanto celosa de aquella jovencita con la que iba a contraer matrimonio Carlos.

Reconocía que, en más de una ocasión, había deseado que el duque hubiera puesto los ojos en ella tras haberse quedado viuda, poco después que él. Si por el temor de ser rechazada nunca no se lo había hecho saber, ahora se lamentaba de ello, pues entendía que sus edades eran más adecuadas, y sus exigencias en el amor menores que las que le iba a demandar una joven de tan sólo dieciséis años. Mirándole de soslayo, rememoraba aquellos meses en los que había recibido su cortejo cuando, por estar ambos casados, se quedó limitado a un simple e inocente pasatiempo. Sin embargo, por mucho tiempo que hubiera pasado, como sucedía, ella seguía deleitándose con frecuencia del recuerdo.

Se detuvieron más tiempo con la condesa de Benavente, que acababa de llegar en la carroza de Joaquín Trévelez, acompañada de su amiga María Emilia. Cerca del noveno mes, su embarazo no había conseguido rebajar un ápice su excepcional

belleza, aunque sí la gracilidad de sus movimientos. Su rostro se había redondeado y su mirada surgía ahora matizada por un filtro de profunda serenidad.

La condesa besó con afecto al que en breve sería su yerno y bromeó sobre los muchos metros de tela que se habían empleado para confeccionar su vestido y dar cabida a su ya abultado vientre.

El duque de Llanes recibió también la felicitación de María Emilia Salvadores, vestida de riguroso luto, a la que mostró su más sincero agradecimiento por el esfuerzo que le suponía acudir a aquella boda. Comprobó en su rostro las huellas que marcaban su honda amargura. Aunque esbozaba una comedida sonrisa, la tensión de su cara revelaba la verdadera incomodidad que la situación le producía.

Mientras, Trévelez se entretenía en observar a la numerosa asistencia que se repartía por las puertas del templo en forma de pequeños grupos, reconociendo a unos y a otros.

Al cruzar su mirada con el marqués de la Ensenada, entendió la invitación que le hacía para que se reuniera con él. Se acercó, a la vez que lo hacía el confesor real Rávago, que también parecía haber adivinado el motivo principal de aquel fugaz contacto.

—Antes de nada, desearía saber cómo se encuentra su prometida. —Somodevilla se había fijado en el amargo rostro de la que también era su buena amiga.

—Si os dijese que no me tiene muy preocupado os mentiría, y tal vez hoy más, cuando la ausencia de su hijo Braulio le produce mayor dolor debido a la estrecha amistad que le unía con la novia. Creedme que he tratado por todos los medios de excusar su presencia, pues aunque hayan pasado algunas semanas desde aquella tragedia, su suplicio apenas ha menguado desde entonces. Como sabéis, no es mujer de débil carácter y se ha empeñado en venir, para mostrar el profundo afecto que siente por Beatriz.

—Ayudadle en su soledad y manteneos siempre a su lado. Como buen amigo, os aconsejo que hagáis lo que esté de vuestra mano para no perder a esa joya de mujer. No he conocido a muchas que posean tantas virtudes como ella, tanto intelectualmente como en su dulzura y calidez interior.

—Aún no lo sabe, pero tenía la idea de pedirle en matrimonio durante el baile del palacio de la Moncloa, sin imaginar los dramáticos sucesos que determinaron su inesperado final.

—Me alegra saber esa noticia y entiendo lo inoportuno que tiene que pareceros ahora —le cortó el marqués—. Dadle un poco más de tiempo, pero no dejéis de proponérselo; ningún dolor, por extremo que sea, renuncia a ser curado si se presentan nuevas razones cargadas de ilusión. Y vuestro compromiso será de seguro una excelente nueva en ella.

Rávago se mantenía en silencio pero intranquilo con aquella conversación.

Pensaba que tenían asuntos de Estado dolorosamente pendientes y de bastante mayor trascendencia que ocuparse de los tormentos de aquella mujer.

—¿Qué sabemos sobre los enemigos de nuestra fe?

La desconcertante pregunta del confesor real les dejó paralizados unos segundos, hasta que pudieron reaccionar.

—¿A qué os referís? —contestaron al unísono.

—Me parece imposible que las doce muertes del pasado mes y la del padre Castro no estén de un modo continuo en vuestra mente y no sean objeto de vuestro más denodado empeño.

Sus despiadados ojos penetraban como afilados cuchillos en la conciencia del alcalde Trévelez.

Rávago sintió su efecto y aprovechó su desconcierto para asestarle un nuevo golpe.

—¿Tendré que escuchar, una vez más, vuestra habitual falta de resultados o voy a tener la suerte de recibir una sorpresa?

Trévelez inspiró dos veces seguidas para poder tranquilizarse antes de responder.

—En las pasadas semanas hemos interrogado a más de cincuenta taberneros. A la mayor parte de las entrevistas he acudido en persona y con la ayuda de algunos testigos, para facilitar su identificación. —Miró sin miedo a Rávago—. Lamento no poder decir otra cosa, pero todavía no hemos tenido ningún éxito, y explico por qué. Además de los ya investigados, hemos sabido que en Madrid hay multitud de negocios de bebidas que trabajan sin permisos ni licencias, a veces dentro de sus propios domicilios y siempre a escondidas de la autoridad, circunstancia que no habíamos previsto en un principio. Esta extensa vía de investigación nos ha retrasado más de lo que esperábamos. Los motivos os resultarán tan obvios como a mí.

—¡Mucha palabrería pero nulos logros, alcalde Trévelez! —El marqués estaba atónito ante la ácida actitud de Rávago—. No habéis hecho otra cosa que darnos largas a todos con vuestras absurdas pesquisas; planteamiento que por su ineficacia detesto, y que aprovecho para denunciarlo ahora al ilustre marqués de la Ensenada.

—¡No estoy dispuesto a aceptar ningún insulto más de vuestra parte! —El estado de indignación de Trévelez había conseguido superar su habitual paciencia, y se lo espetaba sin moderar su tono de voz.

—¡Exijo de vuestras mercedes moderación! —Somodevilla intervino de un modo contundente—. Estáis consiguiendo atraer la atención de muchos de los presentes, y no considero que ésta sea la forma más adecuada para abordar los espinosos asuntos que nos conciernen. Hablemos, pero de una forma más respetuosa y prudente. —Se dirigió al confesor—: ¡Padre Rávago! Bajo vuestro criterio, pensáis que no estamos dirigiendo nuestras investigaciones en la dirección correcta. ¿Qué evidencias disponéis para manifestaros con tanta seguridad? Si contáis con ellas, en vuestra

opinión, ¿hacia dónde deberíamos trabajar?

—¡Hacia los endiablados masones! —Se santiguó de forma instintiva—. Ayer supe que Wilmore falleció hace una semana. —Ambos se manifestaron extrañados de no haber sido informados de ello por parte del Santo Oficio—. El obispo Pérez Prado ha querido guardar secreto sobre su muerte, pues parece que no ha sido del todo fortuita.

Hizo un alto en la conversación para acercarse más a ellos y evitar ser escuchado por alguno de los presentes.

—Ayer mantuve una larga conversación con él; hasta después de manifestarle mi escaso interés por conocer las circunstancias de su fallecimiento no me reveló una conversación de lo más esclarecedora que había mantenido con el preso.

—Aunque acepte con poco agrado no haber sido informado de esos hechos —le cortó Trévelez—, menos todavía me gusta saber que Wilmore ha podido testificar algo que compete a este caso sin que nadie me lo haya hecho saber. ¿Acaso reconoció su participación en los asesinatos?

—No fue tan lejos, pues sabéis igual que yo el inquebrantable silencio que ha mantenido a lo largo de los interrogatorios, por severos que hayan llegado a ser. Pero por lo visto, sí mostró, de una forma sutil, estar al tanto de los atentados que hemos venido sufriendo en los últimos tiempos.

Un murmullo entre los asistentes anunció la llegada del carruaje de la novia.

Advertido Rávago de los pocos segundos que disponía para concluir aquella charla, dejó en el aire una última interrogación, invitándoles a que meditaran sobre ella.

—¿No os parece suficiente causa para los masones provocar un atentado como aquél, en venganza y de un solo golpe, contra todas las altas instituciones del Estado que han conseguido su prohibición? ¡Para mí, sí! —Guardó silencio—. Por tanto, no busquéis sólo en las tabernas —miró de nuevo al alcalde Trévelez—; hacedlo alrededor de sus logias e investigad a sus antiguos miembros.

Al ver a Beatriz caminando con elegancia por aquel pasillo de rosas con su ceñido vestido de seda blanca, del brazo de su padre Francisco, conde de Benavente, y bajo un velo que apenas conseguía ocultar su juvenil belleza, María Emilia sintió una aguda punzada en su corazón, imaginando lo que sentiría su hijo Braulio si la hubiera visto allí, inaccesible ya antes y mucho más ahora. Rehuyó entrar en el templo con el resto de los invitados. Desde el entierro de su hijo no había vuelto a estar con Beatriz y necesitaba expresarle muchas cosas: que le daba todas sus bendiciones, su amistad, su comprensión, aun por encima del inmenso dolor que la hería.

Sus miradas se encontraron. No había mentira posible entre ellas cuando se fundieron en un íntimo abrazo. La pureza del blanco, como símbolo de un nuevo

futuro para Beatriz, sobre su negro luto, reflejo del pasado.

Beatriz le dijo, que el auténtico destinatario de su unión no era quien la esperaba en el altar ese día. Nunca lo podría sustituir. María Emilia lo escuchó de sus labios, pero no le reconfortó lo suficiente. Beatriz lloró; nadie lo vio, sólo María Emilia, que levantó su velo para enjugarle las lágrimas con sus besos. Escuchó de ella algo que no supo entender en ese momento, pero que guardó como un hermético tesoro dentro de lo más profundo de su ser.

Se lo dijo muy rápido, en un susurro, muy a solas. Le escuchó que Braulio había perdurado en ella. María no supo entender qué significaba aquello, pero sintió su influjo, y cómo, de forma repentina, aquello las unió mucho más.

La vio irse, de espaldas, menuda de estatura, escueta en años, pero grande y madura en corazón y determinación. Se preguntaba qué era lo que podía empujar aquella voluntad, cuando Beatriz había visto la desgracia en primera persona a lo largo de su corta vida. En sus padres primero; asesinada su madre en presencia suya, muerto su padre en la cárcel después; de desesperación con toda seguridad.

María Emilia se cuestionó qué era lo que poseía aquella joven de tan sólo dieciséis años para haber conseguido superar también la desaparición de su único amor, Braulio, e ir ahora dispuesta hacia un nuevo destino, en su opinión indeseable, sin aparente miedo, lejos de lo que ella se sabía capaz de hacer.

Envidió su cordura. Y en aquellos segundos, que le parecieron horas, se dio cuenta de que a sus treinta y cinco años todavía no había aprendido casi nada. En su resquebrajada vida, desde hacía tres semanas se entregaba a diario, con desmedida pasión, a un antiguo amigo de su marido y amante circunstancial; el capitán de navío Álvaro Pardo Ordúñez. Después de haber pasado varios años sin saber nada de él, había aparecido en su puerta, una semana después de la muerte de Braulio, de repente, cumpliendo una vieja promesa.

El marino, que se vio más sorprendido por el inesperado recibimiento que por redescubrir sus encantos, se dedicó a agasajarla en todos sus deseos y a disfrutar de aquellas semanas con ella.

Desde su llegada, María Emilia no se reconocía. Ni cada vez que se entregaba con todo su ardor a Álvaro, ni por el engaño que aquello suponía hacia Joaquín Trévelez, al que le había negado los mismos placeres que ahora libraba sin freno con el otro.

Por primera vez en su vida había actuado de una forma irracional, sin calcular las consecuencias de sus actos, abandonándose a las directrices de su instinto.

Si la primera vez que se había regalado a él, había sido pocas horas después de haberle abierto la puerta, sin dejarle hablar, sin explicaciones, sin preguntarle qué hacía por ahí, la última había sido esa misma mañana, dejándose vencer en una intensa pelea por evitar que se vistiese para la boda.

Sabía que aquello le estaba destruyendo poco a poco, pero no le importaba

demasiado. La presencia de Álvaro le había desencadenado una irracional necesidad de sentir un placer externo, físico, algo que llegase a compensar su dolor interior. Aunque sabía que aquello podía destruir su relación con Joaquín, algo que por nada del mundo deseaba, no podía evitar a la vez sentirse de nuevo viva entre los brazos de su amante.

Sólo su amiga Faustina sabía lo que hacía; le reprobaba su poco sentido, al poner en riesgo una preciosa relación por un fácil consuelo temporal. También le aseguraba que si seguía así se volvería loca.

María sabía que su amiga tenía razón, pero había descubierto en aquella turbulenta experiencia algo excepcional, algo que desencadenó en ella un nuevo equilibrio despejándola de otras incertidumbres mayores. Le resultaba difícil explicarlo, pero sabía que a esa nueva conciencia se llegaba a través de la destrucción de lo que parecía bien fundamentado; de lo fácil. En realidad, entendió que tenía que arriesgar sus actuales sentimientos hasta rozar los límites de lo posible para darse cuenta de lo mucho que poseía.

Se colgó del brazo de Joaquín sin sentir remordimientos.

Él era su realidad.

Sonrió a Beatriz cuando ésta se volvió hacia ella, momentos antes de entrar en la iglesia, como último gesto de comprensión y afecto a la vista del difícil destino que la esperaba.

Una tenue luz que procedía de los faroles de la fachada del palacio del duque de Llanes se colaba por una pequeña rendija entre las pesadas cortinas del dormitorio principal.

Beatriz miraba con tristeza hacia un punto indefinido, acostada por primera vez en su nueva cama. A su lado dormía el duque, extenuado por el esfuerzo que acababa de desplegar con ella.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas con el recuerdo de la repugnante relación a la que se había tenido que entregar hacía poco rato.

Cuando había tenido que acariciar su piel se imaginaba la de Braulio, y cuando éste la había besado sentía aquellos otros labios en los suyos. Sus ásperas caricias le asquearon, y su fuerte sudor más. Beatriz trató de mostrar un falso placer ayudándole a que la hiciera suya, para así justificar su actual embarazo e imputarle después la paternidad.

Los recuerdos de aquel doloroso día no la dejaban dormir. Por un lado se le antojaba que había transcurrido demasiado rápido; la ceremonia de la boda, la comida posterior en su nuevo palacio, las felicitaciones de todos, el baile. Todo le había parecido ajeno. Como si fuese otra persona.

En su imaginación había vivido aquel día, pensando que el hombre que tenía a su

lado, con el que había contraído matrimonio, no era el duque de Llanes si no Braulio. Sólo así podía soportar aquel cruel destino.

Entre aquellas sábanas, en casa ajena, se sentía abandonada y confusa ante la que sería su nueva vida como esposa de Carlos Urbión. Ya no podía ser una niña, ahora era una mujer casada, y sus únicos vínculos afectivos habían quedado enterrados bajo tierra, o alejados de ella, como era el caso de su madre Faustina y de su amiga María Emilia.

Poco antes de dormirse, pensó que acababa de empezar un nuevo capítulo en su vida, sin saber si éste sería peor que los ocurridos durante su corta existencia.

Se acarició su vientre con maternal ternura, deseando sentir a través de sus manos aquella nueva vida que fluía en su interior, y cerró los ojos.

Joaquín Trévelez acababa de dar un portazo definitivo a la relación con María Emilia, después de confirmar sus sospechas.

Llevaba demasiados días torturándose con la presencia de aquel marino en casa de su prometida.

Desde su llegada, María Emilia puso en la noble y vieja amistad, que al parecer les había unido en el pasado, la lógica justificación para que residiera unos días con ella, y la alegría que le había supuesto aquella inesperada aparición.

En un primer momento, a Joaquín aquello le pareció de lo más positivo, al menos como contrapeso al delicado momento anímico por el que pasaba María Emilia, y más aún al comprobar la mejora de ánimo que experimentó durante las dos primeras semanas.

Pero su confianza se fue debilitando al descubrir algunos detalles que dejaron de parecerle intrascendentes para transformarse en serias sospechas. Empezó a no considerar inocua la desbordante confianza con la que el tal Álvaro se movía en todo momento delante de ella. Tampoco, la inexplicable y dolorosa distancia que María Emilia había empezado a marcar hacia él. A pesar de todo, su fe en ella se había mantenido firme hasta esa misma noche.

Unos días después de la boda de Beatriz con el duque de Llanes habían cenado los tres. Fue entonces cuando, entre uno y otro plato, captó una cierta complicidad cada vez que se miraban; un flujo sensorial, más propio de los que viven una intensa relación que la de una simple amistad. Ante tal despropósito, sin ser capaz de resistirlo, lo comentó con ella, para ver aclaradas de una vez sus dudas. Como María Emilia no se lo negó, notó cómo el mundo se desmoronaba bajo sus pies. No obtuvo de ella ninguna otra explicación; sólo su llanto cerrado, sin palabras, alejado, sin aparente remordimiento. Su silencio le hirió tanto como saberse engañado, y sólo supo responderle con un adiós definitivo.

—No quiero arrastrarte en mi destrucción, Joaquín, ¡yo te quiero! —Intentaba

retenerle a las puertas de su casa.

—Así lo creía yo, María —sus ojos no se expresaban con el mismo calor de anteriores ocasiones—, pero yo no sé compartir el amor como tú. Lo mejor es que dejemos de vernos.

Una vez en su vivienda, aquellas últimas palabras rebotaban una y otra vez en su mente sin dejarle dormir. Por más vueltas que le daba, por más que trataba de justificar su comportamiento en razón del colosal trauma que había vivido con su hijo, no dejaba de imaginarla amándose cada día, cada noche, con aquel hombre y no con él.

Joaquín Trévelez era un personaje duro, un ser habituado a enfrentarse a todo tipo de barbaries; a las vilezas más bajas de la persona humana, a ver de cara el negro rostro del crimen o a recorrer los abruptos recodos de las muchas mentes enfermas con las que se había encontrado en su trabajo. Pero aquella infidelidad era lo peor que le había sucedido en la vida. Y lloró con amargura; tanto y con tantas ganas como no recordaba haberlo hecho en años.

Pasadas pocas horas abrió los ojos y comprobó que aún era de noche. Alguien que estaba llamando a la puerta de su habitación le había despertado, y parecía decidido a seguir en ese empeño todo el tiempo que fuera necesario a la vista de su insistencia.

—¡Podéis pasar! —Se incorporó de su cama y encendió una vela.

Comprobó en el reloj de pared que tan sólo eran las siete de la mañana. Se había dormido muy tarde y le dolía la cabeza como nunca.

—Señor, siento tener que despertaros antes de hora, pero acaba de llegar uno de vuestros ayudantes acompañado de un pelotón de guardias. Me han dicho que tienen urgencia por hablar con vos.

Joaquín conocía bien a su más cercano colaborador y sabía de su proverbial prudencia. Pensó que, si había decidido a ir hasta allí para despertarle, el asunto debía tener una extrema importancia.

Se vistió con rapidez y recogió una pistola de mecha que escondía dentro de un cajón de la cómoda.

Intentó imaginar en qué consistiría el caso. Su instinto rechazaba que se tratase de un nuevo asesinato, sobre todo por no verse de nuevo bajo la atenta mirada de los ministros de la Corte, pero algo le hacía entender que iba a ser así.

Bajó las escaleras de su palacete de dos en dos hasta llegar al recibidor para encontrarse con su segundo.

—Acabamos de recibir una información bastante fiable sobre el posible paradero de los mesoneros que acudieron aquella noche al palacio de la Moncloa.

—Salgamos de inmediato entonces. —Se dirigió a su mayordomo—. ¡Haced que ensillen mi caballo! —Luego se volvió hacia su colaborador—. Y mientras, ¡dadme

todos los detalles!

Le contó que aquella pasada noche se había detenido a un hombre que regentaba una taberna clandestina, gracias a la denuncia de una vecina al parecer harta de soportar los constantes ruidos que padecía cada noche y de tener que cruzarse cada mañana con un reguero de borrachos, entre charcos de inmundicias, dormitando enfrente de su casa.

Joaquín le mostró su impaciencia por escuchar algo más concreto, y el hombre decidió avanzar a lo más jugoso del caso.

—Durante su interrogatorio, nadie del turno de noche cayó en relacionarle con nuestras investigaciones en torno a los taberneros sospechosos. Sin embargo, ha sido él mismo quien se ha descubierto al declararse inocente de cualquier tipo de participación, pero nos ha revelado cómo dar con los posibles autores, que al parecer se trata de dos hermanos.

—Pero si nadie le estaba imputando cargo alguno sobre el asunto, ¿cómo se consiguió su testimonio? —Trévelez fue avisado de que su caballo esperaba ya a la puerta de su residencia, ensillado y listo para salir.

—El hombre reconoció que había prestado un carromato con bastantes provisiones de vino a dos conocidos, uno de ellos de nombre Silerio, sin saber para qué lo querían, pues le pagaron bien, y aún más al devolvérselo. Aunque no sospechó nada en un principio, ató cabos a medida que se propagaban las sospechas sobre la participación de unos anónimos taberneros como posibles responsables del atentado. La dolorosa carga de aquella culpa, aunque fuera por su colaboración indirecta, le estaba pesando desde entonces, pero no se atrevió a denunciarlo por no poner en riesgo su actividad ilícita. —Montaron en los caballos y se encaminaron hacia las puertas de salida del palacio—. Parece ser ése el principal motivo que le indujo a descargar su conciencia, además de pedirnos como contrapartida la inmunidad por haber regentando un negocio ilegal, claro.

—¡Excelentes noticias!

Trévelez imaginaba las muchas felicitaciones que le llegarían de los más altos responsables del gobierno y las del propio Rey, en cuanto fuesen informados de la detención de los causantes de aquella carnicería.

—¿Hacia dónde hemos de dirigirnos?

—La dirección que nos dio es algo confusa, pero creo que suficiente. Hemos de tomar el camino de Vallecas, y a media legua de Madrid preguntar, en un almacén de grano, por un camino que al parecer parte de allí y conduce hasta una forja. ¡Ahí viven y trabajan los sospechosos!

Las campanas del convento de San Francisco tocaron las medias.

—Salgamos ya, pues calculo que nos puede llevar un buen tiempo.

A horas tan tempranas, las calles de Madrid todavía no tenían su habitual tráfico,

y eso les estaba permitiendo atravesarlas o recorrerlas a buena velocidad. En sólo dos cruces tuvieron que abrirse paso al grito de «¡Paso al alcalde de Corte!», y así fueron dejando atrás el centro, para buscar la salida que era, a su vez, puerta de entrada de todo el levante español a la capital.

La ermita del Cristo de la Oliva ponía el límite a la ciudad, y ya desde ella no había más que campo y casas de labor.

La ancha ruta que arrancaba desde ese punto empezaba a llenarse de los muchos carromatos que a diario acudían a los mercados madrileños, repletos de productos procedentes de las huertas que salpicaban aquel paisaje.

Trévelez ardía de deseos de llegar a su destino. Esperaba que el trabajo aliviara, al menos en parte, el dolor de su ruptura.

Poco sabían acerca de los hombres que pretendían detener; sólo que eran hermanos y el nombre de uno de ellos, Silerio, el único que pudo recordar el tabernero detenido esa misma noche.

No conseguían avanzar con rapidez, pues el tráfico iba aumentando por momentos y a veces les obligaba a detenerse. Las muestras de curiosidad eran constantes en los rostros de los conductores ante la patrulla armada, preguntándose todos qué causas les llevarían con tanta urgencia.

Llegaron al almacén y supieron qué camino debían tomar para llegar al taller, que no distaba más de media milla de allí. En el fondo de una suave vaguada se encontraba el edificio, anexo a una modesta vivienda de una sola planta. No vieron ninguna actividad en su exterior.

Dejaron los caballos atados a un grupo de viejas encinas, en las inmediaciones de los edificios, y caminaron en silencio con las armas dispuestas y cargadas. Se repartieron por todas las puertas y accesos reconocibles de ambas estructuras, estudiando cualquier posible punto de fuga. Trévelez comprobó en persona la correcta disposición de sus hombres antes de entrar en el taller, ya protegido por dos de sus guardias.

Las rendijas que se abrían entre las maderas de sus paredes dejaban pasar miles de haces paralelos de luz, formando una caprichosa melena luminiscente en su interior. Un absoluto silencio acompañaba la amplia estancia, llena de bancos de trabajo y un enorme horno apagado en una de sus esquinas. Trévelez hizo un gesto a uno de los guardias para que abriese la única puerta que parecía dar paso a un pequeño cuartucho. No había nadie dentro; sólo dos camastros y un fuerte olor a sudor.

Abandonaron el taller dirigiéndose a continuación hacia la vivienda, cuya chimenea sí daba muestras de actividad en su interior. La rodearon por sus cuatro costados, y dos guardias se apostaron a los lados de la puerta, antes de que Trévelez la aporrease con decisión.

Un hombre de mediana edad salió a abrirles. Su sorpresa no fue mayor que el miedo al ver tanto soldado apuntando a su pecho.

—¡Al suelo! —La orden provenía de un hombre de rostro seco, mentón roto y pómulos picudos que le resultó muy amenazante.

Sin dudarlo obedeció la orden, preguntándole qué querían de él.

—Identifíquese al alcalde de Casa y Corte de Madrid. —El ayudante de Trévelez pisó su espalda para inmovilizarle.

—Mi nombre es Claudio y soy un humilde herrero que sufre por no entender cuál puede ser el interés que os ha traído hasta mi casa.

—Os buscamos como sospechoso de asesinato. ¿Dónde está vuestro hermano Silerio? —Sin esperar su respuesta Trévelez ordenó que entrasen en la vivienda para localizar al segundo.

—¿Asesinato? —La sequedad de su boca le dificultaba hablar con claridad. Necesitaba ganar un poco de tiempo para pensar—. ¡No tengo ningún hermano!

El hombre que le aprisionaba contra el suelo le propinó una dolorosa patada en las costillas.

—Los gitanos se han ido esta misma mañana —añadió al golpe, entre un coro de toses.

—¿De qué gitanos habláis? —Aquello no tenía ningún sentido para Trévelez—. Buscamos a dos hombres y vos debéis ser uno de ellos. No os resistáis más y escupid todo lo que sabéis.

—¿Podría incorporarme?

—Si no intentáis nada extraño.

—Os lo prometo.

El asustado herrero se puso de pie, doblándose de dolor al sentir un tirón en su costado.

—Hasta hoy he tenido contratados en mi casa a dos hermanos de raza gitana, de bastante mejor calaña que la que vos mostráis. —Recibió un bofetón de uno de los guardias.

—¡Hablad con más respeto delante del alcalde!

—¡Explicaos mejor! —Trévelez ordenó al guardia que contuviese su violencia—. ¿Cómo es que se han ido? ¿Adónde?

—Lo desconozco. Sólo os puedo decir que ayer aparecieron por la tarde y me dijeron que se iban a Madrid y que por ello, desde hoy, dejarían de trabajar en mi taller.

—¿Estáis seguro de que son gitanos? —Trévelez pensó que a nadie se le había ocurrido hasta ahora aquella posibilidad. Recordó la reprimenda del confesor Rávago durante la boda de Beatriz. Deseaba encontrarse con él para tirarle por los suelos, y a la cara, su teoría, y así rebajarle los humos.

—¡Por completo!

El herrero sabía que la complicidad de asesinato estaba fuertemente penada, como también que el asunto tenía que ser grave, tanto como para requerir la intervención del propio alcalde.

—¿Podría saber qué han hecho?

—¡Limitaos a decirnos lo que sepáis sobre ellos! El resto no os compete.

Claudio calibraba qué decisión debía tomar en aquellas circunstancias. Podía mostrarse colaborador explicando dónde los podrían encontrar, pues suponía su nuevo paradero, o guardar silencio. Decidió que si los alguaciles no le daban ninguna razón de su interés por encontrarles, con el aprecio que sentía por los gitanos, tampoco él les regalaría tan gran ayuda.

—Hará unos dos años que aparecieron por aquí pidiendo trabajo y techo. Responden a los nombres de Timbrio y Silerio, y de apellido Heredia. Les conocía de antes, de la época en la que regentaban un negocio propio en otra población cercana a la mía. Con sus buenas referencias no dudé en acogerles en mi casa, en la que han estado hasta la fecha de hoy.

—Sabréis, que acoger a un gitano sin denunciarlo a la autoridad supone un grave delito.

Trévelez tampoco quería presionarle demasiado para evitar que se cerrase, pero pensó que una seria advertencia allanaría su voluntad.

—Lo desconocía. —Mintió—. Comprended que sólo actué como buen cristiano, acogiendo al desamparado.

—Conmigo podéis ahorraros vuestras muestras de caridad. Centraos mejor en explicarnos cómo y cuándo han abandonado vuestra casa, o cualquier otra pista que nos ayude a determinar su nuevo destino.

—Pero ¿de qué se les acusa? —probó por última vez al alcalde para decidir qué opción tomar: callar o contárselo todo.

—Repito que no debe preocuparos eso. Colaborad con nosotros explicando todo lo que sepáis y olvidaos del resto. Lo conoceréis a su debido tiempo. —Sin saberlo, Trévelez le acababa de empujar hacia la primera opción.

—Han salido al alba a caballo con sus pocas pertenencias. Tomaron dirección a Madrid y, como os he dicho, no me explicaron nada más. Debéis creerme. Con su marcha, me han dejado sin la mano de obra que necesito para atender los muchos encargos que tengo pendientes. Y aunque se lo recriminé con toda severidad, después del favor que les había brindado en su momento, no cambiaron de opinión, y se fueron sin casi despedirse. Además de sentirme defraudado, desconozco su paradero.

—De acuerdo. Pero os advierto que si tenéis cualquier noticia de ellos, ahora o en el futuro, y no nos avisáis de ello, caeremos sobre vos como perros carroñeros.

El acalde ordenó que registrasen a fondo todas las estancias para buscar cualquier

pista que les ayudase a localizar a aquellos hombres. Luego, montó su caballo y mandó a cuatro de sus ayudantes que lo acompañaran hasta Madrid. Su primera parada sería en palacio, para ver a Rávago y Somodevilla.

De camino, Joaquín consideraba la pista de los gitanos como una esperanzadora noticia que podía cambiar el actual curso de sus investigaciones, cerraría otras líneas y le centraría para alcanzar una pronta conclusión. Al menos tenía sus nombres, y eso le ofrecía más posibilidades de localización. También le asaltó el áspero recuerdo de su ruptura con María Emilia. Había tenido que afrontarla sin remedio. Sabía que era lo correcto, pero su corazón se resistía a perderla para siempre. Trataba de imaginar cómo se sentiría también ella después de aquella amarga noche.

—¡Sal de mi cama! —María se revolvía entre las sábanas escapando del cuerpo de Álvaro, que acababa de entrar en su habitación y se había colado a su lado—. Ayer te dije que esto se había terminado. ¡Déjame sola y vuelve a tu dormitorio!

Trató de levantarse, pero las manos del marino la agarraron de la cintura sin permitirlo.

—¿Cómo quieres que lo haga si ardo en deseos por ti? No te atormentes más, verás como consigo que olvides todos tus problemas.

La apretó hacia él y empezó a besarla por el cuello.

—No, esto no puede ser… De verdad… —Sus bocas se encontraron, y ella se opuso con menor rechazo—. Estamos cometiendo un error, Álvaro.

Él levantó su camisón hasta sacárselo por la cabeza, sin atender a sus palabras.

—El más dulce error que he conocido.

María Emilia cerró los ojos entregándose una vez más a aquella locura. Álvaro había despertado su parte más irracional como mujer, y conseguía vencer cualquier reflejo de su cerebro. Adoraba verse amada por él, lo ansiaba a diario, aunque sabía a qué precipicio la llevaba.

A la vez que su cuerpo se abría al placer, su conciencia se rompía en pedazos y crecía una herida que la partía en dos.

En aquel inicio de la mañana, rendida por entera a él, vio el rostro de su amado Joaquín y le lloró. Las lágrimas salpicaban sus mejillas y se mezclaban con el sudor de Álvaro. Aquella locura no tenía ningún sentido. Lloraba a su verdadero amor sin dejar de disfrutar de ese hombre.

Su pasión fue larga, decidida y ajena al mundo exterior, hasta que un coro de gritos que venían de la calle les despertó de su narcótico estado. María Emilia salió de la cama y sin cubrir su desnudez descorrió las pesadas cortinas para saber qué motivaba aquel alboroto.

Frente a ella, en uno de los balcones que recorrían la fachada del palacio donde vivía Beatriz desde su reciente boda, se encontraba la causa de aquel alboroto.

Álvaro llegó a su lado, le pasó por encima la sábana que lo tapaba, y la abrazó protegiéndola de la espantosa imagen que parecía ser la obra del mismísimo diablo.

—Por Dios Bendito; es el duque de Llanes…

María Emilia, horrorizada, apartó la vista de aquel cuerpo semidesnudo y crucificado a los barrotes de forja del balcón, y cayó desmayada al imaginar a Beatriz ante parecido destino.

Las tripas del anciano duque colgaban de forma obscena, desbordándose desde una larga herida triangular que presentaba su vientre.

Casa palacio del duque de Llanes

En Madrid.
Año 1751, 22 de agosto

El alcalde Trévelez daba las órdenes a su equipo desde el dormitorio principal de la residencia del duque.

—¡Cortad esas cuerdas que lo sujetan al balcón y llevadlo con cuidado al interior! No puedo soportar que siga ahí, expuesto a la morbosa mirada del público.

A su lado, Somodevilla no conseguía disimular su consternación ante la barbarie cometida contra uno de sus más íntimos allegados, don Carlos Urbión, duque de Llanes, con el agravante de no haber pasado casi ni una semana desde su boda. Por fortuna, su asesino se había detenido en él y no en su esposa Beatriz, pues ésta había sido llevada a una cámara contigua, donde quedó inconsciente por efecto de un fuerte golpe en la cabeza.

Los dos acababan de llegar del palacio del Buen Retiro después de haber mantenido un despacho urgente, convocado por Trévelez, para hablar de la posible y sorprendente implicación gitana en los atentados sufridos en el palacio de la Moncloa.

Sin tiempo suficiente para valorar las consecuencias que podría acarrear esa nueva pista ni poner en marcha otras medidas fueron informados de aquel nuevo suceso, acaecido durante la noche y en pleno centro de Madrid.

—Este asunto se nos está yendo de las manos, Trévelez.

Ensenada se tapó la boca con un pañuelo de mano sin apenas conseguir contener sus náuseas.

El desgarrado cuerpo del anciano duque fue introducido por cuatro guardias en la habitación y depositado en el suelo sobre una sábana limpia.

Con un gesto de asco, uno de ellos recogió sus intestinos como pudo para dejarlos encima de su vientre.

—Debo partir de inmediato para informar al Rey en persona —continuó Ensenada—, pero en cuanto terminéis, os quiero en mi despacho para una reunión de urgencia. ¡Esto tiene que acabar cuanto antes! —Observó por última vez el lamentable aspecto del cadáver del duque—. Debo reconoceros que, si no fuera

porque estoy viviendo este desastre en primera persona, pensaría que se trata de una horrible pesadilla; la peor de mi vida. Me siento abrumado.

Trévelez observaba con gesto destemplado el cuerpo del noble. Su mirada se había quedado como congelada ante la barbarie cometida. El resto de su equipo se mantenía a la espera, observándole, confiados en su demostrada capacidad y entereza. Su profesión le exigía no perder el temple en esas situaciones, y por ello, como tantas otras veces lo había hecho, consiguió aislarse de aquella cruel realidad convirtiéndola en un mero estudio y restándole de ese modo toda trascendencia.

Recorrió con la mirada las profundas incisiones que se abrían debajo del esternón, hacia ambos lados del abdomen, en forma de triángulo. Su base, unida todavía al vientre por la propia piel, aparecía revertida y vuelta hacia abajo. A través del agujero se podía ver el estómago y un fragmento de hígado, por encima de sus revueltos intestinos. El resto del cuerpo sólo mostraba magulladuras y hematomas, seguramente provocados durante la agresión.

A la vista de las tremendas heridas e imaginándose la violencia que tuvo que acompañarlas, a Trévelez le parecía imposible que nadie de la casa hubiera escuchado ruido alguno, tal y como ya habían declarado a sus colaboradores antes de su llegada. También se preguntaba cómo habría conseguido el asesino llegar hasta ese dormitorio sin ser advertido por nadie.

En la habitación contigua se encontraba Beatriz, acompañada por su madre Faustina, que había llegado desde su cercano palacio nada más saber lo ocurrido. Antes de entrar en el escenario del crimen, Trévelez había estado conversando unos minutos con Beatriz; primero para interesarse por su estado y también para hacerle unas primeras preguntas. La infortunada joven tenía en un lado de la cabeza una estrecha brecha de la que brotaba un fino hilo de sangre. Con una sorprendente entereza y sin ningún ánimo de retrasar su necesaria declaración, le explicó lo poco que recordaba.

—De madrugada me desperté al sentir que alguien se abalanzaba sobre mi cuerpo y no me dio tiempo de ver nada más. Fuera quien fuese, me tapó con una manta y me golpeó con algún objeto en la cabeza, lo que hizo que perdiera el conocimiento durante bastante tiempo. Al alba, cuando desperté, me encontré tumbada en el suelo en otra habitación, y de pronto recordé lo ocurrido. Me dirigí a la carrera hasta mi dormitorio y es allí donde encontré en el balcón a mi marido, asesinado de una forma abominable. Grité con todas mis fuerzas hasta que vinieron las primeras personas del servicio y luego me sacaron de allí.

Mientras Trévelez comprobaba el tipo de cordaje que se había usado para atar al duque a las rejas del balcón, rebotaba en su mente la pregunta que Beatriz había dejado flotando en el aire y en la conciencia de todos los presentes, antes de abandonar aquella estancia e ir al dormitorio principal: «¿Por qué ha de recaer tanta

desgracia sobre mí?».

Apenado por la verdad de sus palabras, Trévelez se puso a pensar en los posibles motivos que habrían llevado al asesino a procurar al cadáver una pública exposición. Mientras especulaba sobre ello, miró distraído por el ventanal y vio a María Emilia. Fue sólo un instante, pues un visillo la escondió al saberse descubierta. Aunque sabía que vivía en el palacio de enfrente, no había advertido la proximidad de las ventanas de ambos dormitorios. Al conocer el gran afecto de María Emilia por Beatriz y Faustina y extrañado de que no estuviera todavía con ellas, decidió visitarla en cuanto terminase con los interrogatorios.

De vuelta al interior de la habitación, se concentró en el cuerpo del duque. Su mente evaluaba la notoria coincidencia de aquel triángulo con el del cuerpo del jesuita Castro. No había comparación con el atentado del palacio del duque de Huáscar, sobre todo por su distinta magnitud y otras evidentes diferencias, pero entendió que en este asesinato subyacía la aparición de un símbolo común con el del general de los jesuitas, aunque con una diferencia no demasiado importante que le hizo pensar. En la herida que presentaba el duque, la base del triángulo no era recta como la de Castro; en el aristócrata dibujaba un arco casi perfecto.

Trévelez repasaba los macabros detalles que habían caracterizado al anterior crimen de la ribera del Manzanares, y se sobresaltó al recordar la desaparición del corazón del religioso. Le sobrevino entonces una impetuosa necesidad por comprobar si aquella macabra firma pudiese estar también en aquel cuerpo, pues tras una primera inspección nada había llamado su atención en ese sentido.

Sus ayudantes contemplaron estupefactos los intentos del alcalde por escudriñar hasta el último rincón del cadáver sin saber qué motivaba su búsqueda. Se puso a hurgar entre las vísceras del duque, poniendo a prueba sus conocimientos de anatomía, por si faltase alguno de sus órganos. Pero no extrañó ninguno.

De forma instintiva recordó la conversación que había mantenido con María Emilia cuando dedujeron los mensajes que los asesinos habían querido dejar en el crimen de Castro. Sin evitar el dolor que aquel nombre todavía le producía, recordó sus palabras, cuando se refería a los posibles motivos de la extirpación de su corazón.

«Los asesinos han querido dejar por escrito en este crimen un mensaje que tiene que ver con la Compañía de Jesús, que puede significar su odio hacia la Orden que venera el Sagrado Corazón.»Joaquín se sentó en un sillón, intentando averiguar qué le faltaba a aquel escenario para ser equiparado al del jesuita.

—Triángulo equilátero en uno, y un arco en éste…

Empezó a recopilar las similitudes que presentaban ambos sucesos en voz alta.

—La caperuza que ocultaba el rostro de Castro, y ahora una pública exposición del duque de Llanes, simulando una crucifixión. Uno religioso, el otro un importante miembro de la nobleza. Al jesuita le fue extraído el corazón, ¿y a éste…? ¿En

apariencia nada?

Cada vez que se veía bloqueado en un caso por no saber cómo interpretar las pistas encontradas, sentía la misma sensación de impotencia, sobre todo cuando se encontraba a escasos metros de la víctima y sabía que en ella yacían todas las respuestas.

Reconocía que era algo ridículo, pero en ocasiones se imaginaba hablando con ellos, preguntándoles por lo ocurrido, obteniendo sus testimonios.

—¡Hablar…! —Aquella palabra retumbaba en su cabeza una y otra vez—. Si pudiesen hablar… si me diesen su testimonio. —La luz al final del túnel se acercaba a toda velocidad.

—Claro, ¿cómo no he caído antes en ello?

De un salto se levantó del sillón y fue hacia el cuerpo del duque. Se agachó y comenzó a desabrocharle el calzón ante el asombro de los presentes, mientras mascullaba las palabras testimonio, testigo. Lo bajó hasta donde pudo y con gesto triunfante exclamó:

—¡Ahí está!

Trévelez, mostró con alivio su descubrimiento; el asesino había seccionado uno de los testículos estrangulándolo con un cordel como era costumbre hacer en las castraciones de bueyes y otros animales de labor.

Si una mutilación siempre poseía una cierta significación en la perturbada mente de un criminal, Trévelez había deducido cuál era la del duque gracias a la etimología de la palabra testículo, o testiculus, cuya traducción era «prueba de testigo». Aunque ya no era una práctica común, en la antigüedad, y para determinados juramentos, los hombres se agarraban sus genitales como signo de veracidad.

Joaquín Trévelez había imaginado una vez más, como solía hacer, aquella irreal posibilidad de obtener del fallecido su propio testimonio. Lo que había sido fruto de una simple casualidad, después le llevó a atar los cabos necesarios para dar al final con ello.

El guardia que estaba a su lado comprobó el limpio corte y la ausencia de uno de sus genitales sin comprender cómo había llegado a deducir aquello. Le miró con admiración. Había que reconocer que sus métodos no siempre daban iguales resultados, pero aquel hombre poseía un don especial, una rara habilidad para encontrar pistas donde los demás no veían nada y una genialidad fuera de toda duda. Le felicitó por el hallazgo.

—Ahora ya pueden ir recogiendo todo esto y llévenselo pronto para que le sea realizada la correspondiente autopsia. Empecemos con las entrevistas al personal de servicio. —Ordenó que le acompañaran tres de sus subordinados.

En cuanto le explicaron el sistema, el mayordomo organizó de forma equitativa cuatro grupos de sirvientes para que fueran entrando a los interrogatorios. En total

eran veinte, por lo que les llevaría no menos de una hora dar por terminadas las entrevistas.

La biblioteca se encontraba en la planta inferior, una más abajo del dormitorio. Su espléndido tamaño permitía que cada grupo se pudiese colocar en una esquina sin apenas molestarse.

El alcalde Trévelez eligió al criado de librea y al mayordomo, por ser éstos los que podían estar más al corriente de las visitas que recibía el duque. Cuando entró el primero de ellos parecía la viva imagen del pavor. Pero ni del uno ni del otro obtuvo ninguna información relevante que contribuyera a aclarar nada sobre el caso. No sospechaban de nadie ni imaginaban las causas de aquel espantoso crimen. Le confirmaron que la puerta principal había sido forzada, aunque tampoco fueron demasiado explícitos a la hora de imaginar los posibles responsables o enemigos de su patrono cuando les preguntó por ello. Ninguno de los colaboradores de Trévelez obtuvieron datos de interés del resto del servicio. Al parecer nadie había escuchado el menor ruido durante la noche, ni sospechaban quiénes podrían estar interesados en hacer desaparecer de forma tan brutal a su noble patrón.

Ante la evidente falta de resultados, Joaquín Trévelez aceleró los interrogatorios del resto de su grupo, y en cuanto terminó abandonó el palacio en dirección al que estaba frente por frente, en el que vivía María Emilia Salvadores. Por importante que pudiera parecerle, dejó para otro momento la necesaria charla con Beatriz, en respeto a su terrible situación.

—¿Podría avisar a la señora de mi presencia?

Al paje de hacha le extrañó tanta cortesía, cuando desde hacía meses Trévelez entraba en la casa con bastante asiduidad y sin ser nunca anunciado.

Joaquín se quedó en el recibidor a la espera de María Emilia y suspiró tres veces para conseguir rebajar su estado de nerviosismo. Aquel nuevo crimen, tan cercano a todos, le había afectado de lleno. Pero también y para todavía empeorar más su efecto, lo que menos podía desear aquella mañana era ver a su amada después de la amarga noche que le llevó a la ruptura hacía menos de una semana. Dudaba hasta de su propia capacidad de disimulo en cuanto se encontrase frente a ella. La quería demasiado y sabía de antemano lo mucho que iba a sufrir hasta por el solo hecho de verla. Pero necesitaba su testimonio; saber si disponía de alguna información que le fuera útil. Se debía a su trabajo y, en ocasiones como ésa, su obligación estaba por encima de sus sentimientos.

—Hola, Joaquín. —María Emilia no había tenido todavía tiempo de sobreponerse y sus profundas ojeras hablaban por sí solas—. Perdóname por recibirte de esta manera. ¿Te parece que hablemos en el gabinete o me acompañas a mi habitación mientras termino de arreglarme? ¡Estoy destrozada…!

—Como tú prefieras —contestó—. Lo que me trae por aquí no me llevará mucho

tiempo.

Al empezar a subir las escaleras, ella le miró a los ojos sopesando su estado. Joaquín la esquivó y adoptó una fría actitud.

—Lo del duque de Llanes ha sido lo más horrible que he podido ver en mi vida. No puedo dejar de pensar en la pobre Beatriz; una vez más le ha salpicado de lleno la tragedia. Por Dios, si tan sólo llevaba una semana casada… —María Emilia trató de romper aquel tenso silencio, imaginándose que compartían idénticos sentimientos.

—Precisamente de eso venía a hablarte. —Entraron en el dormitorio y María se dirigió a su tocador para terminar de arreglarse el pelo.

—También necesito que hablemos sobre lo nuestro. —María Emilia prefería hablar de su rota relación.

—Sabes que no he venido por eso. —Se acercó al ventanal y observó la fachada del palacio del duque de Llanes—. Necesito saber cómo y cuándo lo has descubierto, y también si has podido observar algo que te haya llamado la atención, esta mañana o en otro momento.

—Sólo he visto al pobre anciano atado al balcón y después me desmayé, angustiada de pensar qué le habría podido ocurrir a Beatriz, aunque luego supe que estaba bien. Siento no poder ayudarte.

—¿A qué hora lo viste? —Joaquín se volvió desde la ventana y comprobó con disgusto el exagerado desorden de sus sábanas. Acongojado, pensó lleno de rabia que sus ojeras podrían deberse a causas distintas que el dolor provocado por la ruptura de su compromiso o la contemplación del sádico asesinato.

—Serían cerca de las nueve. Estaba en la cama y nos sobresaltó una algarabía que venía de la calle…

—¿Nos…? —Joaquín le cortó encolerizado, acercándose hacia ella—. ¿Supongo tan poco para ti que aun después de lo del otro día has vuelto a sus brazos como si fueras una cualquiera?

Ella le abofeteó con todas sus ganas.

—No te permito que me hables de ese modo. —Caminó hacia la puerta, y la abrió invitándole de inmediato a marcharse—. Desde ese día lo nuestro se acabó. Soy una mujer libre y puedo hacer lo que quiera. ¡Ahora, por favor, vete y déjame sola!

Joaquín le cerró la puerta y sin previo aviso la agarró por la cintura besándola con desbordada pasión. Ella trató de rechazarle pero sus brazos podían más que los suyos.

—¡Déjame! Te lo suplico. —Le empujaba para quitárselo de encima sin conseguir nada.

Le gritó que la soltase de una vez, pero no pareció hacer efecto en él.

—¿Has perdido el sentido? Pocos días atrás rompiste nuestra relación sin dejarme hablar y tan sólo hace un instante tus ojos echaban fuego al saber que había vuelto a ser amada por Álvaro. Me acabas de llamar mujerzuela y ahora, lo único que se te

ocurre es ponerte a besuquearme. Me creía loca, pero desde luego no es nada a tu lado.

—Estoy loco, pero por ti —su voz sonó suave, definitiva, profunda—, y te amo. —Se agarró a sus dos manos y la miró con un gesto lleno de súplica, de plena sinceridad.

—Tú no mereces esto… —Al verle, al descubrirle tal y como de verdad era, algo empezaba a temblar en su interior.

—Entiendo que estás atravesando por un momento tan excepcional y trágico que no sabes demasiado bien lo que haces —respondió él—. ¿Loco? Sí, pues estoy destrozado, y sé que tú también. Podría olvidar lo ocurrido si echas a ese maldito marino de tu casa hoy mismo. Te prometo, entonces, que todo volverá a ser como antes.

Ella le clavó su mirada y meditó en silencio sobre todo aquello, sobre los recientes hechos de su vida, y el tiempo se detuvo entre ellos.

De pie, sobre el suelo de mármol, uno frente a otro, María Emilia volvió a conocerse, y también a él, y empezaron a entenderse como antes, sin estorbos ni miedos. Ella le acarició la mejilla y comprendió lo que de verdad era. Aquella humildad en aceptar lo que para otros sería imposible le embelesó como nadie había conseguido nunca. Envidió su fidelidad y odió su debilidad. Rechazó sus bajos deseos ante tan altos y puros sentimientos, y se abrazó a él llorando, rota de amor.

—¡Deseo morir ante ti! ¡No merezco nada! —Sus labios se encontraban, sus miradas se fundían—. ¿Por qué tanto dolor cuando hay tanto amor! ¿Cómo puedo entenderme, y cómo encontrarme de nuevo?

—Apoyándote en mí. Borrando de la mente todas tus dudas. Buscándome en tus tinieblas. —Le acarició el pelo. Le insinuó lo fácil que le resultaría si se dejaba llevar—. Desde lo de Braulio no has sido la misma. Y luego, la llegada de ese hombre a tu casa… Sé que no has sido dueña de tus actos. —Joaquín quería demostrarle que volvía a tener fe en ella, que cualquier problema tenía cura con él.

—Quédate aquí un momento y espérame. —Salió de la habitación.

Joaquín se sintió aliviado, colmado de buenas sensaciones, lleno de tranquilidad, de una paz recuperada. Y supo que de nuevo era suya. De pronto le agobió volver a pensar en el crudo asesinato y recordó que tenía que ir a ver a Ensenada.

Ella volvió a los pocos minutos. Su rostro desprendía serenidad, su boca alegría, sus ojos plenitud.

—Esta misma mañana se irá, y con él la confusión que he vivido. —Se abrazó a él con la absoluta seguridad de que su amor ya nunca se quebraría. De pronto cayó en el verdadero motivo que le había traído hasta ella—. Perdona mi falta de sensibilidad; debes estar muy preocupado por lo ocurrido. ¿Tienes alguna idea de quién ha podido cometer tan horrendo crimen?

Joaquín le contó su fallido intento de captura con los nuevos sospechosos del atentado de la Moncloa, y luego le describió el macabro escenario que se había encontrado en el palacio de enfrente. María Emilia recordó las similitudes con el asesinato del superior de los jesuitas.

—Parecen crímenes con idéntica firma.

—Con toda seguridad. Señales de brutalidad en ambos casos, dos triángulos en sus cuerpos, dos órganos mutilados y una macabra exposición de los mismos; uno abandonado a la vera del río, tapado con un capuchón, y el otro crucificado.

—¿Crees que ambos son obra de esos gitanos?

—Todo puede ser, aunque hasta que no demos con ellos y consigamos que hablen, no estaré seguro del todo.

—Desde luego, los gitanos tienen fundados motivos para despreciar a todos los poderes del Estado. Empiezo por la Iglesia, sigo por el Gobierno y termino con la alta nobleza, pues entre todos se urdió el deplorable intento de exterminio que apadrinó el marqués de la Ensenada, por otro lado nuestro buen amigo.

—Cierto, María Emilia. No te falta razón, y créeme que he pensado lo mismo. Reconozco que hasta la fecha ni se me había pasado por la cabeza considerar su posible responsabilidad.

—Al margen de quién haya sido, haber colgado de ese modo al duque, su castración, y la herida triangular en su vientre, son claros exponentes de un nuevo crimen cargado de simbologías. Falta saber interpretarlas, como hicimos con el de Castro.

Alguien tocó dos veces a la puerta del dormitorio. María le invitó a pasar.

—La condesa de Benavente acaba de llegar. —El paje aguardó hasta recibir sus órdenes.

—¡Hágala entrar!

Joaquín se disculpó ante la obligación de ir a hablar con Ensenada.

—María Emilia… —Faustina se tiró a sus brazos desconsolada—. He dejado a Beatriz con mi marido para venir a verte. No puedo más. Lo que ha ocurrido es tan horrible…

María Emilia miró preocupada a Joaquín, advertida de su apremio por irse.

—Necesito liberar contigo el dolor y la inquietud que siento. Beatriz nunca deseó este matrimonio, lo sabíamos, pero aun así, no acabo de entender el poco efecto que le ha producido la horrible muerte de su marido. Está tranquila; relajada; como si de alguna manera la noticia le hubiese llenado de paz.

—Como puedes imaginar, estábamos hablando acerca de ello, pero Joaquín acaba de decirme que debe irse cuanto antes. Déjame que le acompañe hasta la salida y luego lo hablamos.

Antes de cerrar la puerta, María Emilia miró complacida a Joaquín alejándose a

galope. Aunque el fuerte impacto de lo ocurrido aún le provocaba una honda angustia, se sentía feliz por dentro. Gracias a su inesperada presencia, sabía que su corazón volvía a mecerse en aguas ahora más tranquilas. Amaba a ese hombre con locura, sin entender qué firmeza de espíritu era la que él poseía para llegar a correspondería de ese modo tan inmerecido.

El caballo alazán que transportaba a Trévelez casi volaba por las empedradas calles que le separaban del palacio del Buen Retiro, donde le aguardaba otra difícil reunión con Ensenada y de seguro con Rávago.

Se sentía confuso, falto de sueño, excedido en las últimas horas de emociones tan intensas como contradictorias. Su pensamiento no lograba centrarse en ninguno de los asuntos que parecían correr descontrolados por su cabeza. Las preguntas se apelotonaban en su interior, sin orden. ¿El asesino que buscaba era gitano o masón? El arreglo de su relación con María Emilia ¿sería definitivo? Aquellos espeluznantes crímenes que debía resolver ¿tenían como responsable a un único autor o se trataba de diferentes personajes?

—El marqués de la Ensenada todavía está despachando con el Rey, pero el confesor Rávago ha dado la orden de que os lleve hasta su despacho. —El secretario de Ensenada le invitó a seguirle hasta las dependencias del confesor real.

Trévelez pensaba a toda velocidad cómo enfocar su información si el destinatario de la misma era Rávago, que con seguridad se mantendría en su teoría masónica, y no Somodevilla, con el que se sentía más libre a la hora de exponer sus deducciones, por peregrinas que pudieran parecer.

—¡No dejaremos de tener nuevos muertos hasta que detengáis a esos malditos masones! —Como recibimiento no estaba nada mal.

Trévelez calculó su grado de tensión por la cercanía de sus cejas, tan fruncidas que parecían a punto de estallar.

Se sentó frente a él sin comentar nada y esperó la reacción de Rávago a su silencio, que no tardó en aparecer, como era previsible.

—¿No tenéis nada que decir?

—Mucho, pero no sé si será agradable a vuestros oídos.

—¡Válgame el cielo, Trévelez, ¿de verdad creéis que puede haber algo a mis años que todavía me produzca sorpresa?

—¿Podría serlo si os digo que los asesinatos y el atentado del palacio del duque de Huáscar han podido ser obra de unos gitanos?

—¡Eso no es una sorpresa; es una valiente tontería! —Exhibió una sonrisa que parecía disimular su absoluta perplejidad—. ¿A qué viene ahora esta increíble conjetura?

—Hace pocos días obtuve una información que nos llevó hasta un taller a las

afueras de Madrid, donde al parecer residían dos hermanos gitanos, los mismos que alquilaron a un mesonero el carromato que entró en la fiesta del duque de Huéscar. No conseguimos detenerlos porque habían abandonado horas antes ese lugar, pero creo poder afirmar que en cuanto demos con ellos el caso estará en vías de resolución.

Al terminar, Trévelez miró complacido el rostro del confesor real, a la espera de encontrar un primer atisbo de reconocimiento a su sonoro éxito.

Rávago se rascó la cabeza mascullando en silencio. Luego le miró durante unos segundos, incómodos y desconcertantes para Trévelez, apretó su mandíbula, y suspiró cargado de paciencia.

—¿Sabéis qué funciones ha desempeñado el conde de Valmojada? —De antemano, sabía que aquella pregunta no tendría una respuesta precisa.

—Es general de las tropas del Rey —contestó Trévelez, desconcertado por aquella salida que en apariencia nada tenía que ver con lo que hablaban.

—¿Y además de eso?

—No conozco más detalles.

—No creáis que eso os disculpa de vuestra absurda teoría. ¡Gitanos…! —Balanceó la cabeza con un gesto lleno de desprecio.

—No sé adónde me queréis llevar, pero ya no os hablo de una teoría; tengo sus nombres y apellidos, descripciones, y su posible móvil.

—Olvidaos de una vez de todas esas patrañas. Si no es el cien, el noventa por ciento de los gitanos están recluidos en los arsenales de la Marina. Os aseguro que esa gente no dispone de la capacidad, ya no digo material sino incluso intelectual, para acometer estos crímenes. —Abrió un cajón y sacó una carpeta que dejó encima de la mesa—. Os insisto: ¿Sospecháis qué otro tipo de actividades ha desarrollado el conde de Valmojada?

—Ya os he dicho que no lo sé. —Trévelez tragaba con desagrado la humillación a que le estaba sometiendo—. Tampoco, qué tiene que ver ese hombre con lo que hoy nos concierne, el asesinato del duque de Llanes.

—¡Valmojada entró en la masonería como espía durante un tiempo! —afirmó Rávago de un modo contundente.

—No lo sabía.

—Vos no sabéis casi nada por lo que veo —disfrutó Rávago, manteniéndole en una posición de debilidad.

—Os ruego que me ahorréis este suplicio, y avancemos en el tema.

—De acuerdo. Empezaré por poneros al corriente de lo que hizo Valmojada. Por deseo del marqués de la Ensenada, hace unos seis años recibió el encargo de introducirse en los ambientes filomasónicos primero, para pedir después su admisión en una de sus logias, la de Madrid, con el fin de obtener una información más precisa

de sus actividades y objetivos. En esa época ya había empezado a preocuparnos el peligroso nivel de infiltración de la masonería en una parte influyente de la alta sociedad madrileña, y por ello, tanto Somodevilla como yo pensamos que había llegado el momento de conocer más en profundidad a esa secreta sociedad y saber cuáles podían ser sus verdaderos fines. Se nos ocurrió que la mejor manera de hacerlo era infiltrar a uno de los nuestros en sus filas, y decidimos que teníamos a la persona ideal para nuestros objetivos: el conde de Valmojada. Su alta posición en el ejército le convertía en una pieza atractiva para los masones, pues conocíamos su avidez por captar a los miembros más influyentes del poder; el engaño funcionó. Conseguimos que el conde fuera iniciado en el primer grado de aprendiz en la logia de Las Tres Flores de Lys, lo que constituyó un primer éxito, aunque por desgracia de muy corto alcance. —Abrió la carpeta que había dejado sobre su escritorio—. Aquí se encuentra su escueto informe, donde se detallan los extraños ceremoniales de su iniciación y algunos otros datos en torno a su copiosa simbología y rituales. Consiguió también algunos nombres de los allí presentes, así como de otros notables que también estaban adscritos a la sociedad y poco más, pues a los pocos días fue prohibida la asociación por el decreto real que vos conocéis, fueron disueltas sus reuniones, que ellos llaman tenidas, y su espionaje se vio interrumpido. Nuestro fallo consistió en demorar en exceso su ingreso y la coincidencia del decreto, que no pudimos retrasar.

—En resumen, que de poco sirvió su misión. —Trévelez aprovechó aquello para devolverle sus puntadas.

—No os sirváis de ironías conmigo; os aseguro que de nada servirán; sin embargo, yo sí puedo ayudaros de verdad en vuestras investigaciones, si optáis por tenerme de vuestro lado.

Joaquín le observó en silencio. Aunque aquel hombre era de los pocos que conseguían poner a prueba su paciencia hasta sacarle de sus casillas, decidió que tenía razón.

—De acuerdo. Empezaré por explicaros qué me he encontrado en la escena del crimen. Luego, si lo deseáis, podríamos analizar qué aspectos del mismo conducen a pensar en una u otra autoría.

—¡Mucho mejor así! —Rávago palmeó la mesa con gesto de conformidad.

Joaquín le describió al completo el escenario del suceso y las feroces particularidades del mismo, tanto la exposición del cuerpo del duque crucificado en el balcón, como el enorme triángulo que le había sido practicado en el abdomen. Terminó su relato exponiéndole con cierto tacto cómo había llegado a deducir la extirpación del genital del conde, sin entrar en ninguna interpretación del mismo.

—Por tanto vuelve a aparecer el triángulo que ya vimos en la muerte de Castro, y también una nueva mutilación. —Se detuvo para meditar durante un breve espacio de tiempo—. Gracias al espionaje de Valmojada, sabemos que los masones veneran a un

Dios único, primigenio a todos los demás, al que llaman el Gran Arquitecto del Universo o GADU, y lo representan bajo la forma de un triángulo. Gracias al relato del conde, sabemos que esa sociedad posee un cuerpo de doctrina que se enseña al neófito en forma de símbolos o a través de alegorías, que por lo visto no son pocas. A cualquier lego en la materia pueden resultarle hasta absurdas, pero parece que cada una de ellas contiene un significado concreto cuando se emplea dentro de una de sus ceremonias. —Contuvo la respiración y se preguntó en voz alta—: ¿No creéis que el triángulo marcado en el pecho de Castro puede ser ese GADU, que posee tanto significado para ellos, y que ahora han repetido en el cuerpo del anciano duque?

—Abundemos más en su línea —intervino Trévelez, interesado por aquellas informaciones que desconocía—. Me gustaría saber qué otros símbolos son comunes en esa sociedad.

—Además del triángulo, se sirven de la escuadra, la plomada y la maza como representación de los utensilios que eran de uso común entre los antiguos constructores. A nuestro espía Valmojada se le explicó el origen de esos símbolos pues todos arrancan de un mito; el del arquitecto Hiram Abif, el máximo responsable de la construcción del Templo de Salomón. Por lo visto, con esos tres instrumentos mantienen vivo su recuerdo y los entroncan con sus principios más esenciales y con la idea de que cada individuo debe aprender a construir en sí mismo un nuevo hombre, a semejanza del GADU.

—El cuerpo del duque presentaba algo parecido a un triángulo, pero sin estar cerrado por su base…

—¡La escuadra! —Rávago le cortó decidido.

—Podría ser. —Joaquín estaba pensando—. ¿Y qué pensáis vos sobre esas horrendas mutilaciones? ¿Acaso las practican en alguno de sus insólitos ritos?

—Lo desconozco. Pero hemos sabido que emplean un sistema contundente de disuasión para conseguir que nadie profane el sagrado juramento de silencio que los inicia en la sociedad: son amenazados con extraerles su corazón si se les encuentra revelando alguno de sus secretos o delatando a alguno de sus hermanos.

Rávago guardó un momento de silencio, ordenando tal vez sus pensamientos.

—A Castro le extrajeron el corazón y el duque de Llanes ha sido también mutilado… —El confesor hizo una larga pausa para decidir si había llegado el momento de exponer a Trévelez la operación de espionaje que había montado con el conde de Valmojada y la complicidad del ahora fallecido duque. Tras dudarlo, decidió retrasar su secreto hasta hablar con el sobrino de Valmojada. Sin haber sabido todavía nada de él, aquel nuevo crimen podía tener alguna relación con el espionaje del embajador Keene y no deseaba mostrar sus cartas antes de tiempo y menos a Trévelez —. ¿Creéis que sólo son meras coincidencias, o empezamos a considerarlas certezas? —A esas alturas, al confesor Rávago le parecía evidente la respuesta, pero se la

propuso a Trévelez, tal vez para que éste se la confirmase.

—Más certezas que coincidencias, desde luego. —Trévelez pensó por primera vez en la solidez de la pista masónica—. Y me atrevo a añadir, que por su prohibición y persecución en España los masones han podido encontrar sobrados motivos para atacar a las más altas instancias del poder: el eclesiástico en el caso de Castro y, si nos centramos ahora en el duque de Llanes, la alta nobleza.

—¡Cierto! —Rávago le dirigió por primera vez una mirada que podía interpretarse como de aprobación y hasta de cierta complicidad—. La elección de Castro pudo no ser sólo debida a su condición eclesiástica; es posible que supieran que había intervenido en su persecución. De hecho, de boca suya, supe que antes de su fallecimiento había estado solicitando informes a todas las sedes de su Orden en España, solicitándoles cualquier nombre que les pareciera sospechoso de pertenecer a la francmasonería, con la idea de actuar luego contra ellos. No llegué a saber mucho más, pero tal vez pudo conseguir alguno y ellos lo sabían.

—Profundizaré en esta línea, os lo prometo. Aun así, reconocedme que el atentado de la Moncloa en nada se asemeja a los otros. Acepto que he podido cegarme tras la pista de esos gitanos sin haber profundizado lo suficiente en la trama masónica. Desde ahora lo haré, no cabe duda, pero sin abandonar la que ya he iniciado con esos romanís.

—Contad conmigo para todo lo que creáis necesario. —Rávago se incorporó de su silla, demostrándole su voluntad de dar por terminada la conversación—. Entiendo que esta charla ha sido necesaria para converger en nuestras opiniones. Yo desde luego me he quedado satisfecho y también esperanzado al comprobar vuestro celo profesional. —Estrechó su mano—. Quedaos tranquilo, pues yo mismo informaré al marqués de la Ensenada de lo que hemos hablado. Ahora ya os podéis marchar. ¡Que Dios os ilumine y acompañe en vuestro empeño!

El portero de la embajada de Inglaterra no recordaba haber visto antes a aquellos dos compatriotas que le exigían les fuera abierta la puerta para ver de inmediato a sir Benjamín Keene. Su rudo aspecto no ayudaba demasiado a que confiase en sus rectas intenciones, y por eso intentaba deshacerse de ellos. Los dos hombres no le creyeron cuando trató de despistarlos con el argumento de que se encontraba de viaje. Desesperado, tuvo que llamar a la guardia para que vinieran en su ayuda cuando no consiguió evitar su decidida entrada al interior del edificio.

Sin haber atravesado el recibidor, no pusieron ninguna resistencia a la acción de la media docena de guardias destinados a la protección del embajador y de la sede diplomática. Fueron inmovilizados primero, comprobándose que no llevaban ningún tipo de armas. El capitán les preguntó por sus intenciones y le contestaron lo mismo que al portero.

—No podéis esperar que sir Benjamín os reciba sin previo aviso. Largaos antes de que se agote nuestra paciencia.

—Decidle sólo que Anthony Black y Thomas Berry necesitan verle.

—¡Ya veo…! ¿Y qué razones me ofrecéis para que lo haga?

—Evitar que os amoneste si llega a saber que nos estáis prohibiendo verle.

La seguridad de sus palabras hizo dudar al capitán. Les volvió a mirar con un gesto de repulsa, pero decidió consultar al embajador, ardiendo en deseos de escuchar la orden de expulsarlos de la embajada. Sin embargo, a los pocos minutos, volvió de lo más contrariado y sin mediar explicaciones les invitó a seguirle.

Sin levantar la cabeza de los papeles que ocupaban su atención, el embajador les recibió de mala gana.

—Os advertí que no debíais aparecer jamás por esta embajada. —Alzó la voz—. ¡Ponéis en riesgo mi propia seguridad!

Sin mostrarse demasiado afectados por su malestar, los dos masones se sentaron frente a su escritorio y no contestaron nada, guardando un deliberado silencio. El embajador alzó la vista ante aquella inexplicable actitud.

—¿Para qué habéis venido? —Les escudriñó a los ojos sin encontrar reflejo alguno de sus intenciones. Los dos siguieron callados manteniendo la tensión.

—Venís hasta mí sin permiso, y ¿ahora resulta que no vais a hablarme?

Keene no pudo adelantarse a su reacción. Uno de ellos se abalanzó hacia él y le agarró del cuello apretándolo con tanta fuerza que no le dejaba respirar.

—Estamos seguros de que vos sabéis quién traicionó a nuestro maestre Wilmore. —Sus enfurecidos ojos escupían tanta rabia como necesidad de obtener respuesta a sus preguntas.

—¡Dejadme! —suplicaba Keene, a la vez que trataba de quitarse aquella garra que le aprisionaba—. ¡Apenas puedo respirar!

Anthony le soltó y se sentó de nuevo. La frialdad de su mirada constituía una seria advertencia. El embajador entendió que su vida pendía de un hilo si no llegaba a complacerles en sus deseos.

—¡No sé de qué me habláis! —Esta vez consiguió parar la mano que volvía hacia su cuello con renovada decisión—. Por favor, dadme la oportunidad de explicarme antes de producirme más daño.

Comprobó que la situación empezaba a serenarse y suspiró para rebajar su propia tensión.

—No deja de sorprenderme vuestra afirmación, cuando fui yo mismo el que os hice llamar para advertir a Wilmore del decreto que suponía vuestra ilegalización. —Estudió sus miradas sin encontrar la menor comprensión en ellas—. ¿Cómo dudáis ahora de mis nobles intenciones? ¡Creedme, ahora no os entiendo!

—Al día siguiente de nuestro aviso, Wilmore fue detenido por la Inquisición sin

haberse ni publicado la orden de prohibición de nuestra sociedad. Durante nuestra visita, recibimos de él unas instrucciones precisas que ya hemos puesto en marcha, aunque sigamos sin entender cómo pudo ser apresado con tanta rapidez, cuando su escondite era conocido por muy pocos.

—¿No pensaréis que la delación partió de mí?

—Pensar es un acto gratuito, dadnos alguna sólida razón para que no lo hagamos.

—Antes de ello y por mi propia seguridad, preferiría que no mencionéis la naturaleza de los planes que os asignó Wilmore. Y en cuanto a la información que deseáis conocer, he sabido que partió de vuestras mismas filas.

—¡Eso es imposible! La lealtad es una virtud cardinal dentro de nuestra fraternidad —le espetó Thomas Berry, indignado por su infamia.

—No os ceguéis en vuestra ortodoxia. Un importante oficial de la guardia de corps, al que seguro conocéis por ser también hermano vuestro, me aseguró que la captura de vuestro gran maestre se debió a la denuncia de un militar de alto rango de las tropas del rey Fernando, el conde de Valmojada, que al parecer ingresó como masón hace pocos años y que os ha traicionado.

—Le conocemos bien, por ello nos resulta difícil creeros. Tomás Vilche juró delante de todos guardar el secreto y la fidelidad debida a nuestra hermandad. —Anthony le miró con una expresión cargada de seguridad.

—Pudo llegar hasta vosotros como espía. Pensad en ello.

—Espero que no pretendáis confundirnos con esa acusación. —Thomas le miró con una expresión llena de serias advertencias.

—Nada más alejado de mi voluntad —contestó con toda la firmeza que pudo—. Dicho está; a quien habéis venido a buscar tiene nombre y apellidos: Tomás Vilche, general y conde de Valmojada.

Sir Benjamin Keene sabía que se encontraba frente a dos hombres con escasos escrúpulos, cuya presencia en la embajada le resultaba tan delicada como peligrosa. Sin saber a qué empeños estarían dedicados tras recibir aquellas órdenes de Wilmore, suponía que no serían demasiado compasivos. Aunque tenía interés en conocerlos, pensó que si por cualquier causa eran apresados su nombre podría salir encima de alguna comprometida mesa, y aquello no convenía a su carrera en absoluto. Era mejor no saber nada y dejarles ir, sin abundar en sus intenciones ni en sus futuros planes.

—Supongo que habréis puesto todos los cuidados para no ser vistos por nadie entrando en esta sede diplomática.

Los hombres le confirmaron sus precauciones.

—Pues si no me necesitáis para nada más, creo que ha llegado el momento de iros. No es bueno que nos vean juntos, y seguro que os esperan tantas obligaciones como a mí.

A escasos metros de la puerta de salida, los dos masones decidieron confirmar la traición del conde de Valmojada con la ayuda de algún influyente hermano. De ser así, se juraron darle muerte.

Enfundados en sus gabanes, iban a paso ligero, callados, sin haber advertido que un hombre les había empezado a seguir desde las inmediaciones de la sede diplomática.

Se cruzaron con cuatro patrullas de soldados a caballo, en un ambiente agitado donde la tensión se mascaba en cada esquina. Muchos de los transeúntes formaban corrillos, preguntándose qué podría haber pasado en Madrid para producir tanto revuelo en las tropas.

Pararon en una tahona que se anunciaba desde la distancia por su aroma a pan recién sacado del horno, y después lo hicieron en un tenderete de queso para terminar de satisfacer su apetito.

A una prudencial distancia, un hombre joven no dejaba de estudiar cada uno de sus movimientos desde una de las esquinas más próximas al establecimiento.

El sobrino de Valmojada había llegado a la embajada unas dos horas antes para encontrarse en sus inmediaciones con el duque de Llanes. Iban a tener una reunión con el agregado comercial. Durante la para él incomprensible y larga espera, observó la entrada y posterior salida de los dos hombres. Hasta ese momento, ninguno de los pocos visitantes que había visto entrar provocaron en él tantas sospechas como ellos. No los había visto antes nunca, pero su intuición le había animado a seguirles.

Semioculto tras el tronco de un castaño, observaba lo que hacían dentro de aquel comercio.

En su interior, el fuerte olor a queso estaba provocando en Thomas Berry una incontenible emoción, que se trasladó al único momento de su infancia que escondía sus mejores recuerdos.

Entre los astilleros del puerto de Londres y los muelles donde amarraban los barcos de pesca, sus padres habían levantado una humilde vivienda cercana al lugar donde se reparaban las redes y los aperos propios de esas artes. Su familia no tenía otro oficio que dedicarse a esos arreglos, cobrando tan poco por ello que la mayoría de las noches no había nada que llevarse a la boca. En ocasiones, sólo los restos, casi podridos, de algunos peces atascados entre los nudos del sedal.

Junto al olor propio del mar y de la pesca, en sus recuerdos sobrevivía otro más insano, que lo ocupaba todo, el de aquella brea que sellaba las maderas que vestían los barcos. Sus amigos, tan miserables o más que él, no veían más allá que sus interminables juegos y aventuras. Durante ese tiempo, la sensación de felicidad fue muy superior a la evidencia de su triste realidad.

Hasta que no cumplió los catorce años no fue consciente de lo muy pobres que eran, pues nunca le había faltado la comida y, con sus escasas necesidades, no

pensaba que hubiera otra cosa más necesaria.

Pero un día sus ojos descubrieron que otros tenían más, bastante más que él. Al ver la ciudad de Londres, sus fabulosas mansiones y casas palaciegas, las damas de la alta sociedad, los coches de caballos lujosamente ornamentados, las tabernas de postín. Y aquello, poco a poco comenzó a reconcomerle.

Envidió hasta el aire que otros respiraban, más sano que el suyo, y su carácter empezó a transformarse hasta llegar a odiar con deliberada intensidad todo lo que veía a su alrededor, todo lo que eran, lo poco que tenían. Culpó de ello a sus padres. Y los tuvo que matar. Él mismo se sorprendió de lo poco que le costó hacerlo, mientras ahogaba en ellos toda su ira con tan sólo catorce años. De hecho, aquello le supuso una liberación, una puerta abierta a un futuro mejor. Y no les lloró; ¿para qué, pensó, si constituían la causa principal de su detestable pasado?

De todo lo que hizo para conseguir su muerte, sólo le quedaron en la memoria sus rostros aterrorizados. Fue la mejor herencia que pudieron darle, con la que disfrutaría para siempre.

—Desde hace un rato, llevo observando a un hombre que parece estar siguiéndonos. —Anthony le forzó a volver de sus recuerdos.

—¿Quién? ¿Dónde está?

—En la acera de enfrente. No te vuelvas ahora. Disimula un poco.

Thomas recogió medio queso de oveja y pagó al empleado. Al salir del puesto le vio.

El joven captó su mirada, pero ésta fue tan fugaz que no le dio importancia y se dispuso a seguirles de nuevo.

Se adentraron por unas callejuelas cercanas ya a su domicilio, donde aprovecharon la discreción de su escaso tránsito para esperarle ocultos en un saliente.

A Mateo Vilche aquellas calles no le parecieron seguras, pero tampoco aumentó su cautela; le urgía más descubrir quiénes eran esos dos hombres. Giró a la derecha de la siguiente esquina, y se sobresaltó al verse de frente con los rostros de los hombres a los que seguía.

—¿Qué queréis de nosotros? —Anthony le inmovilizó contra la pared aprisionándole el cuello entre sus manos.

El joven advirtió de inmediato su acento inglés.

—Nada en absoluto. ¡Dejadme en paz!

—Os hemos visto seguirnos desde hace un buen rato. No nos mintáis. ¡Decidnos quién sois y qué pretendéis! —Thomas empezó a mirar a ambos lados de la calle para comprobar que se encontraban solos.

—Repito que no sé de qué me habláis. Sólo estoy paseando, sin más.

La reacción que siguió a sus palabras fue violentísima: dos fortísimos puñetazos en el vientre, que le hicieron escupir pero no cambiar de actitud, como ellos

pretendían.

—¿Para quién trabajáis? —Thomas sabía que una presión continuada en el esternón dejaba sin respiración a cualquiera. Lo mantuvo así un buen rato, hasta que su cara empezó a tomar un tono azulado.

—¡Déjalo, que se nos va a morir! —Anthony retiró el puño que lo atenazaba.

—Hablaré…

Se dobló para poder recuperar el aliento. Antes de ello, todavía recibió un bofetón que le partió el labio. Mateo pensó que si no hablaba, aquellos animales le matarían allí mismo. Buscó su puñal.

—Cumplo un encargo del padre Rávago.

—¿El confesor del Rey?

Los dos ingleses se miraron sorprendidos por aquella noticia, momento que aprovechó el sobrino de Valmojada para asestar una puñalada a Anthony en el muslo y escapar.

Thomas fue tras él. Su buena condición física le ayudó a atraparle tan rápidamente como a romperle el cuello un segundo después.

Mateo Vilche no tuvo tiempo ni de gritar. Su cuerpo cayó al suelo, y ellos se alejaron a toda prisa de allí para no ser vistos.

Anthony iba herido.

—¡Señora!, ¿deseáis que ponga más sales de baño?

—No hace falta. Ya tengo suficiente espuma. Gracias de todos modos, Amalia.

Tras haber sobrevivido a las numerosas y agobiantes visitas de aquel cruento día, y después de haber rechazado las incitaciones de su madre Faustina para que no se quedase sola en aquel palacio, Beatriz disfrutaba de un relajante descanso, inmersa en la cálida bañera que presidía su cuarto de aseo.

En sus tres días de casada había descubierto que aquellos momentos, cuando el día iba llegando a su fin, eran el mejor ejercicio de toda su jornada, cuando saboreaba su más íntima soledad.

Acompañada del tenue sonido del agua en sus frágiles turbulencias, su vida se detenía y transcurría mansa. Las desgracias que desde siempre acompañaban su vida, como si las llevase adheridas a ella, se lavaban también allí, a la vez que su piel.

En el interior de aquella barca de hierro, agua y jabón, sus dolores se licuaban, se perdían por un tiempo. Luego, al salir de ella, todo volvía a ser igual que antes. La realidad seguiría mostrándose con su verdadero y crudo rostro. Como lo sabía, nunca veía el momento de terminar.

—Tráeme más velas, por favor, y ve calentando agua para preparar el baño de mi hombre. El vendrá pronto.

Su doncella la miró primero asombrada, aunque poco después disculpó sus

palabras, suponiendo el enorme trauma que acababa de sufrir. Beatriz estudió a su doncella mientras recogía su ropa del suelo y le acercaba una toalla seca.

—En cuanto termines, vuelve para ayudar a secarme.

La joven gitana, que tendría su misma edad, se estrenaba ese día en aquellas labores con su señora, pocas semanas después de haber llegado a esa casa.

Beatriz se hundió por completo en el agua. Sus manos acariciaban su vientre y, a través de su piel, a su hijo. Braulio permanecía en ella, siempre en su corazón, y ahora creciendo en el fruto de ambos. Sus lágrimas brotaron y se repartieron entre la espuma, su piel, y el agua cálida que lo envolvía todo. Aguantó la respiración hasta el extremo. Se le antojaba que aquello era como abandonarse del mundo poniendo en riesgo los límites de su propia vida, aislándose de la cruel fortuna que siempre había acompañado a su existencia. Su cuerpo le pedía salir, llenar los pulmones de aire, pero su mente le impulsaba a no hacerlo.

—¡Señora! —Llevaba demasiado tiempo dentro del agua.

Las manos de la joven doncella se agarraron a sus brazos y tiraron de ella con fuerza, arrastrándola hacia la superficie, sin que pudiera oponerse.

Tosió, y expulsó el agua que había empezado a entrar en los pulmones. Un ligero mareo nubló su vista, y sin apenas escuchar lo que le decía, buscó el borde de la bañera para apoyarse en ella. Pasó un brazo por encima y fijó su vista en una loseta del suelo. Después de unos segundos, pareció recuperar la consciencia.

—¿Os encontráis bien, mi señora? ¿Qué os ha pasado? —Su inquietud era sincera —. Permitidme que os ayude a salir.

La abrazó por la espalda y tiró de ella para sacarla de la bañera. Beatriz no podía andar, sus piernas no le respondían. Se dejó en sus manos y terminó tumbada sobre el suelo, acomodada sobre la toalla, mirando el rostro asustado de la doncella que frotaba todo su cuerpo tratando de reanimarla.

—Gracias Amalia, ya me encuentro mejor. —Beatriz sintió frío en su desnudez y dio un respingo.

La joven buscó otra toalla para cubrir el resto de su cuerpo. No se atrevía a preguntarle por qué, pero comprendió que aquella mujer padecía un terrible dolor, por encima de su reciente viudedad, un sufrimiento indecible, superior a lo imaginable.

—Te ruego que no cuentes a nadie lo que has visto.

Beatriz le cogió de una mano y consiguió que fijase su atención en ella.

—Me gustaría que fuera nuestro secreto. —Le apretó la mano.

—Mi obligación es obedeceros, señora.

—No te estoy pidiendo eso. Pretendo algo más. Quiero que lo compartas sólo conmigo.

—Entiendo.

Hay sensaciones difíciles de explicar y aún más de razonar, pero Amalia supo en

ese instante que su relación con ella iba a ser especial y mucho más estrecha que la propia de una simple sirvienta.

—Me tenéis a vuestra entera disposición para todo lo que necesitéis.

—No te vayas ahora. Ayúdame a vestirme. No quiero que mi amor me encuentre así, sin estar bien arreglada para él.

Beatriz se levantó del suelo y se apoyó en ella para caminar hasta su habitación. Amalia no se atrevió a decir nada ante aquella nueva referencia a su marido, creyendo entender su absoluto estado de confusión.

Ya en el dormitorio, su imagen se reflejaba en el espejo. Sentada en una butaca, Beatriz se miraba en él.

Observaba su cuerpo, joven, ahora inaccesible a quien nunca debería haberlo poseído.

Amalia iba y venía con las distintas prendas que iba sacando de un armario, esperando la aceptación de Beatriz. En cuanto hubo terminado la selección, ordenada toda ella sobre una percha de pie, comenzó a vestirla.

Beatriz siempre había sufrido. El resto del mundo no lo sabía, pues ella se había encargado de que así fuese, pero su vida seguía transcurriendo sin dejar de sentir, ni un solo día aquel agudo dolor que abrasaba su corazón.

Se dejaba hacer por aquellas delicadas manos.

Amalia le ponía una camisola de fino algodón egipcio, le ceñía por encima una cotilla de raso con adornos en hilo de plata, emballenada de juncos. Aquel nuevo material, el junco, creaba una estructura igual que la madera, pero menos pesada y molesta para la mujer, con el mismo efecto de sujeción sobre los pechos, que realzaba por el escote. Beatriz se levantó para que le subiera y le anudara a la cintura los calzones de seda bordada, y sobre ellos una falda de terciopelo negro, ribeteada en brocados de oro y plata.

—Cuéntame algo de tu vida. Sé que eres gitana, pero ¿de dónde eres? —Beatriz le ofrecía su pierna, estirándola para que Amalia pudiera cubrirla con una media blanca de hilo.

—Mi señora, no desearía aburriros con mis historias. —Le colocó la otra media sobre la segunda pierna—. Además, no creo que os resulten demasiado interesantes.

—Déjame que lo juzgue yo misma. ¿Dónde naciste?

—En un pequeño pueblo, en las afueras de Madrid.

—Háblame de tus padres. ¿Siguen viviendo allí?

—No, señora. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Mi madre murió hace pocos meses en Zaragoza y mi padre no sé muy bien dónde está. Creo que en un arsenal de la Marina, cerca de Cádiz.

Beatriz se apiadó al comprobar la tristeza que arrebataba su dulce expresión.

—Lo siento de corazón. —Acarició su barbilla con especial ternura—. ¿Qué

hacía tu madre en Zaragoza?

Amalia estudiaba cómo conseguir que el corpiño se ajustase. Le pidió que se irguiera para anudárselo con más fuerza desde su espalda, comprobando que no quedase ninguna arruga y que el efecto en el escote no fuera excesivo.

—Supongo que la señora sabe que hace poco más de dos años todos los gitanos fuimos apresados por orden del Rey, que nos separó a hombres y mujeres y nos repartió por toda España.

Amalia medía sus palabras; no había superado todavía la desconfianza que le inspiraba Beatriz.

—Sí, estoy enterada. Aquello fue una barbaridad.

—Yo y mi hermana Teresa, junto con mi madre y mi tía, fuimos encarceladas en una prisión de Zaragoza, en una antigua fortaleza árabe llamada la Aljafería.

Empezó a peinar sus cabellos. Su imagen también se reflejaba en el espejo a espaldas de Beatriz. Ambas se observaban cada poco. Amalia sopesaba con precaución las reacciones que iba reflejando el rostro de su señora.

—Mi padre y mi tío fueron enviados a trabajar a los astilleros navales de La Carraca y no he vuelto a saber nada de ellos.

En la mente de Beatriz volvía a surgir Braulio. Recordaba que también él había estado en ese astillero.

Gitano como su doncella, por él sabía las atrocidades que se habían cometido contra aquella raza durante los días de las detenciones generales, y después, en sus confinamientos.

A él le esperaba esa noche, cada noche. Era su único amor.

—¿Cómo fue vuestra captura?

Beatriz recordó el doloroso secuestro de su padre y sus consecuencias. Estaba casi segura de que no había nada que pudiese superar sus dramas.

—Me cuesta tener que hablar de ello. Os ruego que me evitéis ese martirio. —Recogió su pelo y le puso una peluca de amplia caída.

Beatriz se volvió hacia ella y le brindó toda su comprensión.

—Puedes contármelo o no. ¡Siéntete libre! —Amalia seguía incómoda, por más que ella trataba de brindarle toda su confianza—. Pero si lo haces por evitarme la crudeza del relato, has de saber que, al margen de lo ocurrido hoy, he padecido tantos sufrimientos que nada me ha de producir peor efecto; tanto de los míos, que algún día te contaré, como de gente que he querido más que a nada en el mundo.

La doncella buscó unos pendientes en el joyero. Le gustaron unos que engarzaban una sencilla perla. Recibió su aprobación y comenzó a ponérselos.

Calló por unos minutos, pero luego decidió que su interés parecía noble y sincero.

—De aquel día recuerdo el amargo sabor que dejó en mi boca el verdadero rostro del terror. La separación de los míos. La violencia de los soldados. Pero también la

larga vejación a que sometieron a mi tía varios de ellos, con mi hermana y yo de espectadoras. Tan cerca tuvimos que estar, que parecíamos sentirlo sobre nuestros propios cuerpos. Fue espantoso.

Beatriz no dejaba de observarla. Sus rasgos no se asemejaban a los de Braulio, pero sin embargo se fundían en su recuerdo.

—Después, todo fue a peor. —Siguió más relajada—. Tuve que madurar de niña a mujer a golpe de opresión, de injusticia, viendo cómo mis iguales morían de infecciones, de extrema miseria.

Extendió un fantástico collar de perlas rodeando su cuello y fijó su broche por detrás.

—Mi madre y mi tía no lo pudieron aguantar; enfermaron y murieron en el verano del año pasado. Acabábamos de ser trasladadas a un nuevo edificio que por irónico que parezca se llamaba Casa de la Misericordia. Os aseguro, señora, que poca se gastaba allí.

—¿Cuándo os liberaron de aquel encierro?

Beatriz comprobó el resultado final ante el espejo y se dio por satisfecha.

—No fue nada organizado. Mi hermana y yo huimos junto a un numeroso grupo, aprovechando un descuido que se produjo al llegar una numerosa expedición de gitanas, que venían de Málaga. Después fuimos recogidas, o más bien capturadas, por un mercader sin escrúpulos, que nos llevó hasta Madrid y nos vendió a otro con el que hemos estado todo este tiempo.

—¿Se trata del hombre que os revendió a mi difunto marido?

Amalia comprobó una vez más la poca reacción que producía en su señora la muerte del duque.

—Sí. Ese repugnante individuo, lejos de tenernos por simples objetos de su negocio, violó nuestros cuerpos tantas veces como quiso; muchas más de las que pueda incluso recordar. Y ha conseguido, al menos en mí, que considere al género masculino la especie más inmunda de la tierra.

Beatriz notó un flujo de afecto imposible de disimular. Amalia se dio cuenta de ello.

Sus miradas franqueaban una simple relación de criada y ama y se hacían más íntimas, como hermanadas.

Amalia estaba sorprendida por haberse abierto de tal manera ante aquella mujer, pero no arrepentida. Sus últimas palabras todavía le dieron mayores motivos de ello.

—Amalia, pronto sabrás todo lo necesario de mí. Ahora no. La muerte de mi marido me da mayor libertad para cumplir mi misión.

Su mensaje rezumaba misterio. Sus palabras le llegaban pegadas en el aire y las respiraba, sin importarle su sentido.

—¡Tú y yo conoceremos cuándo…!

Beatriz se levantó y la besó en la mejilla.
—Después leerás conmigo el libro.

En Madrid.
Año 1751, 12 de septiembre

La reina Bárbara de Braganza se arrodilló para recibir la forma consagrada de manos de su confesor Rávago. También lo hizo el Rey, a continuación, bajo los suaves acordes de órgano que flotaban en el interior del templo. Sonaba una obra de Haendel que, por expreso deseo de los reyes, acompañaba siempre ese momento.

Si cierto era que toda la Corte acudía a diario a esa misa; no se podía decir lo mismo de Joaquín Trévelez, pues en él era algo excepcional. Sin embargo, aquella mañana se encontraba en un banco trasero al haber recibido un aviso de Rávago la noche anterior, urgiéndole a presentarse sin excusas para tratar un importante asunto.

Terminada la comunión, frente al altar y de espaldas a los asistentes, el padre Rávago limpiaba con minuciosidad el cáliz y la patena. Un monaguillo los retiró con respeto, una vez que había terminado de secarlos. Extendió los brazos para rezar en silencio las últimas oraciones, cerró el misal, y se volvió de cara a los presentes para dar la última bendición.

En un entonado latín, dio por terminada la misa.

Se volvió hacia los reyes, inclinándose en respetuosa despedida, e hizo una última genuflexión frente al sagrario.

Antes de salir buscó el rostro de Trévelez, localizándolo sin esfuerzo al final del templo. Con una mueca, indicó que le siguiera a la sacristía.

Joaquín tuvo que esperar a que pasaran los reyes y su séquito para tomar la dirección contraria, hacia la derecha del crucero, donde estaba la sacristía, una amplia estancia con sus paredes ocultas tras varios armarios acristalados, llenos de los más variados y ricos ornamentos destinados a las celebraciones litúrgicas.

Frente a una larga y baja repisa de madera, Rávago se estaba quitando la casulla con ayuda del monaguillo, y rezaba en murmullos frente a una hermosa talla de un Cristo crucificado. Se retiró el cíngulo y la estola, besó esta última con devoción, y se volvió a Trévelez.

—¡Acompañadme a desayunar!

—Me ha preocupado ver el deteriorado estado que muestra la Reina. —Trévelez la vio más delgada y débil—. Parece muy enferma.

—Lo está, y aunque aún no sabemos lo que tiene, no parece nada bueno.

—Lo lamento por el Rey; debe afectarle mucho.

—Aunque sólo fuera para preservar su frágil salud mental, hemos de esperar que no se complique la enfermedad de su mujer; no creo que lo soportase.

Atravesaron un patio rectangular salpicado de olivos, y se adentraron en un edificio anexo que se abría en dos largos pasillos. Tomaron el de la derecha, y entraron en una pequeña sala donde les esperaba un sobrio desayuno.

Se sirvieron ellos mismos el chocolate, y sin dar cuenta de unos aromáticos bollos calientes que por su aspecto parecían recién horneados, Rávago se concentró en el asunto que le urgía tratar con el alcalde de Casa y Corte.

—Lo que os expondré a continuación, además de ser el principal motivo de vuestra presencia, puede resultar tan delicado como peligroso para los intereses del Estado. —Cogió un ejemplar del *Diario de avisos*, con fecha del mes anterior, entre otros muchos apiñados sobre una mesa, y se lo tiró al regazo—. ¡Leed eso y luego dadme vuestra opinión!

Joaquín echó una rápida ojeada por los titulares de la primera página, buscando cuál de ellos podía ser el que requiriera su atención.

—«El precio de la fanega de trigo se derrumba» —leyó el primero de todos. Rávago guardó un paciente silencio.

—«La constitución de la nueva Academia de Nobles Artes sufre serios retrasos» —continuó.

—¡Pasad a lo importante, por Dios bendito, que no dispongo de toda la mañana!

Joaquín localizó un titular con posibles consecuencias políticas. Pensó que ése era el elegido.

—«Francia y Austria sellan un acuerdo contra Prusia.» —Alzó la vista para comprobar, en Rávago, si ésa era la noticia. Éste le arrancó de las manos el periódico y leyó con voz enfadada.

—«Un hombre aparece muerto por causas desconocidas en una callejuela del viejo Madrid.» —Le miró con gesto contrariado y avanzó con el resto de la información—: «Ayer, en la tarde del veintitrés de agosto, fue encontrado por un vecino de nuestra ciudad el cuerpo de un joven varón, sin presentar signo alguno de violencia. Hasta el cierre de esta edición, aún se desconocen las causas de su muerte y la identidad del mismo. Si alguien puede aportar alguna información sobre este suceso, póngase en contacto con cualquier responsable de la autoridad».

Dejó de leer y le miró unos segundos, sin pronunciar una palabra.

—Estoy al corriente de ese caso, pero debo reconoceros que no le dimos mayor importancia. Una muerte accidental, si me apuráis poco habitual dada su edad, pero

sin más trascendencia.

—¡Pues la tiene, y mucha! —sentenció Rávago.

—¿Podríais ser más explícito?

—Se llamaba Mateo Vilche. ¿Os suena?

—El nombre no, pero su apellido desde luego que sí.

—Era sobrino del conde de Valmojada, don Tomás Vilche, y estoy seguro de que fue asesinado.

—¿Asesinado? ¿Por qué lo creéis? —Trévelez se atropellaba en sus preguntas—. ¿Y cómo habéis sabido que se trata de él?

—Mateo cumplía una importante misión que yo mismo le encomendé. Cada miércoles despachaba conmigo para ponerme al corriente de los avances en su investigación, cuyo objetivo os expondré en breve. Sin embargo, desde hace dos semanas no había vuelto a verlo. No empecé a preocuparme demasiado, hasta que por casualidad vi esta noticia. Una campana de aviso sonó en mi mente y me decidí a buscar más información. No pude identificarle en persona, pues llevaba días enterrado, pero ayer mismo conseguí entrevistarme con el testigo que lo encontró y de su testimonio, por las descripciones que me hizo, supe que se trataba en efecto de Mateo.

—¡De acuerdo!, pero de ahí a sospechar un asesinato…

Joaquín rechazaba la idea de enfrentarse a un nuevo caso que se sumase al resto aún sin resolver.

—Os solicito que ordenéis la exhumación del cadáver para que le sea practicada una autopsia; la que no se hizo en su momento. Estoy seguro de que su muerte no fue tan accidental como habéis dado por hecho.

Se sirvió otra taza de café y esta vez sí probó uno de aquellos bollos azucarados.

—Como os he dicho, Mateo estaba cumpliendo una misión; vigilaba la embajada de Inglaterra y sobre todo las visitas que pudiera recibir sir Benjamin Keene.

Joaquín se quedó asombrado ante la noticia.

—No me digáis nada, ya sé que dada mi posición no es demasiado correcto.

Rávago se ruborizó, obligado a tratar esos delicados asuntos y poco entusiasmado por tener que reconocerlo.

—Tras el crimen del padre Castro y más aún con el del duque de Llanes —prosiguió—, recordaréis mi insistencia en que dirigierais vuestras investigaciones hacia los masones y, en general, contra los enemigos de nuestra amada fe. Por aquel tiempo, disponía de ciertas sospechas, no muy contrastadas, que relacionaban al embajador inglés con los máximos responsables de la masonería. Pensé que si intervenía en ese momento, impulsándoos a iniciar una investigación contra el diplomático, habría podido llegar a sus oídos. Por ello, y para no provocar un posible conflicto diplomático, decidí una vía mucho más discreta con la colaboración del

joven sobrino de Valmojada. Como es obvio, trataba así de obtener una información más directa y menos comprometedora para la monarquía.

—¿Estaba informado el marqués de la Ensenada o, con más motivos, el ministro Carvajal?

Joaquín imaginaba la respuesta, pero sólo por ver al omnipotente Rávago, al menos por una sola vez, en una situación comprometida, teniendo que humillarse delante de él, merecía la pena.

—¡No juguéis conmigo, Trévelez! ¡De sobra sabéis que no! —Enrojeció de rabia—. Vuestra pregunta está fuera de lugar.

Soltó la taza sobre la mesita.

—¿Queréis que hablemos ahora de vuestros pocos éxitos, o mejor dejamos las cosas como están? —Ahora le disparaba él con su más ácida ironía.

—Disculpadme, reconozco que el hecho de preguntároslo ha sido una estupidez por mi parte. —Le había devuelto bien el golpe, y su mejor opción, ahora, era encajarlo con dignidad—. Volvamos a Mateo Vilche, ¿qué os ha hecho pensar que fue asesinado?

—¿Y a vos que fuera un accidente? —Su ánimo seguía alterado todavía.

—Bien, de acuerdo… Pero, ahora estamos hablando de vuestras impresiones y no de… —titubeó.

—La coincidencia de fechas con el crimen del duque de Llanes, pues también éste participaba en el mismo espionaje aunque de forma indirecta. El joven Mateo fue asesinado pocas horas después que el duque. Curioso, ¿verdad?

Trévelez le miró contrariado. De nuevo, Rávago le había ocultado una información clave que podría haberle ayudado a enfocar la bárbara muerte del difunto marido de Beatriz. Aunque tentado a decírselo, decidió no hacerlo y dejar que siguiese hablando para ver si por una vez explicaba todo lo que sabía.

—Hace un tiempo solicité al duque de Llanes su colaboración para introducir en los ambientes de la embajada a Mateo Vilche, dada su presencia habitual en ella. De ese modo, Mateo podía vigilar quién visitaba a Keene y, con suerte, ponernos en la pista de algún importante miembro de la masonería. Supongo que lo consiguió, tal vez ese mismo día, pero debió de ser descubierto por aquellos a los que espiaba, y lo mataron. —Le clavó su mirada, sin demostrar dudas sobre lo que hablaba—. Así que lo he pensado bien; deberíamos hablar hoy mismo con el embajador Keene. Estoy seguro de que está implicado en este asunto. Por eso os he hecho venir, para que me acompañéis en esa visita.

—Resultaría demasiado arriesgado, padre Rávago. No disponemos de prueba alguna contra él, y eso podría arrastrarnos a tener que justificar los motivos de vuestro espionaje. ¿Qué íbamos a preguntarle sin poner a la luz nuestras sospechas?

—Sé si un hombre me miente con sólo mirarle a los ojos. No nos haría falta

abordar el asunto de un modo directo; sirviéndonos de pocas preguntas y con sólo estudiar su rostro me bastarían cinco minutos para confirmar mis sospechas.

—Pero padre Rávago, entended que poner en duda la honorabilidad de un embajador extranjero, implicándole incluso en un posible asesinato, es un asunto gravísimo, y más aún si el que lo esgrime resulta ser el confesor real.

Trévelez prolongó una pausa de forma deliberada.

—Si de verdad Keene poseyera alguna información en relación a este asesinato o a los anteriores, que nos sirviera para localizar a sus autores, jamás nos la facilitaría. Dejadme que os haga otra propuesta menos comprometedora que se me acaba de ocurrir.

—Ya podéis esforzaros porque os va a resultar difícil convencerme. —Aunque Rávago reconocía los peligros que acarreaba su propuesta, tampoco iba a facilitarle el terreno a Trévelez.

—¡Existe otro modo de llegar a él!

El gesto del confesor reflejó una disimulada actitud de sorpresa.

—Ya me diréis cómo.

—Que su mujer nos ayude.

—Ahora no os entiendo.

—Llevo tiempo observándola en varias de las fiestas a las que ha acudido, así como en algunas recepciones donde hemos coincidido, y creo que esa mujer es de fácil cortejo.

—Os recuerdo que estáis delante de un siervo de Dios.

—No nos andemos con reparos. La gravedad de vuestras sospechas justificaría el uso de cualquier procedimiento. ¿No estáis de acuerdo?

—Seguid explicándoos.

—Sé que varios han sido los que la han pretendido, y que no suele poner demasiadas resistencias. Es un rumor del que nos podríamos aprovechar.

—¡Cuánta vida mundana y libertina! —Se santiguó escandalizado.

—Si conseguimos poner a alguien de nuestra confianza cerca de ella, además de abrirnos la entrada a la embajada y espiar los contactos y relaciones del embajador, también accederíamos a sus archivos diplomáticos, lo que podría ser de enorme interés para nuestro gobierno.

—Maquiavélica pero interesante propuesta. ¿Cuándo vais a empezar a cortejarla?

—¿No creeréis que voy a hacerlo yo? —Joaquín se sobresaltó con esa idea.

—¿Y quién mejor? —Sonrió al notar su agobio—. ¿Queréis que me crea que esa mujer se va a dejar lisonjear, así sin más, por un desconocido? ¡Dejaros de tonterías! A vos ya os conoce, y sabe qué cargo ocupáis; os aseguro que eso facilitará el engaño.

Joaquín negaba con la cabeza. Aquello le parecía una locura.

—Como bien sabéis soy hombre de Iglesia y, como tal, nunca he aprobado esas licencias amorosas, aunque se me asegure que el cortejo es sólo un candoroso juego, intrascendente, casi platónico. Su aparente inocencia, en mi opinión, esconde flagrantes adulterios y, por ello, reviste una evidente inmoralidad.

—¿Y cómo es que entonces me lo pedís?

—No siempre son rectos los caminos de la virtud. A veces se hace necesario tomar algún atajo cuando se persigue un buen fin. Y este que ahora nos entretiene, justifica lo que os propongo.

—¡No lo veo claro! —Trévelez rechazaba la idea sin encontrar la forma de escapar de ella—. Yo no tengo por qué llegar hasta esos extremos… ¡Me niego a desempeñar ese papel!

—La idea ha sido vuestra, y si pretendemos discreción y éxito no encontraremos otro mejor que vos.

—¡Os insisto que no lo haré! Buscaré a alguien que sirva mejor para el encargo.

Cuando Rávago tomaba una decisión, era labor imposible conseguir convencerle de lo contrario.

—Alcalde Trévelez —su voz surgió más solemne—, no estamos hablando de un asunto menor. Si por vuestra labor, que ya entiendo os puede resultar un tanto excesiva, hallásemos pruebas que incriminasen a Keene en el atentado del palacio de la Moncloa, de su sospechosa relación con la masonería o de su posible implicación en el resto de asesinatos, también del último que nos ha reunido hoy aquí, sabed que tanto mi persona como la propia Corona estaríamos en deuda con vos. Os recompensaríamos con la suficiente generosidad como para olvidar vuestros actuales inconvenientes. Creo que sobran explicaciones más detalladas. Confiad en mí.

Joaquín le miraba sin ocultar su repudio. Lo meditó durante unos minutos sin encontrar ninguna salida mejor.

—De acuerdo. ¡Lo haré! Pero os pido que jamás nadie se sirva de mi actuación con la mujer del embajador para usarla en mi contra.

—Tenéis mi palabra, mis bendiciones y mi máximo reconocimiento. ¿Cómo vais a hacer para conseguir su interés? —se interesó Rávago.

—Cada tarde pasea en su carroza por el Prado de los Recoletos. No tengo más que coincidir con ella y empezar a cortejarla.

—¡Pues daos a ello cuanto antes, y mantenedme informado!

Una pequeña criatura dormitaba en el regazo de la condesa de Benavente, fruto de un largo y laborioso parto.

El rostro de Faustina reflejaba agotamiento y felicidad al mismo tiempo. Aquella niña, de pelo oscuro y de cuerpo menudo, se llamaría María Josefa. Era la primera hija legítima de los condes y un cierto alivio a las últimas desgracias que habían

entristecido a toda la familia.

Varios ramos de flores inundaban de fragancias la atmósfera de la habitación, donde también se respiraba una contagiosa ilusión. La sonrisa casi bobalicona del conde así lo atestiguaba; también la de Beatriz, que acababa de llegar desde su residencia nada más conocer la noticia, y las observaba, tumbada a su lado, imaginándose un día en parecido trance.

—Madre, ¡es preciosa! —Le acariciaba su suave cabecita con ternura.

Pocas veces había visto Faustina una mirada como ésa en su hija adoptiva. Nada recordaba en ella el reciente drama vivido.

—María Josefa, te presento a tu hermana mayor Beatriz.

La niña acababa de abrir los ojos y pareció entender sus palabras al dirigir la cabeza hacia ella.

Beatriz le devolvió su primer y fraternal gesto con una sonrisa llena de gratitud.

—¡Es muy rica!

Después de innumerables visitas, además de ella, sólo quedaban acompañando a Faustina su marido y la mejor amiga de la familia, María Emilia Salvadores.

Beatriz aprovechó el feliz momento para darles una explosiva noticia.

—No puede haber mejor día que hoy para que lo sepáis.

Se incorporó de la cama y se acercó hasta un sofá francés que la acogió en su despreocupada caída.

—¡Estoy embarazada!

La sorprendente noticia, habida cuenta de las dramáticas circunstancias que habían dado a término su breve matrimonio, dejó estupefactos a los presentes. María Emilia fue la primera en reaccionar abrazándose a ella.

—¡Qué ilusión! —Le acariciaba la mano con nerviosismo—. Pero ¿estás segura? —calculaba las fechas—; tan sólo hace un mes que te casaste y con lo que ocurrió…

—El hijo no es suyo. —Beatriz afrontó las consecuencias de aquellas palabras sin que variase para nada su alegre expresión—. ¡Es de Braulio!

—No puede ser verdad… —Faustina se sintió desconcertada y en parte engañada ante aquella increíble revelación.

—¿De Braulio? —María Emilia, confusa, no supo cómo reaccionar a la asombrosa noticia.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Quien sea, puede pasar! —El conde alzó la voz, y todos dirigieron sus miradas hacia él, molestos al verse cortada su conversación.

Entró muy sonriente el capellán de la familia, padre Parejas.

—¿Puedo conocer a la más jovencita de mis feligresas? —Ajeno al tenso ambiente que había atrapado a los presentes, entró despreocupado, con un gesto bonachón que le desbordaba.

Aquel hombre de Dios, bienaventurado por sus actos y sabios consejos espirituales, se había ganado el corazón de los condes, y ya hacía diez años que los atendía. Se acercó a la pequeña y la bendijo antes de darle dos sonoros besos en su frente con el permiso de su madre.

—La misericordia de Dios ha bendecido esta casa y a todos los suyos. —Extendió los brazos en cruz.

El padre Parejas observó a todos los presentes, extrañado del tenso silencio que reinaba entre ellos. Al ver a Beatriz, imaginó qué la cercanía de su tragedia podía ser la principal causa del mismo. Recordó la petición de consuelo espiritual, antes del asesinato del duque, que le encomendó la condesa para Beatriz, y se acercó hacia ella sentándose a su derecha.

—¿Cómo te encuentras, hija mía? —A Beatriz, aquel hombre nunca le había gustado demasiado.

—Pues bien. —Le guiñó un ojo con picardía—. De hecho estoy embarazada… —La pausa con la que aplazó el final de su frase provocó el terror en los presentes. Rezaban porque no diera fe de quién—… por obra del buen hacer de mi marido, después difunto.

María Emilia sonrió ante su osado comentario.

Faustina le riñó pidiéndole más cuidado.

—No le faltes al respeto. —Su padre se apuntó a la reprimenda.

—He pedido al padre Parejas que siga atendiéndote espiritualmente. Te servirá de consuelo y resulta obvio que lo necesitas. —Faustina le preparó el terreno al capellán, en atención a la expresa petición que éste le había hecho días atrás, preocupado también por la extrañas reacciones de la joven.

—Mi más sincera enhorabuena, Beatriz. Toda nueva criatura de Dios supone en mí la mayor de las alegrías. Iré a verte mañana mismo. Debo acudir antes al convento de las Carboneras, pero no me llevará mucho tiempo. Dispondremos de un buen rato para hablar.

—Pero… —replicó Beatriz.

—Os recibirá llena de ilusión —le cortó su madre, haciendo uso de su autoridad y sin aceptar una negativa por su parte.

Su gesto lo dejaba claro.

—¡De acuerdo! Vale. Resolveré lo que tenía previsto y no pasa nada, romperé todos mis compromisos por atenderos —aceptó con cara de fastidio.

El firme carácter de Beatriz salía de nuevo a relucir aunque sus padres ya estuviesen más que acostumbrados a él. Sin embargo, María Emilia no sólo lo aprobaba si no que, a medida que la iba viendo madurar, descubría nuevas coincidencias con ella.

—Beatriz, ¿quieres acompañarme? —le preguntó María Emilia, ansiosa por saber

algo más sobre la sorprendente noticia que acababa de conocer.

Ella accedió gustosa.

—Debo ir al mesón de la Herradura para recibir un paquete que me envían de Cádiz.

Se levantó y se colgó de su brazo para aliviarle de la incómoda presencia del capellán.

—¿Te parece bien que dejemos disfrutar a los nuevos padres un rato a solas con su niña?

—Sí. Además agradeceré un poco de aire fresco.

Las dos mujeres se despidieron de los condes y del religioso, y se dirigieron a pie hacia la calle de Toledo, a pocas manzanas del palacio.

—No se qué hacer para no ver más a ese capellán.

—Ya sabes que no soy de las que suelen abrir su corazón a un sacerdote, pero reconozco que ahora puede serte útil. Si no hallases consuelo en él, ya tendrás tiempo de hacérselo ver y se irá.

Beatriz se quedó callada, un buen rato, meditando.

María Emilia la detuvo en medio de la calle y se cruzó en su mirada.

—¿No tienes nada más que decirme? —A María Emilia apenas le entraba el aire.

—¿Sobre qué? —respondió Beatriz.

—¿Cómo que sobre qué? —La zarandeó por los brazos, enfadada.

—Lo hicimos una sola vez, una semana antes de su muerte. Él nunca lo supo.

María Emilia, todavía confusa, en un combate de emociones encontradas, no sabía si llorar o reír. Entre tanto barullo mental, el solo hecho de saber que una parte de Braulio perduraba en el vientre de Beatriz le emocionó tanto que olvidó cualquier otra consideración.

—Estás tan loca como yo, Beatriz. —Se abrazó a ella rota de dolor y de ternura al mismo tiempo—. Hasta ahora lo has ocultado a todos, y supongo que pretendíais mantenerlo en secreto en vida del duque.

—¿Te hace ilusión?

—¡Claro que sí! Me acabas de dar una gran alegría, pero a la vez me parece todo tan complicado para ti…

—¿Complicado? Voy a tener a mi hijo y quiero darle el apellido de mi difunto marido; no quiero que sufra el desprecio de ser llamado bastardo. Lo de Braulio, quedará entre nosotros. Creo que es lo mejor.

—¿Lo planeasteis a expensas de saber que ibas a casarte?

—Ambos pensamos que la mejor manera de mantener nuestro amor vivo era ésta: concibiendo un hijo. Luego, la desgracia volvió a enseñarme su oscuro rostro, como ha ocurrido siempre en mi vida. Ahora me alegro de haber tomado esa decisión. Tu nieto está aquí, dentro de mí. —Agarró una de sus manos y la puso en su vientre.

—¡Mi nieto! Me siento tan rara, y a la vez tan feliz… —Necesitaba decírselo, ofrecerle otra solución a su futuro—. Beatriz, yo podría cuidaros a los dos. Huyamos de Madrid, a cualquier otra ciudad donde pueda criarse y llevar con orgullo su verdadero apellido. ¡Déjame ayudarte!

—Lo haces guardando el secreto. Con eso es suficiente. —Le besó en la mejilla, agradecida—. Pondero tu generosidad, pero mi interés está con él y sólo pretendo su bien. Para tener una noble educación y un próspero futuro es mejor que mantenga el apellido del difunto duque. No me importa mantener viva y para siempre esa gran mentira.

—Hasta en eso me demuestras tu grandeza. Me siento orgullosa de ti.

La tarde bruñía de sol los techos de los numerosos carruajes que paseaban por el Prado de los Recoletos. Sus ocupantes lo agradecían tras varias semanas de lluvias, sin apenas tregua, y un frío tan extremo como impropio de Madrid en esas fechas.

Todos los negocios de botillerías y cafés daban gracias a su patrono por ver cómo se llenaban sus locales aquella tarde, con un público tan ansioso de diversión como espléndido en gasto.

Desde la calle de Alcalá hasta las obras de la nueva plaza, donde aquélla se cruzaba con el paseo del Prado, un enorme atasco de vehículos parecía poner a prueba la habilidad y la paciencia de sus cocheros.

En uno de ellos iba la duquesa de Arcos, sola y dispuesta a estudiar con tiempo los nuevos tonos, tejidos y cortes que muchas estrenarían ya en sus vestidos, como anticipo de la moda de invierno.

Desde su ventanilla, vio pasar a caballo al alcalde de Casa y Corte don Joaquín Trévelez, sin escolta y con gesto despistado. Se asomó con descaro por ella, para seguir su andadura, y le vio girar hacia la izquierda. A Teresa de Silva y Mendoza, duquesa de Arcos, aquel hombre le resultaba interesante, tanto por su conversación como por su planta y trato. Le extrañó que no se dirigiera a la derecha de la plaza, a buscar la calle de San Jerónimo, hacia la botillería Canosa, lugar que solía ser su habitual parada con su prometida María Emilia Salvadores.

«Estará en misión oficial», pensó, sin darle una mayor importancia.

Joaquín iba buscando a una mujer, y no a María Emilia, sino a la esposa del embajador británico. Su carroza le resultaría inconfundible, pues llevaría en las portezuelas el escudo de su Estado.

No había preparado estrategia alguna para presentarse a ella, ni había pensado cómo hacer para ganar su interés, sólo deseaba localizarla pronto y cumplir cuanto antes la misión a la que le había obligado Rávago.

El poco tiempo disponible que le había quedado aquella mañana tras la entrevista con el confesor real, lo había agotado leyendo variados informes, que no cabían ya en

su mesa, y en despachar con su ayudante para saber cómo iban las investigaciones en torno a los dos hermanos gitanos.

Comió solo en una fonda cercana a las Salas de Justicia. Los que le vieron ni le molestaron, pues parecía estar encerrado en profundos y trascendentes pensamientos. De hecho así era, pero imaginando la reacción de María Emilia, nada más haber atravesado su peor crisis con ella, en cuanto supiese que se iba a dedicar a cortejar a la mujer del embajador de Inglaterra.

Se asombró de la cantidad de carrozas que recorrían el paseo, preocupado por no lograr localizar la suya. Pero al fin tuvo suerte. Debajo de un frondoso castaño se encontraba detenida una, en tonos azules, con aquel escudo que no daba pie a ninguna confusión.

Se acercó para comprobar que no estuviera el embajador con ella, y después bajó de su caballo, se estiró la casaca, y se decidió a poner en marcha el engaño.

Tocó a la portezuela.

—Al ver vuestro carruaje, no he podido refrenar mis ansias por saber de vos.

La mujer se asomó para identificar a quién pertenecía aquella voz.

—¡Oh!, qué alegría veros, míster Trévelez.

Su castellano parecía haber mejorado desde la última ocasión que habían hablado. Joaquín se admiró al escuchar su apellido de un tirón, sin que se le atascase en la lengua como en anteriores ocasiones.

—¿Una bella mujer como vos y sola? —Joaquín consiguió que se ruborizara de inmediato—. ¿Cómo se puede permitir eso en una tarde tan agradable como ésta?

—Mi marido siempre está ocupado. —Le tendió la mano; él la besó con exagerada solicitud—. Y me suele dejar sola en estos paseos.

—¿Me permitís acompañaros entonces?

—Sí, sí. Por favor.

Joaquín entró sin dudarlo, y se sentó a su lado recogiendo entre sus manos las suyas, en un gesto tan atrevido como inusual en él. La mujer le miró desconfiada. Trató de retirarlas un poco acalorada sin lograrlo.

—¡No existe en Madrid mujer que os supere en hermosura, mi querida Catherine! —Asombrada por sus palabras la mujer no parpadeaba.

Su aproximación era de lo más audaz, pero no tenía tiempo y tampoco era un experto en cortejos. Como se había propuesto conquistarla pronto, sería más práctico rebajar después sus ímpetus, si es que ella se lo reprobaba, que tener que prolongar aquello durante más tiempo.

—Gracias, sois muy amable conmigo.

La mujer aceptaba su atrevimiento.

—Desde el día que os conocí, me he convertido en vuestro más secreto admirador.

Ella se humedeció los labios para evitar con los nervios su sequedad, mientras él seguía elogiándola.

—Vuestra blanca y sedosa piel, esos ojos, vuestra dulce sonrisa; todo en vos hace que os tenga siempre presente en mis sueños. —Decidió dar un paso más en su particular frente de batalla.

Catherine seguía confusa ante aquella súbita demostración de interés. Un caballero arrebatado por sus encantos era motivo inmediato de excitantes expectativas para ella. Jamás había rechazado un cortejo, pero suspiró con una expresión cauta.

—Perdonad, pero no entiendo bien vuestros motivos.

Joaquín esperaba conseguir que sus lógicas barreras fueran deshaciéndose.

—Mis intenciones son tan nobles como vuestra hermosura, y mi único anhelo, poder disfrutar de vuestra sola presencia. Vengo a pediros que me permitáis frecuentaros. ¡Abrid por favor el corazón a vuestro más rendido servidor!

Se arrodilló y bajó su cabeza demostrándole cuán firme era su devoción hacia ella.

Catherine le observó complacida. Llevaba tiempo sin que nadie la deseara tanto como aquel hombre, y todavía seguía molesta con su marido por haberla despojado de aquel joven primor que la había seducido unos meses atrás. Sin ninguna explicación, Benjamin lo había echado de la embajada mandándole a estudiar español a Sevilla. Y aquello todavía no se lo había perdonado.

—Levantaos y habladme, míster Trévelez. Aunque me haya sorprendido vuestra determinación, veo sinceridad en las palabras y honor en vuestra persona. La verdad es que no sé qué deciros.

—Si os incomodo, hacédmelo saber, pues no volveré a molestaros con tan nobles intenciones. Pero si me aceptáis, os prometo atenderos como merecéis.

—¡Cuánta caballerosidad por vuestra parte, mi querido amigo! No acostumbro a entregarme en una primera conversación, creedme que no lo hago con nadie, pero veo en vos algo que me interesa, tanto que desde hoy tenéis mi permiso para frecuentarme cuantas veces lo deseéis.

Joaquín se arrimó a su grueso cuerpo, y la miró con tanto ardor como si no existiese mujer más especial que ella.

A pocas manzanas, los hermanos Timbrio y Silerio Heredia estaban preparando unas nuevas herraduras para reponer las ya desgastadas de la caballería de la duquesa de Arcos, en un yunque de su taller. Con unas largas pinzas de hierro, Silerio iba sacando las piezas del fuego y las sujetaba para que Timbrio les diera la forma y el espesor adecuado.

Apenas habían pasado cuatro semanas desde su contratación por parte de aquella

mujer, pero el abundante trabajo que requería mantener en condiciones aquellas instalaciones les había tenido tan ocupados que apenas abandonaron el recinto de aquella casa palacio durante ese tiempo.

Estaban satisfechos de haber dejado atrás su vida en el taller. Había mejorado su salario, la comida era abundante y sabrosa, y sus aposentos nada tenían que ver con el sucio cuartucho y los pobres camastros de antes.

En ocasiones, en la intimidad, discutían qué nuevas acciones podían acometer para resarcirse del dolor que todavía sobrevivía en sus corazones, confiados y orgullosos por lo que hasta ahora habían conseguido. Sopesaban una y otra posibilidad, las pensaban, soñaban cómo devolver en castigo las heridas abiertas que infectaban sus vidas.

Una espesa nube de vapor de agua ascendió al contacto de la herradura, todavía al rojo vivo, con el agua de un pozal. Timbrio aprobó su aspecto final. Tras ello, descansó unos minutos apoyado sobre una paca de paja.

—Silerio, ¿has pensado cómo justificar nuestra siguiente acción? A veces pienso que podría ser demasiado arriesgada.

—Todavía no, pero ya encontraremos una buena razón para entrar en aquel lugar.

—Hemos hecho bien en cambiar de vivienda y trabajo, Timbrio. Ahora estamos más cerca de ellos, les vemos, conocemos quiénes son y dónde viven. Ahora, nuestro efecto podrá ser más severo, más letal.

Catherine estaba nerviosa por volver a la embajada. La grata compañía de Joaquín Trévelez había conseguido abreviar su rato de paseo con tanta gracia que, en su distendida conversación, olvidó la visita que los embajadores de Austria tenían previsto hacerle aquella tarde en su residencia.

Preocupada por la hora y bastante turbada por su urgencia, se disculpó de él invitándole a que acudiera a la embajada a la semana siguiente. Su marido programaba un importante viaje a Londres y estaría fuera unos cuantos días.

Joaquín le despidió desde la acera, devolviéndole un beso con la mano mientras veía alejarse el carruaje. Sin haber tenido ni tiempo de meditar sobre aquello, una voz familiar le saludó; la de la duquesa de Arcos.

—Me sorprende comprobar las buenas relaciones que parecen existir entre ambos países.

Joaquín perdió su capacidad de palabra, por rabia o por no encontrar rápidos y creíbles argumentos a ese comentario.

—Duquesa…

Buscó su caballo, y rienda en mano se acercó hacia ella.

—Alcalde…

Ella se asomó.

—La política. Ya sabéis…

—Descuidad, seré discreta con vuestra prometida. —Echó por tierra la excusa con la que pretendía justificarse.

—Os lo agradezco y confío en vuestro silencio.

—Seré fiel a ello, pero, decidme, ¿qué habéis encontrado en esa gruesa mujer?

—No puedo explicaros mis motivos. Lo siento; son demasiado complejos.

Ella le miró, demostrándole que disponía de todo el tiempo necesario, pero sintió lástima por él y cambió de tema de conversación.

—Aunque nos vimos en la boda de mi difunto amigo el duque de Llanes, no encontré el momento adecuado para preguntároslo: ¿sabéis ya quién pudo atentar contra todos nosotros en el palacio de la Moncloa? ¿Podrían ser los responsables del horrendo crimen de mi querido Carlos Urbión?

Trévelez le agradeció el gesto.

—Analizamos dos posibilidades.

—¿Podríais ser más específico?

—A falta de nuevos datos, estamos detrás de unos gitanos. De momento sólo contamos con sus nombres.

—¿Gitanos? ¿No estaban todos recluidos en los arsenales?

—Se suponía que sí, pero sabemos que muchos se han ido dando a la fuga. Hemos puesto carteles de búsqueda por varios puntos de la ciudad con sus descripciones y nombres.

—¿Cómo se llaman?

—Timbrio y Silerio Heredia.

—¿Cómo decís?

Le repitió los nombres, extrañado de la fulminante palidez que se había adueñado de su rostro.

—Trabajan para mí… —Le temblaban las manos—. Los contraté no hace ni un mes. No sabía que eran gitanos. Son mis nuevos encargados…

—¿Estáis segura?

—Por completo.

Joaquín montó a caballo sin despedirse y se alejó al galope en dirección a su palacio. De camino se cruzó con un grupo de guardias de corps, ordenándoles que le siguieran en ayuda para detener a los dos gitanos. No creía en el factor suerte, aunque por una vez, las casualidades parecían estar de su lado.

La sorpresa de ver a ese hombre allí, su expresión de urgencia, y su paso decidido, puso fin a la conversación que entretenía a Timbrio y Silerio Heredia.

—¿Qué os trae por aquí, amigo Claudio? —Los dos hermanos gitanos detuvieron su trabajo.

Su anterior patrón en la herrería no parecía estar allí para corresponderles con una atenta visita.

—Llevo semanas buscándoos por todo Madrid. Creí que estaríais en otro sitio, no en esta casa. —Suspiró agitado—. ¡Os quieren detener!

—Guardad más cuidado, os lo suplico. Podrían oíros. —Timbrio gesticulaba con las manos señalándole que bajase su tono de voz.

—¿Quién decís que nos quieren prender? —preguntó Silerio.

—Los soldados —respiró fatigado—, y un tal Trévelez, el alcalde de Casa y Corte. Menos mal que os he encontrado a tiempo.

—Explicaos y tomad aliento primero, que os va a dar algo. —Timbrio se alarmó al ver su congestionado rostro.

—¡Debéis huir de inmediato, salir de Madrid y esconderos durante un tiempo!

—¡Tranquilizaos, Claudio!

Silerio le ofreció un poco de agua. El hombre la bebió de un solo trago.

—Vinieron pocas horas después de vuestra salida, hace ya unas semanas. Preguntaban por vosotros. Os acusan de asesinato. No les dije nada, pues poco sé si dicen la verdad o no, y menos me importa. Os considero mis amigos y no permitiré que os suceda nada malo. Sólo tuve que informarles de vuestra condición gitana y de vuestros nombres; me estaban moliendo a palos.

—No os preocupéis; vuestra lealtad hacia nosotros está más que demostrada. No esperábamos tanto de vos. ¿Cómo habrán dado con nosotros?

Timbrio pensaba a toda velocidad. El consejo de huir no le parecía desacertado. Si ya sabían casi todo sobre ellos dos, no les sería difícil encontrarlos. Muchos nobles acudían a esa casa escoltados por guardias armados y más tarde o más temprano alguno podría reconocerles.

Decidió que debían hacer caso a Claudio y salir de allí a toda prisa.

—Nos iremos ahora mismo, Silerio. Tienes razón; este lugar puede ser una ratonera si vienen por nosotros. Más vale que huyamos a tiempo.

Recogieron lo poco que poseían de sus aposentos y se dirigieron de nuevo al taller donde les esperaba Claudio.

—Para no comprometer vuestra seguridad, no os diremos dónde vamos a escondernos. Hemos de abandonar Madrid durante unos días, pero no antes de terminar un asunto que nos ha ocupado demasiado tiempo como para abandonarlo ahora.

—No confiéis en nadie —les aconsejó Claudio—. Mirad siempre a vuestras espaldas. De ahora en adelante, pensad que puede haber alguien persiguiéndoos. Sed muy cautos, os lo ruego.

—Descuidad, mi buen amigo, lo haremos.

Con todo sigilo buscaron la protección del muro interior de los jardines y

caminaron por él hasta alcanzar la puerta de salida, procurando no ser vistos por nadie desde dentro. Llegaron hasta un frondoso seto que los escondía bien. Escucharon algo que los detuvo: eran los ecos de unos cascos de caballo. Parecían ser muchos y se acercaban hacia la casa a toda velocidad. Como precaución, se refugiaron tras las ramas de un inmenso laurel que consiguió ocultarles por completo.

Alguien golpeó la puerta de madera al grito de «abran a la autoridad». Los tres se miraron con aguda preocupación. Timbrio les animó a salir corriendo en cuanto lo ordenase, sin mirar atrás, sin perder tiempo. Con suerte, extremando las precauciones, dispondrían de unos pocos segundos para huir si esperaban a que el último de los guardias hubiese doblado la esquina del invernadero central, el cual haría de pantalla hasta que la patrulla se hubiera repartido por todo el recinto.

Timbrio contó diez hombres, y delante de ellos, a uno que por su vestimenta debía ser el alcalde. Fue consciente de que, en ese momento, estaban tan cerca de verse detenidos y sentenciados a muerte como de seguir disfrutando de su libertad si eran cautos. Su corazón parecía haberse vuelto loco; las palpitaciones le alcanzaban hasta las sienes.

Observó al último de los caballos perderse detrás de las vidrieras y les avisó. Salieron sin hacer ni un solo ruido, pero a toda velocidad. Temían escuchar un grito, algún aviso de un guardia, la orden de su persecución. Pero no ocurrió nada. Por fortuna no habían dejado ningún retén en el exterior, y la calle parecía tranquila. Ya nada les impedía ponerse a correr, con menos cuidado, para alejarse lo antes posible de allí.

Timbrio iba el primero; rompía el orden para adelantarse a cualquier contratiempo que pudiera salirles al encuentro, agarrado a su navaja por si tuviera que hacer uso de ella.

Y de golpe la vio. Había crecido. Le pareció mucho más mujer, pero sin duda se trataba de su hija Amalia. Venía de frente a ellos, caminando con un cesto de mimbre, absorta en sus pensamientos. El ruido de sus pasos la alertó, y ella también le vio. Ahogó un grito de sorpresa cuando su padre le tapó la boca.

—¡Amalia, mi niña!

—¿Padre?

—Nos persiguen. No puedo quedarme aquí. ¡Rápido!, dime dónde vives; te iré a ver en cuanto pueda.

Miraba constantemente hacia atrás, nervioso y feliz por aquella inesperada coincidencia, por haber visto al fin a su hija, después de creerla muerta.

—Trabajo en casa del duque de Llanes y también está conmigo Teresa.

La hija lloraba de emoción. Estaba viendo a su padre y a su tío después de muchos años de ausencia.

—¿Teresa, también? ¡Qué alegría me das, hija!

—¡Debemos irnos de inmediato, Timbrio —le recordó Claudio.

—¡Ahora no puedo quedarme, pero juro que te veré muy pronto!

En Madrid.
Año 1751, 13 de septiembre

Lo habían pensado y deliberado hasta la extenuación. Antes, tuvieron que ir descartando una a una las diferentes alternativas que se ofrecían para llegar hasta él, valorándolas desde todos los ángulos posibles. Al final, la única posible, la que llevaba garantizado un mayor éxito, pasaba por introducirse en la misma sede central del Santo Oficio en la calle del Reloj.

La razón que darían para justificar su presencia y posterior acceso al interior del palacio, resultaría suficiente. Hasta ahí no veían demasiada complicación. Ahora bien, el momento más crítico de su plan vendría después; una vez que estuvieran con él a solas. Allí, su acción debería ser rápida, fulminante, certera.

Era muy temprano para que Madrid todavía sintiese el habitual bullicio que solía presidir sus calles, en ese ir y venir de gentes, de caballos, de ruido. El aroma de su aire, por frío, se hacía doloroso cuando penetraba por la nariz; casi cortante, gélido, y desde luego seco.

Protegidos por dos gruesas capas de lana, dos viandantes aceleraban el paso en absoluto silencio. La tensión atenazaba los músculos de sus rostros. El elevado riesgo que acompañaba a su proyecto les mantenía en constante alerta, observando todo lo que acontecía a su alrededor. Una falsa delación podría servirles de suficiente excusa para justificar su interés en hablar con el alguacil mayor de la Santa Inquisición; su más alto representante después del inquisidor general Pérez Prado, verdadero objetivo de su maquinación pero causa imposible debido a su férrea seguridad. A efectos de ello habían decidido atacar a su segundo, para luego…

—Llevo todo lo necesario, pero no se cómo haremos para imponerle el símbolo.

—Clavándoselo.

—Si hacemos demasiado ruido pondremos en aviso a otros.

—He afilado los clavos; entrarán sin dificultad. No necesitaremos usar otros medios más contundentes.

La fachada del palacio se aproximaba a cada paso que daban. Casi habían llegado.

—Ahora, sobre todo serenidad. No deben notarnos intranquilos; levantaríamos

sospechas.

Llamaron a la puerta tres veces. Escucharon unos pasos desde el interior. Se descorrieron dos grandes cerrojos y la puerta empezó a abrirse. Un hombre de baja estatura y ojos achinados les miró tosiendo sin parar; parecía que se iba a descoyuntar. Esperaron a que se recuperase sin ninguna prisa.

—¡Perdonadme!, este frío me matará cualquier día. —Se sonó la nariz de forma aparatosa con un pañuelo bastante sucio—. ¿En qué puedo ayudar a tan madrugadores visitantes?

—Deseamos ver al alguacil mayor.

El portero trató de identificar aquellos rostros, medio ocultos bajo las capas.

—¿El padre Aquilino? ¿Tenéis cita con él?

—No, pero debemos verle. Traemos graves noticias que deben ser por él conocidas, y pronto.

—Si pretendéis que os deje pasar, deberíais ser algo más explícitos. —De tanta tos, sus ojos estaban enrojecidos y llorosos, pero su mirada era firme y su expresión decidida.

—Poseemos una información que seguro va a ser de su interés. Venimos de buena fe a denunciar a un alto cargo eclesiástico por su comportamiento aberrante y su manifiesta herejía. Por ser éste un asunto de extrema delicadeza, hemos entendido que sólo debe ser escuchado por alguien que después sepa tratarlo con la necesaria prudencia.

Aquella sorprendente revelación provocó otro acceso de tos en el portero que le dejó sin habla. Les abrió del todo la puerta, dándoles paso.

—Esperad aquí… —Se dobló con otro golpe; esta vez de estornudos—. Iré a buscarle.

El recibidor era circular, con una colosal estatua del arcángel san Gabriel en su centro, con yelmo, armadura, y espada en mano, pisando la cabeza de un dragón.

Su pared más noble, frente a la puerta, quedaba vestida por un enorme tapiz de seda con los símbolos de la Inquisición; la cruz verde, con la espada y la rama de olivo a cada lado de ella. Cuatro arcos se abrían desde allí a unos largos pasillos sin fondo, y en cada una de las paredes que los separaba, continuando el perímetro del círculo, otros tantos tapices con las representaciones simbólicas de los cuatro evangelistas; el hombre, un toro, el león, y el águila.

Al ser conscientes del peligro que suponía esa parte del plan, se miraron para darse tranquilidad.

—Lo único que necesitamos es conseguir que nos lleve hasta su despacho. Luego, una vez allí, todo será fácil.

—Siempre que no tengamos más compañía.

—Confiemos que no sea así.

Al fin aparecieron y, para su consuelo, sólo dos; el portero y el que debía ser el alguacil. Este último los estudió con gesto preocupado. Sin saber la personalidad del denunciado ni la importancia de su cargo, el asunto le pareció de enorme gravedad. Era su superior, el obispo Pérez Prado, el que se encargaba en persona de estos temas, pero en su ausencia recaía en él la obligación de atender ese tipo de declaraciones.

—Arturo Aquilino, alguacil mayor del Santo Oficio…

No sabía cómo proceder; estrecharles la mano con cortesía o mostrarse distante. Su misterioso aspecto no le ofrecía demasiada confianza.

—Queremos denunciar a un hombre de Iglesia, obispo para ser más precisos, por su escandaloso obrar, vida disipada, y en general por el mal ejemplo que transmite a sus fieles.

—Ya veo…

El alguacil no parecía saber qué decisión tomar, y guardó un largo y tenso silencio que provocó la inquietud del resto de los presentes.

La situación rozaba el absurdo.

—¿Podríamos hablarlo en privado? —propuso al final uno de los visitantes, mirando con incomodidad al portero. Éste no pareció demasiado molesto por verse privado de escuchar su testimonio.

—Claro… sería lo más sensato. Seguidme hasta mi despacho; allí podréis expresaros sin ningún tapujo.

Tomaron uno de los pasillos hasta llegar a un recodo que luego se doblaba a la derecha. El alguacil abrió la primera de las puertas que había y les invitó a pasar. Por fortuna, nadie más les había visto de camino, y tampoco se escuchaba actividad alguna en el resto del pasillo.

Actuaron de forma tan rápida como eficaz. Mientras uno le agarró del cuello y le tapaba la boca, el otro lo amordazó hasta comprobar que apenas se oían sus gemidos. Luego acercó una silla y le sentó de golpe, atándole con férreos nudos sus tobillos a las patas.

—Sujétale los brazos mientras le ato.

Le pasaron los dos brazos por encima de la cabeza, dejándoselos anudados a la nuca. Una última cuerda le cruzó el vientre y le ató a la silla, dejándole inmovilizado por completo.

El miedo barría la mirada del alguacil. Sabía que aquello no podía terminar bien. Aterrorizado, veía cómo aquellas personas se movían alrededor con una preocupante determinación. Sin pronunciar palabra demostraban saber lo que querían.

El que parecía mayor de los dos, sacó de su chupa una bolsa de fieltro de mediano tamaño, y de ella, una estrella dorada, como de latón. Le rajó la camisola de arriba abajo y sin pensárselo dos veces colocó la estrella sobre su pecho.

—Sorprendido, ¿verdad? —Sonrió, deleitándose con su cara de espanto—. Esto

es nada en comparación con lo que veréis a partir de ahora.

El primer clavo entró fácilmente entre las costillas, hundiéndose sin problemas. Con el segundo y el tercero tuvieron más problemas al coincidir los extremos de la estrella con el hueso. Tuvieron que ir moviéndola hasta encontrar hueco por donde penetrar los afilados hierros. Los dos últimos se introdujeron sin dificultad. Después, se apartaron de él para contemplar el resultado de su obra, a todas luces perfecta, tal y como parecían pensar.

—¡Míralo ahora, míralo! ¡Fíjate en sus ojos! —pronunció alborotado el que parecía más joven.

El otro se acercó a su cara con un afilado cuchillo y le cortó una oreja.

—¡Verdugo has sido en vida, y como tal sólo has producido muerte!

Envolvió la oreja en un pañuelo y se la guardó.

—¡Ahora han sido tus víctimas quienes te han elegido, sucia alimaña!

—Deja de hablar —le recriminó el otro—, y acaba de una vez con él; debemos irnos.

El alguacil se retorcía en la silla entumecido por el dolor y el pánico. En su interior imploraba que aquello terminara cuanto antes, y fue en ese momento cuando le vio venir.

Iba con una maza en su mano. Su cabeza recibió el impacto, tan brutal que se hundió bajo el pesado hierro.

Su ejecutor sonrió satisfecho, observando cómo el martillo se había quedado clavado en su cráneo.

—Déjalo ya y vayámonos de aquí cuanto antes —insistió el segundo.

Comprobaron que no había nadie por el pasillo, alegrándose de hallar al portero en el recibidor.

Una puñalada mortal ahogó para siempre el eco de sus toses antes de que cerraran la puerta del edificio.

—Desde que has aparecido esta mañana para despertarme hasta ahora, no has dejado ni un solo instante de canturrear. Noto algo en tu expresión, no sé; desbordas de alegría. ¿Qué te ha pasado para que estés así? —preguntó Beatriz.

—Estoy muy contenta, señora…

Amalia estaba terminando de ordenar su ropero.

—¿Y qué te hace estarlo?

Se dirigió hacia el baúl donde se guardaba la ropa de cama, y eligió un juego nuevo de sábanas para cambiar las actuales.

—¡Ayer vi a mi padre! —Se le escapó una risita nerviosa.

—Pero ¿no me dijiste que estaba encerrado en un arsenal en Cádiz?

—No me contó nada. Iba junto a mi tío y otro hombre por la calle, con mucha

prisa, y apenas pude hablar con él. Pero está vivo y aquí…

—No lo entiendo. ¿Cómo no pudo hablar contigo después de tanto tiempo?

Retiró las sábanas usadas y se puso a hacer la cama, ahora con las limpias.

—Señora, os recuerdo que los gitanos estamos siendo perseguidos. Supongo que pudo ser ése el motivo que hizo que no pudiera quedarse más tiempo conmigo. Pero no me importa. Le he visto, y pronto podré hablar con él; me lo prometió.

Por un momento, Beatriz la envidió hasta en lo más profundo de sus entrañas; a ella jamás le podría pasar algo semejante.

Miraba a Amalia. Su piel de color tostado con un suave tono aceituna resaltaba sobre el blanco de su vestido. Una zahína melena empezaba a aflorar sobre los teñidos cabellos. Esa vieja sabiduría, entrañada en la tierra y en la sangre romaní, afloraba en cada uno de sus movimientos y expresiones.

—¡Acércate!

La doncella dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia ella. Su sonrisa iluminaba por sí sola todo el dormitorio. Luego se dobló sentada a sus pies.

—No soy hija de la condesa de Benavente. —Sus dedos empezaron a juguetear con sus cabellos.

Amalia frunció el ceño, extrañada ante tal declaración.

—Mi madre se llamaba Justina y murió asesinada hace seis años; entre mis brazos. Los responsables de su crimen encarcelaron también a mi padre, a mi adorado padre, y me robaron la vida, mataron mi esperanza, mi derecho de volver a verle, pues entre sus muros, preso de su iniquidad, murió al poco tiempo sin remedio.

Beatriz hablaba con toda serenidad, segura de saberse entendida por la joven, cuyos sentimientos podían ser tan cercanos como rabiosos. Todavía la conocía poco, pero notaba una unión entre ellas que traspasaba lo material, que se hacía evidente.

Amalia supo que no debía preguntar; sólo escuchar, compartir.

—Fui adoptada por los condes y cuidada por ellos. Sin ser todavía consciente de que nuestro destino está escrito en algún lugar, éste me llevó a conocer a un gitano; mi mejor amigo primero y mi amante después.

El gesto de sorpresa en Amalia fue pronto respondido.

—Has conocido a María Emilia. Ella lo adoptó cuando su marido estaba destinado en el arsenal de La Carraca, donde Braulio estaba cautivo, al igual que tu padre.

Amalia supo de inmediato que aquel amor se había quebrado por algún grave suceso.

Beatriz se sentía cómoda con ella. Rozó su frente conmovida por la complicidad que surgía entre ambas. Sabía que Amalia podía escuchar las mudas voces que pululaban por su interior. Tenía ese poder, cada vez lo notaba con más fuerza y le resultaba atractivo.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué el mal nos mortifica más a unos que a otros?

—Acaso será que algunos le seducimos más —respondió la gitana.

A Beatriz le cautivó su respuesta.

—¿También has sentido su poder, moviéndose a tu alrededor, fascinado por ti?

—Sí. Como algo frío, como una pesadilla que se repite cada noche. En mi caso, siempre está a mi lado; tanto que me he acostumbrado a su presencia.

—Lo sé. Hasta llegas a desear que no desaparezca nunca de ti, y quieres sentirlo más cerca, hasta ser la dueña de sus actos…

Amalia no imaginaba el alcance de sus palabras, pero Beatriz sabía muy bien de qué hablaba. La suma de las tragedias que la habían acompañado a lo largo de su vida fueron adquiriendo poco a poco en ella un nuevo sentido, hasta cambiar la idea que tenía sobre la maldad. O mejor aún, ya no constituía nada temible, pues había sido su más fiel compañera a lo largo de los años. Se había convertido en su norte, en su guía, en su destino.

—Él murió, ¿verdad? —Incapaz de frenar su curiosidad, al instante comprendió la inoportunidad de su pregunta.

—No entiendo por qué me lo preguntas, Amalia. Has penetrado en mis pensamientos y lo has visto todo. ¿No es verdad?

—Sí. Le he visto derrumbado en vuestros brazos. Como en un sueño, mis ojos han sido los suyos por un momento y así, he llegado a sentir lo mucho que os amaba. Había sangre por todos lados, cuerpos, dolor.

—Hace dos meses se celebró una gran fiesta en el palacio del duque de Huáscar. Para entonces, yo ya estaba comprometida con el duque, por supuesto obligada por mis padres, y aquella noche era nuestra primera aparición en público como pareja. Braulio también acudió; él acompañaba a una conocida de ambos. Habíamos discutido unos días antes por causa de una de vuestras leyes, cuando supe que se proponía ser fiel a vuestra tradición de respetar a la persona casada, rompiéndome toda esperanza de dar continuidad a nuestro amor. En un cementerio, lo recordaré siempre, decidí que había terminado con él. En ese momento, no estaba capacitada para asumirlo, ni entenderle, y le cerré mi corazón. —Detuvo su relato, para sobreponerse al intenso dolor que la atravesaba—. Durante el baile, me pretendió, me embelesó como sólo él sabía hacerlo y le volví a rechazar; esta vez, con un beso que debí dirigirle a él y se lo escupí, dándoselo a mi difunto marido. Luego llegó la confusión; un enorme estruendo. Tres más después. Corrí a buscarle, desesperada, intuyendo que estaba muerto. Y terminé encontrándole… —Guardó un largo silencio —. Lo demás ya lo sabes.

Miró a Amalia. Lloraba. Secó sus lágrimas entre sus dedos, y por una vez deseó también acompañarla. No pudo.

—El otro día me hablasteis de un libro…

—Todavía no. Lo verás. Confía en mí; lo entenderás mejor más adelante.

Un reloj marcó el mediodía. Amalia le recordó que tenía que salir pronto si no quería perder su clase de latín. Aunque aquellas campanadas les habían quebrado un momento tan especial, casi mágico, la vida seguía su ritmo, ajena a cualquier emoción, en realidad ajena a todo.

Amalia se levantó con rapidez y se puso a terminar de hacer la cama.

Beatriz buscó una basquiña para protegerse del frío, y se fue satisfecha por saber que Amalia ya formaba parte de ella; una importante parte, donde otros habían dejado un enorme hueco.

Iba mejorando su conocimiento del latín, pero todavía no era el suficiente para lo que ella necesitaba…

El cuartel de los guardias de corps, limitado al norte por la puerta del Conde Duque, ocupaba orgulloso un amplio conjunto de manzanas en aquel Madrid de palacios y conventos. Entre sus muros recibía instrucción la temida guardia real; los soldados mejor adiestrados y con mayor prestigio de todo el ejército, responsables directos de la seguridad de la familia real.

Formada por hombres en su mayoría extranjeros y venidos de Flandes, era respetada por muchos y demonizada por los demás; estos últimos, hartos de ver cómo las máximas autoridades del país caían en manos extranjeras desde la llegada de los Borbones.

Aquella mañana, el alcalde Trévelez llevaba una orden expresa para su capitán, firmada por el máximo responsable del gobierno, el marqués de la Ensenada, instándole a poner a su disposición veinte patrullas, de seis hombres cada una, para barrer todo Madrid en busca de dos gitanos de nombre Timbrio y Silerio y de apellido Heredia, por ser éstos los principales sospechosos de los crímenes de Castro, del duque de Llanes, y ahora del alguacil del Santo Oficio, además de las doce víctimas producidas en el palacio de la Moncloa.

Acababa de despachar con Somodevilla, como cada día, poco después de acudir al escenario del nuevo asesinato, en la sede del Supremo Consejo de la Inquisición.

Ensenada se había mostrado más de acuerdo con él en creer que los gitanos eran los verdaderos responsables de aquellos homicidios, a diferencia de lo que pensaba Rávago. Al saber que las investigaciones estaban dando sus primeros frutos y que ya se disponía de sus nombres y descripciones, aunque todavía no hubiesen sido detenidos, el marqués le expresó su total confianza y apoyo para emprender una decidida persecución de los mismos. Ambos eran conscientes de la imperiosa necesidad de ofrecer al Rey algún avance, por más que fuese poco definitivo.

Trévelez veía en el crimen del alguacil las mismas características de los de Castro

y el duque de Llanes; el odio desmedido a la víctima, un nuevo símbolo, otra mutilación. Aunque las tradiciones y ritos del mundo gitano eran poco conocidos, Trévelez no dudaba de que pudieran cometer aquellos crímenes, tan brutales y despiadados, cuando sus costumbres y leyes eran tan arcaicas como elementales, casi todas basadas en el derecho de venganza.

Si cada vez que hablaba con Rávago la pista masónica parecía ser la única posible, y hasta se había embarcado en persona a seguir una pista que comprometía al embajador Keene, sin embargo, su instinto le llevaba a considerar la hipótesis gitana como la más firme. Motivos, los tenían tras su intento de exterminio. Y su odio no era de ahora, venía de siempre; era casi inherente a su raza.

Joaquín recordaba la declaración de uno de sus ayudantes, el que había llegado primero al escenario de aquel brutal asesinato.

—No he visto nada igual en mi vida —decía una y otra vez—. Aquello parecía obra del mismo diablo; un mazo incrustado en su cabeza y aquella estrella en su pecho, clavada con puntas, y sin una de sus orejas. ¡Satán, ha sido Satán! —repetía convencido.

Dos guardias le cerraron el paso cuando alcanzó la puerta de entrada. Trévelez iba solo. Les mostró sus documentos y la orden de Ensenada para que le permitieran el acceso. Entró en el patio y se dirigió hacia la primera planta para buscar al capitán. Por su cabeza galopaba el macabro suceso de esa mañana y su relación con los detalles de los anteriores crímenes: ahora una estrella y un mazo; antes, una herida triangular en Castro y una escuadra en el duque de Llanes. En su estado de confusión, se veía incapaz de optar por un camino: ¿gitanos, masones? ¿O tal vez no se trataba de ninguno de ellos?

—Capitán Voemer…

—Alcalde… Sentaos por favor. ¿En qué puedo ayudaros?

Trévelez le mostró la orden de Ensenada. El hombre la leyó con toda atención y musitó algunas palabras en voz baja.

—Somodevilla ordena que ponga a vuestra disposición ciento veinte hombres con absoluta prioridad, pero no explica el motivo. ¿Qué grave asunto puede requerir tamaña fuerza armada?

—Entiendo que estáis al corriente de los últimos crímenes cometidos en Madrid.

—Por supuesto, pero no comprendo en qué podemos serviros de ayuda cuando vos tenéis abundante guardia, y de seguro más especializada que la nuestra. —Se estiraba un afilado bigote que se le disparaba hacia arriba—. Por cierto, supe que ayer hicisteis uso de mis guardias para detener a unos sospechosos. No pretendo conocer todos los detalles, pero me agradaría entender los motivos.

—Sabréis entonces que no pudimos dar con ellos. —Trévelez suspiró algo cansado, pero trató de ponerle al corriente—. Os explicaré a quién buscábamos y por

qué. Creemos que las explosiones en casa del duque de Huáscar, que causaron tantas víctimas y una extrema preocupación en el Rey, fueron debidas a dos gitanos de nombre Timbrio y Silerio. Ayer mismo, por una casualidad, supe que trabajaban para la duquesa de Arcos, pero llegamos tarde; se habían esfumado. Puedo aseguraros que el propio monarca está tan interesado en su captura como yo. Por eso os necesitamos. Hemos de actuar con toda rapidez. —Le pasó un informe con sus descripciones y nombres—. También los hacemos responsables de los anteriores crímenes que os he citado antes. Esta misma mañana se ha cometido el último; en la Secretaría de la Inquisición, y no podéis imaginaros con qué crueldad. Como veis, el tiempo corre en nuestra contra.

—¿Tenéis otras líneas de investigación o estáis seguro que han sido ellos?

—Por motivos de cautela ahora no puedo ser mucho más explícito, pero he de reconocer que existe otra segunda vía que considera una posible implicación masónica. —El hombre se mostró afectado al escuchar aquello.

—Permitidme una opinión, aunque sólo sea a título personal. —Hizo una larga pausa, y le miró de un modo extraño, como si estuviera midiendo el alcance de lo que iba a decir—. Veo difícil que los masones sean sus autores. Ellos no actúan de ese modo; atentaría contra su filosofía.

—Me sorprende vuestra seguridad, capitán. No os ofendáis, pero vuestra actitud me hace dudar. Acaso no seréis masón, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Me tengo por buen cristiano —contestó con firmeza.

Trévelez le miró desconfiado.

—¿Podéis razonarme entonces vuestra afirmación y de qué conocéis sus principios?

—Sólo os diré que tengo buenas fuentes, de intachable solvencia; algunas muy cercanas a mi propia familia. Por ellas he sabido que son estrictos en seleccionar para sus sociedades hombres de bien y sólo de buenas costumbres. Su credo rechaza la violencia y persigue una fraternidad universal, donde no existan distinciones por razón de cultura, religión o posición social. Dentro de su cuerpo doctrinal, tienen como máxima una cerrada defensa de la libertad de conciencia, además de perseguir la igualdad de todos los hombres. Por todo ello, los creo incapaces de hacer daño a nadie, y mucho menos de usar el asesinato para alcanzar sus fines.

Aquel alegato produjo en Trévelez la convicción de que aquel hombre, aunque refiriera sus fuentes, en realidad escondía su afiliación a esa sociedad. En ese preciso momento decidió que podría serle de mucha ayuda.

—No dudo que puedan ser ciertas vuestras informaciones —argumentó Trévelez —, pero pensad que también disponemos de otras que parecen no obedecer a esas nobles pautas que acabáis de apuntar. Como veo que conocéis demasiado bien sus interioridades, ¿vos qué pensáis? ¿No podría existir una segúnda organización, más

hermética, con fines menos filantrópicos? —Su gesto de complicidad, unido a la ironía en su afirmación previa a la pregunta, puso en aviso al capitán Voemer de que Trévelez había descubierto su adscripción a la masonería.

—Lo desconozco.

—Dejémonos ya de subterfugios. Si os prestáis a colaborar conmigo, a cambio os puedo asegurar una total inmunidad.

—¿Inmunidad? —Adoptó un gesto altivo—. ¿De qué me debo proteger, si nada tengo que ver con ellos?

—¿Queréis que os recuerde la vigencia del decreto real que prohíbe a todo militar pertenecer a esa sociedad, con penas de prisión, retirada de sueldo y expulsión inmediata del ejército?

El capitán se lamentó de su ligereza; sin haberlo pretendido se había puesto en evidencia delante del alcalde Trévelez y ahora no disponía de otra salida a su comprometida situación que reconocer su pertenencia.

—Vos diréis en qué puedo ayudaros —aceptó, ahora del todo entregado.

—El alguacil asesinado esta mañana tenía clavado en su pecho una estrella. Para un masón, ¿tiene algún significado ese símbolo?

—Describídmela con más exactitud.

—Era una estrella de cinco puntas parecida a la de David, pero con algunas diferencias. Parecía estar formada por tres triángulos entrelazados entre sí de un modo peculiar; como dibujados de un solo trazo…

—Es una estrella flamígera —le cortó el capitán—. Para un masón representa los cinco ejes de la perfección a la que aspira; fuerza, sabiduría, belleza, virtud y caridad.

—Interesante… —Joaquín se rascó el mentón, encantado por aquel nuevo descubrimiento—. En los anteriores crímenes aparecieron también otras figuras; un triángulo en el pecho del jesuita Castro, y lo que según interpretamos podía ser una escuadra en el del duque de Llanes. Ambos fueron mutilados; también su última víctima. ¿Encontráis a todo esto algún significado?

—No puedo negaros que sí. El triángulo y la escuadra son herramientas que de un modo simbólico ayudan a entender al masón cómo puede construir su templo interior, imitando a los antiguos maestros que se servían de ellas para levantar las catedrales y otras edificaciones sagradas o templos exteriores.

—Por tanto, no cabe ninguna duda que vuestra fraternidad ha tenido mucho que ver en todos esos sucesos. —Aquel contundente análisis perseguía poner a prueba su capacidad de reacción.

—No del todo.

—Explicaos.

—Las mutilaciones no tienen significado alguno para un masón, pero sí para un gitano.

—Tratáis de confundirme, lo presiento. No os seguiré el juego; sólo pretendéis exculpar a vuestra secreta sociedad —le dijo Trévelez.

—Veréis como no. Conozco bien a los gitanos. Hace años, antes del decreto de persecución, me fue encargada una investigación para mejorar lo poco que sabíamos sobre sus costumbres y tradiciones.

—No os creo.

—Preguntad al marqués de la Ensenada. La orden vino directamente de él.

—Lo haré, pero antes contadme lo que sabéis.

—Los gitanos profesan una religión ancestral, casi se puede decir que primaria, con rituales paganos antiquísimos. Como sabréis, la constitución de clanes y familias son las formas de organización que dan estructura a sus sociedades.

Al parecer, en la antigüedad, para asegurarse la preeminencia de un clan, al que pretendía el liderazgo le era permitida la práctica de la mutilación a sus opositores. Entre todas las que realizaban, los genitales eran los órganos preferidos como mejor forma de humillación del contrario, pero aquéllos no eran los únicos miembros que podían ser amputados. En definitiva, por salvaje que ahora nos parezca, no eran más que primitivas demostraciones del poder de un individuo sobre el resto.

—Al duque de Llanes le fue extirpado uno de sus testículos, a Castro el corazón y a la última víctima una oreja. Si vuestra teoría es correcta, sus autores, gitanos según vos, y masones en mi opinión, ¿sólo lo hacen como demostración de poder? ¿Para qué?

—Sólo lo saben ellos. Pero a modo de conjetura, si hablamos del duque como ejemplo, al haber sido un alto representante de la nobleza, considero que su elección podría significar su particular batalla contra los poderes establecidos. De esta manera, los casos del superior de los jesuitas, padre Castro, o del alguacil de la Inquisición, representarían claros ejemplos de otros sectores que dominan nuestra sociedad. Pensad, además, que para los gitanos, todos ellos fueron los inspiradores de su persecución. Es coherente desde cualquier ángulo que lo queramos ver, ¿no os parece?

—Es cierto, pero para la deteriorada causa de la masonería serviría idéntico argumento.

—Os daré dos razonamientos más que aún apoyarán mejor mi teoría.

—Adelante, probad a convencerme pues hasta ahora no lo habéis conseguido —le retó Trévelez.

—No me negaréis que el pueblo gitano es violento; practican el robo, se sirven de sangrientas venganzas entre ellos, frecuentan el engaño y la trampa. En definitiva, poseen una clara tendencia a lo delictivo. Y segundo, no sé si sabéis que muchos sitúan el origen de su extraña cultura en las remotas tierras de Egipto. ¿No son también las pirámides enormes triángulos simbólicos? —Le miró satisfecho de sus

deducciones—. ¿Acaso necesitáis más argumentos?

—Está bien, capitán. He de reconocer que vuestras premisas tienen cierta solidez. Capturadlos cuanto antes y comprobémoslo.

—¡De acuerdo! Nos pondremos en marcha de inmediato. Realizaremos el registro dividiéndonos por barrios, casa a casa, hasta que los localicemos. Descuidad; os mantendré informado de cualquier novedad.

—De todos modos, si la ocasión lo requiere, desearía aprovechar vuestro profundo conocimiento sobre la masonería, siempre que me aseguréis que cuento con vuestra discreción y obediencia. Supongo que no se os ocurrirá hablar de esto con vuestros hermanos masones.

—Alcalde, antes que nada soy militar, y creedme que ya no me une nada con ellos. Contad conmigo para lo que creáis necesario.

Trévelez se sintió satisfecho por su determinación; le pareció sincero. Además, sabía que la guardia de corps debía su alto prestigio a una demostrada eficacia en todas sus misiones. En sus manos, la búsqueda estaba bien encomendada.

Sin embargo, al abandonar el cuartel, mientras repasaba algunos de los detalles de la conversación que acababa de mantener, las dudas le volvieron a asaltar. ¿Serían suficientes los argumentos esgrimidos por el capitán para hacer recaer toda la responsabilidad de los asesinatos en los gitanos? Su reconocida tendencia delictiva, la coincidencia del triángulo en sus orígenes, o su presencia, bien confirmada, en la noche del atentado, podían llevar a pensar que sí. Pero en su mente parecía hacer contrapeso la imagen de aquella estrella de la que habían hablado, pues cierto era que poseía un importante significado para los masones, tal y como éste había reconocido. El capitán había dicho que representaba el cénit de su doctrina; y sus cinco puntas, las virtudes deseables para todos sus miembros: belleza, fuerza, sabiduría, caridad y virtud.

Su instinto le llevaba a seguir esa pista. Además, estaba casi seguro que ese hombre no había contado todo lo que sabía.

—¡Qué agradable sorpresa, Joaquín! Pasa, no te quedes ahí fuera… —Le besó en los labios—. No te esperaba…

María Emilia Salvadores se percató de inmediato que su presencia no se debía a una espontánea ni amorosa visita. Su gesto hablaba por sí solo. Algo no iba bien y Joaquín no sabía disimularlo.

—¿Te encuentras bien?

—Sólo preocupado. —Joaquín entró en el recibidor con precipitación, sin esperar a que le fuera retirada ni la capa ni el sombrero—. La verdad es que hoy no tenía intención de venir, pero he pensado que podrías serme de ayuda.

María Emilia le observó algo intranquila. Ordenó a su paje que le retirara las

prendas de abrigo.

—Necesito una opinión externa —continuó Trévelez—; de alguien que no esté dentro del fenomenal embrollo en el que me he metido.

—Bueno, no sé si sabré…

Le invitó a seguirla hacia su gabinete.

Al estudiar su rostro, María Emilia descubrió a un hombre desesperado; alguien desbordado por los acontecimientos.

—Han vuelto a hacerlo, ¿verdad?

—Hace pocas horas y con mayor crudeza si cabe.

—Antes de que sigas, voy a pedir que nos pongan un chocolate. Creo que te vendrá bien.

A la espera de la inmediata aparición de la doncella, decidieron guardar un prudente silencio. De todos modos, María Emilia no dejaba de observarle. Nunca le había notado tan tenso como aquel día; andaba de un lado a otro del salón y sus labios se movían sin parar, como si estuviese hablando consigo mismo. Parecía ausente, intranquilo, ansioso. Se empezó a poner nerviosa.

—¡Me estás preocupando, Joaquín! ¿Qué te ocurre?

—Tengo demasiados problemas para resolver y toda la Corte pendiente de cada uno de los avances o fracasos que produce mi investigación. Tan sólo hace unas horas, estuvimos muy cerca de detener a los posibles autores del atentado, pero se nos escaparon por segunda vez; ¡y en ambos casos por poco tiempo! —exclamó, irritado.

Se podía pensar que aquello era razón suficiente para que Joaquín se sintiese así, pero además, coincidía en él otra circunstancia que también le martirizaba. La proximidad de María Emilia le hacía recordar de un modo doloroso el vil cortejo con el que pretendía ganarse los favores de la mujer del embajador inglés. Por un momento pensó explicárselo todo, pero decidió no hacerlo; ahora sus prioridades eran otras aunque de todos modos aquello le hacía sentirse muy mal.

Los brazos de María Emilia le pararon en seco. Ella trató de tranquilizarle de la manera más convincente que pudo, pero nada parecía ser suficiente.

Aunque Joaquín acababa de tomar la determinación de dejar para otro momento explicaciones, allí, de cara a ella, mirándole a los ojos, los remordimientos le vencían.

¿Cómo podía explicar que había quedado con Catherine para un encuentro, más íntimo que el que ya había tenido, en la embajada y cuando no estuviese su marido presente? Se le antojaba difícil de aceptar por ella, aunque no hiciese demasiado tiempo de su distracción con aquel marino y él lo había tenido que asumir…

Le besó en la mejilla para tranquilizarla, y trató de centrar sus pensamientos en el asunto que le venía a proponer.

Con bastante oportunidad la doncella apareció con dos humeantes tazas de chocolate. En cuanto hubo terminado de servírselos, preguntó si necesitaban algo más

de ella.

María Emilia le despidió con una negativa y a continuación invitó a Joaquín a explicarse.

—Lamento tener que contarte estas horrendas novedades. Si lo hago es porque confío en tu intuición.

—Descuida, Joaquín. Estoy preparada para escuchar cualquier cosa. —Sintió un poco de frío y le pidió que le acercase una toquilla de lana que tenía a su lado.

—Como te decía, han vuelto a cometer otro crimen esta misma mañana.

Trévelez hizo una larga pausa para calcular la manera más suave de exponer la brutalidad de lo que había presenciado.

—¿Y…? —María Emilia se mordía el labio a la espera de que se arrancase.

—Esta vez, el macabro albur ha recaído en la Secretaría de la Inquisición, en la persona de su alguacil mayor. Su cadáver apareció sentado y atado a una silla, los brazos anudados a su nuca por las muñecas. Su cráneo había sido aplastado por una maza de hierro que aún permanecía clavada en él, le habían seccionado una de sus orejas, y tenía una estrella de latón clavada en su pecho. También asesinaron al portero del palacio, tal vez para evitar que los identificara.

—¡Santísimo Dios! —María Emilia sintió primero asco; luego un respingo que recorrió todo su cuerpo.

—Es terrible, lo sé. Y el atrevimiento con el que operan es evidente, pues no han dudado en cometer su asesinato en la misma sede de la Inquisición.

—Antes he entendido que has podido estar muy cerca de capturar a los autores del pasado atentado. ¿Sigues pensando en aquellos gitanos? ¿También los haces responsables del resto de asesinatos?

—No tengo ninguna seguridad, pero lo cierto es que constituyen la única pista real con la que de momento cuento.

—¿Y en qué piensas que puedo serte de ayuda, si apenas sé lo que ha ocurrido? —María Emilia no quería defraudar sus expectativas, pero veía muy lejana su posible utilidad.

—Eso es justo lo que busco de ti; una visión sin antecedentes previos, limpia de influencias como las que padezco de parte de unos y otros.

Trévelez le resumió primero toda la información que disponía sobre los distintos crímenes. Luego, buscó un papel y en silencio, dibujó una extraña estrella con cinco puntas. Sobre cada una de ellas escribió cinco palabras. Al terminar, se lo pasó para que diera su opinión.

—Belleza, virtud, fuerza, caridad, sabiduría —leyó María Emilia—, en una estrella, cuyo diseño jamás he visto antes. Supongo que es la misma que ha aparecido en el pecho del alguacil. ¿Adónde quieres llevarme, Joaquín?

—Mi intuición me dice que de todas, ésta es la pista clave; la que puede hacernos

entender el resto. Te explicaré por qué. Esta misma mañana, he estado conversando con el capitán Voemer de la guardia de corps. Mi único objetivo era pedirle, por orden de Ensenada, parte de sus tropas para buscar a los gitanos por Madrid, pero cuál ha sido mi sorpresa cuando he descubierto que era masón.

—¿Se definió como tal?

—No al principio, pero luego tuvo que reconocerlo. Por él he sabido que esta estrella posee un poderoso significado para la masonería.

—¿Crees entonces, que los masones son los responsables de este último asesinato?

Joaquín negó con la cabeza al notar que aquello no iba por buen camino.

—Querida María Emilia, necesito que tu cerebro actúe sin condicionantes; intenta no sacar conclusiones demasiado precipitadas, y ahora, ruego que te concentres sólo en esas cinco palabras. A primera vista ¿qué te dicen? ¿Hacia dónde te dirigen?

Ella recogió el papel y empezó a meditar en sus posibles significados.

De manera involuntaria, su atención se centró en la palabra caridad. Cerró los ojos y comenzó a notar que aquel término rebotaba en su cabeza, sin querer abandonarla, buscando una conexión que pudiera tener algún significado lógico. Joaquín la observaba con inquietud y también con esperanza.

A los pocos minutos empezó a hablar, con los párpados cerrados, desde un mundo de aparentes penumbras.

—La caridad es una acción propia del corazón. También es la virtud que se espera de un buen cristiano. Surge del ser humano al mezclarse la voluntad, o querer hacer, con el amor; desear el bien a los demás. Los religiosos encarnan como nadie esa virtud.

—El jesuita Castro lo era —apuntó Trévelez.

—Por eso le fue extirpado un órgano como el corazón —concluyó ella de un modo espontáneo.

Joaquín la miraba sorprendido.

—Fuerza. Esta es la segunda palabra que ha llamado mi atención. Puede originarse como consecuencia de una disciplina física, y tal vez sea ésta la respuesta más lógica a lo que buscamos. Pero también es propia del que posee abundantes riquezas. Hablo de otro tipo de fuerza; la del dinero. Si buscásemos quién la representa mejor, deberíamos pensar en un noble. —Esta vez se adelantó al comentario que imaginaba iba a hacer Joaquín—. Y mi vecino lo era. Al duque de Llanes le fue mutilado su órgano genital; la fuerza masculina.

María Emilia abrió los ojos para recoger la siguiente palabra. La saboreó durante unos minutos más, antes de volver a hablar.

—Sabiduría: la virtud más deseada por el hombre en su anhelo por parecerse al Creador. También se dice que es más sabio el que escucha y no el que habla mucho.

Al alguacil le aplastaron su cerebro, donde reside el saber. También le seccionaron una oreja; por tanto la puerta de la verdadera sabiduría —concluyó María Emilia.

—¡Asombroso! No imaginé que pudieras llegar a tales conclusiones por evidentes que ahora parezcan. —Trévelez le besó en la mejilla encantado, hinchado de orgullo —. Si las correspondencias que acabas de hacer son ciertas, faltaría entender las dos últimas; belleza y virtud. Y con ellas, quiénes podrían ser sus destinatarios —apuntó Joaquín.

María Emilia le miró complacida. Lo pensó, y sin prisas se dejó arrastrar de nuevo por sus primeras sensaciones.

—Joaquín, volverán a matar. Tienen que completar su obra. Lo harán sobre otras dos personas que de algún modo encarnen los atributos que nos faltan; la belleza y la virtud. También les mutilarán, robándoles algo que pueda simbolizarlas.

Joaquín se felicitó por haber decidido implicarla en aquel juego.

—Me faltaba la piedra angular que soportara el resto de las pistas y tú has conseguido su encaje. Ahora, creo que he de buscar a los culpables entre los masones. No sé quiénes son, ni por dónde se mueven, pero me siento más cerca de ellos, y además, sus futuros movimientos empiezan a ser un poco más predecibles.

—Me alegro. Tampoco yo había imaginado poder llegar tan lejos —sonrió María Emilia.

—Hasta ahora —Joaquín quiso sumarse a sus deducciones—, sus víctimas representan las tres instituciones más responsables de su decreto de prohibición; inspirándolo, como es el caso de los jesuitas y la nobleza, o en su ejecución, y aquí encajaría la Inquisición, representada por el alguacil asesinado esta mañana. Podríamos prevenir sus futuras acciones si consideramos quiénes más han tenido un importante papel en la génesis de ese decreto, y después buscar su posible relación con los conceptos de virtud y belleza. La tarea no parece fácil, pero si lo logramos, dos vidas pueden depender de ello. ¿Quieres intentarlo conmigo?

María Emilia no puso objeción a ello, pero le instó a invertir los papeles; ahora le preguntaría ella.

—¿Qué te dice la palabra virtud?

—Mérito, entrega, eficacia. —Joaquín improvisó lo primero que le vino a la mente. Ella adoptó un gesto de decepción, recriminándole su insuficiencia—. También moralidad, honradez, sinceridad, integridad, castidad. —Joaquín declamó algunas actitudes humanas, que llevadas al extremo podían ser buenos ejemplos en la definición de aquella palabra.

—Correcto. Y ahora, ¿quién crees que podría simbolizar la práctica de la virtud?

—Un buen artista, por ejemplo el cantante Farinelli o Scarlatti, o cualquiera de los pintores de mayor fama de la Corte. Pero también cabrían, en igual consideración, ciertos religiosos; aquellos que practican la vida de clausura.

—Coincido contigo —acotó ella—. Supongo que no te sería difícil procurar una buena protección a los primeros, por su escaso número, pero con los segundos la cosa se complica; creo que en Madrid hay censadas más de tres mil monjas de clausura y otros tantos frailes. Poner vigilancia a todos es una tarea imposible.

—De acuerdo, pero ese número podría reducirse sólo con saber qué órdenes han influido más en la prohibición de la masonería. Si fijamos como autores definitivos de los asesinatos a los masones, debemos asumir que hasta ahora han actuado de un modo selectivo, a excepción del atentado en el palacio de la Moncloa. —Joaquín se detuvo, para continuar en voz alta lo que acababa de pensar—. Lo consultaré con Rávago; es el hombre más adecuado. Seguro que él conoce todos los vericuetos que condujeron a la firma del real decreto. Desde luego, si pudiéramos centrarnos en sólo una o dos órdenes, el problema sería más sencillo.

—Sigue entonces, Joaquín. Háblame de la belleza. Trata de ponerte en la mente de esos asesinos y piensa qué te sugiere esa palabra, y sobre quién fijarías tu atención. —María Emilia se reconocía bastante falta de ideas.

—Belleza es sinónimo de hermosura. Es una palabra que me arrastra a pensar en vosotras, las mujeres; sus máximos exponentes. Hasta ahora no han actuado sobre ninguna, pero podría ser… —Miró pensativo hacia un punto aleatorio de la habitación—. Por otro lado, también puede expresar otros conceptos como el de grandeza, esplendor, perfección…

Miró a su prometida buscando su ayuda. A María Emilia le resultaba igual de complicado casar ese atributo con alguien en concreto, y más si tenía que buscarle alguna relación con la batalla emprendida en contra de la masonería.

Callaron.

—Belleza, bello, bella… ¡Qué difícil!

Joaquín se puso a caminar por la habitación meditando. Miró a través de un ventanal hacia la calle, como si la respuesta estuviera escondida en algún lugar de ella. Le despistó el vuelo de una paloma, y rompió su silencio exponiendo en voz alta sus pensamientos.

—Si fuera uno de ellos y quisiera llevarme conmigo una muestra de la belleza, elegiría una mujer, la más perfecta de todas. Luego desollaría su rostro para robarle su don, y perdóname por la brutal conclusión a la que llego.

—No te preocupes, desde luego ellos tampoco se cuidan en sutilezas —le disculpó María Emilia—. Lo malo es que mujeres bellas en Madrid hay muchas.

—Lo sé; me encuentro delante de un notable ejemplo y de los mejores, por cierto —le sonrió.

—¡Dios me libre de ser su candidata!

—Sería lo último que permitiría… Descuida que no te faltará protección por si acaso. No tengas miedo. ¿Quiénes podrían tener más sentido, dentro de sus planes?

—¿La Reina? —se le ocurrió a ella.

—¿Bromeas?

—¿No te parece guapa? —preguntó María Emilia con toda malicia.

—Sabes que ése no es uno de sus mejores atributos.

—Ya, pero cumple con el resto de tus definiciones; esplendor, grandeza… Puede parecer descabellado, pero no lo descartaría de principio, Joaquín. Han demostrado que se atreven con todo, por arriesgado que nos parezca.

Trévelez se dio cuenta del excesivo tiempo que había ocupado su conversación, y le dio a entender la necesidad de darla por terminada.

—Avisaré a la guardia de corps para que estrechen aún más su vigilancia. Ahora se me hace tarde. Debo resolver otros asuntos. En cuanto hable con Rávago, pondré en marcha un plan de protección para todos aquellos que lo requieran. Te ruego que sigas meditando sobre lo que hoy hemos hablado.

Trévelez se levantó del sillón decidido a despedirse ya de ella. La besó con más pasión que nunca.

—Salgo contigo. He quedado con Faustina.

—Gracias de corazón, hoy has sido mi lazarillo. Además de sentirme enamorado, estoy orgulloso de ti.

Aquella era la primera vez que el capellán Parejas acudía al palacio del duque de Llanes.

Como responsable espiritual de la noble casa de los condes de Benavente, conocía bien las circunstancias que habían llevado a que Beatriz Rosillón formara parte de esa familia. Él había sido responsable de la delación de su padre a la Inquisición, cuando supo que formaba parte de aquella perversa asociación que llamaban francmasonería.

Beatriz no lo sabía, y él confiaba en que nunca lo supiera, pues no beneficiaría en nada su acción pastoral.

Desde el primer día que había hablado con ella, años atrás, las dificultades por penetrar en su interior se le hicieron insalvables; en realidad nunca la había llegado a conocer bien. Su alma no era transparente, y su voluntad esquiva a sus indicaciones y consejos. El celo de su ministerio a duras penas había logrado escalar el alto muro que Beatriz había decidido interponer siempre entre ellos.

El padre Parejas era un hombre santo, justo y benevolente, paciente hasta el límite. Jamás le había importado la espera, aunque los frutos no llegasen. Él se aferraba a su fe, aun en sus más hondas tribulaciones, porque sabía que la mano de Dios actuaba a su manera, sin contar con la lógica humana; nunca le había defraudado.

No hacía demasiado tiempo, la condesa de Benavente le había encomendado que siguiera atendiendo a su hija Beatriz. Dijo estar preocupada por su comportamiento

desde la muerte de Braulio, y más aún con la del duque de Llanes. Le pidió que no diera por cumplida su misión espiritual con ella por haber dejado el domicilio paterno y que retomara el hábito de confesarla y confortarla con su acción pastoral y su valía e influjo espiritual.

—La señora vendrá en breve. —Amalia le acomodó en la biblioteca del palacio.

Observó con disgusto la presencia de algunos títulos prohibidos entre aquellas estanterías, y le pareció reprobable la falta de cuidado que muchos nobles ponían al respetar las listas que publicaba la Santa Inquisición.

—Padre Parejas…

—Mi querida Beatriz… —Ella besó su mano.

—Sentaos padre, os lo ruego.

El hombre esperó a que lo hiciera la joven y buscó una posición próxima a ella. Esa tarde no venía con cortas pretensiones, y pensó que la cercanía le daría una posición ventajosa.

—¿Deseáis tomar alguna cosa, padre?

—No, gracias. —Buscó en su bolsillo un rosario y jugueteó con él para camuflar su nerviosismo. Descubrió a una Beatriz más fría, indiferente.

—Pues vos diréis…

—Bien… —Carraspeó intranquilo—. La verdad es que no sé cómo empezar… —En su gesto, desde luego no encontró ningún apoyo—. Bueno… he venido para ofrecerme. Han pasado varias semanas desde tu última confesión y me gustaría que no abandonásemos esa santa costumbre…

—Ahora no lo necesito —le repuso con sequedad.

—No quiero decir que sea hoy; me refiero…

—¡Esperad, no sigáis hablando!

Beatriz se había preparado para recibir esa u otra propuesta y acudía con la idea de afrontarlas de una sola vez, sin que le quedase ninguna duda.

—No pretendo rechazar vuestra presencia de mi casa y no por eso dejaré de conversar con vos, pero no quiero seguir abriéndoos mi corazón, ni en confesión ni de ninguna otra manera. Me gustaría dejarlo muy claro, padre.

—¿De dónde sale esa severidad hacia mí? No te he conocido nunca así.

—No tiene causa en vos; supongo que surge de mí y que viene de hace tiempo. Lo único que ha cambiado es que ahora lo afronto tal y como debería haberlo hecho en su momento.

—No acabo de entenderte, pero en vista de ello, ahora sí me tomaré un chocolate, por favor. —Parejas entendió que aquello no tomaba el rumbo esperado.

Beatriz llamó a Amalia y le encargó dos tazas y algo dulce para acompañarlas. Miró al capellán y sintió una cierta lástima; era un buen hombre al que no podía culpar de su situación, y además sabía que era un cabezota; eso se lo había

demostrado en el pasado, en innumerables ocasiones. Para contrarrestar su obstinada voluntad, no le sería suficiente decir que ya no quería su dirección espiritual.

Mientras el padre Parejas decidía qué argumentos le serían más útiles para conseguir que Beatriz se abriera a él, ella hacía lo contrario; elegía excusas para evitar aquella conversación que estuvieran bien fundamentadas, pues no le sería fácil derrotar sus intentos de ablandar su firmeza.

Amalia apareció con una bandeja y la dejó cerca de Beatriz. Antes de salir, le lanzó una mirada de complicidad pues sabía la incomodidad que le producía a su ama aquella visita.

—Entiendo que tu matrimonio no fue feliz. Más aún sabiendo cómo amabas a Braulio.

Parejas intentó abrir cuanto antes la herida, dejando a un lado su primer argumento sacramental.

—Estáis muy equivocado, padre. ¿Por qué no había de serlo?

—Entiendo que no sentiste ningún amor hacia él.

—Me duele vuestra suposición cuando no recuerdo haber mantenido conversación alguna con vos donde hubiéramos tratado mis sentimientos. ¿Qué mujer no hubiera deseado verse en igual situación que la mía: casada con un noble adinerado y respetada?

—Entiendo que muchas, pero algo me dice que tú no.

—¿Qué es ese algo…? Si yo os contesto de una forma específica, me repele que no hagáis vos lo mismo.

Parejas se percató que la orientación que había querido dar a la charla se le escapaba. En un entorno de pura dialéctica, Beatriz se manejaba con habilidad y soltura.

—Me refiero a la pérdida de Braulio, por ejemplo.

—Las personas entran y salen de tu vida, sin más. Aunque también he perdido a mi marido, he de reconocer que algunas me han dejado mayor huella que otras. —Nada parecía reducir su cerrada actitud.

Beatriz empezó a considerar la posibilidad de terminar aquella conversación sin dar más explicaciones. No entendía qué razones le estaban empujando para preguntar si su matrimonio había sido el ideal, ni por qué escarbaba en sus heridas.

—Beatriz, ábreme tu corazón; te dará paz.

Le agarró de las manos. Ella se soltó con un gesto de rechazo.

—¿Abrir mi corazón…? ¿Para qué? —Su mirada era afilada, destructiva.

—Para ayudarte a entender. Para que penetre la luz de Dios en él. —El religioso mantuvo un largo silencio, mirándola muy despacio, pidiéndole en pensamiento que se dejase hacer—. Tu vida se ha visto acompañada de desgracias, de infortunios, de penas. Soy tu confesor, y como pastor espiritual tuyo, conozco tanto tu necesidad de

consuelo divino y humano como tu decidido rechazo a dejarte ayudar.

Beatriz le miraba sin ninguna intención de abrirse a él. El sacerdote siguió hablando.

—No te he visto nunca llorar. Resultas tan impermeable a la hora de mostrar tus sentimientos, que a veces he llegado a pensar que no tienen cabida en tu interior. Perdona mi sinceridad, pero creo que te casaste por despecho, mostrando a todos una alegría donde no la había, haciéndonos ver que habías superado la muerte de tu verdadero amor, Braulio, cuando no era cierto. ¡Te engañas! No sólo nos engañas a los demás. Creo que dentro de ti vive un resentimiento permanente, que mantienes oculto pero siempre vivo; un odio que surgió a partir de lo que les ocurrió a tus padres, aumentado después con la muerte de Braulio…

Beatriz no había escuchado nunca impresiones tan agrias sobre ella. Se sintió herida, por un momento, vulnerable.

—En otras palabras; a vuestros ojos sólo soy una mala mujer.

—Hoy he venido en tu ayuda para que cambies. No lo eres, pero debes liberar de ti ese mal que te atormenta, esa zozobra que te domina. Vengo a abrir ese corazón tuyo que se ha cerrado de dolor y no deja que nada entre en él.

Beatriz suspiró dos veces, o tal vez tres. Aquel hombre era obstinado, pero competente en su influencia espiritual. Nada de lo que dijese le serviría, nada, hasta que consiguiese sus propósitos.

Le miró a los ojos, escudriñando en su interior, y por algún motivo inexplicable tomó una decisión.

—¡Quiero confesarme ahora!

—Aquí no podemos… Mejor en una capilla o en un templo. —Aquello le pareció insólito.

—¡No! Os mostraré por una sola vez todo lo que vive en mi interior; lo que nunca antes habíais conseguido. Pero debe ser en este momento. De no ser así, jamás os daré otra oportunidad. Vos decidís, padre.

—Arrodíllate a mi lado y empecemos.

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida. —El padre Parejas se santiguó.

—Con esta confesión no busco perdón pues acudo a ella sin arrepentimiento.

—Pero Beatriz, eso no se debe hacer…

—El mal habita en mi corazón. —No le dejó hablar—. Al principio de barruntar su presencia, empeñé toda mi voluntad en alejarlo de mí, en expulsarlo lejos. Fracasé una y otra vez; era imposible. Pasado un tiempo, comprendí que debía convivir con él y, no sólo eso, también entenderle; cuando te ha elegido y ha puesto la vista en ti, de pronto descubres que no puedes luchar contra él.

Aquella declaración hirió en lo más hondo el alma del capellán. Jamás había

escuchado algo parecido de nadie. Le impresionó la serenidad que demostraba Beatriz.

—¿A qué llamas el mal?

—Al que acompaña mi vida. A mi más noble amo; el que no me confunde y del que soy su fiel servidora.

—Beatriz, me asusta lo que dices. ¿Acaso estás hablando del diablo?

—No sé ponerle un nombre. Trataré de explicarme de otra manera. En otras personas, el bien acude de una manera o de otra a sus vidas, les acompaña, les dirige, preside su comportamiento, y ven sus frutos su presencia. Ése puede ser también su caso. En la mía, lo estuvo, pero sólo hasta el día de la muerte de mi madre. Después ya no ha vuelto a entrar; ha dejado su hueco y el mal lo ha ocupado. La desgracia, la pena, el dolor o la tristeza son los hijos naturales del mal. Todos ellos han querido protagonizar mi vida. Se dice que el mal es oscuro, frío, pero no es verdad, yo he llegado a sentir su poder de seducción hasta abandonarme a sus encantos, entregándome a él hasta el extremo. Creedme, el mal atrae; y con más fuerza que el bien.

—No digas tantas barbaridades, por Dios bendito. Él te puede ayudar; lo puede todo. Pídeselo con fe.

—Dios ya me ha dado la libertad de elegir, y sabe que lo he hecho. Ahora no he de pedirle nada más.

—Beatriz, hija mía, vives en un mundo interior lleno de confusión. La maldad no existe como tal, sólo aprovecha el espacio que deja la falta de bien. El mal vive de las acciones o de las intenciones, y tú eres sólo una joven que jamás ha cometido daño alguno. Has sufrido, más que nadie, mucho, pero no te abandones a esas ideas que no son reales, créeme, enfermarán tu mente y no te traerán felicidad.

—¿Felicidad? —gritó indignada—. ¿La que proviene de qué? ¿De ver cómo te van arrebatando, sin ningún sentido, todo aquello que amas, una y otra vez? ¿La que uno experimenta cuando tienes entre tus brazos el cuerpo roto de tu ser amado, provocado por no se sabe quién ni para qué, o el de tu propia madre muerta sin sentido?

—Lo sé, aquellas muertes no parecen tener lógica ante nuestros ojos de hombres; pero sí ante la mirada de Dios, aunque resulte imposible de entender. Neutraliza con buenas obras, con bondad, aquellos lugares de tu conciencia donde creas que habita el mal. Si llenas de amor tus actos, bañarás con ellos el odio. Aférrate a la esperanza, a la caridad, si es que te asaltan el ánimo de venganza o de ira en tu vida.

Beatriz se rió en su cara.

—Bellas palabras, padre. Lúcidas y sensatas para cualquiera; en mí se vuelven tenues y sin efecto. Nada conseguirá que me desvíe de mi decisión última. —Su mirada era cáustica, definitiva—. Hace muy poco descubrí mi verdadera misión, y

creedme que la cumpliré. ¡Sé que en ello reside otro tipo de felicidad!

—Háblame sobre esa decisión, no sé a qué te refieres. Te recuerdo que estás embarazada…

En aquella increíble revelación a la que acudía el atónito padre Parejas, creyó entender una posible reacción autodestructiva. Temió por su suicidio.

Beatriz captó su pensamiento y volvió a reírse de él, con descaro. Al religioso, aquella expresión le resultaba histriónica, salvaje, cruel, y le taladraba su herida conciencia, como si de ácido se tratara.

—El ser que vive en mí está aislado, bien protegido, nada malo le llega, lo sé. Es el único resto de bien que se mantiene en mi ser, y no debéis temer por él. Hasta que no viva fuera de mí nada he de decidir. Será después…

—¡Confiésame tus intenciones! —exclamó en un tono excitado—. No permitiré que te pierdas; eres parte de mi rebaño, he de cuidarte y protegerte… —Un agrio sudor resbalaba por su frente, preso de una angustia y un dolor insoportable. Rezaba por ella, le imploraba a su Señor que le regalara su amor, que curara su alma.

—Jamás lo haré. Cuando llegue el día lo entenderéis. Ahora absolvedme ya o terminemos cuanto antes esta confesión.

—No puedo… —el hombre lloraba de impotencia—, sin tu arrepentimiento y tu deseo de perdón.

—Pues dejémoslo así porque nada de eso está presente en mis intenciones. Sólo os recuerdo vuestro deber de secreto de confesión, y por tanto nada, repito, nada de lo que os he revelado debe salir de esta habitación.

—Es mi deber como sacerdote, pero también pedir por tu alma, lo que haré sin desfallecer hasta conseguir tu conversión.

—Haced lo que creáis conveniente. Pero, en adelante, id pensando en dejarme en paz y enfocar vuestro fervor hacia otra destinataria. —Se incorporó y lo primero que comprobó fue la desesperación que reflejaba su rostro—. Mi criada os acompañará hasta la salida.

—Beatriz… lo que me has contado ha herido mi alma. Mi corazón siente un profundo dolor que me abrasa.

—Aprended a convivir con ello. —Volvió a reírse con desprecio—. En ocasiones, así es como el mal avisa de su presencia; puede que sea el signo de su primera visita.

En Alcalá de Henares.
Año 1751, 19 de septiembre

A los pies de la calzada que comunicaba la capital con Aragón y Cataluña, aquella posada constituía una parada obligada para todo viajero que hiciera esa ruta. Aunque se encontraba a escasa distancia de Madrid, durante la comida se daban cita multitud de comerciantes, funcionarios y clérigos, soldados y artistas, debido más a la fama que le habían ganado las manos de su cocinera que a la propia conveniencia de su ubicación.

Aquella mañana, oscurecida por un manto de frescas nubes, el viento azotaba el rostro y los cuerpos de los que allí acudían en busca de algo de calor y sobre todo de sus reconocidas viandas. En su interior, un aromático guiso de cordero explotaba en matices por todos los rincones del amplio comedor, saturado de hambrientos viajeros.

Frente a dos humeantes platos y recogidos en silencio, Timbrio y Silerio Heredia observaban con discreción a uno de sus comensales, sentado en una mesa próxima, que como tantos otros, daba cuenta de su plato entre sorbos de un vino más fuerte y áspero que recomendable.

Unos días antes, a lomo de dos muías robadas, habían tomado ruta hacia las afueras de Madrid para procurarse un nuevo refugio lejos de sus captores. Alcalá de Henares les pareció un buen lugar para pasar inadvertidos, por su tamaño e intensa actividad de visitantes y propios. Encontraron un discreto cobijo en una antigua casa de labor abandonada a escasa distancia de la ciudad.

Desde aquella casucha las vistas era escasas; apenas unas docenas de olivos desde una de sus ventanas, el límite de la ciudad por otra, y la posada; la única que conseguía entretener sus muchas horas muertas.

Ansioso por recuperar a sus hijas, Timbrio ideó un plan que les permitiría regresar a Madrid sin ser reconocidos: se harían con una de las carrozas que allí paraban, abandonarían a su propietario en aquel discreto retiro, y una vez disfrazados con sus ropas y con sus papeles y autorizaciones, afrontarían cualquier control que hubiera en el camino.

—¿Cómo lo ves? —Los dos hermanos estudiaban a uno de los comensales a

pocas mesas de ellos.

—Podría ser el adecuado, Silerio; he comprobado que viaja solo, y su físico se asemeja al mío.

—¿Y cómo lo haremos? Parece que la mitad de Madrid estuviese comiendo hoy aquí. Al menos he contado cuarenta carruajes en la explanada.

—Le abordaremos fuera; nada más se ponga en camino. Tú te harás con el paje y yo anularé al hombre para que no dé la voz de alarma.

—Necesitamos con urgencia algo de dinero. Espero que este comerciante vaya bien servido, pues no nos queda nada; lo justo para pagar esta comida.

—En cuanto rescatemos a mis hijas deberíamos tomar camino hacia el norte. He oído que por allí hay abundante ganado y trabajo para unos buenos herreros. Hasta ahora, nuestra venganza ha producido un daño que algunos no podrán olvidar durante mucho tiempo, pero todavía no ha sido suficiente. Aún podemos herirles más y lo haremos, por peligroso que resulte acercarnos ahora a ellos.

Silerio observó que el hombre estaba pagando su consumición. Avisó a la joven que les había atendido, e hizo lo mismo.

—Yo voy a salir. Te espero fuera. No quiero que se escape.

Timbrio se dirigió hacia la explanada donde un numeroso grupo de pajes cuidaban de los más variados vehículos. A los pocos minutos vio aparecer a su víctima. Tras él, Silerio, sin perderle de vista. El despreocupado comerciante se dirigió hacia el lugar donde se encontraba Timbrio. Saludó a un paje y le ordenó que se preparara para partir de inmediato a Madrid. Se subió a una discreta carroza y sin tiempo de haber cerrado la portezuela, se encontró con el rostro de Timbrio y un amenazante puñal.

—Si queréis seguir vivo, lo mejor es que no intentéis ninguna tontería.

Para su suerte, el comerciante supo entender de inmediato el peligro que corría y se mantuvo en silencio y tranquilo. Silerio había conseguido lo mismo con el paje, y le avisó con tres golpes en el techo. De momento, el plan parecía estar funcionado bien.

A poca distancia de la posada, alcanzaron un polvoriento camino que tomaba una dirección desconocida. Advertido de ello, el hombre empezó a temer por su propia vida.

—Os ruego que no me hagáis daño. Podéis llevaros todo mi dinero. Prometo no denunciaros; tenéis mi palabra. ¿Adónde me lleváis?

—Agradecemos vuestra generosidad. —Sonrió Timbrio—. Estad seguro que haremos buen uso de ella, como también de vuestro carruaje y caballos. Si colaboráis, no os pasará nada.

Los dos hombres fueron atados y abandonados en el interior de la casa sin que sus súplicas fueran tenidas demasiado en cuenta. Timbrio y Silerio sabían que nadie

advertiría su presencia. Se vistieron con sus trajes, y tomaron a continuación el camino de Madrid.

Apenas había empezado la tarde y si apuraban la marcha, llegarían a la ciudad bastante antes del anochecer, con más de cinco mil ducados en sus bolsillos, abundante ropa de noble corte y un cómodo transporte para un posterior viaje en dirección norte.

A la misma hora, Amalia acompañaba a Beatriz por la plaza Mayor para recoger unos sombreros de una de las tiendas de más prestigio de Madrid, que abría allí sus puertas.

Sin poder imaginar las intenciones de su padre, paseaba al lado de su señora sin perderse ni un detalle de los muchos escaparates que iban sucediéndose a su paso, pues si había algo que la superaba era su innata curiosidad.

Se detuvieron en una librería. La exposición de sus muchos volúmenes, ordenados por temas, provocó en Amalia el recuerdo de lo ocurrido aquella misma mañana.

Beatriz le había enseñado el misterioso libro al que tantas veces había hecho referencia, cuyo nombre le extrañó tanto o más que su contenido. Se trataba de un grueso tratado en latín que versaba sobre la vida y milagros de todos los santos, llamado *Martirologio*. Sin mostrarse desatenta hacia ella, trató de entender la importancia que aquellas páginas podían tener en su vida, aunque en un principio le pareciesen poco entretenidas.

Beatriz hablaba sin parar de unos y otros personajes, con una ilusión contagiosa, interesándose por sus impresiones a medida que le revelaba los aspectos más curiosos o los detalles más sorprendentes de cada uno de ellos.

Al principio a Amalia le costó seguirla, y no sólo por no entender de religión —como de otras muchas cosas, aunque siempre lo intentaba—, hasta que comprendió cuáles eran sus motivos. Aquello no era más que una cortina de humo que Beatriz usaba para no hablarle de un contenido con mucho más trasfondo, algo esencial para ella. Por eso se empeñó en dirigir sus preguntas hacia otro objetivo, sobre todo al detenerse en la vida de santa Justina, cuando detectó en ella una expresión distinta, cargada de significados, con la clara percepción de que todo lo anterior se encadenaba y terminaba sin remedio en esa mujer martirizada. Recordó haber oído que su madre se llamaba igual, y también aquel secreto cuadro que pintaba Beatriz, dada su notoria similitud con la escena que encabezaba el relato de la vida de la santa en aquel libro.

Mantenía el lienzo escondido con un celo desmedido, como si fuera el más preciado de sus misterios. Nadie sabía nada de él. Tampoco a ella se lo había enseñado, aunque su curiosidad pudo más que su prudencia, y en una sola ocasión, a sus espaldas, logró verlo. Dedujo entonces que estaba pintando el martirio de esa

mujer.

Amalia quiso conocer más sobre la santa. Le interrogó sobre su vida y hurgó por donde pudo. Ella le contestaba, pero sin abarcar todos sus significados, sólo le ponía en la pista para que se esforzase en encontrarlos por sí misma. Beatriz le habló de la oportunidad del sacrificio, de la belleza del dolor. Tomaba como ejemplo el puñal clavado en el pecho de la santa, para explicarle cómo veía ella la muerte, cuál era la íntima esencia de la violencia.

Amalia se sintió incapaz de atravesar aquellos extraños dinteles que Beatriz le abría a esos mundos, tan alejados de su pensamiento. Beatriz no se mostró descontenta cuando se sinceró sobre ello; muy al contrario, la invitó a pensar, sin prisas, animándola a iniciar de su mano aquel espectacular camino que se desplegaba ante ella.

—Beatriz…

Una voz familiar les hizo darse la vuelta para entender de quién partía.

—Doña Teresa… ¡Qué grata sorpresa!

La duquesa de Arcos, madrina de su boda, se acercó a besar a la joven viuda del duque de Llanes.

—Os he visto desde la acera de enfrente. Parecíais tan entretenida en el escaparate que no he podido frenar mi curiosidad por saber qué podía atraer tanto vuestro interés. —Miró de reojo. Decepcionada, sólo encontró libros y más libros.

—En realidad íbamos hacia la plaza Mayor a recoger un encargo, pero reconozco que siento por la literatura una especial atracción y me he despistado unos minutos en esta librería.

—Si no os importa os acompañaré hasta allí. —Se agarró de su brazo y se pusieron a caminar. Detrás, las dos doncellas hicieron lo mismo—. Me ha parecido que vuestra doncella es medio gitana. Cuidaos de esa gente; son de poco fiar —le dijo en voz baja.

—No tengo ningún motivo para ello. Mi doncella es una excelente mujer y la mejor en su trabajo.

—Me alegra saberlo, pero no dejéis de vigilarla. De siempre los gitanos han tenido como oficio el engaño.

—Amalia es distinta. Es tierna, sincera, amable. Confío en ella tanto como si la conociese de siempre.

La duquesa la miró, preocupada por la complicidad que mostraba con su doncella, bajo su opinión poco deseable entre ama y sirvienta y menos tratándose de una mujer de esa raza.

—¡Ahora caigo que no os he contado el gravísimo asunto que he protagonizado!

—¿Qué os ha pasado? —preguntó Beatriz.

La duquesa de Arcos aceleró el paso para separarse más de sus sirvientas.

—Resulta, que sin yo saberlo, he tenido trabajando en mis caballerizas a los sospechosos de las explosiones que tuvieron lugar en el baile del duque de Huéscar…

Aquella noticia provocó un respingo de dolor en Beatriz. Volvió a ver los ojos moribundos de Braulio.

—¿Cómo? —Beatriz no estaba segura de querer saber más, o mantenerse en la ignorancia por lo ocurrido.

—Al parecer se cree que fue obra de dos gitanos… —le susurró al oído—. ¡Otra demostración más de que no son gente de fiar!

—Pero, doña Teresa, ¿cómo habéis llegado a saberlo?

—Por una causal conversación con el alcalde Trévelez, no hará ni una semana. Al preguntarle por el curso de sus investigaciones, me explicó que andaba persiguiendo a dos gitanos de nombre Timbrio y Silerio, que por casualidad coincidían con los mismos que yo acababa de contratar.

—¿Habéis dicho que se llaman Timbrio y Silerio?

Una tormenta de horror estalló en su mente. Deseaba con fervor que aquellos nombres no fuesen los mismos que Amalia le había dado: los de su padre y su tío. Se debía tratar de una cruel coincidencia.

La duquesa de Arcos reconoció en su lividez una expresión semejante a la suya cuando supo quiénes tenía trabajando en su casa.

—¿Os suenan de algo?

Beatriz pensó a toda velocidad. Si se lo decía, se arriesgaba a perder a Amalia; que la complicasen de alguna manera en el caso…

—Claro que sí; coinciden con los personajes de un libro de Cervantes, *La Galatea*.

Se le ocurrió esa salida, pues había caído en ese detalle el mismo día que Amalia le habló de ellos.

—Pues éstos no son de ficción; se escaparon por minutos de las tropas de Trévelez y andan buscándolos por todo Madrid.

—¿Podríais decirme en qué día ocurrió todo eso?

Beatriz recordaba que Amalia se había encontrado con su padre el día doce de septiembre, el mismo día que su madre había dado a luz a María Josefa. Si coincidían las fechas, no le cabrían dudas.

—Esperad que lo piense. No hace una semana de ello… Sí, ya sé; fue la tarde del pasado día doce.

A Beatriz se le cayó el mundo a los pies. Aquella noticia suponía que el padre de Amalia había asesinado a su querido Braulio. ¿Cómo podía afrontar esa terrible noticia? Estaba segura que su doncella no sabría nada. ¿Debía decírselo? ¿Cómo reaccionaría? Flotaba sobre un mar de dudas.

Volvió la vista hacia ella y encontró su dulce sonrisa, siempre dispuesta a

complacerla.

—Disculpadme, acabo de recordar algo que me obliga a volver de inmediato a mi casa.

A la duquesa de Arcos le extrañó aquella inminente decisión. Beatriz llamó a Amalia.

—Espero no haberos asustado. Entiendo que no todos los gitanos son como aquellos…

—Mi urgencia nada tiene que ver con eso. Acabo de recordar que tengo una visita y debe estar al llegar. No se trata de nada más.

—Me tranquilizáis. ¡Marchad entonces! Yo seguiré con mi paseo.

Tras despedirse, Beatriz y Amalia tomaron camino de vuelta hacia su casa. A los pocos pasos, la doncella leyó en su rostro una seria preocupación. Entendió que se trataba de algo de enorme gravedad.

—Perdonadme mi señora, pero hay algo en vos que os está turbando y me preocupa. ¿Puedo ayudaros?

—No estoy segura, Amalia. He sabido algo que te podría afectar…

—Como vos decís, dejad que yo misma sea la que lo juzgue.

—No sé… De verdad que es una terrible noticia y…

—Señora, no me evitéis por más tiempo saber de qué trata.

Amalia hizo que se sentasen en un banco de piedra, al lado de la entrada de una iglesia. Beatriz pensó la manera de dar la noticia atenuándole el golpe.

—La duquesa de Arcos acaba de explicarme que conoce a tu padre y a tu tío.

—¿De qué les puede conocer esa mujer?

Amalia empezó a pensar. Se preguntaba qué tendría aquello de desfavorable.

—Han trabajado para ella durante unos pocos días…

—Qué casualidad, parece gracioso…

—¡No! —gritó Beatriz sin contenerse—. ¡Es terrible!

—No os entiendo señora…

—El día que te encontraste con ellos, en realidad huían para evitar ser detenidos.

—Ya os lo conté. Los gitanos estamos siendo perseguidos. No veo nada preocupante en ello…

—Se piensa que fueron los responsables del atentado en el palacio de la Moncloa, en la fiesta en la que murió Braulio. Ellos lo asesinaron…

—Pero… ¡no puede ser! —Los ojos de Amalia se turbaron con un velo de lágrimas—. Mi padre no es capaz de hacer daño a nadie…

—Pues lo pudo hacer, Amalia. Él y tu tío colocaron la pólvora que mató a varios de los presentes y me robaron el amor de mi vida.

Amalia buscó en sus ojos la expresión de sus sentimientos. Beatriz interpuso un tapiz de rencor, tan tupido como imposible de traspasar.

—¿Puede existir alguna duda todavía?

—Parece que no. Poseen serias pruebas contra ellos.

—¡Lo siento, señora! —Acarició sus manos, implorándole su comprensión—. Repudio la acción de mi padre con todo mi corazón, debéis creerme…

—Posees su misma sangre. No sé hasta qué punto eres sincera conmigo. Desde que te conozco, he visto en ti el amargo impulso de la venganza por todo lo que os han hecho. En el fondo, tu padre sólo ha ejecutado lo que también tú sientes por dentro. Digamos que él ha sido más consecuente.

—Pero mató a su Braulio… y a otros, y eso no tiene perdón.

—Por ese motivo le odio, con todo mi ser, con todas mis capacidades y posibilidades, hasta dolerme el aliento. Él destruyó mi esperanza, lo único que me hacía sobrevivir.

Amalia acarició una de sus mejillas con gesto suplicante, implorando perdón para los suyos, reclamándole algo que ni siquiera ella era capaz de lograr. Su piel le pareció áspera, insensible, y sus ojos infinitos; miraba hacia ningún sitio y hacia todos a la vez, perdida en su mundo interior.

—Sois para mí mucho más que un ama, y vos lo sabéis. En todo momento me habéis dirigido con ternura y no con disciplina. Os habéis prodigado en comprensión cuando podíais haberme tratado con indiferencia. También me habéis abierto vuestra alma sin pudor y yo os he correspondido con la misma devoción. Os lo ruego por lo mucho o poco que he supuesto hasta ahora para vos: no puedo seguir viéndoos así, con esa mirada que despierta vuestro dolor más oscuro. Pedidme lo que queráis, por más extraño que sea, lo haré, pero abandonad ese camino que habéis emprendido.

Aquello despertó a Beatriz de su ensueño de angustia, de sus más tortuosos pensamientos.

—Gracias, Amalia —se abrazó a ella indiferente a la curiosidad que producía en los viandantes—, me acabas de demostrar mucho. Te siento tan cerca de mí…

—Odio a mi padre…

—No digas eso —le tapó la boca—, déjame para mí ese sentimiento. No lo hagas tuyo.

—Sois tan buena…

—Vayámonos a casa; éste no es el lugar más adecuado para seguir hablando.

Un fuerte viento, húmedo y racheado, azotó a las dos mujeres durante el recorrido por las calles que las separaban de la plaza de la Vega. La molestia del aire les hacía detenerse a cada poco, a resguardo de algún portal, hasta que éste parecía bajar de intensidad.

A escasas dos manzanas de su palacio empezó a llover con tanta fuerza, que apenas las basquiñas les resguardaban. Los techos de los pocos carruajes que pasaban a su lado sonaban como un coro de tambores, y sus ruedas salpicaban el agua que iba

acumulándose en la vía. Con los vestidos empapados llegaron hasta la puerta de su casa. Les extrañó la presencia de una carroza detenida en ella, pero no repararon en más detalles; sólo deseaban llegar cuanto antes al interior y ponerse a resguardo.

—¡Amalia…! ¡Espera! —Esa voz, resultaba tan familiar…

Amalia se volvió atrás, a la vez que Beatriz, y lo que vio le asestó un duro golpe. Su padre bajaba de la carroza vestido con noble traje y le sonreía triunfal. A su lado estaba Silerio, con idéntica expresión.

—Hija, hemos venido a buscarte para irnos juntos, todos. ¡Llama a tu hermana Teresa, y no os demoréis mucho!

Amalia miró a Beatriz, entre el manto de agua que caía con increíble furia sobre sus cuerpos, y descubrió la tensión de sus músculos, la ira en sus pupilas. Luego, todo ocurrió en un instante. Beatriz se lanzó furiosa, gritando, hacia Timbrio.

Le clavó las uñas a escasos milímetros de sus ojos, y sacó de sus entrañas una inesperada fuerza empujándole contra uno de sus caballos. El hombre cayó al suelo, en parte sorprendido por aquella insólita reacción y también por el efecto del envite.

—¡Sucio asesino!

A Beatriz sólo le dio tiempo a pegarle una violenta patada en la cara que le abrió el labio, pues sin más posibilidad de seguir contra él era aferrada por Silerio cuando éste acudía en ayuda de su hermano.

—¡Suéltame si eres hombre!

Beatriz trataba de zafarse de él dándole patadas por doquier, pero el gitano sólo respondía sujetándola con más fuerza. Amalia corrió hacia ellos entre sollozos.

—Tío Silerio, ¡déjala! ¡Dejadla en paz los dos!

Timbrio se levantó del suelo, nervioso por el humillante ataque de la dama, y se dirigió hacia ella con los puños bien apretados.

—¡Ahora vas a saber lo que es la ira, furcia!

No fue suficiente el grito de Amalia, ni sus esfuerzos por detener el brutal puñetazo que recibió Beatriz, primero en su nariz y luego en su bajo vientre. Silerio la soltó, mientras Amalia pataleaba furiosa a su padre, luchando como podía contra él.

La sangre corrió caliente por la boca y la barbilla de Beatriz, sus ojos miraron un momento a Timbrio, cargados de odio, y después se cerraron, cuando perdió el conocimiento. Aquel golpe bajo le había producido un agudo dolor muy superior a sus exiguas fuerzas. Se derrumbó contra el suelo, empapada en agua y ausente. Amalia se lanzó hacia ella, palmeándola en la cara, chillando para despertarla, besándole las mejillas.

Los dos gitanos le recriminaron el tiempo que estaban perdiendo. Gritaban que la dejase, que buscase a su hermana para irse de allí cuanto antes, alarmados por el alto riesgo de que acudieran las tropas en cualquier momento.

—¡Idos de aquí! No sois más que unos malditos asesinos.

—Amalia, hemos venido para llevarte con nosotros. No nos iremos solos.

—¡Padre! —le gritó furiosa—. Desaparece de mi vida. No quiero seguirte a ninguna parte. ¿Lo entiendes?

Varios sirvientes del duque de Llanes aparecieron en la puerta, advertidos por el escándalo, entre ellos Teresa. Se alarmaron al ver a Beatriz en el suelo y corrieron a recogerla. Teresa, al ver a su padre, se dirigió emocionada a abrazarle.

—¡Amalia, es tu última ocasión! ¿Vienes con nosotros o te quedas? —Timbrio había metido en la carroza a Teresa, y Silerio estaba en el pescante, haciéndose con las riendas.

—Ésta es mi casa. No iré con vosotros.

Se volvió hacia Beatriz, que ya parecía haber recuperado el conocimiento, y le sostuvo la cabeza mientras dos pajes la levantaban del suelo para llevarla al interior de la casa. Sus miradas se cruzaron y Beatriz le susurró algo que no pudo oír. Se acercó más a ella.

—Juro que te compensaré por lo que acabas de hacer…

Mojada por completo, con el rostro ensangrentado y dolorido todo su cuerpo, Beatriz se desmayó de nuevo. Amalia, asustada, ordenó a uno de los pajes que fuera a avisar a un médico.

—La señora os espera en el salón de trofeos. Seguidme, por favor.

Trévelez escudriñaba intranquilo todo el recorrido por el interior de la embajada, con la esperanza de no ser reconocido por nadie.

A pesar de ser la primera vez que visitaba aquella sede diplomática, no era capaz ni de admirar los abundantes tesoros artísticos que lucían sus paredes; se limitaba a seguir con pocas ganas los pasos del paje, sintiéndose igual que una víctima que camina al cadalso.

No quería ni imaginar cómo terminaría aquella cita con Catherine, la mujer del embajador. Se había propuesto dejar de pensar en las consecuencias personales que acarrearía su acción, haciéndose a la idea de que sólo se trataba de trabajo.

Fue observando los retratos de los embajadores que a lo largo de los siglos Inglaterra había destacado en Madrid, a cada lado de un ancho pasillo. Entre los últimos, vio el de sir Benjamin Keene. Por motivos obvios se fijó más en él, y si no fue un desliz de su imaginación, creyó ver en su mirada un gesto de desaprobación; como si estuviera al tanto de la deshonra a que iba a ser sometido.

Trévelez decidió borrar de su mente aquellos penosos pensamientos y se dispuso a esperar, ante una bella puerta de nogal, a que le fuera permitida la entrada. Por encima de los requerimientos a que tuviese que enfrentarse, su objetivo último era claro; obtener cualquier información, dato, o testimonio sobre aquellos masones que según Rávago podían tener alguna relación con el propio embajador.

—Podéis pasar. —El paje se inclinó con respeto abriéndole la puerta del salón.

Al menos dos docenas de cornamentas de las más variadas especies colgaban de sus paredes, intercaladas entre varios cuadros con vivas escenas de caza y un verdadero arsenal de armas antiguas. La luz de la tarde entraba, moderada, desde dos peculiares ventanas redondas que, guardando una reducida distancia entre ellas, curiosamente conseguían un efecto extraordinario en la iluminación de la habitación. Antes de localizar a Catherine en una de sus esquinas, a Trévelez se le antojó que se asemejaban a dos grandes ojos, como si la sala tuviera un ser propio que podía ver todo lo que pasase en su interior, espectador de su seguro lance con la dama. Esa sensación hizo que aún aumentase su anterior incomodidad.

—¡Mi querido Trévelez, por favor, acercaos hasta mí.

La mujer estaba espléndida: vestido a la francesa de color salmón, generoso escote, peluca blanca, un aparatoso collar de piedras de colores, y unos pendientes a juego que completaban su arreglo. Sin levantarse, le extendió la mano ofreciéndole a continuación asiento a su lado; en el estrecho hueco que le restaba por llenar aquel sillón.

—Catherine, estaba deseando veros. ¡Estáis bellísima!

Trévelez se acomodó, guardando la mayor distancia posible, sin querer imaginar los alcances de aquel enredo. Aun con el demérito de su excesivo peso, tuvo que reconocer que la mujer estaba atractiva.

—Sois demasiado amable conmigo. —Le cogió ambas manos con una expresión llena de ternura.

—Catherine, mi corazón se inflama con vuestra presencia. He odiado cada hora y cada día que me he visto lejos de vuestro dulce alcance.

Joaquín Trévelez calculó que para entrar en los asuntos que le convenían, tenía antes que ablandarla en romanticismos.

—¡Qué galán…! Siempre os dirigís a mí con bellas palabras. —Su rostro era el reflejo de la más absoluta satisfacción.

Trévelez se extrañó de sí mismo ante la escasa profundidad de su conversación. La estudió en silencio, temiéndose que su capacidad no daría para mucho más.

—*What have you seen on me…*? Perdonadme, a veces olvido hablar en vuestro idioma; me resulta más fácil en inglés. ¿Qué habéis podido ver en mí que tanto os inflama?

—En vos está unida toda la perfección que cabe en una mujer: la suavidad de un cutis tan frágil como sedoso, la profundidad de una mirada sosegada, de un azul casi imposible. ¿Qué fría voluntad habría de tener para frenarme ante vos? —Catherine se ruborizaba ante aquellas palabras, ocultándose detrás de su abanico—. Si sólo pudiera estar de cada día, cinco minutos a vuestro lado, mi vida se vería más llena de felicidad…

—¡Oh! Nunca había escuchado nada igual… Mi corazón estalla de emoción. —Arrastró sus manos hacia su pecho, para que Joaquín sintiera sus latidos.

Ahora, el rubor le abordó a él. Pensó, que si seguía seduciéndola, y ella respondiendo de ese modo, no iba a ser capaz de frenar la situación.

—Pero por desgracia, mi vida tiene otros momentos llenos de tribulaciones y problemas. —Decidió dar un giro a la conversación.

—Imagino no ser yo quien os los produce.

—No, no se trata de eso. Son más bien asuntos de enorme complejidad que ocupan mi trabajo.

—Lo lamento, si yo pudiera ayudaros…

Le acarició con timidez su barbilla, en un acto inconsciente de cercanía hacia él. Él le respondió de igual modo haciendo resbalar la suya por su fino cutis.

—Aprecio vuestra generosidad, pero supongo que no serviría de mucho.

—¿Por tan poco me tenéis? —Se mostró ofendida.

—¡Nada más lejos de mi pensamiento! Lo digo, porque sería demasiado casual que supieseis algo sobre ellos.

Joaquín pensó que su maniobra podía empezar a encajar en ese preciso momento.

—¿Ellos…?

—¿Habéis escuchado algo sobre los crímenes que están atemorizando a todo Madrid?

—Sí, pero no demasiado; lo poco que he hablado con mi marido.

—Creemos que sus autores pueden ser extranjeros, posiblemente ingleses.

—¡Dios mío! —Se mostró incómoda por tratarse de conciudadanos suyos—. ¿Tenéis ya sus nombres?

—Por desgracia no, pero creemos que son masones. ¿Eso os dice algo? ¿Conocéis en vuestra embajada qué súbditos británicos lo son? ¿Sabéis si son muchos?

Aquella sucesión de preguntas provocó el incomodo de Catherine.

—Un momento… Esto se parece más a un interrogatorio, cuando yo os suponía otras intenciones. No estaréis aquí sólo para obtener esa información, ¿verdad? ¿No me estaréis tratando de engañar con otros fines?

El arte del cortejo y la urgencia por obtener datos resultaban claramente incompatibles. Trévelez se vio acorralado por aquellas preguntas y decidió afrontar ese trance de otro modo; con un encendido ataque.

Posó sus labios en los de Catherine. Ella le respondió con un disimulado rechazo.

—¿Todavía dudáis de mis motivos?

Catherine le observó algo desconcertada.

—Mirad Joaquín, aunque reconozco que vuestra presencia me halaga, no termino de entender vuestras intenciones hacia mí, cuando es pública la relación que mantenéis con María Emilia Salvadores. Me desagradaría mucho descubrir que os

mueven otras razones, y a tenor de vuestras preguntas me temo que las tenéis.

Ella le clavó sus ojos estudiándole por dentro. Joaquín no sabía qué decir. Rávago, con su peculiar don de convicción, le había empujado hacia una ratonera y, ahora, la situación se le iba de las manos.

Su silencio hizo que Catherine comprendiera la verdad. Vio con claridad que su fervoroso y pronto afecto hacia ella tenía como única causa conseguir aquella información como responsable de la seguridad de la Corte, que no sus encantos. Creer lo contrario hubiera sido necio por su parte. Pero a pesar de ello, a Catherine aquel hombre le resultaba interesante, tanto como para no querer dar por finalizada aquella incipiente relación.

Aquella certeza había cambiado las reglas del juego, y Catherine comprendió que tenía las riendas en sus manos. Decidió que empezaría regalándole los oídos con alguna información que le fuera interesante, para luego…

—Mi marido tiene muy buenas relaciones con la masonería…

—No tenéis por qué explicarme nada. —Avergonzado, Trévelez se excusaba como podía.

—No me importa si ello os sirve de ayuda. —Catherine le ofreció una sonrisa como prueba de querer dar por olvidado su desagravio—. Casi nunca me comenta nada de su trabajo, pero hace unos días sé que le visitaron dos hombres cuya conversación le dejó muy afectado e intranquilo. Tanto fue así, que lejos de lo que acostumbra, esa vez me reveló algunos detalles. Creo que podrían ser los mismos que buscáis.

—¿Se refirió a ellos como masones? —Joaquín, algo más tranquilo, decidió abandonar su anterior prudencia.

—Sí. Al parecer han estado trabajando bajo las órdenes directas del ahora difunto maestre Wilmore; al que por cierto conocí de forma íntima y del que guardo un encendido recuerdo.

Joaquín dedujo el alcance de aquel comentario. Seguramente aquel hombre la había pretendido como también lo estaba haciendo él. No pudo evitar sentirse asqueado de su propio comportamiento.

—Wilmore murió en los calabozos de la Inquisición…

—Joaquín, seamos claros; más bien fue ayudado a morir…

—Es posible.

—No lo dudéis. Antes de ser detenido, era un hombre sano y fuerte.

—De acuerdo. Pero abandonemos ese punto y volvamos hacia atrás. ¿Qué más sabéis de ellos?

—Benjamin dijo que eran muy peligrosos, seres desalmados pero eficaces y sobre todo locos. También, que siempre cumplen las misiones encomendadas con una extrema precisión y, como esbirros de Wilmore, han debido desempeñar varias y muy

comprometidas. Eso es todo lo que supe; yo nunca les he visto.

—¿Cómo podría saber sus nombres o dónde viven?

—No tengo forma de saberlo —le contestó decidida.

—Si lo intentáis, estoy seguro que se os ocurrirá algo. —Ella entendió con asco lo que le pedía; que espiase a su propio marido—. Catherine, probad a hacerlo. Sospecho que han cometido tres asesinatos y el atentado en el palacio del duque de Huáscar, donde recuerdo haberos visto también. No puedo permitir que sigan en libertad. ¡Necesito esos nombres! —Su excitación iba en aumento.

—¿Qué estaríais dispuesto a dar por ello?

Trévelez la miró desconcertado. Catherine también, aunque serena, con la convicción de que había llegado el momento de hablar del plan que acababa de idear para él.

—Lo que me pidáis. Aunque debéis saber que si no lo consigo a través vuestro, se lo requeriría al embajador de un modo oficial con el consiguiente conflicto diplomático.

—No juguéis a coaccionarme. Yo podría obtener ese dato para vos, siempre que aceptéis tres condiciones.

—¿Cuáles? Haré lo posible para satisfacerlas. —Trévelez desestimó seguir en su estrategia hasta conocer sus propuestas.

—Una declaración por escrito, y firmada por vos, que exima a mi marido de cualquier implicación en este tema…

—¿Acaso la tiene?

—Lo desconozco, pero su nombre no puede verse relacionado en ningún caso con esos asesinos.

—Lo entiendo y la acepto. ¿La segunda?

—Su espionaje…

—¿Cómo? —Trévelez se sobresaltó con aquella petición.

—¿Os extrañáis, cuando vos me habéis pedido lo mismo con mi marido? Imaginaréis que obtener esa información no es tarea fácil, ni tampoco explicarle quién me la pide y bajo qué circunstancias. Aunque sé cómo ablandar su voluntad, dudo que mis técnicas sean suficientes. Sin embargo, si pudiera ofrecerle de vuestra parte ciertas informaciones de Estado, a las que seguro tenéis acceso a través de vuestro amigo Ensenada, entendería mejor mi participación, pues no sería ésta la primera vez que lo hago, y aceptaría el trato dándome los datos que necesitáis.

Joaquín se dio cuenta de lo mal que la había juzgado. De un solo golpe, Catherine acababa de proteger la honra de su marido, y además le estaba pidiendo que traicionara a su patria.

—Comprenderéis que me niegue a vuestra segunda solicitud.

—Si no la aceptáis, podéis olvidaros entonces de mi apoyo. Probad con esa vía

oficial a que antes aludisteis, dudo que consigáis nada; mi marido se negará en redondo. Y además, os vaticino que podría volverse en contra vuestra al menor descuido. —Se levantó del sillón para dar por finalizada la visita—. Sé que os propongo algo doloroso, pero considero que no disponéis de muchas más alternativas.

Joaquín recogió su capa y sombrero, mientras meditaba qué decisión tomar.

—Pensáoslo más despacio; ya me contestaréis en otro momento, pero sabed que desearía ayudaros de verdad.

—Aún no habéis mencionado cuál es la tercera de vuestras condiciones.

Ella le miró de un modo seductor.

—Que con todo este embrollo no evitéis nuevos encuentros conmigo, y espero que más románticos que éste; me defraudaríais.

—¿Cuándo podría veros de nuevo?

—Pasado mañana. Benjamin no volverá hasta dentro de diez días. Aún tenemos tiempo para nosotros… —Se abrazó a él, olvidando la tensión anterior, y le besó con pasión.

—Llevamos vistos más de cinco conventos y todos están vigilados por la guardia de corps. ¿No te parece demasiado raro?

Los dos hombres acababan de pasar por delante del monasterio de las Descalzas Reales sin aparentar un especial interés, y se dirigían, ahora, a otro que quedaba a pocas manzanas de él, el convento de Caballero de Gracia dirigido por las monjas franciscanas.

—Reconozco que esta acción me produce un placer especial. —Se había imaginado una y otra vez la escena, deleitándose en ello—. ¿Sigues pensando en lo de la cabeza?

—Ya lo hemos hablado, y sabes que lo haré.

Caminaron por la calle de la Montera para girar a su derecha por la del Caballero, donde abría sus puertas el convento, hacia la mitad de la misma.

También allí encontraron otra pareja de soldados guardando su entrada. Se pararon a una prudente distancia con cierta desesperanza. Estudiaron acceder desde el tejado de un edificio anejo, pero resultaba demasiado arriesgado dadas las diferencias de altura. Desecharon el enfrentamiento directo con los guardias por peligroso y por no aportarles tampoco mayores garantías de éxito.

Mientras pensaban qué hacer para conseguir burlar aquella protección, un hecho casual consiguió darles la solución: vieron entrar a dos sacerdotes sin que nadie les pidiera documentación alguna. Se miraron sonriendo.

—Podríamos intentarlo…

—Me parece buena idea.

—Lo haremos mañana. Sé dónde podemos hacernos con la ropa adecuada.

A la mañana siguiente, Amalia descorrió las cortinas para que la luz penetrara en aquel dormitorio donde había velado a Beatriz toda la noche. Faustina acababa de llegar muy alarmada, después de haber sido advertida a primera hora del empeoramiento de su estado.

—He hecho llamar de nuevo el médico. Ha pasado la noche sin apenas dormir, con esa fiebre que no acaba de bajarle. Le puse paños húmedos cada poco tiempo, con la esperanza de mantenerla más fresca, forzándola también a que bebiera mucha agua. Al no ver mejoría, os hice llamar.

—Has hecho muy bien, Amalia. Ahora deberías descansar un rato. Vete si quieres, yo me quedo con ella.

—Si me lo permitís, preferiría seguir a su lado. Iré sólo a prepararos un desayuno. ¿Deseáis algo en especial?

—No tengo estómago para nada, gracias. A ella preparadle un zumo de naranja y un poco de pan con vino y azúcar; eso le dará energía y le sentará bien.

Faustina se quedó a solas con Beatriz, mirándola con preocupación. Su rostro estaba pálido y su nariz hinchada y roja por el golpe que había recibido del gitano. Había sido informada por Amalia de lo ocurrido la noche anterior.

Cuando la condesa acarició su mano, Beatriz abrió los ojos.

—¡Hola, madre!

—¿Cómo te encuentras cariño?

Beatriz se puso a llorar.

—¿Qué tienes, mi cielo? —Faustina se alarmó; jamás le había visto una lágrima y ahora parecían desbordarle de los ojos.

—Lo he perdido… lo sé… —musitó dolorida.

—¿Qué has perdido?

—Mi hijo —explotó en un llanto sin consuelo.

—No digas tonterías. Ahora llegará el médico y te revisará. —Enjugó con un pañuelo las lágrimas que bañaban sus mejillas.

—Lo han matado, madre… No lo noto —soltó entre hipidos—. Esto es el fin.

—No pienses en eso. Ahora vendrá Amalia con algo de desayunar; cuando te haya visto el médico te sentirás mejor.

Faustina la besó con cariño en la frente y sintió en sus labios la elevada temperatura que tenía.

El doctor llegó a la vez que Amalia, acompañado por otro sirviente. Faustina salió de la habitación para conversar con él.

—Tiene mucha fiebre, pero me ha dicho algo terrible que os ruego comprobéis. Está embarazada y dice haber perdido al niño.

—¿Sabéis si ha manchado algo durante esta noche?

—No; pero esperad, se lo preguntemos a su doncella. Aguardad aquí un momento, por favor.

Al instante volvió con Amalia. El médico le repitió la pregunta.

—Hace como una hora tuvo una pequeña hemorragia. La verdad es que me asusté al verla, pero la he limpiado lo mejor que supe, tratando de no despertarla para que no lo advirtiese.

—De acuerdo. ¡Vamos a verla!

Entraron los tres al dormitorio y el médico se adelantó hasta llegar a su cama, hablándole de un modo afable. Beatriz le observaba circunspecta. Le tomó el pulso y la temperatura y le inspeccionó la mucosa de la boca, los oídos y las conjuntivas. Pidió que la destaparan para explorarle después el tórax y el vientre. Los tres comprobaron con horror el fuerte moratón que presentaba a escasos centímetros debajo del ombligo, y un fino reguero de sangre que corría por su entrepierna.

Pidió agua caliente y jabón para limpiarla y así ver cómo se encontraba su interior. Beatriz rompió a llorar de nuevo. Sentía aquella humedad en sus muslos y sabía que no podía ser nada halagüeño.

El médico le sangró una muñeca para rebajarle la fiebre mientras esperaba que vinieran con el agua. Amalia apareció con un búcaro y una palangana humeante. Bajo las protestas de Beatriz el doctor la exploró con detenimiento, luego ordenó que la lavasen con cuidado. Su mirada no daba lugar a dudas. Faustina suspiró, con la pesadumbre de la triste noticia a la que tenía que enfrentarse. Se acercó a Beatriz y trató de decírselo con la máxima ternura.

—Cariño mío…

—Estaba en lo cierto, ¿verdad?

—Me temo que sí. El médico piensa que has tenido un aborto producido por el fuerte golpe que te dieron.

—¡Maldita vida! —gritó con furia—. Idos todos de aquí y dejadme sola. ¡No quiero ver a nadie!

—Pero cielo… estamos todos contigo y te queremos…

—¡Me da todo igual! ¡Todos me dais igual! —repetía sin cesar, una y otra vez—. ¡Fuera de aquí!

Amalia salió corriendo de la habitación llena de dolor y rota en lágrimas. Su padre había sido el responsable de aquella desgracia y por ello lo odiaría el resto de su vida, con todas sus fuerzas. Había destrozado la poca esperanza que quedaba en Beatriz y se sentía tan culpable como él. Se martirizaba al pensar que de no haber ido a trabajar a esa casa nunca le habría pasado aquello. Ella era parte de su castigo y por tanto responsable también de su padecimiento.

Faustina trató de calmar a Beatriz sin ningún éxito y por consejo del médico salió

también, poco después de Amalia, a la que encontró acurrucada en el suelo, rota de angustia. Tras despedir al doctor y hacerse cargo de todas sus recomendaciones, se dirigió hacia la doncella y le rogó que se levantara para, abrazarse después a ella. Lloraron juntas, como queriendo compartir la misma pena.

El cuerpo de la monja permanecía de rodillas sobre un reclinatorio en actitud orante, las manos entrelazadas sujetando un rosario, como tantas otras veces en su celda, pero en esta ocasión le faltaba algo: la cabeza.

Trévelez estaba furioso. A las puertas de la celda de la asesinada profería órdenes y gritos a sus ayudantes y escupía insultos a los dos guardias de corps, encargados de la custodia del convento de Caballero de Gracia.

—¿Cómo es posible que permitierais esta barbaridad? —Daba vueltas alrededor de ellos con paso nervioso—. Claro, no habéis caído en solicitar la identificación a aquellos dos sacerdotes. Han entrado y salido con toda impunidad y con vuestras bendiciones. ¡Esto es increíble! Si fuera vuestro superior, os mandaba fusilar ahora mismo. Ya veremos lo que os espera…

Los guardias le miraban con unos temblores más propios de niños que de aguerridos soldados.

—¿Quién podría imaginar que dos religiosos llegasen a hacer esto?

—Aparte de inútiles, ¿qué sois, unos descerebrados? —Las venas de su cuello parecían ir a explotar de cólera—. No eran sacerdotes; sólo venían disfrazados. ¡Seréis estúpidos!

Trévelez ordenó que se los llevaran de allí y entró en la celda. La observó de frente. Habían buscado la cabeza por todo el convento aunque supuso que no la encontrarían. Los guardias habían visto salir a los religiosos con un bulto envuelto en una manta. Se asombraba, que ni eso hubiera llamado su atención. Armado de valor, inspeccionó el cuerpo por si hubiese alguna otra muestra de su abominable crueldad. No vio nada más. Estudió el corte del cuello y descubrió con espanto la precisión de su sección. Por el estado de los tejidos, decidió que habían usado un cuchillo bien afilado y algo de paciencia, para después de cortar arterias, esófago y tráquea, ir abordando las partes más duras, abrirse espacio entre dos vértebras cervicales, y aislar y cortar finalmente la médula espinal.

Se acercó al ventanuco enrejado por el que entraba algo de aire puro, y lo inhaló con una ansiedad casi enfermiza, para apartar de sí aquel olor a muerte.

—Han completado el cuarto significado de la estrella; la que representa la virtud —exclamó en alto, ante la incomprensión que sus palabras producían en el resto de los presentes—. ¡Aunque esta vez lo sabíamos, lo han vuelto a conseguir!

—Señor… La superiora del convento pregunta por vos.

Uno de sus ayudantes le tocó en el hombro con prudencia.

—Dígale que no quiero hablar con ella, o mejor, explíquele usted mismo lo que crea conveniente. En estos momentos no me siento con fuerzas para consolar a nadie. Yo ya me voy de aquí; no me queda más que ver. Tomad declaración a esos estúpidos guardias; al menos que nos den sus descripciones.

Trévelez montó en su caballo, a las puertas del convento, con una única obsesión, sin poder dirigir su pensamiento hacia otro destino que no fuera la última punta de la estrella flamígera; la que respondía a la belleza.

«¿Quién podía ser su máximo exponente y que hubiera influido, además, en la ruina de la sociedad francmasónica? —se preguntaba—. ¿La Reina, tal y como le propuso María Emilia? o ¿se trataría de otra…?» Se alejó meditando sobre ello. A varias manzanas del convento le asaltó una preocupante idea. Azuzó al caballo hundiéndole las espuelas. Su pensamiento se centró en Faustina, la condesa de Benavente; la más bella entre todas las mujeres de Madrid y aliada conocida del marqués de la Ensenada, responsable último del decreto de prohibición de la masonería junto al rey Fernando VI.

En Madrid.
Año 1751, 21 de septiembre

El marqués de la Ensenada había accedido encantado a la invitación de sus amigos los condes de Benavente para comer ese sábado en su residencia. Le agradó en especial saber que también acudiría María Emilia Salvadores y su prometido y alcalde de Casa y Corte Joaquín Trévelez.

Aquel grupo era uno de los pocos círculos de confianza que mantenía y, aunque sólo fuera por eso y al estar atravesando uno de los peores momentos de credibilidad en sus deberes de gobierno, vio en ello una oportunidad de disfrutar de su compañía y olvidar sus muchas preocupaciones de Estado.

Además, había sido informado de la pérdida del hijo que esperaba Beatriz de su difunto marido el duque de Llanes, y no había podido dar el pésame a sus padres en persona.

Don Zenón de Somodevilla desconocía, de todos modos, que el verdadero promotor de aquella comida no había sido otro que el alcalde Trévelez. Después del crimen de la monja franciscana, había convencido a Faustina a hacerlo con el fin de abordar juntos algunos puntos, que sólo Ensenada conocía y que podían resultar determinantes para el definitivo esclarecimiento de aquellos asesinatos, sobre los cuales Trévelez estaba casi seguro de su firma masónica.

No había querido atemorizar a Faustina con sus últimas sospechas, que la señalaban como posible objetivo de aquellos locos asesinos, pero había mandado reforzar la vigilancia de su palacio junto a otras precauciones.

María Emilia y Joaquín llegaron antes que Ensenada. Le esperaron en compañía de los condes; ella podía disimular la profunda tristeza que le embargaba por la desgracia de Beatriz y la pérdida del que hubiera sido su nieto.

Aunque el rostro de Faustina testimoniaba su tormento, con esas huellas que nacen de las interioridades del alma, su rotunda belleza seguía emergiendo sin excesiva erosión.

Con una fina copa en sus manos, el conde de Benavente hablaba de ese vino de Jerez y de su rápida aceptación en las islas Británicas después de haber ayudado a

introducirlo pocos años atrás. Nadie le escuchaba demasiado, a pesar de su decidida actitud de poner normalidad donde no la había.

Trévelez participó en la conversación con algunos comentarios sin trascendencia, aunque su pensamiento galopaba entre aquella comida, la incómoda reunión con Rávago a la que acudiría después y la cita, antes del anochecer, con su cortejada Catherine en la sede de la embajada inglesa.

Llevaba dos días atormentado e inmerso en una maraña de dudas. En su haber sumaba un comportamiento poco ortodoxo con la mujer del embajador, el espionaje sobre Ensenada como canje de una información que le había prometido Catherine y los remordimientos por su deslealtad hacia María Emilia y Ensenada, cuando se suponía que gozaba de la confianza de ambos.

Aunque señalaba a Rávago como máximo responsable de sus tribulaciones, no podía dejar de pensar que era su débil carácter el que al final le había llevado a tan absurda situación.

En su escala de valores, bastante deteriorada desde hacía unos días, ya no prevalecía su espíritu de lealtad, de disciplina de vida o de amor desinteresado. Ahora, primaba un deber mayor; el de detener a esos asesinos. Y si para ello tenía que enfangarse en vías subterráneas de actuación, sucias estrategias o prácticas irregulares, todas le parecían igual de buenas si resultaban eficaces. Por ese motivo había decidido convocar aquella comida: para obtener de Ensenada cualquier información que por delicada o interesante a Inglaterra pudiera serle útil a Benjamín Keene.

—Ruego me disculpen; acaba de llegar el excelentísimo marqués de la Ensenada.

El aviso del mayordomo produjo en todos un cambio de temple. Dejaron a un lado tristezas y preocupaciones para recibir a don Zenón de Somodevilla con el ánimo distendido.

—Hacedle pasar —contestó Francisco de Borja, conde de Benavente, como anfitrión de la casa.

Somodevilla entró en el gabinete de un modo decidido, aprestándose a dar su pésame a los condes.

—Creedme lo mucho que lamento la penosa noticia. —Besó la mano de la condesa y a continuación estrechó con fuerza la mano de Francisco de Borja Alonso Pimentel—. Aún me resulta más dolorosa cuando pienso en la pobre Beatriz, pues no ha dejado de sufrir infortunios desde que la conocemos.

Tomó la mano de María Emilia y la saludó con afecto. Luego le tocó el turno a Trévelez, al que amonestó en voz baja por no haberle informado todavía del último y brutal crimen, ni de la fuga de los dos gitanos.

—Debéis disculparme; no os falta razón, pero he preferido hacerlo durante esta comida. Lo entenderéis…

—Sería mejor en mi despacho y mañana mismo. —El marqués le miró extrañado. No le parecía el lugar ni la compañía más adecuada para que le diera cuenta de sus investigaciones.

—No pretendo desobedeceros pero veréis como tengo razón.

—Podemos pasar al comedor. —Faustina suavizó el ambiente—. Me encanta teneros con nosotros, y más en estos difíciles momentos.

Una bella mesa de caoba les esperaba dispuesta con cinco servicios. El camarlengo indicó al marqués su asiento entre las dos mujeres, después de haberlas ayudado primero a sentarse. Frente a él lo hicieron los dos varones cruzados con sus parejas.

El conde ordenó al servicial joven que trajese dos botellas de Burdeos.

—Son el mejor descubrimiento de mi último viaje a París —les comentó a todos, seguro de haber acertado en su elección.

—Ahora que habláis de París, y siendo vos uno de los más notables protagonistas de los negocios con los que contamos, desearía saber vuestra opinión sobre el funcionamiento del Real Giro y su nueva sucursal en aquella ciudad. —La ambiciosa idea de tener, por primera vez en España, un banco cuya titularidad era del Estado, se estaba convirtiendo en uno de sus más notables éxitos como secretario de Hacienda.

—No puede ser mejor, mi querido Somodevilla. Desde su fundación se han venido utilizando sus servicios para realizar los pagos de las mercancías compradas en Europa, al encontrar en él unas mayores garantías e intereses más bajos que antes. Como bien sabréis, la sucursal de París ha captado la casi totalidad de las transacciones económicas entre ambos países. Y he de añadiros que posee unos empleados eficacísimos, y si no, sirva como ejemplo el poco tiempo que han tardado en ganarse el respeto y la credibilidad de nuestros más duros socios comerciales franceses. Ha sido una excelente y brillante idea y os felicito por ello. —El conde de Benavente animó a todos a brindar en homenaje de su más ilustre comensal.

—Agradezco el cumplido. Cierto es que estoy muy satisfecho con ese banco. Sólo el año pasado produjo para la Corona casi dos millones de escudos de beneficio. Pero lo más determinante es que los comerciantes puedan ver en él un instrumento útil para pagar y cobrar en el extranjero sin las bárbaras comisiones que solía imponer la banca privada, que si no recuerdo mal llegaban hasta el veinte por ciento.

—En ocasiones se ha pagado hasta más…

—Hemos abierto nuevas sucursales en Roma y Ámsterdam y pretendo ahora llegar a San Petersburgo y Londres.

—También sabréis que el Real Giro os ha atraído nuevas y peligrosas enemistades…

El conde de Benavente ordenó al copero que llenara los vasos de vino; todos lo habían elogiado sin reservas.

—Reconozco que el saldo de los que quieren verme fuera del gobierno resulta cada vez más numeroso. Tengo frente a mí a la alta nobleza, que ve peligrar sus privilegios una vez hechas públicas sus riquezas a través del catastro. A los ingleses, por levantar una nueva y poderosa armada y por los tratados que dificultan su comercio con las Indias. A los masones, por su prohibición y persecución en España. Y a los gitanos, por el intento fallido de exterminio que hemos puesto en marcha. Y ahora, a todos los anteriores, se suman los grandes banqueros españoles y europeos por haber perdido sus lucrativas operaciones desde la entrada en funcionamiento del Real Giro.

—¿No os faltan otros? —intervino Faustina.

—Seguro, pero en este momento no sé a quién os referís.

—Algún que otro embajador, tanto propio como foráneo.

—¡Cierto! No recordaba a Keene ni a nuestros embajadores en Inglaterra y Francia; Ricardo Wall y el duque de Huáscar. Al final, sólo tengo como verdaderos aliados, además del Rey, y más aún la Reina, mi firme dedicación al progreso de España, la eficacia de mis medidas, y los pocos amigos que como vosotros espero mantener hasta mi muerte.

—Perdonad mi intromisión, pero vuestra mención a los masones me anima a sacar un espinoso asunto que entre todos podríamos terminar de enfocar.

Trévelez forzó esa conversación, para informar de sus avances a Ensenada y prepararles para la noticia que tenía que dar.

—Vos diréis cómo y en qué podemos ayudaros —contestó Zenón.

—Creo haber dado un respetable avance a las investigaciones sobre los crímenes que todos tenemos en mente, incluido el último de la monja de clausura, sor Fernanda, acaecido hace tan sólo dos días. —El resto de comensales le miraron intrigados—. Tengo la plena seguridad de que esas pavorosas muertes fueron cometidas por dos masones de nacionalidad inglesa, que al parecer han operado en orden a un sombrío proyecto de su gran maestre Wilmore, por suerte fallecido.

Dos pajes entraron en el comedor con sendas soperas para empezar a servir el primer plato del cocido.

—Con este frío, he pensado que sería reconfortante para todos —apuntó Faustina.

Todos aplaudieron su oportunidad.

—Trévelez, decíais algo sobre un oscuro proyecto. —El marqués de la Ensenada no quiso que fuera pasado por alto aquel comentario—. ¿Podríais explicaros mejor?

—Cada uno de los crímenes, a excepción del atentado en el palacio de la Moncloa, que pudo tener motivaciones diferentes, fueron teñidos con una carga de inusual simbolismo que entronca con una de las máximas que posee esa sociedad.

Me refiero a los cinco grandes valores que al parecer presiden sus más elevadas aspiraciones: la belleza, la fuerza, la sabiduría, la virtud y la caridad. No dimos

cuenta de ello hasta que apareció la estrella flamígera clavada en el pecho del difunto alguacil. —Miró con complicidad a María Emilia.

—Disculpad mi ignorancia, pero no os acabo de entender —le cortó Faustina.

—Fue la que despejó los significados del resto. He sabido que esa estrella reúne en sí misma los principios más sólidos de la fe masónica, y por tanto puede ser prueba suficiente de su responsabilidad. Debo decir, que todo lo que sé procede de una circunstancial entrevista mantenida con un mando de la guardia de corps, el capitán Voemer, que resultó ser masón. —Miró al marqués de la Ensenada—. Ya os informaré sobre ello en privado.

El conde de Benavente pidió la palabra, y para sorpresa de todos comenzó a dar más información sobre ella.

—Para algunos antiguos filósofos la estrella flamígera ha sido la forma más completa de la manifestación de la luz; el centro místico, el mismo emblema de la divinidad. Y para un masón, simboliza la iluminación del mundo a través de la razón, como medio y clave para disipar las sombras de la ignorancia. Sus cinco puntas o vértices coinciden con las características que fundamentan la divinidad, o el poder en su máximo exponente. Como decía Joaquín, virtud, belleza, caridad, fuerza y sabiduría son los valores a los que aspira esta secreta sociedad, ahora prohibida, pero además son las representaciones más exclusivas de la deidad, y los masones parece adoran a un dios primigenio; el que precede al propio de los cristianos, musulmanes y budistas. A ese Dios, anterior a todos, lo identifican con la letra G que en hebreo se corresponde con la Yod, una forma abreviada del tetragrama IHVH o Yahvé. Por lo que he podido saber, el masón pretende sustituir lo que ellos identifican como falsas ideas y dogmas sustentados por la religión, para encontrar la auténtica verdad y alumbrar al mundo con el solo uso de la razón.

—¿De qué sabes todo eso? —le preguntó su mujer, tan asombrada como el resto.

—Nunca te lo mencioné, pero en mis frecuentes viajes a París y a través de ciertos contactos, conseguí conocer al gran maestre de Francia. Sin pretenderlo, se estableció entre nosotros una estrecha amistad que me abrió la posibilidad de conocer algunos aspectos de su sociedad que desconocía por completo. En numerosas ocasiones me invitó a sus reuniones o tenidas, tal y como las llaman ellos, que celebran en la logia del Gran Oriente de Francia, aunque nunca acepté. Pero sí hablamos de sus creencias, y sobre todo de este símbolo, debido a la trascendencia que posee para ellos.

—Si os entiendo, esto significa que estamos asistiendo a un preciso ceremonial, cuya liturgia comprende una serie de asesinatos inspirados en los más altos dogmas masónicos y encadenados a esos cinco grandes valores. ¿Estoy en lo cierto? —El marqués de la Ensenada no esperó la respuesta a su pregunta, por aliviar la siguiente cuestión que flotaba por su mente—. Pero de ser así, sólo han asesinado a cuatro, no a

cinco…

—Falta uno más —apuntó Trévelez—. Con la muerte del superior de los jesuitas, representaron la destrucción de la caridad, arrancándole el corazón. Con el del duque de Llanes la fuerza; en su caso económica, como representante de la alta nobleza, y en el alguacil la sabiduría, al reventarle el cráneo como centro y eje del pensamiento y conocimiento humano. —Dio un sorbo de vino para aclararse la garganta, seca por la emoción, y continuó—. Dedujimos que su siguiente escenario discurriría por el mundo religioso de clausura, como depósito de la virtud, pero no conseguimos evitar que la pobre sor Fernanda se convirtiera en su cuarta víctima.

—De seguir con vuestro argumento, nos faltaría la belleza —dedujo Somodevilla.

—¡Correcto! Y si pretendemos adivinar sus siguientes movimientos, hemos de entender qué pudo vincular a todas las víctimas. —Les miró con aire de triunfo—. Y hay una que me parece bastante sólida: el proceso de prohibición de la masonería que vos mismo ejecutasteis hace unos años. —Trévelez intuía que la declaración de Ensenada sería crucial en esta fase—. Vos conocéis mejor que nadie cómo se fraguó aquel decreto y quiénes intervinieron de un modo más decisivo. Ya han actuado contra los jesuitas, la nobleza, la Inquisición y la orden franciscana. ¿Existe alguna otra persona o sociedad que no haya estado representada todavía?

—Para atender vuestra propuesta hemos de considerar que esa causa tuvo dos fases —contestó Somodevilla—: una de deliberación y la otra de ejecución. Viéndolo desde este ángulo, la Inquisición quedaría del lado ejecutor, y los franciscanos y jesuitas, con Rávago como principal impulsor, los que la gestaron aunque no en exclusiva, pues también se implicaron algunos miembros de la nobleza. Por tanto, si tuviera que pensar qué otros actores intervinieron en ese proceso, los buscaría entre aquellos que también lo inspiraron y que aún faltan por salir. De ellos, sólo se me ocurre la monarquía, dado que la participación del rey Fernando y de su hermanastro Carlos fue evidente. Y después pensaría en mí, ya que fui su principal valedor dentro del gobierno y responsable de su impulso final.

En silencio, barrió a todos con su mirada y siguió con su argumento.

—Considero poco probable que los masones supieran los nombres de todos los responsables de su decreto de prohibición; por tanto sólo hemos de tener en cuenta los que han sido de dominio público. No busquemos más lejos; creo que atacarán a la monarquía o a mi persona.

Un aire de preocupación nubló a todos los presentes debido a la gravedad de sus deducciones.

—De ser así, ¿quién podría acreditar un concepto tan poco específico como el de la belleza?

El conde de Benavente lanzó aquella pregunta al aire, adelantándose a lo que todos pensaban.

—¡Desde luego yo no! —bromeó el marqués de la Ensenada, con el ánimo de rebajar la tensión en los presentes—, y la prueba está en mi soltería. Más bien me encaminaría a buscarlo dentro de la monarquía. Pensaría primero en la Reina, o dentro de su Corte en alguna de las mujeres de su confianza.

—O mejor todavía, alguien que pueda compartir ambos entornos; que esté cercana a la monarquía y también a vos.

Todas las miradas se clavaron en Trévelez, curiosas por entender a quién se refería.

—¿Pensáis en alguien en particular? —le inquirió Faustina.

—En vos, mi señora.

Su marido protestó, ofendido por la impertinente ocurrencia.

—Creedme que comprendo vuestro malestar y en general el de todos, como también lamento hacerlo público de este modo. Pero si existe una mujer en la Corte del rey Fernando VI que destaque sobre todas las demás en belleza, no me negaréis que ésa es Faustina. En ella, además, coincide una sólida amistad que todo Madrid conoce; la propia con vos, don Zenón. Meditadlo bien; no creo estar descaminado. —Trévelez, ahora se dirigió a la condesa—: He organizado una excepcional protección en torno a vos con los mejores hombres de que dispongo.

Faustina palideció, aterrorizada de saberse posible objetivo de aquellos desalmados. Pensó de inmediato en su nueva hija y de forma instintiva descargó su miedo con un nervioso llanto.

—Joaquín, lo que acabas de hacer me parece de lo más cruel —le espetó María Emilia.

Se levantó de su silla para consolar a su amiga. El conde hizo lo mismo.

—Pido a todos que no confundamos los sentimientos con la realidad. Trévelez puede tener razón —afirmó Ensenada con seriedad—. No digo que ésta haya sido la mejor manera de exponerlo, pero nos enfrentamos a unas circunstancias demasiado peligrosas como para que nos andemos con tantos pudores. Desde luego, en referencia a sus medidas, ya puede contar con mi más firme aprobación. Además de proteger esta casa, pondré sobreaviso a mis más íntimos colaboradores para que extremen su propia vigilancia. He de reconocer que son numerosos y que, entre ellos, también los hay con bellas esposas.

—Os lo agradezco. He de decir que tengo puestas todas mis esperanzas en poder capturarlos antes de que intenten nada. Por ello confío que toda esa vigilancia se quede en una simple y pasajera molestia.

María Emilia advirtió un detalle que todavía ninguno había establecido y se animó a hablar.

—Antes de que sigas por esa línea y la aceptemos todos como buena, me gustaría preguntarte una cosa. —Todas las miradas se dirigieron a ella, extrañadas. La de

Joaquín, que conocía su buen juicio, demostró un mayor interés—: ¿No tenemos ya en el atentado del palacio de la Moncloa, un ejemplo suficiente de ataque a la Corona y al marqués de la Ensenada? —Hizo una breve pausa con intención de seguir hablando—. ¿Por qué nadie lo ha mencionado todavía, cuando resulta evidente? —Sus ojos se nublaron por las lágrimas—. ¿Es necesario que sigamos pensando en nuevas víctimas, si durante esa terrible noche hubo más de doce, entre ellas mi pobre hijo?

—Tiene toda la razón —le apoyó Faustina.

—Yo también lo creo —se sumó el conde de Benavente.

—Estoy de acuerdo en que el argumento expuesto por María Emilia es bastante consistente —intervino Ensenada—, pero de todos modos, lo prudente es que sigamos considerando los potenciales objetivos que nos ha sugerido Trévelez. —Con un gesto, Joaquín le manifestó su conformidad—. Ahora, lo que importa es localizar cuanto antes a esos ingleses. ¿Queréis que os ayude con la embajada inglesa? —Se dirigió a Joaquín—. Tratándose de súbditos de ese país, se supone que deberían colaborar…

Trévelez temió que pudieran leer en su expresión lo mucho que tenía que ocultar sobre sus peculiares gestiones en aquella legación. Con una muestra de hábil cambio de juego, transformó aquella pregunta en beneficio de sus intereses.

—¿Acaso creéis que vamos a encontrar en ellos la mínima ayuda?

—Tenéis razón. De los ingleses poco puedo esperar. No digo que los franceses sean mucho mejores pero, al menos, se mantiene vivo el pacto de familia entre las dos monarquías, y con Francia no tenemos el mismo desequilibrio de fuerzas que hoy existe con Inglaterra. Ese intrigante embajador, Keene, sólo busca mi desprestigio. Desconfío de él, como del gobierno al que representa. Sirva como ejemplo, la información que he obtenido hace escasos días sobre una creciente presencia naval inglesa que parece estar tomando posiciones en las proximidades de nuestros puertos de La Habana y Cartagena de Indias. He dado orden expresa a nuestra Marina para que se mantenga en máxima alerta, refuerce sus defensas, y les ataquen sin ningún miramiento si detectan una mayor aproximación a nuestras costas, o ante el menor altercado que se produzca. Si no los paramos ahora, conociéndolos, irán ganando terreno hasta desplazarnos de nuestros dominios.

—Eso podría desencadenar una guerra. ¿Está de acuerdo el rey Fernando, conocida su firme voluntad de mantener a España neutral y en paz? —El conde se temió la respuesta incluso antes de plantear su duda.

—Todavía no lo sabe y prefiero que así sea de momento —le aclaró Ensenada—, pues tengo como único objetivo conseguir un efecto disuasorio con los ingleses. Entiendo que el rey Jorge no se arriesgará a iniciar un conflicto con España simultáneo al que tiene con Francia. De hacerlo, sabe que romperíamos nuestra

neutralidad y nos pondríamos del lado francés.

—Pero con esas delicadas órdenes que habéis dado a los hombres allí destacados, ¿no creéis que podría adelantarse el hipotético conflicto, si alguien dejase de administrarlas con la prudencia necesaria?

—La confianza que tengo en mis mandos es plena; ellos sabrán cómo actuar mi querido conde.

Trévelez pensó que aquella información podría ser interesante para el embajador Keene, y hasta suficiente para intercambiarla por los nombres de los dos masones, a los que deseaba un inmediato juicio y una segura sentencia de muerte.

Al hacerlo traicionaría a Ensenada, lo cual no dejaba de ser un acto detestable. Pero obtuvo un relativo consuelo al pensar que podía no serle del todo perjudicial, tal vez todo lo contrario. Como Trévelez compartía con él la misma animadversión hacia Inglaterra, si su espionaje desencadenaba una mayor tensión con los británicos, la monarquía se vería forzada a tomar posiciones más próximas a Francia, que al final era lo que anhelaba Ensenada. No podía negar lo infame de su acto, por supuesto. Pero justificarlo en sus consecuencias positivas sí, y eso terminó por aliviar su conciencia.

El rostro de Beatriz ya no parecía el de una jovencita de dieciséis años; en sólo dos días había envejecido de un modo llamativo.

Amalia se convirtió en su único contacto con el mundo, pues había determinado no ver a nadie más que a ella. Salvo alguna visita de su madre Faustina, a nadie se le permitía entrar a sus habitaciones, de las cuales no había salido desde el grave suceso acaecido a las puertas de su palacio.

La gitana le despertaba cada mañana, vestía y ayudaba; preparaba su comida, atendía a su aseo y hasta le velaba el sueño cada anochecer.

Beatriz apenas hablaba. Para traspasar su lánguida mirada, Amalia tenía antes que deshacer barreras que a veces le resultaban tan nuevas como desconocidas, y sin embargo, la gitana entendía en aquellos silencios los significados que habitaban su interior.

Esa tarde, Beatriz le había pedido que montase aquel misterioso cuadro que guardaba con tanto celo en su caballete.

Elaboró cuatro gamas de blancos, y se enfrascó con un pincel en perfilar unas nubes que consiguieron romper el homogéneo cielo azul en beneficio de un mayor realismo.

Esta vez, y con su permiso, Amalia pudo escrutarlo de un modo más detenido. Admiró la finura de sus trazos, la expresividad del rostro de la mujer en su martirio, la enorme sensibilidad de su mirada, que parecía salirse del mismo.

—Admiro vuestra destreza, pero ¿por qué no habéis puesto cara a los tres

varones?

Beatriz no respondió. Recogió una pizca de óleo de color crema y lo difuminó sobre una de las nubes.

—¡Habladme, os lo ruego! Vuestro silencio hiere mi alma.

—No puedo dibujarlos todavía, Amalia. Más adelante lo haré, cuando los conozca.

—No os entiendo…

—Lo harás si me ayudas.

—¿Ayudaros a qué?

—San Cipriano murió al lado de santa Justina. En este retrato sólo aparece ella, pero la realidad de su martirio fue muy diferente. Antes de convertirse al cristianismo, Cipriano era un mago de reconocido prestigio en Antioquia. Todos veían en su poder la fuerza e influencia de un ser maléfico; del demonio. Deshacía las nubes para evitar la lluvia; a las mujeres embarazadas les impedía parir y dispersaba los peces para que no pudieran ser pescados. Ostentaba un evidente control sobre los espíritus del mal, que atendían sus órdenes ante la sorpresa de todos. Sus hechizos y magias maravillaban a cualquiera, sin saber que su obra procedía del pacto que había sellado con el ángel caído.

Amalia no entendía la relación con su pregunta, pero estaba contenta de volver a escuchar su voz, ya casi olvidada desde aquel fatal enfrentamiento con su padre.

—Cipriano intentó con encantamientos y hechizos doblegar a santa Justina para ganar su amor hacia un joven que la pretendía. Éste había contratado sus servicios para conseguir con engaños lo que ella le había negado. Pero santa Justina estaba protegida por la cruz y nada logró; ningún sortilegio hizo efecto sobre la mujer. Luego, el maligno habló con Cipriano, y le explicó que sus remedios no funcionaban en ella por la protección que Dios le daba a través de la cruz. Y Cipriano abandonó al demonio para abrazar aquel otro poder, superior a todo. Y se convirtió al cristianismo de la mano de aquella santa mujer.

—No comprendo qué tiene que ver todo eso con vos…

—Mi madre se llamaba Justina.

Beatriz estaba decidida a explicarle sus más íntimos significados. Había llegado el momento de que Amalia conociese toda la verdad.

—Murió en idéntico martirio que la santa, y yo lo presencié, como san Cipriano lo hizo también en su momento. Un día, el mal entró también dentro de mí, de igual modo que lo hizo con Cipriano. Por eso, este cuadro me ha indicado el camino para encontrar mi propia redención. Y tú me ayudarás…

—Haré lo que vos deseéis, aunque no llegue nunca a comprenderlo.

—¿Puedo tener entonces tu más absoluta entrega y fidelidad, sin discutir nada de lo que te pida?

—Sí —respondió sin ambigüedad.

—¿Quieres ayudarme a que el mal se desprenda de nuestras vidas para siempre?

—Sí, pero no sé cómo.

—A través de un talismán que obra por sí solo. Ya lo verás. Desde hoy pondremos en marcha un plan que va a transformar para siempre nuestras vidas.

—Estoy dispuesta.

—Empecemos entonces. Ahora acércame tu mano…

El tono de la conversación con Rávago no supuso novedad alguna en Joaquín Trévelez, que asistió esa misma tarde a uno de sus ya tradicionales análisis; faltos de mesura en sus crueles interpretaciones, llenos de afilados comentarios y en un entorno de cierta desconfianza.

En esta ocasión, también fue implacable en sus críticas por la muerte de la religiosa, y pretendió responsabilizarle de ella como de cualquier otra que se produjese en el futuro, debido a lo que de forma literal llamó «su franca ineficacia».

Lo único que atrajo su interés y cierta aprobación, aunque tampoco la tachó como suficiente, fueron sus flirteos con la mujer del embajador. A ello dirigió sus preguntas, requiriéndole todo lujo de detalles. Se felicitó al saber que tras su despacho, acudiría a verla para ganarse de nuevo sus favores.

También escuchó con menor interés, pero con bastante curiosidad, las deducciones a que había llegado Trévelez a partir del descubrimiento de la estrella flamígera en el cuerpo del inquisidor, de la que Rávago había oído hablar, aunque desconocía su trascendente significado para los masones.

Poco antes de caer la noche, Joaquín partía a caballo desde el palacio del Buen Retiro en dirección a la embajada inglesa. Retumbaban en su memoria las últimas palabras del confesor real: «Son muchos los que piensan que es en la razón donde el hombre debe buscar la verdad, y escriben sobre ello, sobre todo desde Francia y Alemania. No aceptan que nuestra santa religión dirija los comportamientos morales y la acción del hombre, en cuanto que no son producto del raciocinio y pertenecen a una esfera diferente; a la de la fe. Y reniegan de todo lo que no nazca de la lógica y el razonamiento. En esa sucia estrategia, veo a los masones como los principales propagadores de esa nueva filosofía; la más herética a la que nos hemos tenido que enfrentar. Por eso ha sido tan importante su extirpación de nuestro país, y es vital que detengamos a esos asesinos; su castigo serviría de escarmiento a todos aquellos que se han visto atraídos por su falsa apariencia benéfica. En cuanto he conocido por vos el importante significado de esa estrella, como símbolo del poder que pretenden conferir a la razón, se han confirmado mis anteriores presentimientos. Si ya antes os conminaba a prenderlos como fuera, empleando para ello cualquier medio que creyerais necesario, incluido el demérito de vuestra propia honra, o incluso de la mía,

ahora os lo exijo. Buscadlos, prendedlos, matadlos, hay que destruirlos de raíz».

La cena con Catherine en la embajada, pasó de intrascendente en sus inicios a intrigante en los postres, cuando la mujer le propuso un pequeño anticipo de la información si a cambio la compensaba con alguna de Estado que tuviese suficiente trascendencia para Inglaterra.

Sin dudarlo, Joaquín le expuso las intenciones, planes y órdenes dadas por Ensenada contra la Marina Real británica fondeada en las cercanías de los puertos de La Habana y Cartagena de Indias, con la novedad de una posible respuesta bélica frente a ella. También le entregó el documento que eximía al embajador Keene de cualquier responsabilidad, relación o vinculación con los masones buscados.

Catherine memorizó hasta el último detalle de su revelación y valoró su suficiencia dentro del acuerdo a que habían llegado.

—Ayer estuve en su despacho y creo haber encontrado entre sus papeles algo que podría seros útil…

—Ardo en deseos por saber en qué consiste.

—Se trata del libro donde quedan registradas las visitas a esta legación. A falta de poder hablar con mi marido, que como sabéis sigue de viaje, se me ocurrió mirar en él y creo que hemos tenido suerte. Revisé los nombres que se anotaron en la fecha de la que hablamos, y aparecieron dos que podrían coincidir con los mismos que buscáis. Los he apuntado en un papel.

—¡Excelente ocurrencia! —Aplaudió su iniciativa—. Pero no soporto la espera, Catherine. ¡Dádmelos cuanto antes! —Trévelez no ocultaba su ansiedad.

—Acercaos a mí; tendréis que merecerlo. —Le miró con picardía.

Joaquín no dudó en besar con pasión a una Catherine que temblaba entusiasmada. Trévelez, recordaba las palabras de Rávago insistiendo en no dudar en cualquier pago, incluso con su propia deshonra si fuera necesario para obtener la preciada información.

Sentía asco de su propio comportamiento, además de un profundo rechazo por aquella mujer, aunque lo disimulaba como podía.

Ya entrada la noche, al salir de la embajada, Trévelez poseía por fin los nombres de los dos masones en un bolsillo de su casaca; Thomas Berry y Anthony Black. Catherine no le pudo dar ningún detalle más sobre ellos, aunque prometió completarle la información cuando volviera su marido.

Su pensamiento voló hacia María Emilia, lleno de remordimientos. Aquel sacrificio con la embajadora no había llegado todavía a su fin. Aún tendría que volver a verla pronto, pues así habían quedado en hacerlo. Pero en cuanto todo aquello terminase, se lo explicaría y, si conseguía su perdón, se prometió que la pediría en matrimonio.

Dos días después, refugiándose en la oscuridad de una cerrada noche, dos figuras encapuchadas recorrían el perímetro del muro exterior que resguardaba la casa palacio de los condes de Valmojada.

Tras una señal, y en completo silencio, se encaramaron sin ninguna dificultad por su lado más accesible y se dejaron caer sobre una acolchada alfombra de hierba que amortiguó el escaso ruido.

Afinaron el oído para asegurarse de la ausencia de vigilancia y no apreciaron más sonidos que el apagado eco de unas voces que procedían del interior de unos establos, a escasos metros a su derecha. Escrutaron después el resto del recinto sin detectar la presencia de ningún humano.

Desde un rincón, a resguardo, veían un sendero de tierra que unía los jardines con el edificio principal, abrigado en sus laterales por una ancha línea de setos de mediana altura y artística poda, suficientes para ocultarlos hasta que llegaran a uno de los laterales sin que fuera advertida su presencia.

La única luz que atestiguaba cierta actividad, la procedente de las caballerizas, se apagó. Sus retinas se adaptaron en escasos minutos a la luz de la luna. Con ella, el jardín cambió de apariencia transformándose en un escenario más sombrío, sólo festejado por los miles de destellos plateados que rebotaban en las hojas de los árboles.

Se mantuvieron vigilantes durante unos minutos más, en completo silencio, antes de emprender el camino hacia la residencia.

La misión no era sencilla, aunque el destino era muy concreto: matar a la condesa, una mujer de excepcional belleza de sólo treinta años y mujer de uno de los hombres de confianza de Ensenada; el conde de Valmojada.

Sin haber recorrido ni la mitad del sendero se detuvieron de golpe, pegándose contra el suelo, al advertir la inesperada presencia de dos hombres que iniciaron una conversación a escasos metros de su posición.

—Reconozco que la señora nos lo podía haber avisado esta tarde, y no a última hora de la noche como lo ha hecho.

—Tienes toda la razón —intervino el segundo—. Sabía que su marido llega de Roma la próxima semana, y que por tanto la otra carroza no estaba en condiciones para un uso tan inmediato. Pero ya sabemos cómo es; se le ha antojado que la tengamos lista y arreglada para primera hora de la mañana y como lo ha decidido ella, da igual que fueran las once de la noche.

—Mujeres… —El hombre pateó una piedra que cayó a escasos centímetros de su escondite.

—Dejemos el tema y vayamos a dormir; se nos ha hecho demasiado tarde.

En cuanto se alejaron y escucharon cerrarse la puerta que daba acceso a las

dependencias del servicio, se incorporaron y siguieron camino hasta alcanzar el extremo del seto. Desde él hasta las paredes del edificio les separaban unos quince metros.

Conscientes del peligro que acarreaba esa maniobra, ya que quedaban a la vista, corrieron con la máxima precaución pero a toda velocidad hasta llegar a la esquina del palacete. Luego, y apoyándose en su pared, recorrieron una corta distancia hasta dar con un ventanuco a ras de suelo que les pareció bastante endeble y un inmejorable acceso al interior.

De un seco empujón, se abrió sin problemas hacia dentro, permitiéndoles su entrada. Permanecieron unos segundos hasta que se adaptaron a la oscuridad que reinaba en su interior; tras ello, comprobaron que estaban dentro de una pequeña habitación que servía de despensa. En su recorrido hacia la única puerta que parecía tener aquel cuarto, no supieron esquivar algunas piezas de jamón y se golpearon en varias ocasiones con ellas.

—Me alegro que no esté el conde; todo será más fácil. ¿Llevas la daga a mano?

—Sí. Espero no tener que utilizarla antes de llegar a la condesa.

—Descuida, iremos sin prisas y con el máximo tiento. Debemos encontrar unas escaleras que nos lleven a la primera planta; allí estarán los dormitorios de los condes, como ocurre en todas las casas nobles.

Abrieron la puerta sin hacer ruido, y como vieron despejado el pasillo por ambos lados, se decidieron a salir caminando con extremo sigilo hacia uno de sus extremos.

Un arco lo separaba de un amplio recibidor, desde el cual, y a su izquierda, ascendía una impoluta escalera de mármol cubierta por una suave alfombra de lana.

Tras comprobar el espacio y las distintas puertas que se abrían a él, tomaron la dirección del piso superior. La alfombra apagaba totalmente el sonido de sus pisadas.

La puerta que se correspondía con el dormitorio de la condesa no dejaba lugar a dudas, si se comparaba el adorno de sus marcos y molduras con el resto de las que había en la planta.

En absoluto silencio, consiguieron abrirla y entrar en su interior, conscientes de que aquél era el momento de mayor riesgo. Cualquier descuido o tropezón que coincidiese con el sueño ligero de la dama podía poner en pie a todo el palacio.

A los pies de una amplia cama, y con la rítmica y profunda respiración de la condesa como único sonido, se miraron y decidieron su forma de actuación entre susurros.

—Tú abórdala por el lado derecho de la cama. Encárgate de taparle bien la boca y que no se mueva; empléate en ello con todas tus fuerzas. Yo, desde el lado izquierdo, buscaré su pecho con rapidez y le clavaré la daga en el corazón. Morirá pronto, pero debemos resistir sus espasmos hasta que eso ocurra.

—Empecemos entonces; no perdamos más tiempo.

La condesa se despertó sobresaltada, al sentir la presión de una mano en su boca y otras que le empujaban contra el colchón. Al abrir los ojos apenas pudo ver nada, pero intuyó la presencia de dos cuerpos, uno a cada lado, y notó el tacto de unos dedos sobre su camisón, buscando uno de sus pechos. Trató de gritar en vano y se revolvió furiosa, advertida del peligro que corría, pero aquellas sombras no la dejaban apenas moverse.

Sintió cómo penetraba en su pecho un mortal filo, entre las costillas, y cómo éste se le clavaba muy dentro, hasta sentir un dolor último y agudo. Ahogada de angustia, supo que la vida se le escapaba sin entender por qué. Miró hacia aquellas sombras buscando una explicación, y sólo pudo apreciar un tenue reflejo en sus ojos, frío y calculador, sin compasión alguna.

La muerte le sobrevino rápida. Una vez que terminaron sus temblores, le extrajeron la daga y con ella le marcaron un símbolo en cada palma de sus manos, dejándolas luego hacia arriba y con sus brazos extendidos.

Antes de salir del dormitorio, sus verdugos se entretuvieron en ordenar la escena: le extendieron su melena sobre la almohada, arreglaron su desordenado camisón tapándola por entero, juntaron sus piernas y le introdujeron de nuevo la daga en la misma herida que la había matado.

Después de tomar todas las precauciones posibles para abandonar la casa sin hacerse notar, una vez en la calle, y al abrigo de la solitaria noche, se confesaron lo que sentían.

—Aún siento el sabor dulce de la venganza; el mismo que me invadía cuando la sujetaba contra su cama mientras mis brazos resistían sus postreros esfuerzos por vivir.

—También hemos respirado el aire que ha transportado su último aliento, antes de que la muerte lo enfriara todo. Con él he absorbido su fuerza, aunque lo único que lamento es no haber podido ver la expresión de su rostro mientras moría…

En Madrid.
Año 1751, 11 de octubre

El enjuto y sobrio semblante del alcalde Trévelez brillaba con especial intensidad cada vez que leía una sentencia; aquél era su momento estelar.

De pie y frente a él, con una expresión demasiado altiva a tenor de su pésima situación, se encontraba un hombre de mediana edad, tosco de modales y de apariencia ruda, que se tomaba con evidente poco interés la condena que le estaba siendo leída por el alcalde de Casa y Corte.

Después de haber sido demostrada su responsabilidad en el robo con asesinato que había perpetrado en una prestigiosa platería de Madrid, a Trévelez sólo le restaba dar fe pública del delito y dictar sentencia. Y así lo hizo.

Nada más terminar, miró al condenado con desprecio, le recriminó su irresponsable actitud, a mitad de camino entre burlesca y jocosa, durante la lectura de la pena, y ordenó a los guardias que le evitasen su presencia de inmediato.

Mientras se lo llevaban a rastras, pensó en lo absurdo que podía llegar a ser el comportamiento humano. Si este reo se había mofado del brazo de la ley cuando acababa de imponerle doscientos latigazos, cinco años de prisión y otros diez en galeras, otros se doblaban como juncos y le imploraban indulgencia con delitos menores y condenas mucho más livianas.

A pesar de ello se sentía orgulloso de su oficio, no sólo por poder aislar de la sociedad a determinados individuos defectuosos, pues así era como él los veía, sino también por el innegable placer que le producía su propio poder, el uso de la autoridad.

Con un golpe de mazo dio por terminada la sesión y se dirigió presuroso hacia su despacho.

Una vez allí, ya liberado de la toga, volvió a verse como tantas otras veces, tal y como era, lejos ya de su solemne imagen al frente de un alto tribunal de justicia.

Sin saber por qué, se puso a hacer balance de su vida. A sus cuarenta años y después de haber vivido todo tipo de experiencias y pruebas, Joaquín creía conocerse bien; sobre todo en sus defectos.

Si se vanagloriaba de la tenacidad que siempre imponía en su trabajo, tal vez no hacía lo propio con otros aspectos de su vida. A la hora de justificar sus faltas, se volvía paciente, pero era vehemente cuando los demás no cumplían con sus deberes. Jamás transigía con quien producía dolor o daño a los demás, y sin embargo toleraba con clemencia sus propias faltas de lealtad y fidelidad. Y cada vez que se había tenido que enfrentar a una situación límite, actuaba de un modo inconsecuente, al fijarse más en las posibles ventajas que en atender a valores como la honra, la amistad o la rectitud.

Pensaba sobre todo aquello cuando en la soledad de sus dependencias le asaltaba el recuerdo de la vil relación que mantenía con Catherine escupiendo a su amor por María Emilia, o también la traición a su amigo Ensenada, al estar revelando secretos de Estado a un conspirador como era el embajador de Inglaterra y complicándose en sus intrigas.

Abrumado ante la evidencia de sus errores, se sentía indigno como persona y como juez. En realidad se veía como un simple estafador; tanto de sí mismo como de todos aquellos que le apreciaban de verdad.

Sus remordimientos pasaron a segundo plano cuando su secretario abrió la puerta para informarle de que acababa de llegar la visita que esperaba.

Se trataba del capitán Voemer, de la guardia de corps, al que había hecho llamar con urgencia y sin explicaciones previas, para hablar del último crimen masónico.

—Os agradezco vuestra presteza en acudir a esta cita. —Trévelez estrechó la mano del militar, notándole de inmediato el patente estado de irritación con el que venía—. Por favor, pasad a mi despacho. Os explicaré qué razones me han empujado a haceros venir.

Esperó a que tomara asiento, antes de hacerlo él al otro lado de la mesa de despacho.

—Sabéis que suelo disponer de poco tiempo. Espero que sean suficientes como para poder justificaros. —Con su atrevida actitud, el capitán quiso probar a Trévelez.

El alcalde le miró con un gesto displicente.

—Lo dejo a vuestro criterio. Vuestros amigos han vuelto a matar, esta vez a la condesa de Valmojada. Supongo que eso no tiene ninguna importancia para vos…

Trévelez suponía que la causa del crimen no era otra que vengar el espionaje que su marido había practicado a la masonería, pero no creía prudente revelárselo dada su filiación y la escasa confianza que sentía por aquel hombre.

—No sé por qué decís eso, ni tampoco a qué amigos os referís… —Si eran los gitanos, sobre los que había hecho recaer las culpas en su anterior conversación con Trévelez, tenía una gran noticia que de seguro no sabía el alcalde—. ¿Me habláis de Timbrio y Silerio Heredia?

—Bien sabéis vos, que no pienso tanto en ellos como en vuestros hermanos

masones.

—Veo que estáis muy seguro de ello. ¿Acaso sabéis ya quiénes son? ¿Lo han reconocido delante de vos? —El capitán jugaba fuerte, al poseer una nueva información que usaría en el momento más adecuado, imaginándose sus escasos avances en el otro frente.

—Si me facilitaseis su dirección, que es fácil que la sepáis, podría hacerlo. —Trévelez le devolvió el envite.

—Dadme sus nombres; lo haré sin ningún inconveniente. —El capitán le miró altivo, a la espera de que éste reconociera su incompetencia.

—¡Anthony Black y Thomas Berry! —Trévelez fue rotundo—. ¡Habladme de ellos!

El capitán enmudeció, ahora acorralado, cuando esperaba conseguir lo contrario. De sobra los conocía, pero no dónde vivían. Sin querer saber ni cómo había dado con ellos, decidió que era el momento para recuperar el dominio de la situación.

—Esta misma mañana he sido informado de que los gitanos Heredia fueron capturados hace dos días en Medina del Campo, y también, que ya han reconocido su responsabilidad en las explosiones del palacio de la Moncloa. He ordenado que los traigan hasta Madrid, para que vos mismo continuéis con sus interrogatorios y reconozcan el resto de los crímenes. —El capitán Voemer disfrutó viendo cómo encajaba el golpe.

—Excelente noticia —se rascó la barbilla—, pero con ella, me acabáis de dar la prueba definitiva; ellos no pudieron cometer el crimen de la condesa de Valmojada, y me cabe pensar que tampoco los otros. Por tanto, empezad a contarme de una vez lo que sepáis sobres esos ingleses.

El capitán se lamentó de su torpeza al no haber tenido en cuenta aquel detalle. No tenía escapatoria.

—¿Me confirmáis la inmunidad que me ofrecisteis en nuestra anterior cita?

—Tenéis mi palabra, siempre que me deis prueba de vuestra honradez.

—Los conozco poco, sólo de verlos en algunas reuniones de nuestra logia. Aunque apenas he hablado con ellos, sé que Wilmore los usaba para realizar acciones, digamos, delicadas. Peligrosos, fríos, firmes en su empeño, hombres duros como el acero; así los veía yo en su momento.

—No acabo de confiar en vuestras palabras, ni tampoco en lo que afirmáis saber, pero os ofrezco una oportunidad para resarciros de mis actuales dudas; ¡decidme dónde podríamos encontrarles!

—Desconozco sus paraderos, creedme, pero daré sus descripciones a mis hombres para que inicien su búsqueda de inmediato. Espero que me entendáis, pues aunque he pertenecido a esa sociedad, las informaciones más comprometidas estaban lejos de mi alcance. En realidad, acudí a la masonería sólo para facilitarme ciertas

influencias, contactos nada más. Una vez dentro, me di cuenta que sin pertenecer a los grados superiores, sólo te muestran el lado amable de la asociación, aunque existe otro nivel mucho más secreto, y creo que más tenebroso. Es allí donde se deciden los últimos fines y quiénes serán los miembros clave para alcanzarlos.

—Y los crímenes, supongo; como el que hoy nos compete hablar. —Trévelez empezó a reconocer cierta rectitud en su intención.

—Contadme entonces los detalles de este último suceso; intentaré ayudaros en lo que pueda.

—El escenario ha sido su propio lecho. Encontré su cuerpo tendido boca arriba, con los brazos abiertos y una daga clavada en su corazón. Sin abundar en otros detalles que no poseen mayor trascendencia, me llamó la atención la presencia de dos extrañas heridas más, practicadas sobre las palmas de sus manos, en forma de cruz invertida. —Trévelez no dejaba de observar al capitán Voemer, sin perderse ninguna de sus reacciones—. Una vez más —continuó el alcalde—, vuestros amigos han dejado una señal, o mejor dicho varias…

—¿A qué os referís? —Al capitán le fastidiaba que Trévelez siguiera relacionándole con ellos.

—La primera, el perfecto orden que han dejado; los cabellos esparcidos de un modo regular por la almohada, su camisón bien colocado, sin arrugas, las sábanas estiradas, su postura recta, cada brazo en idéntico ángulo sobre el tronco. Más parecía que la condesa hubiese muerto de forma natural, sin advertirlo.

—¿Se llevaron algo de su cuerpo, como hicieron con los otros? —Voemer pensaba ya en los significados de aquellas señales.

—Esta vez nada… y ése es otro de los detalles que debería hacernos pensar —contestó Trévelez.

—Esas heridas en sus manos, en forma de cruz invertida, tienen un posible sentido… —El capitán se miró las suyas, imaginándose dos cruces boca abajo.

—Explicaos y pronto.

—Esos signos se usan en las llamadas misas negras. Para los seguidores de Lucifer constituyen una forma de rechazo a la figura de Jesucristo.

—Podría ser… —Trévelez se frotó el mentón—. También tenía los brazos extendidos en forma de cruz. ¿Qué os significa todo ello?

—Como os dije, desconozco qué tipo de ceremonias se llegan a practicar por parte de esos altos grados masónicos, pero siempre sospeché que bajo el aparente respeto que dicen tener por todas las religiones, se esconde un profundo odio a las mismas, y sobre todo a la católica. No es de extrañar, entonces, que pongan en práctica secretos rituales, tal vez satánicos, donde se haga mofa de sus principios.

—A partir de la interpretación que me disteis sobre aquella estrella flamígera aparecida en el pecho del alguacil, he conseguido relacionar cuatro de los crímenes

con sus respectivos significados. Caridad, fuerza, y sabiduría, se corresponderían con las muertes del jesuita Castro, el duque de Llanes y el alguacil del Santo Oficio, y virtud con la monja franciscana, muerta también hace pocos días. Faltaba la belleza, pero con el asesinato de la condesa de Valmojada, considero que está ya justificada.

—Para vos, ¿tiene alguna explicación la elección de esta nueva víctima? —Ante aquella deducción, el capitán Voemer tuvo que reconocer la destreza de su anfitrión.

—Sí —contestó Trévelez—. Tanto ella como su marido, han sido fieles servidores y amigos del marqués de la Ensenada, al igual que muchas de las otras víctimas. En concreto, el conde ha sido la mano derecha del marqués en muchos proyectos militares del Estado, y junto a los condes de la Mina y los de Benavente forman el reducido grupo de nobles que le han sido incondicionales. Por tanto, considero que, sin menosprecio de otros oscuros motivos, esos dos masones han pretendido herir a Somodevilla a través del asesinato de una de las personas más cercanas y amigas: la condesa, y tal vez sólo a ella por haber estado ausente el conde.

—Coincido con vuestro análisis, pero veámoslo también desde otro punto de vista. Como bien sabéis, en la masonería, el uso de los símbolos tiene una vital importancia. Cada masón, a través de su interpretación, trata de fijar ideas en su mente que le ayuden a conocer después otras verdades más profundas.

—¿Adonde queréis llevarme con eso? No os sigo —le interrumpió Trévelez.

—A entender qué otros significados se esconden en las marcas de sus manos, en la herida de su corazón, o en esa deliberada disposición de su pelo y cuerpo, porque es seguro que los hay.

—Probad a hacerlo; sólo vos poseéis el privilegio de conocerlos desde dentro.

Voemer quiso demostrar cuán firme era su disposición a colaborar con Trévelez, aunque para ello tuviese que revelar aquellos secretos que había jurado proteger en su iniciación.

—La masonería aspira a destruir los grandes dogmas del pasado para lograr que las motivaciones del hombre sólo se vean dirigidas por la razón. Considero, que es ahí donde debemos buscar todas las respuestas. Para la Iglesia, la cruz, además de ser su principal distintivo, representa el símbolo de un nuevo orden establecido por Jesucristo, a través del cual dio cuerpo a su propia fundación. Esa sociedad pretende romper el actual equilibrio de poderes.

Sirviéndose de una pluma comenzó a dibujar varias cruces boca abajo sin perder la concentración de su discurso.

—No los veáis, tan sólo, como unos peligrosos dementes, esos dos masones actúan desde una perspectiva mucho más compleja. En todos sus asesinatos, y desde luego en el de la condesa de Valmojada, han dejado constancia de cuál es su verdadero concepto del orden, subrayándolo en sus cuerpos en forma de extrañas composiciones criminales. —Suspiró, aliviado por aligerar su conciencia de aquel

conocimiento que desde hacía mucho tiempo suponía una pesada carga para él—. Con esas cruces invertidas —siguió hablando el capitán—, están demostrando su desprecio a lo que representa la fe. Y a través de la disposición de sus cabellos, abiertos y extendidos hacia fuera, es como creo que simbolizan dónde debe buscar el hombre la verdadera belleza: a través del raciocinio.

—Interesante y muy revelador, capitán. Llevamos demasiado tiempo hablando sobre sus cábalas mentales, simbologías demoníacas, ritos macabros o de sus motivos filosóficos, cuando, en el fondo, no dejan de ser los que son; unos seres detestables; en mi opinión, lo único que debe ocuparnos ahora es verlos lo antes posible entre rejas para luego ser sentenciados a muerte.

—Entiendo. Me pondré en marcha de inmediato. Os los traeré vivos o muertos y antes de lo que imagináis. Ésta será la mejor muestra de mi compromiso hacia vos, como pago de vuestra indulgencia.

Por fortuna para Anthony Black y Thomas Berry, la protección que se debían los hermanos de una misma logia seguía funcionando, a pesar de la estrecha persecución a que se veían sometidos todos sus miembros por parte de la Inquisición y las tropas del Rey.

Al saber por boca de uno de sus vecinos que la guardia de corps se dedicaba desde hacía días a registrar todas y cada una de las casas del centro de Madrid, pudieron imaginarse cuáles eran sus intenciones y objetivos, de modo que abandonaron su residencia por unos días, con idea de volver en cuanto hubiese terminado la inspección de su barrio.

Sin detenerse más de dos días en cada casa, fueron acogidos por varios hermanos hasta llegar a la que ocupaban en aquel momento, propiedad de un literato de reconocida fama en Madrid que les había escondido por más tiempo que los demás en sus sótanos.

Sentados a una tosca mesa de madera y frente a un fuego, en la cocina de aquel erudito hermano masón, los dos ingleses ultimaban sus planes para concluir el mandato que les había dado Wilmore.

—Con la condesa de Benavente pondremos fin a nuestro encargo. Después, volveremos a nuestra residencia para recoger nuestras cosas y huiremos a Inglaterra para empezar allí una nueva vida. —Anthony hurgaba con una cuchara el fondo de una taza de té para recuperar el azúcar que no se había conseguido disolver.

—Estoy harto de los españoles y de este país —protestó Thomas—. Anhelo ver nuestros verdes paisajes y hasta incluso el negro humo de los talleres de Londres. —Escupió al suelo lleno de rabia—. ¡Sólo deseo volver a probar el verdadero té, y no esta infusión que parece hecha de cañizos y pajas!

—Déjate de historias y concéntrate por un momento en la complicada tarea que

tenemos por delante. Todas las precauciones que hasta ahora hemos puesto en nuestras acciones, no nos servirán de nada con esta condesa. Ya hemos comprobado la formidable protección de que dispone fuera de su palacio, y hemos de suponer que la igualará dentro. Como esa vía parece una tarea imposible, deberíamos pensar en abordarla en algún lugar público, aprovechándonos de algún acontecimiento al que ella acuda, o abordándola en su carroza, si es que queremos tener las mínimas garantías de hacernos con ella.

—Se me ocurre una idea, Anthony. Estoy seguro de que esa mujer tiene que ser una devota cristiana, y como tal debe acudir a diario a misa. Como nunca hemos vigilado sus movimientos tan de mañana, opino que deberíamos hacerlo y estudiar el momento más vulnerable.

—Correcto, Thomas. ¡Mañana mismo empezaremos!

Anthony soñaba con poder capturar a esa mujer. Además de ser la última de sus víctimas y dar así por terminada la misión, pretendía servirse de ella como noble ofrenda a su adorado señor de las tinieblas. Sabía que era la más hermosa de las mujeres de Madrid, y por ello el mejor tributo que podría ofrecer a su señor.

Con su cuerpo extendido formaría una estrella flamígera, y en cada uno de sus vértices colocaría los órganos que había ido extrayendo de sus anteriores víctimas.

Se recreó al imaginar la sangre de la noble dama mezclándose con aquellos restos, en esa postrera ceremonia, en la que invocaría al máximo poder de la oscuridad y ante él pronunciaría por tres veces la palabra secreta.

La escarcha que dejaban los primeros fríos de otoño sobre la hierba crepitaba bajo el paso de la comitiva que portaba el féretro de la condesa de Valmojada, doña Asunción Robles, al mausoleo familiar del cementerio de San Isidro.

Muchos adormilados rostros le seguían; algunos por la larga vigilia en compañía del marido y ahora viudo, otros, por la temprana hora del mismo, las siete de la mañana del dos de octubre, por el expreso deseo del afligido conde de Valmojada, que conoció la noticia a su llegada de Roma, casi una semana después del crimen, lo que hacía imposible demorar más el entierro del cuerpo.

La importancia del noble apellido junto a sus estrechas relaciones con las más altas esferas del gobierno habían atraído a la mayor parte de la nobleza de Madrid y a buena parte de la clase gobernante. Aunque no asistió el rey Fernando, que por aquellos días estaba aquejado de unas molestias digestivas, sí lo hizo la reina Bárbara y de riguroso luto. A su lado, los dos secretarios principales del gobierno, Ensenada y Carvajal, y detrás el confesor Rávago.

Con miras de mantener el debido protocolo, que apenas pudo ser organizado, les seguían los grandes de España y después unos ochenta títulos nobiliarios que tenían morada en la Villa de Madrid.

Los condes de Benavente acudieron para dar cristiana despedida a una de sus más queridas amigas. Lo hacían en compañía de su hija Beatriz.

Flanqueada la comitiva por un destacamento de guardias valones y otro de corps, disponían sus enseñas y banderas a media altura, en reconocimiento y honra a los presentes y como tributo a la fallecida.

Estando Trévelez ocupado en la seguridad del cortejo fúnebre, María Emilia Salvadores acudió sola, así que se unió al grupo de sus amigos.

Del brazo de Beatriz, a la que no había vuelto a ver desde que ésta perdiera a su hijo, le asaltaban los recuerdos del sepelio de Braulio con un renovado dolor. Tan sólo una mirada les bastó para saber que en las dos anidaban los mismos sentimientos y secretos. Entre ellas flotaba el afecto, la identificación, la comprensión de un modo tan palpable que ni el silencio estorbaba su complicidad.

Beatriz vestía un sobrio traje negro, con capa y guantes de idéntico color, que le daba apariencia de más edad. María Emilia descubrió en sus ojos la huella de las últimas desgracias, sin aquel brillo que constituía su principal seña de identidad.

Tampoco ella era la misma. Desde su estancia en Cádiz, su vida fue repartiéndose entre sucesivas desgracias y esperanzas. Tras la muerte de su marido en el arsenal de La Carraca, apareció una preciosa razón para congraciarse con el mundo; Braulio. Luego llegó su brutal desaparición, y a la vez que ella, un nuevo amor, Trévelez.

Hasta en su estabilidad había jugado con altos riesgos, como con su viejo amigo Álvaro. Si entre esa serie de infortunios y alientos parecía haberlo vivido casi todo, aún faltaban por venirle nuevos acontecimientos, algunos felices, como la aparición de un inesperado nieto en el vientre de Beatriz, pero demasiado breves, por su posterior muerte.

También a ella le había pasado factura todo aquello, y su rostro ya no mostraba la dulzura que en otros tiempos era el mejor exponente de su poder de atracción.

Tres eran los sacerdotes que oficiaban el entierro. Mientras sus plegarias en latín se dispersaban entre el gran círculo de los asistentes, suma de letanías y responsos, María Emilia se arrimó a Beatriz invitándola a conversar unos minutos entre susurros, al abrigo de una breve confidencia.

—¿Qué te ha quedado por dentro, Beatriz?

—Nada —le respondió sin darle demasiada importancia.

—No te entiendo. ¿Cómo que nada?

—María Emilia, en mí, ahora sólo existe lo inmediato. No me imagino nada después, para mañana, o para la semana que viene, y mucho menos en un año. Vivo sólo de hoy.

—Te comprendo. También espero poco del futuro. Cada día veo cómo ser feliz, de hacer felices a los demás.

—No es así como yo lo siento. De hecho ya no percibo las cosas de la misma

manera que antes. Mis estímulos han cambiado, y vivo de un único motivo grande, estimulante y distinto, de enorme poder sensorial.

María la miró desconcertada. Sin entenderla, disculpaba aquellas manifestaciones, atribuyendo su rareza a la cercanía de su drama. Decidió cambiar de tema.

—¿Conocías a la condesa?

—Muy poco. Sé más por referencias que por el escaso trato que llegué a tener con ella, aunque era buena amiga de la casa de Benavente e íntima de mi madre antes de su matrimonio.

—Ha sido un crimen terrible y a la vez misterioso.

—Desconozco lo que le ocurrió.

—Le abrieron el corazón con una daga mientras dormía. Además, sus asesinos marcaron en sus manos unos símbolos que parecen obra del mismo demonio.

—¿A qué símbolos te refieres? —le preguntó Beatriz.

—A dos cruces invertidas; la señal de Lucifer.

—O la cruz de San Bartolomé —afirmó con seguridad.

Los oficiantes dieron la señal para que los seis empleados del cementerio introdujeran el ataúd en la fosa. Dispensaron minúsculas gotas de agua bendita sobre él, siseando unas últimas bendiciones para emprender su viaje definitivo a la oscuridad, al descanso eterno.

Terminada la ceremonia, los asistentes formaron una larga fila para dar el pésame al conde. María Emilia separó a Beatriz de los suyos sin ningún deseo de cumplir con la formalidad de las condolencias, y sin embargo ansiosa por indagar los significados de aquel comentario que había hecho Beatriz.

—¿Por qué has dicho que se puede tratar de la cruz de San Bartolomé? —Le miró intrigada—. ¿Qué cruz es ésa?

—San Bartolomé fue uno de los doce apóstoles de Cristo, al que llamaban Natanael; del que Jesús dijo «He aquí un verdadero israelita en el que no hay engaño». Se llamaba Natanael Bar-Tolmai, el hijo de Tolmai; el hijo del labrador.

—Pero ¿de qué sabes todo eso? —María Emilia no salía de su asombro.

—De un libro. Un gran libro, el mayor de los libros; el *Martirologio*.

—No lo había escuchado nunca. —María tragó dos veces saliva para poder suavizar la sequedad de su garganta.

—Es el libro de la vida de los santos y de los mártires. En él se cita la vida de san Bartolomé y su apostolado, tanto en las bárbaras tierras del Este como en la India, hasta donde se supo que llegó. Fue martirizado en tierras persas por el gobernador de Albanópolis por predicar contra los ídolos que éstos adoraban. Dos fueron los medios empleados para agotar su vida; le desollaron vivo y luego le crucificaron boca abajo. Por eso, su cruz se dibuja en esa posición, y ha sido al escuchar lo ocurrido a la condesa, cuando de pronto me ha venido a la mente.

—He tenido la fortuna de prestar una cierta ayuda a mi prometido Trévelez en la interpretación de los extraños símbolos que han aparecido en esos horrendos crímenes acaecidos en Madrid. Se sospecha que son obra de dos masones muy peligrosos, sobre los que supongo ya has escuchado algo.

—Sí, pero poca cosa.

—Ahora sería demasiado largo de explicar, pero creemos que en cada uno han escenificado un deliberado ritual, de corte casi satánico. Sabemos que los masones desarrollan en sus logias una liturgia cargada de simbolismos, parte de los cuales coinciden con los descubiertos en las víctimas. Por eso, hemos pensado que las dos cruces tendrían un significado semejante. Desde luego, a nadie se le ha ocurrido verlo desde tu punto de vista.

—No digo que lo sea, sólo lo he recordado de repente.

—La cruz de San Bartolomé… —María Emilia meditó sobre ello unos segundos y a continuación expresó sus pensamientos en alto—. ¿Qué podría significar una cruz de martirio para unos locos asesinos?

—No lo sé, María —contestó Beatriz—; habría que estar dentro de su mente para entenderlo. Pero si te sirve de ayuda, sé que durante varios siglos y en muchos lugares, la gente empleó ese tipo de cruz, grabándosela en sus manos, como amuleto para ahuyentar de ellos los efectos del maligno.

—Eso me suena a superchería.

—Bien, pero ¿no me acabas de decir, que los masones son dados al uso de todo tipo de símbolos y rituales extraños? No me parece descabellado pensar que éste sea uno más, cuando existe la coincidencia de su presencia sobre las manos de la pobre condesa.

—Es cierto… Lo comentaré con Joaquín.

María Emilia la miró preocupada. Habían hablado de los masones, cuando se suponía que Beatriz no sabía que su padre también lo había sido, y que por esa causa había encontrado la muerte, al igual que su madre.

La naturalidad de sus comentarios no daba pie a pensar que estuviera al tanto de aquello, pero aun así, María se quedó intranquila. No acababa de entender qué razones habían movido a Beatriz para instruirse en esos extraños conocimientos, tan impropios de su juventud. De todos modos, se felicitó por haberle hablado del crimen, pues le había facilitado una nueva interpretación a esas dos cruces.

—¿Sabes alguna otra cosa que pueda resultarnos importante sobre san Bartolomé o su símbolo?

—No recuerdo mucho más, pero lo miraré en ese libro. Si sé algo nuevo, te tendré al corriente.

Faustina se acercó a ellas, amonestando a Beatriz por la poca delicadeza de su comportamiento delante de todos los asistentes.

—Te ruego que me acompañes y le des tus condolencias.

—Lo que tú mandes. —Se agarró de su brazo y se despidió de María Emilia con un guiño.

Ya había pasado una semana de la triste pérdida de la condesa de Valmojada, y sin embargo Faustina no conseguía dejar de pensar en ella ni un solo minuto. Como había encargado una novena por su alma en el convento de la Reencarnación, cada mañana se dirigía a escuchar la primera misa en su oratorio, con la única compañía de una docena de monjas de clausura y el oficiante.

De rodillas, asistía llena de piedad al momento de la consagración sin abandonar el luto por su amiga, ni tampoco las sentidas oraciones que ofrecía por ella.

Durante la comunión recordó las dos cruces que marcaron sus asesinos en sus manos y se fijó en la que presidía el ábside, una valiosa talla renana. Le pidió consuelo para el conde y misericordia hacia la condesa, para que la acogiera en Su reino.

Acabada la ceremonia, se recogió unos minutos más en oración antes de abandonar el templo, donde la esperaba su paje y un soldado al lado de la carroza.

Entró en ella, sin advertir la presencia de dos hombres que la vigilaban desde hacía unos días.

Ordenó al paje que se pusiese en marcha sin obtener ninguna respuesta. Le llamó por su nombre, pero tampoco escuchó nada. Cuando se disponía a abrir la portezuela para entender lo que pasaba, un hombre se adelantó y se introdujo en su interior tapándole la boca de forma violenta. Dio una orden y se pusieron en marcha. De reojo, desde su ventana, vio a su paje malherido en el suelo y al soldado con el cuello abierto.

Al fijarse en los ojos de su captor, comprendió, llena de pánico, que podía tratarse de uno de los masones. Se revolvió con furia, pero la fuerza de aquel individuo la tenía inmovilizada. Respiró su aliento y sintió que despedía muerte y odio.

—¡No os mováis o moriréis aquí mismo! —Anthony le recriminó un nuevo intento por zafarse de él. Sus ojos azules la observaron, maravillado de la belleza que poseía—. Sois preciosa; sé que seréis del agrado de mi señor. —Se rió con una cruel carcajada—. ¡Thomas! —le gritó desde el ventanuco—, apura a los caballos; deberíamos desparecer de las calles cuanto antes y llegar a casa.

El paje de la condesa de Benavente los vio desaparecer calle abajo, en dirección sur. Se levantó con enorme dificultad del suelo, sujetándose la grave herida de su vientre que sangraba con profusión. Varios viandantes se acercaron en su auxilio, pero él insistía en que sólo necesitaba un transporte que le llevara con urgencia hasta la plaza de la Vega, a la residencia de su señora.

Le subieron entre varios en un carro de mercancías, uno de los muchos que

habían parado llenos de curiosidad por el revuelo formado, y de allí partieron a toda velocidad.

Sus entrañas sufrían el traqueteo del empedrado; le parecía que en cada golpe se le iba un fragmento de vida. El mercader que le transportaba, parecía haberse tomado el encargo con tanta observancia que el paje temía verse rodar por el suelo tras volcar en alguna de las curvas, por tal y como las tomaba. Se miró la herida con preocupación. Le pareció ver, entre sus bordes, parte de sus intestinos. Un intenso y agudo dolor le hizo perder el conocimiento durante unos minutos.

Cuando se despertó, se encontró con varios rostros conocidos, todos agobiándole a preguntas en un ambiente de incontenible tensión. Entre ellos el conde, y la amiga y vecina de palacio María Emilia que, nada más saber lo ocurrido, había mandado a uno de sus hombres para que avisara a Joaquín, y otro a Beatriz.

—Explicadnos otra vez qué ha pasado, ¡pronto! —La voz pertenecía a don Francisco de Borja, su señor.

—Dos hombres de aspecto extranjero se la han llevado… —Tosió con fuerza, desgarrándose en dolor. Esperó unos segundos en recuperar el habla, y al hacerlo, miró al conde—. Ha sido a las puertas del convento de la Encarnación; después de oír misa.

—Pero ¿dónde estaba entonces la protección?

—No pudimos verles venir. Nos abordaron en el preciso momento que subíamos a la carroza, al darles la espalda. Al soldado lo mataron en el acto, al igual que lo intentaron conmigo, aunque con menos suerte. Ha sido todo tan rápido…

—Súbanle a sus habitaciones de inmediato. El médico ya está avisado y llegará en breve.

Francisco buscó a María Emilia para debatir qué hacer. Con idéntica expresión de angustia en sus rostros, ambos compartían la misma determinación de no quedarse al margen de la búsqueda.

El conde ordenó que ensillaran dos caballos para acudir a las Salas de Justicia, encontrar a Trévelez, y proponerle que la buscaran juntos. Eran conscientes de que el tiempo jugaba en su contra y que aquellos asesinos no dudarían en cumplir con sus abominables planes.

En cuanto fue informado, Trévelez no lo dudó. La única posibilidad de salvar a Faustina, con suerte de llegar a tiempo, pasaba por ir a la embajada de Inglaterra y conseguir, al precio que fuera, las señas de los masones. Estaba seguro de que allí las encontraría.

Nada más salir del palacio de Justicia se cruzó con su prometida y el marido de Faustina. No fueron necesarias muchas palabras para entender el grado de preocupación que todos compartían por la suerte de la condesa.

Trévelez les contó adónde iba y para qué, sin explicar cómo pretendía

conseguirlo. Aunque Francisco se invitó a acompañarle, Trévelez lo rechazó rogándoles que le esperaran en su despacho.

—Informen de inmediato a doña Catherine que necesito verla. —Trévelez había manejado las riendas con destreza para conseguir el máximo rendimiento de su caballo en el recorrido a la embajada. Acababa de alcanzar sus puertas al galope, ante la sorpresa de sus vigilantes. Descabalgó de un salto y se precipitó sobre los dos soldados que la custodiaban.

Le acompañaron hasta el vestíbulo de entrada de la vivienda de los embajadores, y allí aguardó a Catherine, entre nerviosos paseos y sesudas meditaciones sobre cómo haría para conseguir lo que necesitaba. Sabía que Benjamin Keene había vuelto de Inglaterra, también que además de tener que pedírselo y contar con su beneplácito, necesitaba que la mujer actuara con la mayor rapidez.

Catherine apareció con el semblante descompuesto y se le acercó susurrándole al oído.

—Ya os dije que mi marido había vuelto. No puede veros por aquí; sospechará. Haced el favor de iros… —Trató de empujarle hacia la salida.

—¡No! —le gritó en tono desafiante—. He venido a por la dirección de los dos masones.

—Hoy no puede ser, amado mío. —Le acarició la mejilla, asegurándose antes de no ser vista—. Ahora está en su despacho y es allí donde guarda esa información.

—Pues decidme dónde está ese despacho; se la exigiré en persona.

—Esperad, esperad… ¿A qué vienen tantas prisas ahora? Yo misma podría hacerlo, pero si no me atosigas.

—Han capturado a la condesa de Benavente no hace ni dos horas, y aparte de ser una amiga personal, tengo la certeza de que la matarán si no doy antes con ellos. Sabréis lo que le ocurrió a la de Valmojada hace poco más de una semana…

—Sí, lo escuché. Pero de verdad lamento no poder ayudaros ahora. Mi marido se encuentra despachando con sus colaboradores, y jamás permite una interrupción. Mañana por la mañana podemos vernos fuera de aquí, si os parece en vuestra casa. Para entonces, espero daros la información. Esta tarde trataré de convencerle; le transmitiré los planes de Ensenada que me revelasteis a cambio de lo que con tanta urgencia necesitáis.

—¡Imposible! Mañana sería demasiado tarde. Insisto; ¡tiene que ser ahora!

Catherine se empezó a enfadar ante la impertinencia de Trévelez.

—Parece ser que no entendéis nada de lo que estoy diciendo… —Le puso un gesto huraño.

—La que no parece entenderlo sois vos. —Le agarró de los dos brazos y le clavó la mirada—. Como no vayáis ahora mismo y me traigáis la información que os he

pedido, le haré saber qué tipo de relaciones hemos mantenido a sus espaldas, y sin ahorrarle ningún detalle.

—Me parece de lo más innoble. —Catherine le cruzó una bofetada, indignada por la ignominiosa coacción, que le abrió una herida en su mejilla.

—Ya lo sabéis; o venís pronto con lo que quiero, o arriesgaros a perder vuestro honor. Creedme que lo haré, en este momento me dan igual las consecuencias.

Trató de abofetearlo de nuevo asqueada por su bajeza moral. Esta vez, Trévelez consiguió frenarla a tiempo.

—Dedicad mejor vuestros esfuerzos a lo que os pido, y volved pronto. Hoy no tengo demasiada paciencia.

La mujer se alejó furiosa y sin haber pasado ni quince minutos volvió a aparecer con un trozo de papel, doblado entre sus manos. Joaquín se lo arrebató con brusquedad y lo leyó con rapidez.

—Espero no tener que veros jamás, alcalde Trévelez.

Joaquín le dio la espalda sin ninguna cortesía y se dirigió hacia la salida, encantado de no tener que volver a verse envuelto entre sus redes.

—¡Hasta nunca, Catherine! Por fortuna no tendré que seguir fingiendo lo que nunca llegué a sentir por vos.

Las calles y avenidas que iba dejando atrás, en el rápido y forzado galope de su caballo, se le antojaban semejantes a sus ya superados devaneos y deslealtades.

El viento parecía llevárselos a unos y a otros del mismo modo, perdiéndose a sus espaldas y en el pasado. O así quería verlo él, sabiéndose un hombre nuevo, alejado ya de las sucias intrigas y complicaciones a que había tenido que llegar con la mujer del embajador, por el único motivo de conseguir de ella aquella dirección.

De vez en cuando miraba a alguna de las damas que se detenían a su paso, y en todas parecía reconocer a su querida María Emilia; como si sus sentidos fueran incapaces de distinguir nada que no fuera ella. A pesar de la gravedad del momento, y de la necesidad de pensar en cómo resolver lo de Faustina, sólo deseaba verla y estrecharla entre sus brazos para transmitirle su más sentido amor.

A María Emilia le extrañó el efusivo saludo con el que se regaló nada más aparecer por el patio de la Sala de Justicia, donde le esperaba junto al conde y una tropa de élite preparada para entrar en acción.

Todos los presentes notaron la herida en su rostro, sin suponer una causa diferente a las dificultades que habría podido tener para conseguir la información.

Se entretuvo unos minutos en explicar a sus efectivos cómo pensaba liberar a la condesa. La manzana donde podía estar retenida era la doscientos ochenta y cinco, en un edificio anejo al palacio del conde de Torrehermosa, al que se accedía por la calle del Sauce, en las cercanías del nuevo convento de las Salesas Reales.

Les advirtió de la extrema peligrosidad de los ingleses, para que no dudaran en su proceder contra ellos sin poner en peligro la vida de la mujer.

Una veintena de hombres armados seguía a Trévelez por las calles de Madrid, algo adelantados a María Emilia y al conde, a los que le resultó imposible convencer para que se quedaran en su despacho esperándole. El alcalde tuvo que acceder a sus deseos, después de asistir a sus persistentes súplicas y bajo la promesa de que se mantendrían a una prudente distancia de la casa.

El edificio tenía tres plantas y un aspecto bastante deteriorado si se comparaba con el resto de las viviendas que formaban la manzana. Quedaba pared con pared con el palacio del conde de Torrehermosa.

Dejaron los caballos a dos manzanas de distancia y se dirigieron a pie, distribuyéndose a lo largo de todo el perímetro de la finca, pues ésta parecía contar con una huerta en su parte trasera y un alto muro que la rodeaba, por donde podían escapar. Trévelez estudió con detenimiento la fachada, los alrededores, y los posibles puntos de fuga, y dispuso que el conde de Benavente y María Emilia se resguardaran dentro de la entrada de carruajes del palacio anejo, por ser el emplazamiento más seguro y discreto que encontró.

Se armó de una pistola, y en compañía de diez hombres entraron en el interior del portal. A su izquierda nacía una endeble escalera de madera con la mitad de sus escalones carcomidos, cuando no rotos. Aunque entendieron que les sería difícil pasar inadvertidos, empezaron a subir con el mayor sigilo y cuidado hasta llegar a la segunda planta. En ella, había una única vivienda que se correspondía con las precisas indicaciones obtenidas en la embajada.

Trévelez se situó frente a la puerta y comprobó que todos estaban bien dispuestos, a cada lado de la misma y pegados a la pared para no ser vistos. Les lanzó una última mirada de aviso y después usó el llamador de la puerta con fuerza. En pocos segundos escuchó unos pasos al otro lado, sin que ésta se abriera.

—Os traigo un aviso de la embajada. ¡Ruego que me abráis para poder dároslo! —Trévelez intentó ser convincente dándole una cierta entonación inglesa a sus palabras.

—Volved en otro momento. Ahora no puedo recibiros… —La voz les llegaba débil y nerviosa.

—Me manda el embajador Keene, con el expreso deseo que lo tengáis hoy. Parece urgente.

Trévelez pensó que aquel nombre ejercería un efecto por sí mismo. Si les abría la puerta, con el factor sorpresa a su favor, podrían inmovilizarle sin dar tiempo a que pudiese reaccionar.

Con la respiración contenida y los músculos en tensión, todos los presentes observaban la puerta. Si actuaban en absoluto silencio contra él, dispondrían de una

oportunidad para encontrar viva a Faustina, pero si cometían el más mínimo error, advertirían de su presencia al segundo, lo cual podría ser nefasto.

—Esperad un momento, os abriré.

Los pasos se alejaron de la puerta y aunque retornaron a los pocos segundos, debido a la enorme tensión, pareció que había tardado horas.

Trévelez sintió una punzada en el cuello, como reflejo de su rigidez muscular.

Escucharon descorrer un cerrojo, luego otro. La puerta rechinó y empezó a moverse. Thomas Berry la abrió del todo sin imaginar la avalancha humana que de pronto cayó sobre él.

Sin tiempo de reaccionar, consiguieron taparle la boca e inmovilizarle por el cuello, tórax, cabeza y piernas. La fuerza que ejercían sobre él apenas le dejaba respirar, y era tal, que lo único que conseguía mover con cierta libertad eran los ojos.

Iba vestido con un extraño hábito de color rojo, de una sola pieza, y un mandil con símbolos masónicos. Un ancho cordón de lana con siete nudos le rodeaba la cintura. Comprobaron que no llevaba ningún instrumento cortante u otro tipo de arma, y con él se quedaron cuatro soldados decididos a no permitirle el más mínimo movimiento. Dos dagas apuntaban a sus yugulares, dispuestas a abrirse camino al menor movimiento.

La modesta vivienda se abría desde aquel recibidor en forma de cuadrilátero, a través de tres puertas que permanecían cerradas. Cualquiera de ellas podría ser el lugar donde guardaban a Faustina, o como camino intermedio hacia otras habitaciones.

Joaquín agudizó el oído en cada una de ellas, pero sólo en la del medio escuchó algo de sonido. Los seis hombres restantes se repartieron a espaldas suyas, preparados para actuar. Trévelez abrió aquella puerta con decisión, y armado con una afilada espada se encontró la escena más pavorosa que jamás había visto. Sobre una de sus paredes se encontraba Faustina, con los brazos extendidos hacia arriba y las piernas abiertas, desnuda por completo, y clavada a la misma por sus cuatro extremidades. Anthony Black se encontraba a sus pies, colocando unos vasos para recoger la sangre que goteaba de sus heridas. Al volverse hacia ellos, se incorporó con rapidez y recorrió el suelo con su mirada, hasta localizar una daga. Se abalanzó hacia el metal y lo agarró, mientras profería un alarido que estremeció a todos los presentes. Miró a Faustina y dirigió la daga hacia su corazón, al tiempo que Trévelez corría hacia él. Se interpuso y recibió en su propio vientre el filo que iba camino de la condesa con la suerte de producirle un escaso efecto. El inglés, en cambio, acogió la hoja de su espada que le atravesó de lado a lado, desplomándose en el suelo. Dos soldados le sujetaron por precaución, mientras Joaquín, junto al resto, se apresuraron a estudiar cómo podían soltar de la pared a Faustina. Seguía viva, aunque sin conocimiento. Comprobaron que los gruesos clavos, que atravesaban sus muñecas y

pies, apenas cedían en un primer intento.

Trévelez descubrió con asco que en cada uno de los clavos, además de mantener colgada a la condesa, habían insertado los órganos mutilados de sus anteriores crímenes. Allí estaba el corazón del jesuita Castro medio putrefacto, el testículo y una oreja en los otros dos, y la cabeza de la pobre monja, que colgaba del último, atada a su cabello.

Faustina parecía vencida. En su abatido rostro había desaparecido la belleza; sólo lo ocupaba una sombra de angustia y de pánico. Joaquín ordenó a dos de los guardias que la mantuvieran en alto, para evitar que su propio peso siguiera ejerciendo más dolor sobre sus manos y pies. Aquello pareció producir tanto alivio en ella que hizo que despertara. Sus ojos, temerosos por encontrarse con sus verdugos, se iluminaron cuando halló la esperanzadora mirada de su amigo Trévelez. Comprobó con rubor la presencia de otros hombres a su lado, y pidió que le taparan hasta verse separada de aquel cadalso. También pidió un poco de agua.

Trévelez analizó la compleja situación. Ordenó a uno de los soldados que fuese a buscar un médico, a otro, que localizase con urgencia unas sólidas tenazas, y a un tercero le mandó que avisara al conde y a María Emilia ofreciéndoles que subieran. Aunque imaginaba el fuerte efecto que aquello les podría producir, creía en la ayuda que supondría su presencia para Faustina.

—Joaquín, retiradme cuanto antes estos repugnantes restos humanos; no puedo seguir soportando su penetrante olor.

Mientras Trévelez los separaba con su daga, apenas lograba contener las ganas de vomitar. Incapaz de imaginar el tremendo suplicio que habría padecido Faustina, Joaquín no se atrevió a preguntar qué le habían hecho antes de colgarla en tan dolorosa postura. Nada más terminar la desagradable tarea, la miró con afecto y se encontró un limpio reguero de lágrimas que brotaban de sus ojos verdes. Le acarició las mejillas pidiéndole que mantuviera su fortaleza y que tuviera paciencia.

Su marido entró a la carrera en la habitación, pero se detuvo en seco, aturdido. Vio a su mujer clavada en una de las paredes, a medio metro del suelo, y cubierta por una larga sábana blanca que le tapaba casi todo el cuerpo a excepción de los brazos. Un fino reguero de sangre a medio coagular descendía pegado a la pared, por debajo de cada mano. Sus ojos reflejaban la tremenda angustia pasada, y su rostro el agotamiento físico.

Cada poco tiempo sus brazos se agitaban de un modo involuntario por el efecto de los agudos calambres que contraían sus músculos.

Tras unos pocos segundos, apareció María Emilia. Al ver la escena, la mujer no pudo evitar un grito de espanto. Se abrazó a Joaquín para saber cuál era la gravedad de su amiga. En susurros, Joaquín le dijo que si no conseguían bajarla en pocos minutos podría fallecer allí mismo. En un pavoroso silencio, y a la espera de poder

hacer algo más útil que estar mirándola, sólo se escuchaba un extraño borboteo a ritmo de la dificultosa respiración de Faustina, lo que hacía temer un peligroso encharcamiento de sus pulmones.

Dejándose la piel de sus manos, Francisco trató con todas sus fuerzas de aflojar uno de los clavos que la sostenían por los pies. Le pareció que iba cediendo, lo que animó a los presentes a hacer lo mismo con los otros tres restantes. Aunque llevaban cuidado de no rozar las heridas abiertas de Faustina el empeño resultaba casi imposible, y aquello producía intensos dolores en la condesa, que no dejaba de retorcerse en su exiguo margen de movimiento.

Ante la premura de una actuación rápida, Joaquín alternaba su atención entre la puerta, a la espera de las necesarias tenazas, el proceder de todos hacia Faustina, y el estudio de la extraña indumentaria del masón que había dado muerte. Al igual que el de la puerta principal, vestía un largo hábito rojo con un mandil en cuyo centro estaba el dibujo de una estrella flamígera ribeteada por una abundante cantidad de extraños símbolos, letras en hebreo, triángulos, serpientes enroscadas, ojos, balanzas, un macho cabrío.

Al verle muerto a sus pies, le recorrió por dentro un sentimiento de profunda satisfacción; al fin había conseguido adelantarse a las intenciones de aquellos monstruos y gracias a ello Faustina seguía viva.

Mandó que se llevaran su cuerpo de allí en el preciso momento que aparecía un soldado con unas enormes tenazas, facilitadas desde las caballerizas del vecino palacio.

Con la ayuda de dos hombres cerraron sus afilados dientes por debajo de la cabeza del primer clavo, con la intención de cortarlo a esa altura. Si lo conseguían, podrían luego arrastrar hacia fuera las manos y pies de Faustina con cuidado.

El primer hierro se dobló a la presión de la herramienta, y saltó al segundo intento. Continuaron con los tres restantes con igual eficacia, a la vez que Trévelez y Francisco sujetaban el cuerpo de Faustina para recogerla en cuanto estuviese libre de aquella brutal costura. Cuando estaban terminando con el último clavo apareció el médico. Valoró de inmediato la gravedad de la situación y se dispuso con toda rapidez a organizar las primeras curas y a detener la hemorragia de sus heridas.

Faustina se derrumbó sobre los hombros de su marido, y entre él, Trévelez, y dos más, la depositaron en el suelo, donde la esperaba un blando lecho. De inmediato, las manos del médico se pusieron a trabajar sobre ella después de haber analizado sus dificultades respiratorias. Limpió sus heridas y las taponó con gasas limpias, impregnadas en un óleo que conseguiría evitar que siguiera sangrando. Luego las vendó por fuera, y le suministró un brebaje que iba a mitigar sus dolores.

—¿Beatriz sabe algo de lo ocurrido?

—Sí. Pero sólo tu secuestro —respondió María Emilia.

—Pobrecita. Estará muy preocupada por mí. —Miró a su marido—. Pensar en nuestras dos hijas, y sobre todo en nuestra pequeña me ha mantenido viva. No podía imaginar dejaros solos.

—Ahora no habléis más y descansad —le recomendó Trévelez—. Os llevaremos pronto a casa. Cuando recuperéis fuerzas, comentaremos lo ocurrido. Por suerte, la pesadilla ha terminado.

—¿Habéis dado muerte al otro?

—No ha sido necesario. Debe ir de camino de los calabozos donde espero que se pudra. Esta misma tarde iniciaré su interrogatorio.

—Ruego a todos que me dejen solo.

El médico empujó a los presentes hacia la salida y se volvió hacia ella. Le retiró la sábana que ocultaba su desnudez y comenzó a observar el resto de su cuerpo. De inmediato descubrió unos extraños puntos rojos que formaban una estrella a lo largo de su bajo vientre, además de algunos arañazos por los brazos, y varios hematomas en sus muslos.

—No pude ver lo que hacían, pero sentí que me clavaban algo punzante en el estómago.

—Parece como si le hubieran querido dibujar una estrella. Desconozco qué significado puede tener… —Sin acabar la frase, el hombre se mostró muy incómodo por la siguiente pregunta que tenía que hacerle—. Os pido disculpas de antemano señora, pero debería saber si han intentado forzaros.

—Estoy segura que lo hubieran hecho, pero por suerte han llegado a liberarme a tiempo. Poco antes de que entrasen en mi ayuda, uno de ellos estaba invocando al mismo demonio y le ofrecía mi cuerpo para que se hiciera con él. Ha sido horroroso… —Faustina se tapó la cara y estalló en sollozos.

—Pensad en otra cosa. ¡Ya ha terminado todo! —le consoló el doctor—. Como no os veo ninguna otra lesión de importancia, ordenaré que os lleven a vuestra casa para que podáis descansar. Allí olvidaréis mejor esta terrible pesadilla.

Beatriz les esperaba en los jardines del palacio. Había estado un rato dentro del mismo, otro por las calles que rodeaban el recinto, también se vio tentada de montar un caballo para ir a su encuentro, pero no lo hizo.

Al escuchar el sonido de varios carruajes acercándose a las puertas del palacio, corrió hacia la entrada para comprobar que se trataba de ellos.

Desde la segunda carroza apareció la cabeza del conde, indicándole que con él iba Faustina. Beatriz descubrió en su expresión una mezcla de serenidad y de agotamiento. La joven se acercó al carruaje para recorrer con él los últimos metros que les separaban de la escalinata del palacio.

—¿Cómo está madre?

—Muy cansada, pero tenemos la suerte de poder tenerla entre nosotros. De haber llegado un poco después, la hubiéramos encontrado muerta.

Francisco se extrañó al ver las manos de Beatriz; las llevaba vendadas igual que Faustina.

—¿Qué te ha pasado ahí, hija?

—Nada importante, padre. Sólo intento protegerme.

—¿Protegerte de qué…?

En Madrid.
Año 1751, 15 de octubre

El capellán de los condes de Benavente, padre Parejas, no era consciente del peligro que corría mientras seguía a las dos mujeres escaleras abajo, en dirección a las húmedas bodegas de los sótanos del palacio.

Dos días antes, Beatriz le había hecho llegar una esperanzadora nota donde le solicitaba su asistencia y consejo espiritual. En ella, decía sentirse necesitada de perdón por la pesada carga de sus pecados, decidida a reconciliarse con Dios y con él, y sobre todo deseosa de subsanar el sinsabor que aún le martirizaba desde la última vez que se habían visto.

Después de saludarse en un tono cordial y de elogiarla por su sabia determinación, el siguiente gesto de agradecimiento por parte de Beatriz, con su obstinada intención de regalarle unas botellas de excelente vino francés, le había parecido excesivo. No hacía ni cinco minutos que había terminado de confesarla en sus habitaciones, y tan sólo diez que había llegado a la casa. Sin apenas haber cruzado una palabra, Beatriz se había arrodillado delante de él para liberar su alma, y en cuanto hubo acabado, y sin darle más pie, le invitó a que la siguiera hasta los sótanos.

—Tenga cuidado padre con este tramo final de escalones; están muy resbaladizos.

El religioso se recogía los faldones para no tropezarse con ellos al andar, detrás de Beatriz.

—Amalia, pasa delante y ve encendiendo todas las lámparas del pasadizo. —Se pegó a la pared para dejarle espacio.

—El subsuelo del palacio está horadado en su casi totalidad.

Beatriz llevaba una tea ardiendo cuya irregular fuerza producía una oscilante luz y un denso humo negro que se pegaba a todo, paredes y techo, y a la propia ropa, al absorber su oleoso aroma.

—Empezaremos por este primer pasillo que nos llevará hasta la galería más antigua, pues tras ella hay cinco más que mi marido le fue ganando a la tierra a lo largo de los años.

—Tu decisión me ha llenado de alegría, Beatriz. Estoy seguro que te sientes mucho mejor ahora, ¿no es cierto?

—Claro que sí. Aunque aún necesito algo más de vos para ver bien cumplida mi penitencia.

El hombre no entendió lo que quería decir, pues andaba más preocupado por no perderse por aquellos oscuros pasillos que en invertir su tiempo en buscar una interpretación u otra a sus palabras.

Al doblar un recodo, se enfrentaron a tres bocas que se abrían en otros tres nuevos pasadizos. Tomaron el del medio.

Durante unos minutos recorrieron el estrecho túnel hasta llegar a una amplia cámara iluminada, donde les esperaba Amalia. De planta irregular, el lugar estaba repleto de estanterías de madera con miles de botellas descansando en sus estantes.

—Ya hemos llegado, padre. Si lo deseáis podemos sentarnos en aquella mesa para degustar alguno de los antiquísimos caldos que atesora esta bodega. De aquellos que más os satisfaga, podréis llevaros luego una botella. ¿Os resulta atractiva la propuesta?

—No estoy habituado a beber demasiado, pero lo tomaré como una celebración de tu retorno a los rectos caminos del Señor. —Se sentó en una silla frente a ella, y descansó sus brazos sobre una mesa donde estaban dispuestos algunos vasos de cristal junto a un enorme velón encendido.

Amalia se perdió entre las distintas filas de estanterías y volvió al poco con cuatro botellas cubiertas de polvo. Descorchó la primera y sirvió los dos primeros vasos. Beatriz leyó su procedencia y año de cosecha.

—Vais a probar un Borgoña de mil setecientos cuarenta y dos, de las bodegas del ilustre barón de Grenoble. Confío en que os guste.

Los dos bebieron un buen sorbo y esperaron a notar las evoluciones en su paladar.

—¡Excelente…! —Paladeó los restos que aún permanecían en su boca—. Es amplio de sabores pero a la vez sobrio. —El padre Parejas volvió a beber un nuevo trago para descubrirle nuevos matices.

—Estaréis de acuerdo conmigo —dijo Beatriz—, que un mismo vino no sabe siempre igual, ni a lo largo del tiempo, ni siquiera entre uno y otro sorbo. —Dejó su vaso en una esquina y escanció otros dos, mientras pedía a Amalia que abriera la siguiente botella—. Ocurre lo mismo con las personas. Podemos mostrar ciertas cualidades que por debajo esconden otras facetas, y a veces, éstas sólo se llegan a descubrir pasado el tiempo, o en determinadas circunstancias como en su caso… —Hizo una seña a Amalia.

—No sé a qué te refieres, Beatriz.

El padre Parejas notó algo extraño detrás de su amable mirada.

—A determinados asuntos que se supone no debería saber, pero que sin embargo

han llegado hasta mis oídos. ¿Sabéis de lo que os hablo?

—No estoy muy seguro… —Dudó unos instantes sin querer asumir que podía referirse a la delación de su padre.

—Lo sabéis, ¿verdad?

Desde su espalda, una gruesa cadena le rodeó por completo reteniéndole con fuerza contra la silla. Trató de zafarse de ella sin éxito.

—Pero ¿qué hacéis? —exclamó preocupado.

—Cobrarme todo el dolor que me habéis procurado. —Beatriz blandió un afilado puñal y lo plantó decidida en su cuello—. ¡Si os movéis, seréis hombre muerto!

Amalia pasó la cadena varias veces alrededor de su cuerpo y la tensó, todo lo más que pudo, hasta asegurarse de su completa inmovilidad.

—A finales de este año, se cumplirán cinco desde que denunció a mi padre al Santo Oficio. —Beatriz caminaba alrededor de la mesa—. Seis años sin recibir el amor que a diario disfrutaba de mis padres, y sólo por su culpa.

—Nunca pudimos imaginar cómo terminaría, y menos lo que le ocurrió a tu madre. Justina era una buena mujer que no merecía aquel final…

—¡No mancilléis su recuerdo! —Le abofeteó con todas sus ganas—. No permito que salga ese nombre de una boca tan sucia y mentirosa como la vuestra.

Beatriz comprobó el filo de su puñal y pidió a Amalia que le sujetase la cabeza con fuerza.

Intimidado hasta el extremo, el religioso vio cómo el afilado instrumento se detenía en su frente y le seccionaba la piel en dos líneas que se cruzaron en su base. Un reguero de sangre empezó a recorrer su nariz y llegó hasta la barbilla, goteando después sobre sus hábitos.

—¡Que esta cruz de San Bartolomé, elimine de vos todo mal pensamiento!

—Beatriz… mi pequeña, pero ¿por qué me haces esto? —El hombre la miraba con ternura—. No entiendo nada, ni tampoco por qué invocas esa cruz…

Beatriz y Amalia le enseñaron sus manos. Sobre sus palmas, destacaban unas rojas cicatrices con forma de cruz invertida.

—¿Veis estas señales? Son las mismas que tenía santa Justina, virgen y mártir, en su propia piel. A ella le sirvieron para ahuyentar los poderes del maligno. Nosotras las llevamos para que también nuestra alma se desprenda de toda influencia suya, pero no antes de ajusticiar a sus hijos malditos que, como vos, han cometido en su nombre horrendos pecados. —Agarró un puñado de pelo del sacerdote y le retorció el cuello—. Sois culpable de haber destrozado mi vida y vais a pagar por ello.

—Estáis completamente locas. Si acaso he pecado con mi delación, que Dios me lo haga pagar. —El hombre se envalentonó, sin poner medida a sus palabras ni calcular las consecuencias—. Nadie os ha conferido el poder ni la autoridad para decidir sobre mí. Ahora lo entiendo todo, Beatriz. Me has atraído hacia ti con la

mentira de una falsa confesión, sin pena del grave pecado que cometes, porque no eres más que el símbolo vivo de la maldad. ¡Déjame en paz o lo lamentarás!

—¡No habléis más! —le gritó a escasos centímetros de su cara—. ¡Ahora he de cobrarme vuestra deuda!

El afilado puñal le seccionó ambos labios por la mitad, y siguió, en un corte perpendicular al anterior, por encima de la barbilla. La sangre corrió con más generosidad por su cuello y comenzó a empapar el negro algodón de sus ropas.

—¡Que esta nueva cruz de San Bartolomé abra vuestra boca a las rectas palabras!

Amalia le pidió el puñal y se dirigió a él. El religioso manifestaba una serenidad que parecía impropia del peligroso momento que atravesaba. Se puso a rezar en voz alta pidiendo perdón por sus pecados y la misericordia de Dios para sanar las almas enfermas de las dos mujeres.

La criada cortó la tela de su vestimenta, desde el cuello hasta el estómago, separándosela después para dejar su pecho al descubierto. Le miró con unos ojos que parecían más los de una fiera salvaje.

—Sabed que soy gitana; de ese maldito linaje que tanta repulsa produce a todos. Por razón de la sangre que corre por mis venas he sido perseguida, violada, maltratada, y he tenido que ver en los míos lo mismo, también sus injustas muertes. Nosotros no tenemos religión, pero conocemos la falsedad de la vuestra, por la que asoma tanto odio como para desear y organizar nuestro exterminio; como si fuéramos perros. Con mi ama Beatriz he aprendido a saborear la dulzura de la venganza. Ella me ha abierto los ojos a la virtud de la justicia, donde el placer existe por sí mismo y resulta tan placentero como real.

Empezó a diseccionarle la piel a lo largo de su pecho izquierdo, para luego dibujar, por debajo de él, un segundo corte que terminaba de dar forma a la cruz.

—¡Que por esta cruz de San Bartolomé se abra vuestro corazón a los buenos sentimientos!

Las dos mujeres parecían ebrias de impiedad. Se reían de él, se deleitaban en su dolor como si de un sabroso manjar se tratase, y chillaban cuando parecía estar a punto de desmayarse, para no permitirle ni un solo segundo de inconsciencia.

Ambas pasaban sus dedos por las heridas, pintándose después cruces por brazos, cara y escotes.

La mano de Beatriz que sujetaba el puñal se dirigió de nuevo hacia él. El religioso la miraba aterrorizado, pidiéndole a Dios que le regalara una muerte rápida.

—Os liberaremos de vuestro error por medio del mismo martirio que sufrió santa Justina; como el que provocasteis a mi propia madre. El mal os abandonará a través de las cruces que hemos marcado en vuestra piel; para que nunca más os acerquéis a él. Pero antes, quiero que sea purgada vuestra traición ante mí. —Beatriz blandía como una posesa el puñal practicándole nuevas cruces por todo su cuerpo.

—Sois las hijas de Satanás. —El hombre no pudo soportar tanto dolor y espanto, y explotó a llorar como un niño—. ¡Acabad ya conmigo! Os lo suplico —gimoteó espantado por su crueldad.

—Atenderé vuestros deseos con placer, pero habéis de responder a una última pregunta: ¿Faustina influyó en vos para interponer aquella delación?

El hombre pensó en las terribles consecuencias si daba una respuesta positiva, por lo que decidió seguir callado.

—Este silencio es prueba suficiente para mí. Ahora estoy más segura de su participación, y lo pagará.

Las dos mujeres se miraron, sujetaron con ambas manos el puñal apuntándolo después hacia su corazón. Se lo fueron clavando despacio, sintiendo la contracción de sus músculos, el calor de su sangre por sus manos, hasta tocar el vital órgano. Lo empujaron más a fondo, a la vez, y allí lo mantuvieron hasta que su corazón dejó de palpitar.

El hombre murió pronto, exhalando una mezcla de burbujas de aire y sangre, pidiéndole a Dios que le acogiera en su reino.

Beatriz se arrodilló, alzó los brazos y miró hacia un punto indeterminado. Amalia la imitó al instante.

—¡Madre!, acabo de vengar tu muerte. ¡Padre!, esta vida te la ofrezco como prenda de su traición. Señor de la oscuridad, tu voluntad se ha cumplido y nuestros corazones están felices por ello. Padres, en vuestro recuerdo os ofreceré una nueva víctima; a Faustina. Fue cómplice de vuestro sacrificio, y no debo permitir que el mal siga dentro de ella. La liberaré de él, mediante su muerte, con la ayuda de san Bartolomé.

Se deshicieron del cuerpo introduciéndolo con enorme esfuerzo en el interior de una barrica de buen tamaño, que por suerte encontraron casi vacía de vino.

Decidieron que, a la mañana siguiente, Amalia pediría ayuda a un par de pajes para transportarlo en carreta y deshacerse de él en algún punto discreto del río Manzanares, con la excusa de que estaba avinagrado. Sirviéndose de trapos y agua, limpiaron todos los restos de sangre que fueron capaces de ver e hicieron lo mismo con sus cuerpos. Metieron con el muerto todo aquello que pudiera recordar lo ocurrido y se aseguraron de dejarla bien cerrada.

—Estoy muy orgullosa de ti, Amalia. Cuando tus manos actuaban, me sentía en ellas, y cuando tus ojos atravesaban su conciencia, me veía en ellos. Hemos conseguido evitar al mundo la presencia de un ser despreciable: ¿Cómo te encuentras?

—No puedo olvidar lo que mi padre os causó. Me debo tanto a vos, que lo que acabo de hacer lo haría cien veces más si vos me lo pidieseis —le acarició, quitándole

un resto de sangre seca de su frente—, aunque he de reconocer, que si la obediencia fue lo que me empujó en un principio, ya no es el exclusivo motivo que mueve mi voluntad. Mi entrega a esta bella y noble acción de venganza, es ahora racional, total, y reconozco que también placentera. Haré todo lo que vos deseéis de mí.

—Me alegra oírte hablar así. Recuerdas ese cuadro que he venido pintando desde hace tiempo, ¿verdad?

—El martirio de santa Justina; idéntico al padecido por vuestra madre —contestó Amalia.

—Quiero vivirlo de nuevo, Amalia. Será mañana por la tarde, cuando hagamos una visita a mi madre adoptiva. De todos los verdugos que asistieron a su crimen, ya he puesto rostro a dos; a la nobleza, con la condesa de Valmojada por su directo apoyo a la persecución de los masones que condujo a la detención de mi padre, y el de Parejas, por ser su delator y miembro del otro estamento que inspiró aquel decreto de prohibición, la Iglesia.

»Aún me falta poder dibujar otro rostro más; el que testimonie la participación del poder, del gobierno, de las influencias de Ensenada. Y ese tiene que ser el de Faustina, la falsa madre que he tenido desde entonces, la misma que, según he terminado de saber hoy, instigó la delación de mi padre, la que estuvo presente aquella noche al lado de Somodevilla. —Beatriz hizo un gesto, como si se clavase un puñal en el corazón—. Morirá igual que mi madre; como lo hizo también santa Justina.

—Si creíamos que con la detención y muerte de los masones y la captura de los gitanos se iba a dar fin a la serie de asesinatos que tanto nos ha conmocionado, por desgracia, este nuevo hecho demuestra lo muy equivocados que estábamos.

Trévelez contemplaba, atónito, el interior de una cuba de vino que se había estancado a orillas de un meandro del río Manzanares junto a María Emilia, a la que acompañaba en su habitual paseo por Recoletos cuando había sido informado del hallazgo.

—Detuvimos a Thomas Berry hace algo menos de una semana —observó con más atención el estado del cadáver—, y por su estado este hombre no lleva ni veinticuatro horas muerto.

Ordenó a sus ayudantes que extrajesen el cuerpo del interior del barril. Entre tres, tiraron con precaución de los brazos para liberarle de aquella prisión de madera. Como el cuerpo del fallecido se había hinchado, la presión que éste ejercía sobre las paredes estaba dificultando la operación.

Tras varios esfuerzos apareció un hombre desnudo con heridas por casi todo su cuerpo y una más mortal a la altura del corazón. Los restos de suciedad y la inflamación de su rostro hacían más difíciles las tareas de reconocimiento, pero aun

así aquella cara no resultaba desconocida a Trévelez.

—No lo mires, querida; ¡su aspecto es repugnante!

María Emilia le desobedeció y se fijó en las heridas de su cabeza.

—Joaquín, ¿te has fijado en su frente, o en la forma que le han seccionado los labios? Parece como si le hubieran querido dibujar una…

—Una cruz, sí —le cortó Trévelez—; una cruz invertida. El mismo símbolo que presentaba en las manos la condesa de Valmojada.

—O muchas cruces. Observa sus piernas, el pecho, los brazos. Aunque están algo difuminadas por la suciedad, me da la impresión de que todas sus heridas tienen idéntica forma.

Trévelez ordenó a un soldado que trajese un cubo con agua del río.

Se ayudó de un palo para darle la vuelta a sus manos. En sus palmas descubrieron dos nuevas cruces.

María Emilia recordó aquella conversación que había mantenido con Beatriz en el cementerio, cuando asistían al entierro de la condesa de Valmojada.

—Ahora que lo recuerdo, no he llegado a hablarte de un curioso comentario que Beatriz me hizo no hace mucho tiempo, pues con las detenciones de los masones creí que todo había terminado y perdió su importancia, pero ahora…

—¿A qué te refieres?

Al rociar el cuerpo con el agua que acababan de traer, quedaron al descubierto seis nuevos cortes.

—¿Has oído hablar de la cruz de San Bartolomé?

—No. Pero ¿qué tiene que ver eso con Beatriz?

—Por lo visto el apóstol Bartolomé fue crucificado boca abajo y también desollado. Ella me lo contó cuando todavía buscábamos un significado a las cruces de la condesa. Por lo visto, en no sé qué libro, leyó que durante los primeros siglos del cristianismo algunos se marcaban las palmas de las manos con ellas, como si fueran talismanes, en la creencia de que esa cruz poseía un cierto poder contra la acción del demonio.

Mientras la escuchaba, Joaquín vertió más agua sobre la cabeza del fallecido. Sus facciones aparecieron por debajo del lodo, y su identidad surgió de inmediato.

—¡Es el padre Parejas, el capellán de los condes de Benavente! —exclamó con sorpresa—. ¿Lo conoces?

—Apenas le he saludado tres o cuatro veces —contestó María Emilia—, pero me viene a la mente una conversación con Ensenada, que le tuvo de protagonista. Somodevilla me explicó que Parejas fue quien firmó la delación ante el Santo Oficio contra su ayuda de cámara y padre de Beatriz, Antonio Rosillón, por pertenecer a la masonería. Joaquín, no me parece descabellado pensar que nos encontramos frente a una nueva venganza masónica.

Sin comentarlo en voz alta, a María le inquietó que el nombre de Beatriz volviera a aparecer por segunda vez a lo largo de la conversación.

—¿Qué puede significar todo esto, cuando sabemos que los dos masones no han podido ser los autores de este nuevo crimen?

Desde que fue avisado del hallazgo, Trévelez no había dejado de hacerse la misma pregunta.

—Pienso que podría existir un tercer masón, o incluso alguno más. Lo digo porque tras su detención, Thomas Berry se inculpó de todos los asesinatos, salvo del de la condesa de Valmojada. En su declaración aportó numerosos detalles; suficientes y tan precisos como para que desapareciera cualquier duda sobre su autoría. Sin embargo, en el caso de la condesa, creo que no ha mentido cuando asegura no haber participado en él.

—¿Quieres decir que podemos estar ante otro grupo que ha estado actuando en paralelo?

—Puede ser, María. Encuentro demasiadas similitudes entre éste y el crimen que le precede. Si lo pensamos bien, esas extrañas cruces no habían aparecido hasta ahora, y ninguno de los dos han presentado mutilaciones, a diferencia de lo que ocurrió con los primeros. Creo que nos enfrentamos a una segunda banda de masones, que actúa de un modo diferente pero con idénticos motivos; asesinar a los que les han perseguido, como es el caso del padre Parejas, o intervinieron en su prohibición y posterior espionaje, como ocurre con el conde de Valmojada, íntimo de Ensenada, cobrándoselo con la vida de su mujer.

—Deberíamos ir a casa de Francisco y Faustina para ponerles al corriente de lo ocurrido con su capellán.

—Estoy de acuerdo María Emilia. Tú espérame en el carruaje. Antes de partir, he de organizar con mis hombres los últimos detalles.

María Emilia subió la cuesta que le separaba de la carroza y se acomodó en su interior. Cerró los ojos para pensar sobre lo acontecido. Con inquietante oportunidad, recordó la violenta muerte de su hijo adoptivo Braulio, junto al irrefrenable sentimiento de venganza que provocó en ella.

Se volvió a ver en su cama, de nuevo acostada, durante días y días, cuando el único pensamiento y deseo que la reconfortaba era dar muerte a sus autores. En su imaginación les había sometido a terribles martirios, regodeándose en sus lentas agonías, dulcificándose en su dolor. En realidad, y durante aquellos largos días, lamentaba que aquellas imágenes sólo vivieran en su cerebro, que no pudieran degustar el verdadero sabor de la venganza en la realidad.

No habían pasado ni cinco minutos cuando apareció Joaquín. De inmediato dio la orden para que les llevasen hasta el palacio de los condes de Benavente.

María Emilia seguía ensimismada en sus conjeturas. A su saludo, respondió con una enigmática pregunta.

—¿Qué es la venganza para ti?

Trévelez, aturdido, pensó que estaba demasiado afectada por lo que acababa de ver.

—¿Una mala reacción ante un hecho doloroso?

—No me contestes con otra pregunta. ¿Crees que se trata sólo de eso?

—Supongo que sí. ¿Qué te dice a ti?

—Que es la forma de energía más excepcional que el hombre es capaz de producir y la más negativa de todas. Como la he vivido después de lo ocurrido con Braulio, puedo asegurarte que su fuerza llega a anularte por completo. Es la peor excusa que disponemos los hombres para realizar las acciones más atroces. Es el sentimiento más opuesto al amor. Comparten idéntico poder e intensidad, pero con la diferencia de su primera inspiración. He llegado a la conclusión de que detrás de la venganza se encuentra la representación más elevada del mal, como en el amor lo está la del bien.

—Te sigo, pero no sé adónde pretendes llegar. —Joaquín procuraba entender sus disquisiciones.

—A una crítica conexión. El deseo de dar muerte con mis propias manos a los responsables que destruyeron la vida de mi hijo y quebraron la mía, llegó a ser tan intenso, que si no lo hice tan sólo fue por una falta de oportunidad.

—Es el dolor que uno siente en esos casos; la rabia provocada por la impunidad de la acción… Saber que uno no puede dar marcha atrás en el tiempo…

—También, Joaquín, pero es algo más. Con la venganza el mal entra en ti y te posee. Para él, es su soplo de vida; la razón última de su ser. Su propia existencia se originó al no atender la voluntad de Dios, como venganza por haber sido expulsado del cielo. Es así como está escrito en los Santos Libros. Creo que si existe ese ser maligno, se hace carne en cada hombre cuando te embriagas con ese tipo de sentimiento. El mal es el responsable último de producir esa terrible energía, una fuerza que supera a la voluntad humana.

Le miró con una expresión profunda, sentida.

—Eso es lo que a mí me pasó; no sabía reconocerme. Su maldad me había cubierto con su sombra y no conseguía sacar de mi corazón ningún sentimiento noble, pues él no lo permitía.

—Con todo esto, ¿quieres decir, que todos esos crímenes han sido cometidos por hombres que están poseídos por el diablo? ¿Excusas de algún modo su barbarie?

—No sólo eso, que en parte sí. —Le agarró de las manos y las arrastró hacia sus mejillas, con un gesto tan lleno de complicidad como de ansias de ser comprendida —. Ya sabemos la razón principal que le impulsó a cometer los pasados asesinatos: la

venganza. Eligieron a los que creyeron responsables de la destrucción de su sociedad. Y la prueba de su perversión, de su diabólica dominación, ha sido el empleo de varios símbolos satánicos, aunque ya son casos cerrados. Ahora, nuestro problema reside en no saber quién está detrás de estos dos últimos o, mejor aún, quién puede acumular la suficiente necesidad de venganza como para acometerlos.

—Por tanto, mi teoría sobre la existencia de un segundo grupo de masones encajaría del todo.

—Me dirás que estoy loca, pero me temo que no. Acabo de entender quién puede ser su verdadero autor, y créeme que desearía estar equivocada… —Se abrazó a él necesitada de su abrigo, de su protección.

—¿En quién piensas, María Emilia?

—En Beatriz… —Le miró horrorizada por la crueldad de su deducción.

—Me parece que no te encuentras bien. Supongo que ha debido afectarte demasiado lo que has visto hoy… —Le acarició con ternura.

—No es verdad. Dentro de lo que cabe estoy bien. Piénsalo por un momento; ¿no has sido tú mismo, el que acabas de definir la venganza como una mala reacción ante un hecho doloroso? —Guardó un breve silencio—. La suma de fatalidades que ha sufrido Beatriz en su corta vida han sido tantas que podrían haberla trastornado. ¿Recuerdas la escasa reacción, más próxima a la alegría, que le produjo la muerte de su marido? ¿Nunca te asaltó una duda de su posible intervención? Yo la tuve, Joaquín, aunque por motivos obvios la oculté. ¿Empiezas a verlo más factible?

—Puede ser. La violenta pérdida de sus padres pudo afectarla de un modo severo.

—¡Vio morir a su madre con once años!

—Luego, lo que le ocurrió a Braulio… —continuó Joaquín.

—A mi Braulio… —A María Emilia se le enrojecieron los ojos de pena—. Y también ha perdido a su hijo… ¿Qué más dolor se le puede pedir a la vida, Joaquín?

—Estoy de acuerdo que su existencia ha sido dramática desde todos los puntos de vista, pero de ahí a convertirla en una asesina…

—¿No fue el padre Parejas quien delató a su padre?

—Claro, ya lo hemos comentado antes.

—¿Y no estuvo también presente el jesuita Castro aquella noche?

—Sí lo estuvo, pero los masones se adjudicaron su crimen…

—¿Y las cruces de San Bartolomé? Ella fue la que me indicó su significado.

—Una mera suposición, María. También tú has elucubrado sobre los otros signos de los anteriores asesinatos, incluso dándoles un sentido que después vimos era correcto, y eso no te ha convertido en su autora.

—¿Recuerdas cómo murió su madre?

—Me parece que fue por accidente. Uno de los alguaciles forcejeó con ella y, sin una expresa voluntad por su parte, le clavó un puñal, con la fatalidad de que éste le

alcanzó el corazón.

—¿No ocurrió lo mismo con la condesa de Valmojada? ¿Y ahora, en el cuerpo del capellán Parejas?

—Es cierto, y aunque reconozco que en ella concurren bastantes coincidencias, se me hace difícil creer que pueda ser verdad.

—Imagínate a mí, que me considero no sólo amiga suya, sino casi su segunda madre.

Al encontrarse a escasos cien metros del palacio de los condes de Benavente, pensaron cómo explicarían el lamentable suceso que tenía como protagonista a su capellán.

El conde les recibió en la escalinata que daba entrada a la vivienda, con evidentes muestras de cansancio en su rostro. Respondió primero a su interés por el estado de Faustina, expresándoles preocupación ante su deterioro general, tanto anímico como físico.

—La espantosa experiencia que tuvo que sufrir ha conseguido superar su natural fortaleza. Según me ha contado, pasó tanto miedo esa tarde que llegó a desear una muerte rápida. Cada noche tiene terribles pesadillas que no le dejan descansar, ni tampoco a mí. Se despierta cuatro y cinco veces, del todo agitada y llena de sudor. Pero aún me preocupa más la evolución de sus heridas, sobre todo las de sus manos; tienen un aspecto repugnante, se le han ennegrecido y desprenden un fuerte y desagradable olor. El médico dice que si no es capaz de cortar la infección pronto, se las tendrá que amputar. ¡Un auténtico desastre!

—Siento venir con otra mala noticia que os afecta, Francisco —intervino Trévelez.

—¿Qué más nos puede pasar? —El conde le miró con una triste expresión, incapaz de disimular la debilidad de su ánimo.

—Esta mañana ha aparecido asesinado el padre Parejas.

—¿Cómo? —Se sentó en una butaca, impresionado por la noticia—. No puede ser…

—De momento, sólo sabemos que se ensañaron con él antes de darle muerte, causándole una infinidad de heridas por todo el cuerpo. No entiendo quién ha podido cometer tamaña barbaridad, pues terminada la investigación de los pasados crímenes, con un masón muerto y el otro detenido, y los gitanos a buen recaudo, comprenderás lo complicado del tema.

—Dios Santo, no sé cómo se lo voy a explicar a Faustina; le adoraba.

Sus ojos denotaban un grado de tensión insoportable. Trévelez le animaba dándole afectuosas palmadas en su encorvada espalda.

—¿Recuerdas los extraños símbolos que aparecieron en las manos de la condesa de Valmojada? —El hombre afirmó con la cabeza—. Pues han vuelto a aparecer en

las de tu capellán y en otros quince sitios de su cuerpo.

—Hace unos días —intervino María Emilia—, tu hija Beatriz me dijo que podían ser cruces de San Bartolomé; un antiquísimo símbolo que al parecer usaban los primeros cristianos para protegerse del diablo…

—¿Cuándo te contó todo eso? —Por algún motivo, Francisco recordó aquellas vendas que cubrían sus manos el día que rescataron a Faustina.

—Durante el entierro de la condesa de Valmojada…

—¿Hace cuánto que no ves a Beatriz? —Francisco recordó el tono ambiguo de su contestación, cuando se interesó por ellas.

—Desde entonces no la he vuelto a ver. —María Emilia conocía bien a Francisco, y supo que algo rondaba por su cabeza—. ¿Has notado algo en Beatriz que te haya llamado la atención?

—Sí. Sus manos.

—¿Qué les pasa a sus manos? —preguntó Trévelez.

—El día que liberasteis a Faustina las llevaba vendadas, y cuando le pregunté cuál era el motivo, me contestó que no me preocupase, aunque no entendí lo que después me dijo; que intentaba protegerse.

—¿Sería para ocultar esas mismas cruces de las que habla? —le inquirió muy nerviosa María Emilia.

—No lo sé, pero hoy ya no las llevaba; me he fijado cuando la he visto llegar.

—¿Ha estado con vosotros?

A María Emilia le asaltó un fundado temor.

—Todavía está aquí. Está con su madre, acompañada de esa criada a la que tanto aprecia.

—Por Dios, Francisco, vayamos a su encuentro de inmediato. —María Emilia se levantó impaciente.

—Pero ¿qué pasa? No os entiendo…

—Lo mejor será que hablemos con ella —intervino Trévelez—. Podría ocurrir algo terrible.

Los tres corrieron escaleras arriba hacia el dormitorio de Faustina. Trévelez, que iba el primero, imploraba estar equivocado en sus sospechas.

La puerta estaba cerrada por dentro. Llamaron varias veces sin obtener ninguna respuesta del interior. Trévelez les invitó a apartarse para tratar de abrirla con un empujón. Tuvo que ayudarle también Francisco hasta que en un tercer intento consiguieron el efecto deseado. Entraron a trompicones dentro de la habitación, hasta quedar mudos por la escena que allí discurría.

—¡No os mováis de ahí o la mato!

La voz pertenecía a Beatriz. Se encontraba de rodillas sobre la cama, a espaldas de una pálida Faustina, sentada sobre sus sábanas, con la amenaza de un puñal sobre

su pecho. A su lado estaba Amalia, con otra pequeña daga, dibujándole una de esas cruces sobre su piel.

—¡Beatriz! —Su padre le gritó enfurecido, y sin dudarlo se aproximó hacia ellas.

—Padre, si das un paso más se lo clavo hasta dentro. No permitiré que nadie quiebre mi destino.

Apretó el puñal y un fino reguero de sangre empezó a escurrirse entre la punta del acero y la piel de Faustina.

—¡Dejadla que lo haga! —La condesa giró su cabeza para buscar la fría mirada de Beatriz—. Si eso te hace feliz, mátame ya, cariño mío. —Con su mano libre, Faustina se agarró al puño de Beatriz y lo empujó hacia ella.

—Todavía no… —respondió—. Primero quiero que me oigas tú y todos, que las últimas palabras que escuches en esta vida sean las mías.

—No permitiré más sangre. ¿No ha sido ya suficiente lo que le has hecho al padre Parejas, Beatriz, o a la condesa de Valmojada?

Trévelez decidió que Faustina conociera el verdadero rostro de su hija, para hacerlas hablar sobre ello, pues cualquier motivo que distrajese a Beatriz unos segundos podía convertirse en su única oportunidad para abalanzarse sobre ella y evitar sus criminales intenciones.

—¿Qué le ha pasado al padre Parejas? —preguntó Faustina, angustiada por la noticia, por el dolor de sus heridas anteriores y las que le producía Amalia; antes en manos, pero después en sus piernas y brazos. Destrozada ante la horrible realidad en la que se había convertido Beatriz.

—Le matamos entre las dos. —Miró con orgullo a Amalia—. No era más que una sucia rata que no puede estar más que agradecido, pues aquellas cruces consiguieron que el señor de las tinieblas le abandonase y recibiera un soplo de felicidad, como también me ha ocurrido a mí. —Les mostró las cicatrices en forma de cruz de sus manos, y se dirigió hacia Faustina—. Tú fuiste la causante de la muerte de mi verdadera madre, Justina. Te recuerdo entrando en la habitación de mis padres, cuando yo me abrazaba a ella apretándola hacia mí, creyendo que así impediría que se escapase su vida. Pero no lo conseguí, y cuando noté la presencia de la muerte en su ciega mirada, le juré que algún día alguien pagaría por ello, y eso es lo que hoy va a pasar. Ayer pagó el padre Parejas, y hace unos días la condesa de Valmojada, instigadora con su marido, como tú, de la cruenta persecución de los masones, que tuvo como consecuencia la detención y muerte de mi padre.

—Cariño mío, tú sabes que te queremos. Te aseguro que me he odiado cada día por lo que allí ocurrió —se confesó Faustina—, y que he tratado de compensarte con todo mi amor. Estás enferma, mi cielo: déjame que te ayude.

Amalia observó un extraño movimiento en Trévelez y entendió cuáles eran sus intenciones. Con decisión, dirigió su cuchillo a uno de los ojos de Faustina, dándole a

entender lo que pasaría si se movía de su lugar.

—¿Dónde estaba ese amor cuando mataste mi futuro al lado de Braulio y arreglaste otro más cruel, con el duque de Llanes?

—Era por tu bien —atajó Francisco, que no cabía de espanto ante aquella increíble escena.

—No sabéis nada sobre el bien y el mal. Yo sí lo sé; él me lo ha enseñado.

—¿Quién es él? —le preguntó María Emilia.

—El oscuro, el maldito, el que obra desde el principio de los tiempos sobre todos nosotros, el que me ha alimentado desde entonces. Gracias a su inspiración he aprendido a entender las cosas, que de mis penas obtuviera felicidad y del dolor, un sentido último a mi vida. No tenéis ni idea de la felicidad que se siente cuando ves con claridad lo que debes hacer. He aprendido que la venganza es el sentimiento más puro que consigue limpiar de tu corazón otros más simples y fatuos que a vosotros os parecen vitales.

Sus ojos parecían ajenos, como encantados, miraba como si fuera una extraña, como si estuviese poseída.

—Estás loca —le recriminó Francisco, escandalizado de las barbaridades que salían de su boca.

—No es así; lo único que hago es acudir libre a mi destino, y lo entenderás de inmediato. —Miró a su criada—. Amalia, ha llegado el momento de que vean el cuadro.

La joven se separó de la cama y sacó de una bolsa de tela un lienzo, mostrándoselo a continuación a todos.

Ante su asombro, allí estaban dibujados los rostros del padre Parejas, del jesuita Castro y el de la condesa de Valmojada. También el de Faustina; de rodillas y con el filo de un puñal en su pecho, amenazada por un personaje que se situaba a sus espaldas, y cuyo rostro coincidía con el de Beatriz. La similitud de aquel dibujo, con la escena que estaban viviendo en esos momentos era tan asombrosa como preocupante para todos.

—Un día vi un cuadro parecido a éste, pintado por Paolo Veronés. Comprendí cuál iba a ser mi único anhelo en la vida; saciarme de venganza. —Beatriz hablaba de un modo pausado pero resuelto—. El original, representaba el martirio de santa Justina. En él, ella es quien domina el espacio central, mientras otros cinco personajes asisten a su muerte con un gesto de desprecio y sin ningún atisbo de misericordia. Dos a cada lado, y el último, detrás de ella, clavándole el puñal que le producirá la muerte. Al darme cuenta que aquella santa tenía el mismo nombre que mi madre, e idéntica forma de morir, fue cuando me vi delante del mismo retrato, el que presencié aquella fatídica noche en casa del marqués de la Ensenada. Desde entonces me he dedicado a pintarlo, pero con otros rostros distintos; los de aquellos que causaron la

muerte a mi madre, a los que me he propuesto vengar en su nombre. Hoy, ese cuadro se hará de nuevo realidad.

Trévelez creyó que no tendrían otra ocasión como ésa. Amalia les había dado la espalda para guardar el cuadro en su envoltorio, y Beatriz parecía distraída. Hizo una señal a Francisco, y en un segundo se abalanzaron sobre las dos mujeres.

Joaquín se dirigió hacia Beatriz y llegó a tiempo de sujetar su brazo, antes de que ésta asestase una puñalada a Faustina. María Emilia agarró de los brazos a su amiga, y tiró de ella con todas sus fuerzas hasta arrastrarla al suelo, separándola de la feroz lucha que ocupaba a Joaquín y Beatriz.

Entre gritos, Amalia trataba de escurrirse de las férreas manos del conde que la mantenían aprisionada contra el suelo. Sin su cuchillo, que había caído en manos de Francisco, la criada blandía sus uñas como arma defensiva, con la fiereza de un animal salvaje, hasta que recibió un fuerte golpe en la nuca que la dejó sin sentido.

En su lucha, Trévelez se enroscaba con Beatriz encima de la cama sin perder de vista el afilado puñal que aún seguía en manos de la chica. En un descuido, ella se lo consiguió clavar en un muslo, con tanta fuerza que le provocó una reacción instintiva de dolor y dejar de sujetar sus brazos. Con dos acertados movimientos, le hirió también en el hombro y a punto estuvo de alcanzarle el cuello.

—Como te acerques, lo sentirás de nuevo y esta vez en tus entrañas. —Beatriz le amenazó dirigiendo la punta del puñal a su cuerpo.

Trévelez sangraba con abundancia por ambas heridas, pero no parecía dispuesto a abandonar la pelea. Con más ardor que precaución, se lanzó de nuevo a ella decidido a reducirla del modo que fuera. Beatriz se movió con más habilidad y rapidez y le recibió con una nueva incisión en la base del estómago y, al encogerse, otra más seria en la espalda.

María Emilia y Faustina contemplaban aquella carnicería entre lágrimas y espanto, aturdidas por la inmensa atrocidad que estaban presenciando.

Beatriz había perdido la razón para instalarse en un execrable estado de demencia.

Por un instante, las miró con una sonrisa cruel mientras seguía asestándole nuevas puñaladas al vencido cuerpo de Trévelez, incapaz ya de reaccionar a la lluvia de odio que caía sobre él.

Francisco saltó sobre su hija por sorpresa y consiguió inmovilizarla por la espalda. La envolvió con sus brazos, impidiendo que los de Beatriz consiguieran moverse y con ellos el puñal. Aunque ella se revelaba con una rabia inusitada, la fortaleza del conde consiguió frenar sus intentos. En un postrero movimiento, Beatriz consiguió girar su muñeca y dirigirse el afilado acero hacia su propio corazón.

Faustina gritó, advertida de sus intenciones, pero Francisco no calculó lo que aquello implicaba.

María Emilia corrió hacia ella a tiempo de sujetar su mano y retirar el puñal que

pretendía terminar con su vida. De esa manera, consiguió evitar que Beatriz dibujase ante ellos su último cuadro, frente a otros cinco espectadores como aquellos del cuadro de Veronés, o los que dieron muerte a su madre.

Beatriz soltó un alarido de rabia, de profundo dolor, quebrada por ver anulados sus planes de venganza con Faustina y consigo misma, pues así se había visto ella también; clavada en su destino al de su madre.

Desprotegida ya de los brazos de su padre adoptivo, se derrumbó sobre la cama sollozando.

Faustina acudió a ella. Se abrazó a su cuerpo con amor. Entre lágrimas perdonó todo el mal que había hecho, y la besó sin descanso para ablandar la dureza de su espíritu, para rebajar la crueldad que dominaba su alma.

Bajo una oscura mirada, insensible a su dulzura, y con un inclemente tono de voz, Beatriz le habló en susurros.

—Juro que un día tu sangre pondrá precio a mi dolor.

En Madrid.
Año 1751, 12 de diciembre

—Como os decía, Beatriz parece estar adaptándose a nuestra santa casa. De todos modos, por no olvidar vuestras recomendaciones, sigue aislada y sin ningún contacto con el resto de las hermanas. La cuidamos de cualquier objeto con el que pudiera hacerse daño, y sólo sigue encadenada cuando sale a pasear. Vemos necesarias estas precauciones para evitar que se repitan aquellos violentos incidentes que protagonizó a su llegada; cuando hirió a una de mis hermanas en una mano mientras comíamos en el refectorio. Fuera de esas limitaciones, creedme que hacemos todo lo posible para que se encuentre cómoda entre nosotras. Esta semana le hemos facilitado nuevos libros, pues parece que los devora, y también aquellas pinturas que nos trajeron en su anterior visita.

La superiora observaba con sentida compasión el apenado rostro de la bella condesa de Benavente y de su amiga María Emilia Salvadores que, como cada martes y jueves, acudían para interesarse por el estado de Beatriz desde hacía dos meses.

—Me resulta difícil imaginar cómo un ser tan frágil y tan delicado como ella, pueda llegar a cometer tamaños desmanes. —Los muchos años de sor Begoña y su espíritu contemplativo la habían transformado en una mujer llena de dulzura y bondad.

—Hoy se cumplen cinco años de la muerte de su madre, cuando nació su locura. ¿Pregunta alguna vez por mí?

Faustina no acababa de entender, y cuanto menos aceptar la realidad de su trastorno mental, y aunque aquella separación resultaba necesaria, la impotencia de no poder ayudarla desgarraba su corazón. Sin querer asumir que Beatriz había estado a punto de matarla, cuando no de amenazarla con hacerlo en el futuro, su amor superaba cualquier resentimiento hacia ella.

—Lamento decirlo; pero no. Apenas habla, y cuando lo hace sólo menciona a Amalia, tal y como os comenté en anteriores ocasiones.

María Emilia miró con gesto derrotado a Faustina. Sujetó su mano con afecto, animándola en su pesar.

Amalia había corrido peor suerte que Beatriz. Había sido recluida en prisión, como su padre y su tío, y era la única acusada de los crímenes de la condesa de Valmojada y del padre Parejas. Las influencias del marqués de la Ensenada y la acción judicial del recuperado Trévelez, no habían alcanzado a la gitana; sólo se cuidaron del porvenir de Beatriz. Su deteriorado estado mental la había eximido de toda responsabilidad sobre los mismos, y se dictaminó la reclusión preventiva en aquel convento, con la esperanza de una futura curación.

—¿Podríamos verla? —apuntó Faustina, con la seguridad de que iba a obtener una respuesta negativa.

—Aunque sabéis que no os está permitido, provocáis en mí tanta compasión que hoy os llevaré hasta su celda; allí la podréis ver a través de una pequeña celosía.

—Sois tan buena… —Faustina sonrió llena de gratitud.

—Os lo agradecemos añadió María Emilia.

Faustina seguía recuperándose de sus lesiones en pies y manos, aunque todavía tenía que ayudarse de un bastón para caminar.

Mientras recorrían el claustro y otros largos pasillos que conducían a las celdas de clausura, sor Begoña les iba explicando las labores del convento que, como tantos otros, vivían de la caridad y del trabajo de sus moradoras. En su caso, de una refinada pastelería con sonada fama en todo Madrid. Prometió darles a probar una caja en cuanto dieran por terminada su visita, lo cual aceptaron encantadas, más por las reiteradas muestras de generosidad de la superiora que por el deseo de degustar ningún dulce; nada podía endulzar su amargura.

Faustina no encontraba respuestas al inexplicable cambio de comportamiento en su hija. Su propia bondad la impedía entender cómo había llegado a asesinar a sangre fría a dos personas de su entorno, sin mostrar después ningún arrepentimiento, incluso amenazándola con su propia muerte. Lo había comentado con María Emilia sin conseguir comprender sus razonamientos. Aunque ésta le explicaba la perversa influencia sobre la voluntad humana de un sentimiento tan poderoso como la venganza, con seguridad muy presente en el ánimo de Beatriz y como le reconoció también en el suyo durante los más críticos momentos de su reciente pasado, Faustina seguía sin asumir sus verdaderos significados.

Unas semanas antes, las dos se habían opuesto a los deseos de hacer un exorcismo a Beatriz del confesor real Rávago y del inquisidor Pérez Prado. Los cuales argüían que sólo la mano de Satanás podía haber inducido tanta maldad en la joven, en sus actos y en su espíritu.

Entre todo aquel desbarajuste emocional, que todos experimentaron en aquellos días y los siguientes, una única noticia positiva pareció compensar las otras tan dolorosas; Trévelez, que se creyó más muerto que vivo tras las numerosas puñaladas recibidas de mano de Beatriz, se pudo recuperar lo suficiente como para animarse a

pedir la mano de María Emilia.

Faustina pensó que, entre tanto mal, el amor seguía abriéndose camino, y por ello se alegró, aunque le quedaba poco espacio libre en su corazón para esa clase de sentimientos.

—… y como veis, en este pasillo último sólo hay dos puertas más; la mía y la de Beatriz. Ahora, rogaría que os cuidaseis de no hacer ruido para que ella no advierta vuestra presencia.

Sor Begoña abrió con extremo cuidado una trampilla por la que se podía ver el interior de la celda.

Faustina no se resistió y miró con prisa por el estrecho agujero. Encontró a Beatriz vestida con hábito religioso, su melena libre, su rostro iluminado por el reflejo de la luz que entraba por la ventana, sentada en una silla y con un lienzo, frente a ella, que Faustina no lograba ver.

—Está pintando… —susurró a los presentes—. Mi niña. Parece tan llena de paz…

Beatriz no advirtió la mirada de su madre aunque en ese mismo instante estaba presente en su pensamiento. Su pincel jugaba por la superficie de aquel nuevo cuadro, parecido al que había dejado tiempo atrás sin terminar.

Escuchó el canto de un jilguero, cercano a su ventana, y con él esa voz amiga que desde su interior le hablaba sobre cuál era su misión; la que le redimiría de sus penas para siempre.

Fijó su mirada en los rostros de los personajes que se repartían por él. Allí estaba de nuevo pintada la condesa de Valmojada, el padre Parejas, el jesuita Castro y ella. Y también su madre Faustina, que tenía el puesto principal; el que ocupaba, en el de Veronés, santa Justina.

En aquella noche fatídica, cuando entraron a detener a su padre en casa del marqués de la Ensenada, cinco eran las personas que acudieron, y seis los que ahora contenía su nuevo dibujo, incluida Faustina. Sólo tres de ellos habían saboreado ya la bondad de la muerte. A los otros tres, les aguardaba idéntico destino en cuanto pudiera salir de aquel encierro. Aquella voz íntima, suya, le hablo de nuevo: —Beatriz, no tengo nombre ni rostro. Acudo a ti como tu señor. Debes escuchar y obedecer mi voluntad. Si lo haces, tendrás una paz infinita y la felicidad llenará para siempre tu corazón. Esos rostros que acabas de pintar, que no han sido todavía marcados con la cruz de San Bartolomé, constituirán el mejor de tus alivios. Eres mi enviada, y como tal te encargo que des ejecución a sus vidas, para que por ellas veas redimida tu desgracia.

Faustina, María Emilia y sor Begoña, escucharon un terrible grito, inexplicable, que salió de aquella habitación, helándoles la sangre.

—Ésa será mi misión, amor mío. Juro que viviré entregada a esa única causa. Los

mataré.

Agradecimientos del autor

Mi primer reconocimiento está comprometido con el excelente trabajo del cronista oficial de la Villa de Madrid, don José del Corral, cuyo soberbio libro *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVIII* ha inundado de color mi narración. Su riqueza de información, junto a una amena prosa, hacen de su trabajo una lectura recomendada para todo aquel que desee adentrarse en los vericuetos de un Madrid en plena reforma borbónica.

También debo hacer una especial mención al exhaustivo estudio *Los gitanos españoles*, sobre el mundo gitano en general, y en particular durante el siglo XVIII que, publicado por el sello editorial Castellote, firma doña María Helena Sánchez. Sin su excepcional investigación me hubiera sido muy difícil entender la represión que se ejerció contra los romaníes durante el reinado de Fernando VI.

Así mismo, reconozco las valiosas aportaciones sobre este apasionante período que he disfrutado al leer *La España del siglo XVIII* del historiador John Lynch, y la recopilación de estudios coordinados por Ricardo García Cárcel junto a Virginia León, Jaime Tortella, Lluís Roura y Bernardo Hernández, en su volumen *Historia de España, siglo XVIII*, subtitulado *La España de los Borbones*, de la editorial Cátedra.

Agradezco al insigne psiquiatra don Ángel de Vicente sus amables y pacientes explicaciones sobre la génesis y evolución de la psicosis y de los comportamientos que pueden esperarse de estos enfermos. Su experiencia clínica me ha servido de ayuda para dibujar la compleja personalidad de alguno de los protagonistas de este relato.

Por obra del secreto que suele presidir las ceremonias masónicas, he intentado imaginar la del grado de aprendiz, en el segundo capítulo de esta novela, recurriendo a los rituales de la logia de Thebah, que son públicos en internet. Lejos de conocer por dentro esa sociedad, he tratado de describir los complejos ritos que allí se describen, sin más ánimo que colocar al lector en un escenario que si no es real parece de ficción.

Por último, debo elogiar el trabajo de investigación de don José Luis Gómez Urdáñez sobre las actividades y sucesos acaecidos entre 1752 y 1763 en la Casa de Misericordia de Zaragoza, donde hago transcurrir una de las escenas de esta novela. Me hago eco de su exhaustiva información dando fe de algunos de los datos que

contiene.

Entre todos consiguieron despertar en mí un profundo interés por entender los avatares de un siglo que tuvo una enorme trascendencia en el futuro de España.

Gonzalo Giner

